

ALMANAQUE

DU JAPON



1890

ALMANAQUE

SUD-AMERICANO



COLABORADORES
DEL ALMANAQUE EN 1890

SEÑORAS

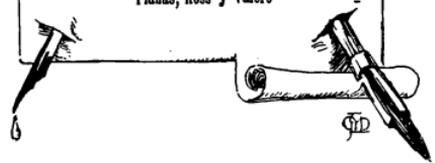
Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner

SEÑORES

Alencar, Amézaga, Ayarragaray, Barado, Becquer, Blanco, Calcaño, Campoamor, Cancio, Cané, Castellanos, Dario, Díaz, Echegaray, Fernández Bremon, García Díaz, Gras, Guerrero, Hernández, Jordán, López Benedito, López Gujarro, Llona, Magariños, Martinto, Matto, Mendes (Cátulo), Mestres (Apeles), Miralles, Mitre (Bartolomé), Olavarria, Obligado, Ortega, Ossorio, Palacio (Manuel del), Palencia, Paima, Payró, Pedrell, Pérez Nieva, Peza, Poleró, Rivarola, Roxlo, Rueda, Sánchez, Tobal, Villafañe, Zozaya, etc.

ARTISTAS

Labarta, Llovera, Mestres, Pascó, Follicer, Planas, Ross y Valero





Pissarro
89



- 1 M. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
- 2 J. S. Isidoro, obispo y mártir.
- 3 V. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.
- 4 S. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
- 5 D. Stos. Telesforo, papa y márt. y Eduardo, rev.
- 6 L. LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
- 7 M. S. Julián, mártir.—ABRÉNSEN LAS VELACIONES.

☾ luna llena á la 1 y 25 m. de la mañana.

- 8 M. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires.
- 9 J. S. Fortunato, mártir y sta. Basilisa, mártir.
- 10 V. Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.
- 11 S. Stos. Higinio, papa y Salvo, mártires.
- 12 D. S. Benedicto, obispo.
- 13 L. Stos. Gumersindo, presb. y Leoncio, obispo.
- 14 M. S. Hilario, obispo.

☾ cuarto menguante á las 2 y 40 m. de la mañana.

- 15 M. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
- 16 J. Stos. Marcelo, papa y mártir. y Fulgencio, ob.
- 17 V. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
- 18 S. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.
- 19 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—S. Canuto y sta. Marta, mrs.
- 20 L. Stos. Sebastián y Fabián, márs.

● luna nueva á las 8 y 21 m. de la noche.

- 21 M. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
- 22 M. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
- 23 J. Stos. Ildefonso, arzobispo y Raimundo de Peñafort.
- 24 V. Nuestra Señora de la Paz y s. Timoteo, ob.
- 25 S. La Conversión de san Pablo apóstol y san Máximo.
- 26 D. Ntra. Sra. de Betlehém.—S. Policarpo, obispo y mártir y sta. Paula, virgen.
- 27 L. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.

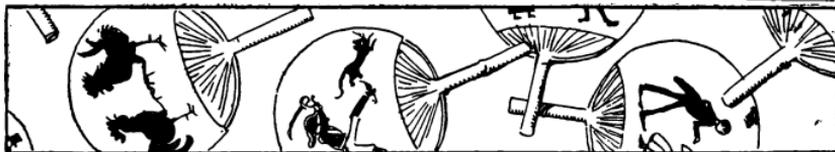
☽ cuarto creciente á las 5 y 7 m. de la tarde.

- 28 M. S. Julián, obispo y confesor.
- 29 M. Dedicación de esta Santa Catedral.—Stos Valerio y Francisco de Sales.
- 30 J. S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
- 31 V. S. Pedro Nolasco.





- 1 S. Stos. Cecilio é Ignacio, ob. mr.
 2 D. *De Septuagésima.*—LA PURIFICACION DEN. S.
 —Santos Firmo y Cándido.
 3 L. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.
 4 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.*—
 Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato, mr.
 ☾ luna llena á las 8 y 59 m. de la noche.
 5 M. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.
 6 J. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y santa
 Dorotea, virgen y martir.
 7 V. Stos. Romualdo, abad y Ricardo, rey.
 8 S. Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco,
 mártires.
 9 D. *De Sexagésima.*—S. Alejandro, m. y sta. Polonia.
 10 L. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
 11 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.*—
 Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.
 12 M. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.
 ☾ cuarto menguante á las 3 y 9 m. de la tarde.
 13 J. S. Benigno, mr. y sta. Catalina, virgen.
 14 V. Stos. Valentín, pb. y Zenón, mrs.
 15 S. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
 16 D. *De Quincuagésima.*—*Indulg. de 40 h. en las Catalinas.*
 —Stos. Gregorio, p. y Elías, prf. —CARNAVAL.
 17 L. Stos. Rómulo, mártir y Julián.
 18 M. Stos Simeón, obispo y Claudio, mártires. —
 CIERRANSE LAS VELACIONES.
 19 M. CENIZA.—*Abstinencia y ayuno.*—Stos. Gavino y
 Marcelo, mrs.—*Principia el ayuno cuaresmal.*
 ● luna nueva á las 6 y 53 m. de la mañana.
 20 J. Stos. Eleuterio, obispo y Nemesio, mrs.
 21 V. *Abstinencia.*—S. Félix ob. — La fiesta de la Sa-
 grada Corona de Espinas de N. S. J. C.
 22 S. La cátedra de san Pedro en Antioquia.
 23 D. 1.^o de cuaresma.—Stos. Pedro Damián, obispo y
 Policarpo, mártir.
 24 L. Stos. Matías, apóstol, y Modesto.
 25 M. S. Sebastián.
 26 M. *Témporas.*—N. Sra. de Guadalupe.—S. Alejan.
 ☽ cuarto creciente á las 10 y 28 m. de la mañana.
 27 J. S. Baldomero, confesor.
 28 V. *Témporas.*—*Abstinencia.*—Stos. Justo y Rufino mrs.
 —La fiesta de la Lanza y Clavos de N. S. J. C.





- 1 S. *Témporas*.—S. Rudesindo, obispo.
- 2 D. *2.º de cuaresma*.—Stos. Heraclio, mártir, y Florencio.
- 3 L. Sto^s. Hemeterio y Celedonio, mártires.
- 4 M. S. Casimiro, confesor.
- 5 M. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
- 6 J. Stos. Olegario, obispo y Victoriano, mártir.
☾ luna llena á las 2 y 53 m. de la tarde.
- 7 V. *Abstinencia*.—La fiesta de la santa Sábana de N. S. J. C.—Sto. Tomás de Aquino.
- 8 S. S. Juan de Dios.
- 9 D. *3.º de cuaresma*.—Sta. Francisca Romana, viud.
- 10 L. S. Melitón y los 40 mártires.
- 11 M. San Zacarías, padre de san Juan Bautista.
- 12 M. S. Gregorio.
- 13 J. Stos. Leandro, obispo y Macedonio.
- 14 V. *Abstinencia*.—La fiesta de las Cinco Llagas de N. S. J. C.—Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.
☾ cuarto menguante á las 12 y 33 m. de la noche.
- 15 S. S. Raimundo, abad.
- 16 D. *4.º de cuaresma*.—Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
- 17 L. S. Patricio y sta. Gertrudis.
- 18 M. Stos. Gabriel arcángel y Alejandro, ob.
- 19 M. † El Patriarca S. José.
- 20 J. S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.
● luna nueva á las 5 y 35 m. de la tarde.
- 21 V. *Abstinencia*.—La Preciosa Sangre de N. S. J. C.—S. Benito abad. OTONO.
- 22 S. Stos. Deogracias, obispo y Octaviano. RESEÑA.
- 23 D. DE PASIÓN.—S. Victoriano y sta. Teodosia, mr. RESEÑA.
- 24 L. Stos. Agapito, obispo y Dionisio.
- 25 M. LA ENCARNACION DE N. S. J. C.—S. Ireneo.
- 26 M. Stos. Manuel y Braulio, obispo.
- 27 J. S. Ruperto, obispo y confesor.
- 28 V. *Abstinencia*.—Los siete Dolores de Maria Santísima.—Stos. Sixto, papa y Doroteo, mártir.
☽ cuarto creciente á las 5 y 39 m. de la mañana.
- 29 S. Stos. Cirilo y Pastor.—RESEÑA.
- 30 D. DE RAMOS.—S. Juan Climaco.—RESEÑA.
- 31 L. SANTO.—S. Benjamin y santa Balbina.





ABRIL

30 días

TAURUS

- 1 M. SANTO.—S. Venancio.—La impresión de las llagas de sta. Catalina.
- 2 M. SANTO.—Stos. Urbano, obispo y Francisco de Paula. *Ayuno y abstinencia hasta el Sábado Santo inclusive.*—RESEÑA.
- 3 J. SANTO.—S. Benito de Palermo.—La Traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
- 4 V. SANTO.—S. Isidoro, arzobispo.
- 5 S. SANTO.—San Vicente Ferrer y sta. Irene.
 ☾ *luna llena á las 6 de la mañana.*
- 6 D. DE PASCUA.—Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.—*Indulg. de 40 h. en Montserrat.*
- 7 L. Stos. Epifanio y Ruño.
- 8 M. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mr.
- 9 M. Stas. Casilda y María Cleofé.
- 10 J. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
- 11 V. Stos. León, doctor y Felipe, papa.
- 12 S. Stos. Julio, papa y Victor, mártir.
 ☾ *cuarto menguante á las 7 y 40 m. de la mañana.*
- 13 D. DE CUATIMODO.—Stos. Hermenegildo y Justino, mártires.
- 14 L. S. Pedro G. Telmo.—**ABRENSE LAS VELACIONES.**
- 15 M. S. Máximo y sta. Anastasia.
- 16 M. S. Toribio de Liébana, obispo.
- 17 J. S. Aniceto, p. y Beata María Ana de Jesús.
- 18 V. S. Eleuterio, obispo y Vicente.
- 19 S. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
 ● *luna nueva á las 4 y 53 de la mañana.*
- 20 D. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.
- 21 L. S. Anselmo, ob. y dr. y s. Simeón, ob. y mr.
- 22 M. Stos. Sotero, Cayo, papas y márs. y Teodoro.
- 23 M. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mártires.
- 24 J. Stos. Honorio, obispo y Fidel de Samaria, mr.
- 25 V. S. Marcos Evangelista.—*Letanias mayores.*
- 26 S. Stos. Cleto, Marcelino, p. y mr. y Pedro, ob.
- 27 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSE.—Stos. Toribio, arz., y Pedro Armengol, mr.
 ☽ *cuarto creciente á las 12 y 40 m. de la noche.*
- 28 L. Stos. Prudencio, arzobispo, Vital, mártir y su esposa santa Valeria.
- 29 M. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.
- 30 M. Sta. Catalina de Sena.—*Indulgencia de 40 h. en su iglesia.*





- 1 J. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
- 2 V. Stos. Anastasio, ob. Germán y Celestino, ms.
- 3 S. La Invención de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
- 4 D. NTRA. SRA. DE LUJAN.—S. Silvano, obispo y mr. y sta. Mónica, viuda.
- ☾ luna llena á las 6 y 7 m. de la tarde.
- 5 L. S. Pio V y la Conv. de s. Agustín, ob. y dr.
- 6 M. El martirio de s. Juan Evangelista.
- 7 M. Stos. Benedicto y Estanislao.
- 8 J. Aparición de s. Miguel arcángel.—*Indulg. plen. visitando su parroquia, confesando y comulgando.*
- 9 V. S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
- 10 S. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mártir.
- 11 D. Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mártir.
- ☽ cuarto menguante á la 1 y 36 m. de la tarde.
- 12 L. Rogaciones.—Stos. Domingo de la Calzada, Nereo y compañeros mrs.
- 13 M. Rogac.—Stos. Segundo y Pedro Regalado.
- 14 M. Rogaciones.—Stos. Sabino y Bonifacio, mrs.—*Patrones menores de esta ciudad.*
- 15 J. ✠ LA ASCENSION DEL SENOR.—Stos. Isidro labrador y Torcuato.
- 16 V. Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.
- 17 S. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, v. y mr.
- 18 D. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
- luna nueva á la 5 y 9 m. de la tarde.
- 19 L. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.
- 20 M. S. Bernardino de Sena.
- 21 M. S. Timoteo, obispo y mártir.
- 22 J. Sta. Rita de Casia y sta. Quiteria, vr. y mr.
- 23 V. Stos. Desiderio, obispo y Vicente, presb.
- 24 S. Abst. y ayun.—La fiesta de Maria Sma., Auxilio de los Cristianos.—Stas. Afra y Susana, m.
- 25 D. PASCUA DEL ESPIRITU SANTO.—Santos Gregorio VII y Urbano.—*Indulgencia de 40 h. en Montserrat.—FIESTA CIVICA.*
- 26 L. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
- ☽ cuarto creciente á la 6 y 43 m. de la tarde.
- 27 M. S. Juan, papa y mártir.
- 28 M. Tép. y ay.—Stos. Justo, Germán y Emilio, ms.
- 29 J. Stos. Máximo, obispo y Alejandro, mártir.
- 30 V. Tép. y ayun.—Stos. Fernando, rey y Félix, p.
- 31 S. Tép. y ayuno.—Sta. Angela de Merici.





- 1 D. LA SANTISIMA TRINIDAD.—Titular de esta archidiócesis.—Santos Segundo y Fortunato.
—Indulgencia de 40 h. en la Catedral.
- 2 L. S. Marcelino y compañeros, mártires.
- 3 M. S. Isaac, confesor y santa Paula, virgen.
- ☾ luna llena á las 3 y 38 m. de la mañana.
- 4 M. S. Francisco Caracciolo y sta. Saturnina, mr.
- 5 J. ✠ CORPUS CHRISTI.—S. Marciano, mártir.
- 6 V. S. Norberto, obispo, y sta. Paulina, mr.
- 7 S. Stos. Pablo, ob., Pedro y compañeros mrs.
- 8 D. S. Salustiano.
- 9 L. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
- ☾ cuarto menguante á las 7 y 26 m. de la tarde.
- 10 M. S. Zacarias, mr. y santa Margarita, reina.
- 11 M. S. Bernabé, apóstol.
- 12 J. S. Juan de Sahagún.
- 13 V. EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.—Indulg. de 40 h. en S. Ignacio.—S. Antonio de Padua.
- 14 S. Stos. Basilio, ob. y doctor y Eliseo, profeta.
- 15 D. EL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.—Stos. Vito y Modesto, mártires.
- 16 L. S. Aureliano, obispo.
- 17 M. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mrs.
- ☉ luna nueva á las 6 y 28 m. de la mañana.
- 18 M. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, mrs.
- 19 J. Stos. Gervasio, Protasio, mrs. y Juliana, vn.
- 20 V. Sta. Florentina, virgen.
- 21 S. S. Luis Gonzaga.—Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Cated., y sta. Demetria. INVIERNO.
- 22 D. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, mártir.
- 23 L. Ayuno.—Stos. Zenón y Apolinario.
- 24 M. LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA.
Indulgencia de 40 h. en San Juan.
- 25 M. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
- ☽ cuarto creciente á las 10 y 22 m. de la mañana.
- 26 J. Stos. Juan y Pablo, mrs.
- 27 V. Stos. Zoilo, mártir y Ladislao, rey.
- 28 S. Vigilia y ayuno con abst.—Stos. León, papa é Ireneo, obispo.
- 29 D. S. PEDRO Y S. PABLO APÓSTOLES.—Indulgencia de 40 h. en la Catedral.
- 30 L. Conmem. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana, mr.





1 M. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio, mártir.
 2 M. Ntra. Sra. de los Desamparados, la Visitación de Ntra. Sra. y s. Martiniano, mr. — *Ind. de 40 h. en S. Nicolás de Bari.*

☾ *luna llena á las 11 y 26 m. del día.*

3 J. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.
 4 V. La Traslación de las reliquias de nuestro patrón san Martín, ob., y s. Laureano, arz.
 5 S. S. Miguel de los Santos y sta. Filomena, vn.
 6 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C. — S. Rómulo, ob. el Santo profeta Isaías y sta. Lucía.
 7 L. Stos. Fermín, ob., Claudio y Sinforiano, ms.
 8 M. Sta. Isabel, reina de Portugal.
 9 M. S. Cirilo, y sta. Natalia. — FIESTA CÍVICA.

☽ *cuarto menguante á las 2 y 28 m. de la mañana.*

10 J. Stos. Enero, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital, Marcial, ms. hij. de sta. Felicitas.
 11 V. Stos. Pio, papa y Cipriano, mártires.
 12 S. Stos. Juan Gualberto abad y Félix, mártir.
 13 D. S. Anacleto, papa y mártir.
 14 L. Stos. Buenaventura, ob. y dr. y Cirilo, mr.
 15 M. S. Enrique, emperador.
 16 M. El Triunfo de la Sma. Cruz. — Ntra. Sra. del Carmen. — *Indulgencia de 40 h. en Montserrat, la Concepción, las Teresas é iglesia del Carmen.*

● *luna nueva á las 9 y 4 m. de la noche.*

17 J. S. Alejo, conf., stas. Donata y Segunda, ms.
 18 V. S. Camilo de Lelis, fund., y sta. Sinforosa, v.
 19 S. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, v. y m.
 20 D. Stos. Jerónimo, Elias, prof. y sta. Liberata, vr.
 21 L. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
 22 M. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
 23 M. Stos. Apolinario, obispo y mr. y Liborio.
 24 J. S. Francisco Sol.

☽ *cuarto creciente á las 11 y 22 m. de la noche.*

25 V. Santiago, ap., s. Cristóbal y sta. Valentina.
 26 S. Santa Ana, madre de Ntra. Sra. y s. Jacinto, m.
 27 D. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs. y sta. Natalia.
 28 L. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio, mrs.
 29 M. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
 30 M. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, mártires.
 31 J. S. Ignacio de Loyola, fr. — *Ind. de 40 h. en su iglesia.*

☾ *luna llena á las 6 y 25 m. de la tarde.*

JB





- 1 V. Stos. Pedro Advíncula, Domiciano y Rufo, ms.
- 2 S. Ntra. Sra. de los Angeles, stos. Esteban y Alfonso M. de Ligorio. — *Jub. de Porciúncula.*
- 3 D. Invención de s. Esteb., pr-mr., y s. Eufronio.
- 4 L. S. Domingo de Guzmán, fr. — *Indulg. de 40 h. en su iglesia*
- 5 M. Ntra. Sra. de las Nieves. — S. Osvaldo, rey.
- 6 M. La Transfig. de N S. J. C., s. Sixto, p. y mr.
- 7 J. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, ms.
☾ cuarto menguante á las 11 y 47 m. del día.
- 8 V. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mártis.
- 9 S. Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.
- 10 D. S. Lorenzo, mr. y sta Paula, virgen y mr.
- 11 L. Stos. Rufino, ob., Tiburcio, y sta. Susana, ms.
- 12 M. Sta. Clara, virgen y fundadora. — *Patrona menor de esta ciudad en acción de gracias por su reconquista. — Ind. de 40 h. en S. Juan.*
- 13 M. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena, mártires.
- 14 J. *Vigilia, ayuno y abstinencia.* — S. Eusebio, mr.
- 15 V. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.
● luna nueva á las 12 y 28 m. del día.
- 16 S. S. Roque y s. Jacinto. — *Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
- 17 D. *El Sr. San Joaquín.* — Stos. Anastasio y Bonifacio.
- 18 L. Stos. Floro y Agapito.
- 19 M. S. Joaquin, padre de Ntra. Sra., y s. Julio, mr.
- 20 M. S. Bernardo abad y el sto. profeta Samuel.
- 21 J. Sta. Anastasia.
- 22 V. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
- 23 S. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
☽ cuarto creciente á las 9 y 58 m. de la mañana.
- 24 D. Stos. Bartolomé, apóstol y Romano, obispo.
- 25 L. Stos. Julián, mr., y Luis, rey de Francia.
- 26 M. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, ms.
- 27 M. S. José de Calasanz. — *El Dardo de sta. Teresa.*
- 28 J. Stos. Agustín, obispo y doctor y Bibiano, ob.
- 29 V. La degollación de s. Juan Bautista, sta. Cándida, virgen.
- 30 S. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, virgen, patrona principal de esta América Meridional. — *Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*
☾ luna llena á la 1 y 40 m. de la mañana.
- 31 D. S. Ramón Nonato. — *Indulgencia de 40 h. en la iglesia de la Merced, y s. Robustiano, mr.*





- 1 L. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
- 2 M. Stos. Antonino, mártir y Esteban, rey.
- 3 M. S. Sandaño, stas. Serapia y Eufemia, ms.
- 4 J. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalia, virgen.
- 5 V. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, ob.

☾ cuarto menguante á las 12 y 14 m. de la noche.

- 6 S. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
- 7 D. S. Juan, martir y sta. Regina, virgen y mr.
- 8 L. ✠ LA NATIVIDAD DE MARIA SANTISIMA.

—Indulgencia de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y en Montserrat por la fiesta de su titular.

- 9 M. S. Jerónimo, mr. y santa Maria de la Cabeza.
- 10 M. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, ob.
- 11 J. S. Emiliano, obispo y mártir.
- 12 V. S. Serapio y Leoncio, mrs.
- 13 S. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.
- 14 D. EL DULCE NOMBRE DE MARIA. — La Exaltación de la Sma. Cruz.—Ind. de 40 h. en el Socorro.

● luna nueva á las 4 y 17 m. de la mañana.

- 15 L. La Aparición de sto. Domingo de Guzmán en Soria.—Santa Melitona.
- 16 M. Stos. Cornelio y Cipriano, mártires.
- 17 M. *Témp. y ay.*—S. Pedro de Arbués y la Impresión de las llagas de s. Francisco de Asis.
- 18 J. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofia, mártir.
- 19 V. *Tém. y ay.*—S. Genaro y compañeros mártires.
- 20 S. *Témporas y ayuno.*—S. Eustaquio.
- 21 D. La Conmem. de los Dolores de la Sma. Virgen.—S. Mateo, ap. y evang. **PRIMAVERA.**

☽ cuarto creciente á las 6 y 41 m. de la tarde.

- 22 L. S. Mauricio y compañeros mártires.
- 23 M. Stos. Lino, papa y mr. y Constancio, ob.
- 24 M. Ntra. Sra. de las Mercedes.—Indulg. de 40 h. en su iglesia.—S. Gerardo, obispo y mártir.
- 25 J. Sta. Maria de Cervellon (o del Socorro).—Ind. de 40 h. en la Merced cuando se celebra su festu.
- 26 V. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
- 27 S. Stos. Cosme y Damián, hermanos mártires.
- 28 D. S. Wenceslao, mr. y el beato Simón de Rojas.

☽ luna llena á la 10 y 8 m. de la mañana.

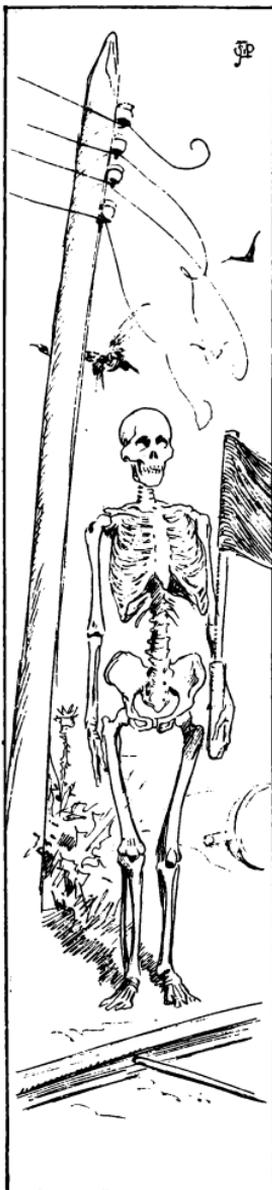
- 29 L. Dedicación de s. Miguel Arcángel.—Ind. de 40 h. en su iglesia.
- 30 M. S. Jerónimo, doctor y sta. Sofia, viuda.





- 1 M. S. Remigio, obispo.
- 2 J. Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mr.
- 3 V. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
- 4 S. S. Francisco de Asís, fundador. — *Indulg. 40 h. en su iglesia.* — S. Marciano.
- 5 D. *Jubileo.* — *Ntra. Sra. del Rosario.* — S. Froilán, ob.
 - ☾ cuarto menguante á las 4 y 23 m. de la tarde.
- 6 L. S. Bruno, fundador.
- 7 M. S. Marcos, papa y sta. Justina, vr. y mr.
- 8 M. S. Demetrio, mártir y sta. Brigida, viuda.
- 9 J. S. Dionisio, obispo y mártir y el sto. Patriarca Abrahán.
- 10 V. Stos. Franc.º de Borja, Luis Beltrán y Paulino. — *Ind. de 40 h. en Sto Domingo del Smo. Rosario.*
- 11 S. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
- 12 D. *La Maternidad de María Santísima.* — *Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza,* y s. Alfredo. — *Indulgencia de 40 h. en la Recoleta.*
- 13 L. S. Eduardo, rey.
 - luna nueva á las 7 y 48 m. de la noche.
- 14 M. Stos. Calixto, papa y mr., Evaristo, y Fortunata, herms.
- 15 M. Sta. Teresa de Jesús, vn. y s. Fortunato, mr.
- 16 J. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mrs.
- 17 V. S. Florentino, ob. y mr. y sta. Eduvigis, viud.
- 18 S. Stos. Lucas, evangelista y Justo, mártir.
- 19 D. *La Pureza de María Santísima.* — S. Lucio, mr.
- 20 L. Stos. Feliciano, o. y m., y stas. Irene y Saula.
- 21 M. S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comp. vs. y ms.
 - ☽ cuarto creciente á las 2 y 17 m. de la mañana.
- 22 M. Stos. Felipe, ob., Severo y sta. María Salomé.
- 23 J. Stos. Pedro Pascual, ob. y mr., y Donato, ob.
- 24 V. S. Rafael Arcángel.
- 25 S. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria, mártires.
- 26 D. Stos. Evaristo, p., Servando y Germán, hermanos mrs.
- 27 L. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
 - ☾ luna llena á las 8 y 42 m. de la noche.
- 28 M. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol y sta. Cirila, vgr. y mr.
- 29 M. Stos. Narciso, o., Cenobio y sta. Eusebia, ms.
- 30 J. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
- 31 V. *Ayuno.* — S. Nemesio y su hija sta. Lucila, ms.





- NOVIEMBRE
30 días
SAGITARIO
- 1 S. ☩ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—
S. Cesáreo, mr.
 - 2 D. La Conmemoración de los fieles difuntos. —
S. Ciriaco, mr.
 - 3 L. Los innumerables Mártires de Zaragoza, santa Eustoquia.
 - 4 M. Stos. Carlos Borromeo, arzob. y Nicandro, ob.
☾ cuarto menguante á las 11 y 22 m. del día.
 - 5 M. S. Eusebio, mr., y el beato Martin de Porres.
 - 6 J. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, conf.
 - 7 V. Stos. Florencio, obispo y Amaranto, mr.
 - 8 S. Stos. Severo y Victorino, mártires.
 - 9 D. El Patrocinio de María Santísima.— *Ind de 40 h. en Balvanera.*— Stos. Teodoro y Alejandro.
 - 10 L. Stos. Andrés Avelino, Trifon y sta. Ninfa, mrs.
 - 11 M. S. MARTIN, obispo. Patrón principal de esta Archidiócesis.— *Indulgencia de 40 h. en la Catedral.*— Stos. Victoriano y Valentino.
 - 12 M. Stos. Martin, papa y mr., y Diego de Alcalá.
● luna nueva á las 10 y 26 m. de la mañana.
 - 13 J. Stos. Antonino, mr., y Estanislao de Koska.
 - 14 V. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
 - 15 S. Stos. Eugenio, obispo y mr., y Leopoldo.
 - 16 D. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.
 - 17 L. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
 - 18 M. La Dedicación de la Basílica de los stos. Apóstoles s. Pedro y s. Pablo y s. Máximo, ob.
 - 19 M. S. Ponciano, papa y mr. y sta. Isabel, reina.
☽ cuarto creciente á las 9 y 54 m. de la mañana.
 - 20 J. Stos. Félix de Valois y Octavio, mr.
 - 21 V. La Presentación de Ntra. Sra.— Stos. Alberto y Honorio, mrs.— *Indulg. de 40 h. en S. Miguel.*
 - 22 S. Sta. Cecilia, virgen y mártir.
 - 23 D. Ntra. Sra. de la Piedad.— *Ind. de 40 h. en su iglesia.*— S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.
 - 24 L. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen.
 - 25 M. Sta. Catalina, virgen y mr.
 - 26 M. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
☾ luna llena á las 9 y 58 m. de la mañana.
 - 27 J. Stos. Facundo y Primitivo.
 - 28 V. Stos. Gregorio III, papa y Mansueto.
 - 29 S. S. Saturnino. CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
 - 30 D. 1 de Adviento.— S. Andrés, ap., y sta. Justina, v.





- 1 L. S. Eloy, sta. Cándida, mártires y sta. Natalia.
- 2 M. S. Silvano, ob. y mr. y sta. Bibiana, vr. y mr.
- 3 M. Stos. Francisco Javier, Crispín y Claudio, ms.
- 4 J. S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, vr.

☾ cuarto menguante á las 9 y 13 m. de la mañana.

- 5 V. *Ayuno.*— S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.—
*En todos los Viernes y Sábados de Adviento, el ayuno es obligatorio para las personas que no guardan las vigili-
as reformadas.*
- 6 S. *Ayuno.*—S. Nicolás de Bari.—40 h. en su iglesia.
- 7 D. *II de Adviento.*—Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
- 8 L. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SAN TISIMA. — *Indulgen. de 40 h. en su iglesia y en S. Francisco.*—S. Sifronio.
- 9 M. Stas. Leocadia y Valeria, vírgenes y mrs.
- 10 M. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
- 11 J. Stos. Dámaso, papa y Daniel Estilita.

● luna nueva á las 11 y 56 m. de la noche.

- 12 V. *Ayuno.*—S. Donato y sta. Emerenciana, virg.
- 13 S. *Ayuno.*—Sta. Lucia, virgen y mr.
- 14 D. *III de Adviento.*—Stos. Nicasio, Jo. y Arsenio, mr.
- 15 L. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, mrs.
- 16 M. Stos. Eusebio, obispo y Valentin, mrs.
- 17 M. *Témporas y ayuno.*—Stos. Lázaro, obispo y Floriano, mr.
- 18 J. La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.

☽ cuarto creciente á las 6 y 11 m. de la tarde.

- 19 V. *Témp. y ayuno.*—Stos. Nemesio y Ciriaco, mrs.
- 20 S. *Témp. y ayuno.*—Sto. Domingo de Silos.
- 21 D. *IV de Adviento.*—Sto. Tomás, ap. VERANO.
- 22 L. Stos. Demetrio y Floro, mártires.
- 23 M. El beato Nicolás Factor, sta. Victoria, vr. mr.
- 24 M. *Vigilia con ay. y abstinencia.*—S. Gregorio, mr.
- 25 J. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y sta. Anastasia, vr. mr.
- 26 V. S. Esteban, proto-mártir.

☾ luna llena á las 2 de la mañana.

- 27 S. S. Juan, apóstol y evangelista.
- 28 D. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro, mártir.
- 29 L. Sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y el santo rey profeta David.
- 30 M. Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.
- 31 M. S. Silvestre, p., sta. Paulina y sta. Hilaria, m.





Gâtulo Mendes

EMINENTE ESCRITOR FRANCÉS

EL MEJOR ALMANAQUE

I



STABA pensando en un poema que tenía en proyecto cuando entró en mi habitación un dependiente de comercio, que después de las felicitaciones acostumbradas me entregó el almanaque del año próximo.

Le dí el aguinaldo, y después que salí eché una mirada distraída sobre el calendario, que se diferenciaba bien poco del del año anterior. Los mismos santos, las mismas fechas, iguales fiestas, idénticas fases de luna.

Me puse á pensar que los acontecimientos de los doce meses futuros serían á su vez parecidos también á los de los doce meses pasados. Siempre el mismo retorno de vanas esperanzas, de falsas alegrías, de decepciones verdaderas; siempre la monotonía de la vida, que apenas merece el trabajo de aspirar y de espirar el aire que se respira.

Dejé á un lado el almanaque, que nada halagüeño me prometía, y con el cansancio con que se emprende un trabajo por la milésima vez, me puse á escribir el nuevo poema, que no será mejor que mis anteriores versos, y cuando levanté la cabeza hacia el espejo ví en mis ojos una mirada más triste que las lágrimas.

II

Pero del pálido rayo de sol de invierno que penetraba á través de los vidrios de la ventana fué destacándose y creciendo una forma vaga y ligera, cuyos contornos se fijaron poco á poco hasta que llegó á ser una mujercita, envuelta en una túnica de gasa y rodeada por una aureola de luz.

Hubiera sido preciso no haber vagado nunca por la selva encantada de Brocelianda para no adivinar que aquella mujer era una hada; una hada que tenía en sus ojos todo el azul claro de las primeras esperanzas y en sus labios sonrientes todas las rosas de la juventud.

—Buenos días, hada Ilusión, la dije.

—No eres tan viejo como podría creerse, puesto que aún me reconoces, dijo ella sacudiendo su cabellera, de donde se desprendieron millares de estrellitas blancas que parecían margaritas de nieve y que fulguraban y se extinguían rápidamente.

—Has hecho bien, continuó, en arrojar el almanaque que te ha dado el comerciante á cambio de algunas mone-



das. ¿Acaso encierra todo lo verdadero? Hubieras sido bien torpe en cuidarte de los meses, de las semanas y de los días. Gracias á mis consejos, no tienes reloj sobre tu chimenea por miedo de saber qué hora es. Yo te daré el único almanaque que vale la pena, el almanaque adorable con que sueñan las jóvenes y los poetas. Aquí le tienes, mírale.

Y me mostraba una hoja de rosal que debía estar marchita, puesto que estamos en invierno; pero que ofrecida por la hada Ilusión parecía verde. Entre las fibrillas de la

hoja no había nombres de santos ni de santas, ni lunes, ni martes, ni fiestas, ni fases de luna; pero se leían algunas palabras: inocencias, ternuras, primeras citas, juramentos, despedidas, besos en los labios, amores fieles, casamientos felices, risas de júbilo, lágrimas de alegría y otras frases aún más deliciosas.

Sin embargo, moví la cabeza negativamente, y dije:

—Me gusta aún menos tu almanaque que el calendario verdadero. Conozco hace mucho tiempo lo mentido de tus alegrías y lo amargo de tus dulzuras. Vé á deslumbrar á algún corazón joven que no haya sido engañado por tí todavía. No le envidio esos goces, que se convertirán mañana en desengaños.

La hada había desaparecido ya, desvaneciéndose como una nube en el azul pálido del cielo de invierno que se veía á través de los vidrios de la ventana.

III

Me había puesto á escribir de nuevo para emplear en algo el tiempo, cuando sentí detrás de mí un crujido de cristales rotos y ví salir de mi biblioteca una doncella alta-nera y hermosa, con la frente ceñida de laureles y el pecho defendido por una coraza de oro. Aunque nunca la había visto tan de cerca, conocí, sin embargo, que era una hada de las más ilustres.

Brotaban de sus ojos rayos llenos de esplendor, y la regia altivez de su semblante parecía reflejar el triunfo. Sin embargo, no dejaba de parecerse un poco, ilusión al fin, á la pequeña hada que acababa de desaparecer.

—Yo te saludo, hada Gloria, la dije.

—No eres tan humilde como podría pensarse, puesto que te atreves á mirarme frente á frente, contestó sacudiendo su corona de laurel, de que se desprendieron hojas luminosas brillantes como los destellos de un astro.

Y aproximándose á mí, me puso sobre la frente una de sus manos, causándome una impresión ardiente como una quemadura.

—Has hecho bien, dijo con voz sonora como el eco de un clarín y como el rumor de las muchedumbres; has hecho bien en rechazar el almanaque que te ofrecía la hada que ha venido á visitarte deslizándose sobre un rayo de sol.

¿Qué te importan los amores dichosos, las dulces promesas, las lágrimas de júbilo y las sonrisas de felicidad? Nada de eso debe ocupar el pensamiento de un hombre capaz de sentir ambiciones augustas. Hé aquí el almanaque que te conviene, el almanaque que llena las aspiraciones de los guerreros y los poetas.

Lo que me enseñaba era una tabla de oro en cuya superficie no estaban escritas aquellas hipócritas palabras:



inocencias, ternezas, citas, juramentos, besos en los labios; pero donde se destacaban, como otras tantas promesas, las palabras talento, genio, éxitos, honores, aclamaciones de los pueblos, arcos de triunfo, banderas desplegadas, y por fin el descanso bajo las arcadas de un templo compartido con los dioses.

—Quiero aún menos vuestro almanaque que el calendario de la Ilusión, hada magnánima y terrible, dije meneando la cabeza. No he conocido por mí mismo las embriagueces de vuestras alegrías, porque no he sido de los elegidos para

soportar vuestro ilustre martirio; pero he visto sufrir á los grandes, y he oído gemir, más desesperados que los oscuros mendigos de las calles, á los pensadores que daban á las almas limosnas de luz y de Paraíso.

La hada no estaba ya en la habitación. Se había escondido detrás del Shakespeare y del Hugo de mi biblioteca, y sólo quedaban sobre el suelo, reluciendo con un fulgor que tenía algo de triste, los fragmentos diseminados de los vidrios.



IV

Sin alegría ni esperanza había comenzado otra vez á escribir.

Levantando la cabeza frente al espejo, veía en mis ojos la mirada más triste que las lágrimas, cuando me pareció que se señalaba vagamente en el cristal una forma indecisa, reflejo del pensamiento que latía en mi mirada. Lentamente fué creciendo hasta tomar la figura de una joven triste y enlutada á quien reconocí en seguida.

—¿Eres tú, hada Melancolía? la dije.

La hada comenzó á hablar. Su acento tenía el eco de la voz de las personas queridas á quien ya no hemos de oír más.

—Has hecho bien, dijo, en desdeñar el calendario vulgar que te ofrecía el comerciante, y con el cual se contentan los demás hombres. Has hecho bien en no aceptar tampoco el que te prometía los encantos del amor y el que te brindaba con la agitada grandeza de la gloria. Entre los árboles no son el rosal florido ni el roble glorioso los que tienen razón: es el sauce, por lo mismo que llora. ¡Mira!

Y me mostraba una página sin letras rojas ni negras, sin nombres de santos, sin ninguna fecha marcada. Tampoco estaban impresas allí las tiernas quimeras que mienten, ni las quimeras sublimes que engañan. Era una página blanca en que nada había escrito.

—Acepto con reconocimiento tu almanaque, dije entonces, aunque tú seas también vanidad, ¡oh, hada Melancolía, de la misma manera que las otras dos hadas la Ilusión Amor y la Ilusión Gloria!

Ningún calendario vale lo que éste, que no tiene meses, ni semanas, ni fechas, ni días, ni vanas promesas; que es el almanaque de un año en que nada sucederá, en que nada nos engañará, de un año en que no viviremos, en fin.

CÁTULO MENDES.



CELESTE

AL POPULAR ARTISTA Y EMINENTE POETA CATALÁN

DON APELES MESTRES



I

EL DIOS CHICO

Era Celeste una chica
de tez de nácar y rosa,
y tan linda, tan graciosa,
que el intenso amor se explica
que de súbito sintiera,
por su beldad hechizado,
un solterón anticuado
llamado don Gil de Vera.
Celeste oyó de don Gil
una frase almibarada

y se puso colorada
 como las rosas de Abril.
 La habló el galán, sin doblez,
 de su intenso, ardiente amor,
 y de Celeste el rubor
 siguió encendiendo la tez.
 —Pues arde en dulces sonrojos,
 don Gil pensó, y sin mancilla
 su alma resplandece y brilla
 en el azul de sus ojos;
 y al afán con que suplico
 dócil ya deja Celeste
 que contra su pecho-aseste
 sus saetas el dios chico,
 ¡ó á los dos nos lleva el diablo,
 celoso de tal ventura,
 ó á los dos nos lee el cura
 la Epístola de san Pablo. —
 Y ante la niña de hinojos
 cayó, rendido y sin calma,
 con un volcán en el alma,
 de que eran cráter sus ojos.
 —¿Me amas? dijo; ¿por qué, muda
 á tanto afán y tormento,
 no arrancas mi pensamiento
 del infierno de la duda?
 Verdad que no soy un niño,
 —siguió con dulce vehemencia—
 pero en cambio la experiencia
 da más firmeza al cariño.
 Y mi amor es tan profundo,
 que á ser tu dueño algún día
 no he de acordarme, alma mía,
 ni de que vivo en el mundo,
 pues olvidando del suelo
 todos los terrenos lazos,
 creeré, al mirarme en tus brazos...
 ¡que me encuentre ya en el cielo!—
 Suspiró, y tras pausa breve
 continuó en son de querella,
 asiendo de la doncella
 la mano de rosa y nieve:
 —Si de mi amor al anhelo
 te muestras dura é inflexible,
 ¡más que mujer, insensible
 estatua esculpida en hielo!
 á tus pies, donde me ves,
 mi cráneo salta á pedázos...
 ¡ó vivo, amante, en tus brazos
 ó muero, loco, á tus pies!
 —¡Por Dios! dijo ella asustada;
 ¿quién piensa en eso?
 —¡Quien muere

bajo el rayo que le hiere
 de tu brillante mirada!
 ¡ Quien lucha por conseguir
 tu amor, en tenaz combate...
 y que es mejor que se mate
 si has de dejarle morir!
 — Pues le escuché sin enojos,
 no comprendo sus agravios...
 si el pudor selló los labios,
 ¿ no encendió, el amor, los ojos?
 — ¿ Amor dices? ¡ oh placer!
 ¿ conque me quieres, bien mío?
 — ¡ Con toda el alma y ansío
 su sierva, su esclava ser!
 — ¡ Ventura nunca soñada
 que el corazón me enajena!
 — De ese amor en la cadena
 está mi dicha cifrada.
 — Ansías horas dichosas,
 ¿ y no te inspira temor
 tal yugo?
 — ¡ Para el amor
 sólo hay cadenas de rosas!

Tan dulce al verla y tan franca,
 más don Gil prendóse de ella;
 juró ser fiel á la bella
 y pidió su mano blanca.
 Y como no plugo al diablo
 destruir, en flor, su ventura,
 les leyó por fin el cura
 la Epístola de san Pablo.



II

EN PLENO IDILIO

Celeste, la hermosa chica
 de tez de nácar y rosa,

fué, desde niña, ambiciosa
 y quiso, grande, ser rica.
 Don Gil era un caballero,
por desgracia, ya machucho,
 pero hombre, en cambio, de mucho
 ¡de muchísimo dinero!
 Y tal su amor la pintó,
 que, con rubor que se explica,
 no tuvo valor la chica
 para decirle que no.
 Y fué Celeste al altar,
 y allí, ante el ara sagrada,
 con la frente coronada
 de blancas flores de azahar,
 no bien oyó, plentera,
 (como todas las mujeres)
 preguntar al cura: — ¿Quieres
 por esposo á Gil de Vera?
 ardiendo en tiernos rubores,
 dijo *sí* con tal ternura
 y tal fuego... que hasta el cura
 se puso de mil colores.

Y al fin del bien suspirado
 pudieron ambos gozar,
 siendo, para ellos, su hogar
 mágico edén encantado,
 lleno, en horas tan dichosas
 como breves en el suelo,
 de claridades de cielo
 y de perfumes de rosas.

III

PERLAS Y ROSAS

Pasó un año, y ya cansada
 del *idilio*, se dijo ella:
 — ¿Qué importa ser rica y bella
 cuando no se es envidiada?
 ¿De qué le sirve brillar
 á la perla y ser hermosa,
 si se oculta, misteriosa,
 en el fondo azul del mar?
 ¿Quién su existencia adivina?
 ¿y á quién, en cambio, no encanta,
 cuando brilla en la garganta
 de una beldad peregrina?
 Pues no hay en ello desdoro,
 quiero ya con ansiedad
 surgir de la oscuridad,
 como surge el astro de oro;
 y sin miedo á una perfidia

que envenene mis placeres,
 humillar á las mujeres
 y verlas morir de envidia.
 ¿A qué este encierro fatal?
 Mejor está, por hermosa,
 en el búcaro la rosa,
 que escondida en el rosal.

IV

EN EL FANGO

Y tendiendo al fin las alas
 tras doradas ilusiones,
 brilló en todos los salones
 por su hechizo y por sus galas.
 Quiso honrada y pura ser
 y sucumbió como muchas;
 de amor en las sordas luchas
 fué vencida, y al perder,
 abrasada en torpe anhelo,
 á la par que la quietud,
 la corona de virtud
 que ciñó á su frente el cielo;
 viéndose, en su desventura,
 de todos menospreciada,
 y de su hogar arrojada
 por liviana y por impura,
 hundióse en el vicio ruín
 y arrastró, con ansia impía,
 por el fango de la orgía
 sus alas de serafín.

V

EL INFIERNO DE LA TIERRA

De hinojos ante un retablo
 el diablo un día la vió,
 y sonriendo se acercó
 á la desdichada el diablo.
 —¿Acaso no eres dichosa?
 dijo á su oído.
 —No tal.
 —Se abrió en vaso de cristal
 tu blanco cáliz de rosa,
 y dando hoy triste al olvido
 tus sueños de encanto llenos,
 ¿suspiras y echas de menos
 tu verde rosal florido?
 —¿Bien las redes me tendiste!
 —¿Yo? ¡calumnias! te equivocas;
 ¡si cuando dais en ser locas .

fué, desde niña, ambiciosa
 y quiso, grande, ser rica.
 Don Gil era un caballero,
por desgracia, ya machucho,
 pero hombre, en cambio, de mucho
 ¡de muchísimo dinero!
 Y tal su amor la pintó,
 que, con rubor que se explica,
 no tuvo valor la chica
 para decirle que no.
 Y fué Celeste al altar,
 y allí, ante el ara sagrada,
 con la frente coronada
 de blancas flores de azahar,
 no bien oyó, plentera,
 (como todas las mujeres)
 preguntar al cura: — ¿Quieres
 por esposo á Gil de Vera?
 ardiendo en tiernos rubores,
 dijo *sí* con tal ternura
 y tal fuego... que hasta el cura
 se puso de mil colores.

Y al fin del bien suspirado
 pudieron ambos gozar,
 siendo, para ellos, su hogar
 mágico edén encantado,
 lleno, en horas tan dichosas
 como breves en el suelo,
 de claridades de cielo
 y de perfumes de rosas.

III

PERLAS Y ROSAS

Pasó un año, y ya cansada
 del *idilio*, se dijo ella:
 — ¿Qué importa ser rica y bella
 cuando no se es envidiada?
 ¿De qué le sirve brillar
 á la perla y ser hermosa,
 si se oculta, misteriosa,
 en el fondo azul del mar?
 ¿Quién su existencia adivina?
 ¿y á quién, en cambio, no encanta,
 cuando brilla en la garganta
 de una beldad peregrina?
 Pues no hay en ello desdoro,
 quiero ya con ansiedad
 surgir de la oscuridad,
 como surge el astro de oro;
 y sin miedo á una perfidia

que envenene mis placeres,
 humillar á las mujeres
 y verlas morir de envidia.
 ¿A qué este encierro fatal?
 Mejor está, por hermosa,
 en el búcaro la rosa,
 que escondida en el rosal.

IV

EN EL FANGO

Y tendiendo al fin las alas
 tras doradas ilusiones,
 brilló en todos los salones
 por su hechizo y por sus galas.
 Quiso honrada y pura ser
 y sucumbió como muchas;
 de amor en las sordas luchas
 fué vencida, y al perder,
 abrasada en torpe anhelo,
 á la par que la quietud,
 la corona de virtud
 que ciñó á su frente el cielo;
 viéndose, en su desventura,
 de todos menospreciada,
 y de su hogar arrojada
 por liviana y por impura,
 hundióse en el vicio ruín
 y arrastró, con ansia impía,
 por el fango de la orgía
 sus alas de serafín.

V

EL INFIERNO DE LA TIERRA

De hinojos ante un retablo
 el diablo un día la vió,
 y sonriendo se acercó
 á la desdichada el diablo.
 —¿Acaso no eres dichosa?
 dijo á su oído.

—No tal.

—Se abrió en vaso de cristal
 tu blanco cáliz de rosa,
 y dando hoy triste al olvido
 tus sueños de encanto llenos,
 ¿suspiras y echas de menos
 tu verde rosal florido?

—¿Bien las redes me tendiste!

—¿Yo? ¡calumnias! te equivocas;
 ¡si cuando dais en ser locas .

ni el mismo diablo os resiste!
 Te perdió la vanidad;
 pero me odias y te ofuscas...
 — Pues si no eres tú, ¿qué buscas
 en mi triste soledad?
 ¿Vienes á turbar la calma
 que el cielo me concedió



ó codicias mi alma?
 — ¿Yo?
 ¿para qué quiero tu alma?
 No temas que te arme guerra,
 aunque pecaste, el averno;
 para tí, ¿qué más infierno
 que el infierno de la tierra?
 Altiva, rica, orgullosa

y en pos de vano placer,
 un día quisiste ser
 envidiada por hermosa.
 Y hoy, al verte despreciada
 por tu impureza y perfidia,
 ¡eres tú quien siente envidia
 de toda mujer honrada!
 — ¡Y en vano piedad imploro!...
 De la oscuridad dichosa
 salir quise, esplendorosa,
 y brillar cual astro de oro,
 ¡y no ví, en mi ceguedad,
 al ir tras goces que humillan,
 que astros y virtudes brillan
 mejor en la oscuridad!

CASIMIRO PRIETO.

EL GRAN CRIMEN

Á CARLOS REY DE CASTRO

¡Vedla allí!... de su crimen ante el peso
 inclina la cerviz... vedla humillada.
 Hecha la luz en el social proceso,
 no espere compasión, no espere nada.

¡Infame! Se avergüenzan sus amigas
 de haberla recibido en los salones,
 cuando antes, orgullosa, las fatigas
 despreciaba de amantes corazones.

Su delito es atroz... No hay madre seria
 que sin asco la nombre ó no la ultraje;
 no hay viejo que no apunte su miseria
 ni mozo que hoy la rinda vasallaje.

— ¡Es parricida? — No; no es parricida.
 — ¡Ha abandonado á un padre moribundo?
 — ¡Fué del patrio enemigo la querida
 para el odio mover de todo el mundo?

— No; no hay mote sangriento que le cuadre
 ni borrón que la ponga más confusa,
 pues ese monstruo, oídlo, ha sido *madre*
 ¡y no arrojó su vástago á la Inclusa!...

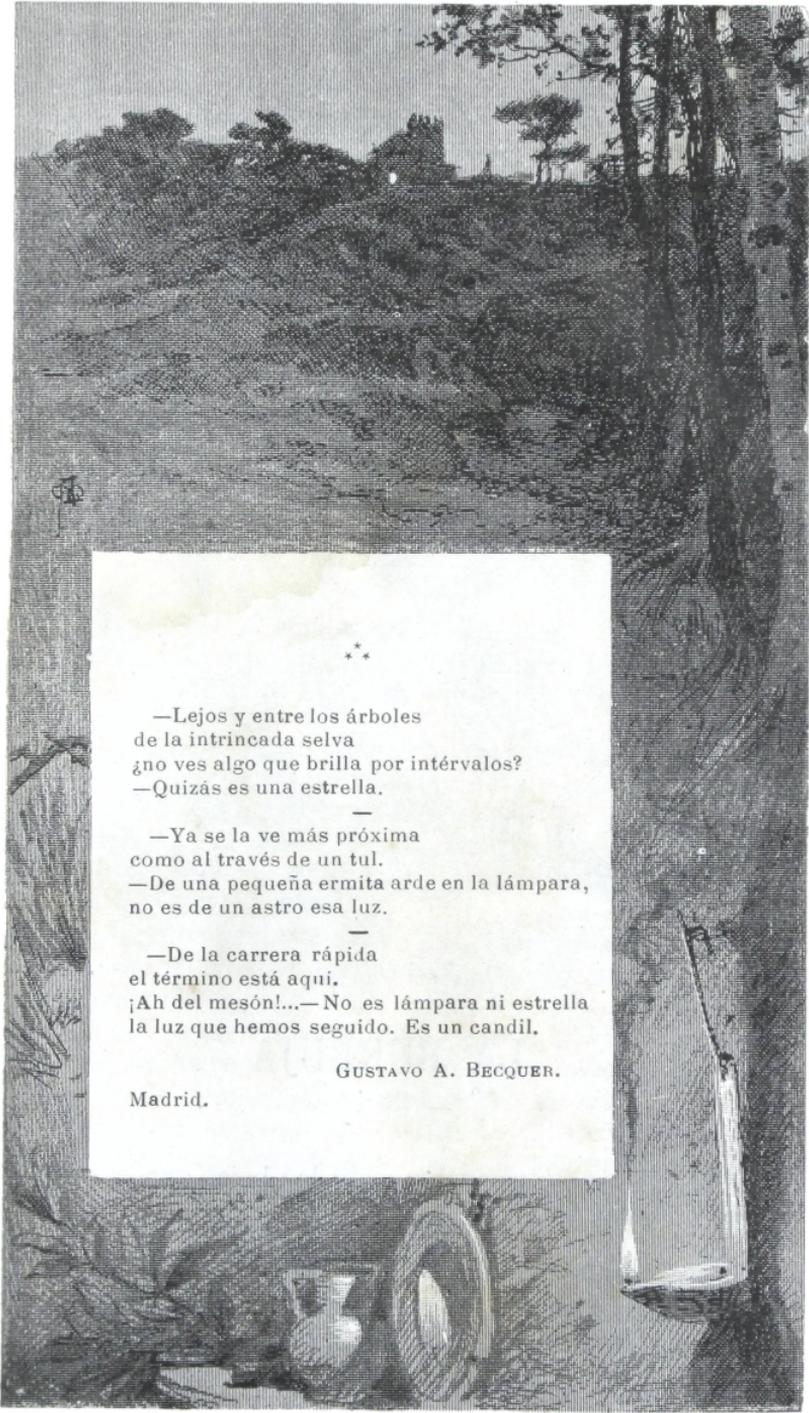
CARLOS G. AMÉZAGA.

A LA MEMORIA DE GUSTAVO A. BECQUER



A la galantería y á la amistad del eminente poeta y distinguido diplomático chileno don Guillermo Matta, debemos la siguiente poesía, inédita, de Becquer, con la cual, á su vez, fué obsequiado aquél por el reputado literato español don Augusto Ferrán, amigo íntimo del malogrado autor de las *Rimas*.

Hallándose dicha poesía escrita en una hoja de álbum que lleva al dorso un dibujo ejecutado por el mismo Becquer en Toledo, hemos creído honrar doblemente la memoria del insigne poeta ofreciendo á nuestros lectores estas dos muestras inéditas de la genialidad de Gustavo Adolfo Becquer.



* *

—Lejos y entre los árboles
de la intrincada selva
¿no ves algo que brilla por intervalos?
—Quizás es una estrella.

—Ya se la ve más próxima
como al través de un tul.
—De una pequeña ermita arde en la lámpara,
no es de un astro esa luz.

—De la carrera rápida
el término está aquí.
¡Ah del mesón!...— No es lámpara ni estrella
la luz que hemos seguido. Es un candil.

GUSTAVO A. BECQUER.

Madrid.



LA BURBUJA

Dando saltos de trampolín sobre las hojas que se alargan, como lenguas, para probar el agua del río; montándose, tan pronto en una piedra oculta por la trenza del agua como precipitándose por una pendiente hasta emboscarse en la espiral de un remolino de espuma; encerrándose á veces en un sosegado círculo, donde da vueltas y vueltas para buscar la salida, como fiera que emprende su trajín dentro

de la jaula; huyó placentera por los remansos, rabiosa por los remolinos, accidentada por los recodos, alegre y loca sobre las crestas; lamiendo á veces la tranquila orilla donde las hojas caídas toman puerto para descansar; uniéndose á veces á otra compañera para besarla y huir después por su camino, suelta, gentil, ligera, bullidora, la burbuja baila su danza permanente sobre el agua como si llevara un punto de oxígeno en su seno y hubiera arrebatado sus movimientos al azogue.

El lecho del río es un largo camino de cristal; las resonantes arboledas y las amables frondas forman la bóveda accidentada de su túnel, entre cuyos pabellones componen y escriben los pájaros su música.

La luz que penetra por las ramas, siembra de dorados lunares el agua, por donde pasa la loca burbuja, incendiando su cuerpo cristalino.

En los saltos que ejecuta, ve á un lado y otro de su camino las llanuras inmensas de los campos con las vacadas paciendo en la hierba; los grupos de mujeres que ondean los blancos cendales en la corriente; las huertas de limoneros con sus estanques y pavos reales, y la lejana casa de campo emboscada en un magnífico velo de rosales.

Llevada por impulso de rota ley de gravedad, duerme su sueño en constante movimiento; recorre en perenne viaje las márgenes que salen á su paso, y derrama la vista por la espléndida y rica baraja de paisajes de la naturaleza.

En los mármoles de la fuente, su vida es más indolente y perezosa. Revuelta en la metralla del surtidor, sube hasta tocar el elegante tallo abierto sobre el patio, por donde la luz se cierne soñolienta como á través de un velo de opio. La burbuja, dado el atrevido salto, cae sobre la taza de la fuente, que como palma de mano la recibe. Entonces únese al grupo de flores de espuma, que defendiéndose de los chorros que bajan á azotarle, hierva y se renueva, como las ideas dentro del caldeado cerebro. La burbuja mira bajo de sí los ágiles peces nadadores huir entre los círculos temblorosos como brevísimas góndolas de fuego. Un pez la traga abriendo la boca en la superficie y la vuelve á arrojar en lo hondo para que haga su ascensión por la masa movible; otro la persigue en alegre juego hasta pegarla al borde de la piedra; el de más allá la

rompe con un movimiento de la cola, y la engendra con otro nuevo movimiento.

Mientras ella va y viene dentro de la fuente y verifica una y mil veces sus evoluciones, en derredor del patio bullen en las jaulas los pájaros que hunden sus picos en las plumas y dejan oír alguna exclamación; abre el piano su larga boca, enseñando la nivea dentadura; balancéanse las personas en los asientos como en indolentes columpios, y la atmósfera embarga los ánimos y los hace resbalar dulcemente á los quietos lagos del sueño.

Dentro del círculo de piedra, la burbuja forma tan pronto parte de vistosisima randa que se desborda como colgadura por la fuente, ó se intercala al tejido de espuma que surge al caer de los chorros del agua, como se amotina en medio del bullicio de las demás, y bulle y salta y se revuelve en agitación constante y divertida.

En su incontrastable alegría, ni pára un solo punto, ni pide tregua para descansar, ni cesa una sola vez en su juego; es el movimiento continuo engendrado en un átomo microscópico.

En la copa de *champagne*, la burbuja gira en medio de más brillantes resplandores y de constelaciones más admirables. Del génesis oculto en el fondo del cristal sube entre una explosión de átomos dorados, que al igual de los astros, voltean como extraños mundos y se mueven por millares en la copa.

Al saltar de la botella el gaseoso vino en elegante tallo de espuma, las burbujas se anticipan á la caída, y en el aire forman su blanco penacho que va á llenar el cristalino vaso y á desbordarse en rumorosa cascada de alegría.

Al fino velo de espuma que cubre al pronto la copa como paño á sagrado cáliz de altar sigue la guerra encarnizada de los átomos, que se acometen y mezclan y confunden, semejantes á terrible batalla de seres formados por los gases.

Vencidos en el rudo combate los más débiles, y quedando dueños del líquido los victoriosos, suben éstos del fondo á la superficie sin osar impedirse la marma, y exclama una burbuja, en discurso que nace y muere dentro de la copa:

—“Yo soy la burladora de las leyes de gravedad, la molécula que engendra en el hombre los sueños felices,

la que empuja la frase de amor á los tímidos labios, la que excita y enardece la sangre y precipita los glóbulos rojos al cerebro, arrancando á las células desordenados párrafos de elocuencia. Yo me baño en la intensa luz de las bujías, cuando en alto la copa que sostiene la convulsa mano, miro en torno mío el cuadro ardiente de la orgía, y veo las radiantes figuras formar con sus brazos cadenas de amores á los cuellos.

Entre los mundos que ruedan por la esfera y los que se precipitan por el oscuro seno de los toneles, yo soy la poseedora de la alegría y la que contiene la chispa que da sus esplendores al talento. Yo figuro en las grandes mesas, colmadas de luces y cristales, y veo como ojo imperceptible retratarse en los vasos los trajes correctos y los ángulos agudos de las pecheras. Yo soy la molécula más regocijada de la creación, la que cierra las fiestas y banquetes, y la que entre los átomos brillantes de los demás vinos brinda únicamente por el amor.”

En el hoyo donde va á dar el engranado chorro de la canal, la burbuja se forma y deshace con más presteza que en los demás puntos donde vive. El alero de tejas muestra su fleco cristalino, que engrosa ó disminuye con la lluvia, y las gotas bajan agarradas unas á otras á formar sus rosas de burbujas en las piedras.

Con la rapidez con que desfilan á través de las ventanas del tren paisajes pintorescos, inmensos precipicios, crestas como cabelleras erizadas, arroyos, árboles, caseríos lejanos y toda la serie de incidentes que la velocidad va poniendo delante de los ojos, así se renuevan, y con más rápida ligereza, las bailadoras burbujas al caer el chorro de las canales. Un glóbulo monta sobre la espuma, apoyando su cuerpo en fragilísimos cristales; otro choca en su sutileza y le hace estallar para formarse de nuevo; el de lo hondo sube de pronto por un impensado capricho del agua; el de encima es roto con júbilo por otros que socavan su cimiento; cada burbuja nace y muere en un segundo, y cada explosión de cristales es seguida de un nuevo nacimiento de ellos, que rompen en brillantísima explosión.

En el herrado de la leche, las moléculas se juntan como para decirse secretos al oído y tomar sus medidas y precauciones. No bailan como las pompas de la fuente ni las que van con el eterno movimiento del río; se agrupan en

afladas cordilleras y en copos de blancura azulada, de los que se desprende un levisimo tiroteo que el oído recoge con deleite. El aspecto de las burbujas hace soñar con los paisajes cubiertos por nevadas de luna, y con las alas de los cisnes blanquísimos.

Ya huyendo por el plano accidentado del río; ya girando como chispa de plata entre los mármoles de la fuente; ya irradiando como molécula de oro en la elegante copa de *champagne*; bien hirviendo bajo el alero colgado de chorros de cristales, ó adormeciéndose en el oscuro herrado como poseída de sueño delicioso, la burbuja merece los sonés de la lira y las alabanzas de los poetas, porque ella suele trocar en grato esparcimiento, con su danza alegre y bullidora, las tristezas y las nostalgias del espíritu.

Para adormecer nuestras penas, póngase delante de nuestros ojos un irisado baile de burbujas, y recoja el oído la cadencia que hace la corriente al producirlo.

S. RUEDA.



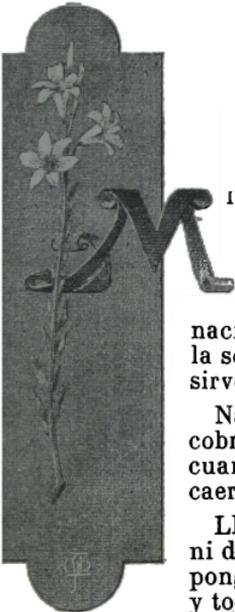
*
*
*

Yo lucho por llegar y nunca llego,
amo sin ser amado
y me consume el fuego
que aviva el combustible del pasado.

J. NAVARRO REZA.

CANTOS DEL HOGAR

Á MIS HIJAS



Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
que envuelve densa mis amargos días;
sus olas son de lágrimas; mi pluma
está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
nacidas de ese mar en la ribera...
la sorda tempestad de mis dolores
sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
cobro vigor en el combate rudo;
cuando pague mi audacia con la muerte,
caeré cual gladiador sobre mi escudo.

Lléyenme así á vosotras; de los hombres
ni desdeño el poder ni el odio temo;
pongo todo mi honor en vuestros nombres
y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa,
¡ojalá que esa vez nunca llegara!
pues háy que ahogar el llanto con la risa
para mirar al mundo cara á cara.

No me imitéis á mí; yo me consuelo
con beberme la sangre de mi herida;
imitad en lo noble á vuestro abuelo:
¡sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa
después de la oración la eterna calma,
y el ser que sabe perdonar la ofensa
sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido;
no ambicionéis lo que ninguno alcanza;
coronad el perdón con el olvido
y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres,
que la pureza vuestra frente ciña,
buscad alma de niña en las mujeres
y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado,
nadie hereda la culpa de un delito;
nunca para ser siervas del pecado
os disculpéis clamando: ¡estaba escrito!

¡Existir es luchar! No es infelice
quien luchando, de espinas se corona;

abajo, todo esfuerzo se maldice ;
arriba, toda culpa se perdona.

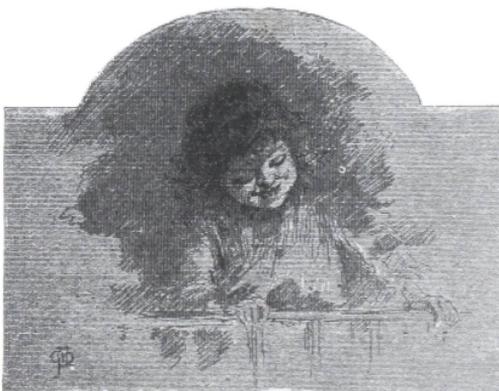
Se apaga la ilusión cual lumbre fatua
y la hermosura es flor que se marchita ;
la mujer sin piedad es una estatua
dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas
que víbora es el mal que todo enferma,
y haced el bien para dormir tranquilas
cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo
renombre, aplausos, oropeles, gloria ;
procurar vuestro bien ; tal es mi anhelo ;
amaros y sufrir, tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso,
recordad mis consejos con ternura,
y en cada pensamiento, en cada paso,
buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,
tengan de vuestro amor en los excesos,
las flores de mi tumba vuestro llanto ;
las piedras de mi tumba vuestros besos.



EL GRAN GALEOTO

Margot está en el balcón
con medio cuerpo hacia fuera ;
yo de pie sobre la acera
dándole conversación.

— ¿Qué me quieres, hija mía ?
— Irme contigo.

— No puedes ;
Te mando que en casa quedes ;
las niñas salen de día.

—¿De noche no?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no... ya lo sabrás.

—¿Pero tú dónde te vas?

—Al teatro y al café.

—¡Al teatro! ¿Y es bonita la comedia?

—Mucho, sí...

—Entonces llévame allí.

Voy á bajar...

—¡Margarita!

—¿Y al café cuándo te vas?

—Muy tarde, á la media noche.

—Bien, pues iremos en coche;

así, sí me llevarás.

—De noche no puedes ir

ni al teatro ni al café...

—¿Espantan?

—No.

—Pues ¿por qué?

—Porque no puedes salir.

—Pero dí, ¿por qué no puedo?

—Está oscura la ciudad.

—Dices que á la oscuridad

nunca se le tiene miedo.

—Traeré dulces al volver.

—¿Todos serán para mí?

—Todos.

—¿Pero todos?

—¡Sí!

—¿De veras?

—Todos, mujer.

—Así me quedo contenta.

—Bien, pues entra, que hace frío ..

—¿Te vas?

—Me voy, ángel mío.

—Mis dulces...

—Calla, avarienta.

—¿Qué dices?

—Nada, tesoro,

que ya me voy, nada escucho.

—¿Me quieres?

—¡Te quiero mucho!

¿Y tú me quieres?

—¡Te adoro!

—Soy obediente.

—Por eso

vives ya tan consentida.

—Un beso...

—Toda mi vida

te mando con este beso.

Pasaban á la sazón
varias gentes por la acera,
y al oír de tal manera
cortar la conversación,
nos juzgan pechos de lava
que latén de amor en pos,
y dicen: — ¡Vaya! ¡son dos
que están pelando la pava!



EL CUENTO DE MARGOT

—Vamos, Margot, repíteme esa historia
que estabas refiriéndole á María;
ya ví que te la sabes de memoria
y debes enseñármela, hija mía.

—La sé porque yo misma la compuse.
—¿Y así no me la dices? Anda, ingrata.
—¡Tengo compuestas diez!

—¡Cómo! repuse,
¿te has vuelto á los seis años literata?

—No, literata no; pero hago cuentos...
—No temas que tal gusto te reproche.
—Al ver á mis hermanos tan contentos
yo les compongo un cuento cada noche.

—¿Y cómo dice el que contando estabas?
—Es muy triste, papá, ¿qué no lo oíste?
—Sólo oí que lloraban y llorabas.
—¡Ah! sí, todos lloramos; ¡es muy triste!

Imagínate un niño abandonado,
de grandes ojos de viveza llenos,
rubio, risueño; gordo y colorado
como mi hermano Juan, ni más ni menos.

Figúrate una noche larga y fría,
de muda soledad, sin luz alguna,
y ese niño muriendo, en agonía,
encima de la acera, no en la cuna.

—¿En las heladas losas? —Sí, en la acera,
es decir, en la calle...

—¡Qué amargura!
—Hubo alguien que pasando lo creyera
un olvidado cesto de basura.

Yo pasaba; lo ví, bajé mis brazos
queriendo darle maternal abrigo,
y envuelto en un pañal hecho pedazos
lo alcé á mi pecho y lo llevé conmigo.

Lloraba tanto y tanto el angelito,
que ya estaban sus párpados muy rojos...
Y á cada nueva queja, á cada grito
el alma me sacaba por los ojos.

Me lo llevé á mi cama; entre plumones
lo hice dormir caliente y sosegado...
¡Cómo hubo en este mundo corazones
capaces de dejarlo abandonado!

¡Ay! yo sé por mi libro de lectura,
que estudio en mis mayores regocijos,
que ni los tigres en la selva oscura
dejan abandonados á sus hijos...

¡Pobrecito! yo sé su mal profundo,
le curo como madre toda pena...
Parece que este niño en este mundo
no es hijo de mujer sino de hiena.

De mi colchón en el caliente hueco
duerme para que en lágrimas no estalle.—
Y llorando Margot, mostró el muñeco
que en cierta noche se encontró en la calle.

Méjico.

JUAN DE DIOS PEZA.





LA PRIMERA PIEDRA

Descubriendo, mal velados,
 de hechizos rico tesoro;
 sueltos los cabellos de oro
 sobre los hombros nevados,
 y sentada en un diván
 en actitud perezosa.
 dijo, suspirando, Rosa
 al calavera Julián:
 —Del lujo y placer cansada,
 renunció á ellos sin pena,
 y quiero, desde hoy, ser buena,
 que es ya casi ser honrada.
 —¿Conque estás arrepentida?
 dijo él, con risa burlona;
 ¡bah! el mundo nunca perdona
 á la mujer fementida
 que su deber ha olvidado
 por las blondas y brillantes,
 en brazos de cien amantes ..
 —Aquel que esté sin pecado,
 replicó ella, desdeñosa,
 contra mí, pues no me arredra,
 tire la primera *pie*dra..
 Y él dijo, riendo: —¿*Preciosa*?

CASIMIRO PRIETO.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Maria Alvarez Tubau de Valencia

EMINENTE ACTRIZ ESPAÑOLA

MARÍA TUBAU



RACIA, talento, distinción, belleza, todo lo reúne la gran artista, cuyo retrato honra nuestras páginas. No en vano los diarios de Buenos Aires le presagiaron brillantes triunfos escénicos y ovaciones entusiastas cuando se anunció su venida; todas las predicciones se realizaron de la manera más acabada.

El público bonaerense ha colmado de aplausos y de obsequios á la actriz mimada del público de Madrid y Barcelona. No hay que decir cuánto se ha sentido halagada María Alvarez Tubau ante las muestras de adoración de que la ha hecho objeto un público lleno de autoridad para discernir el mérito artístico, puesto que á sus teatros convergen todos los grandes actores de Europa. Coquelin y Sara Bernhardt, Rossi y Virginia Marini, la Dusse y el malogrado Rafael Calvo, todos han sido oídos aquí y admirados por el mismo público que ha tributado ovaciones á María Tubau, consagrando así su portentoso talento escénico.

María Alvarez Tubau ofrece escaso trabajo para el biógrafo. Su existencia no ha sido aventurera, no ha dado margen á la anécdota mundana, y por consiguiente, con decir la fecha de su nacimiento y mencionar su boda con Palencia, puede darse como hecha su biografía. En la vida privada, es y ha sido una verdadera dama, una madre de familia cariñosa, que muchas veces habrá sentido, durante sus triunfos en América, asomar las lágrimas á sus ojos, pensando en los pedazos de su alma que dejó en Barcelona.

María, que es así como la llaman familiarmente todos sus amigos, nació en Madrid, hija de madre catalana, allá por los años 1853, de manera que cuenta actualmente treinta y

cinco años. Quince años poco más ó menos hará que se dedica al teatro, y en tan poco tiempo, ¡cuántas creaciones y cuántos triunfos! Muertas para desdicha del arte español Matilde y la Teodora, retiradas de la escena aquella Elisa Boldún, encanto de otros tiempos, y la Mendoza Tenorio, que aplaudíamos ayer todavía, nadie se atreve á disputar á María el cetro de la escena. Hoy por hoy, es la primera actriz española.

Donde nuestra actriz se reveló con todo su talento, fué en el teatro de la Comedia de Madrid, en la excelente compañía de Emilio Mario. Recuerdo todavía los aplausos que el público y la prensa le dedicaron, en la esmerada interpretación de *La Criolla*, hermosa comedia que fué como el canto del cisne del gran García Gutiérrez. Era un encanto oír á la Tubau hablando cubano, verla en las perezosas actitudes de una criolla, y sobre todo, saborear la zalamería de que rodeaba gestos y palabras.

Desde aquel momento los autores escribieron para la Tubau, y Blasco, Miguel Echegaray, Vital Aza, Ramos Carrión y Palencia, todos le deben parte de los buenos éxitos que han obtenido con sus producciones.

Más tarde, esposa del distinguido autor Ceferino Palencia, se separó de Emilio Mario formando compañía por su cuenta. Desde entonces su cuartel de invierno es el Teatro Principal de Barcelona, cuya escena gloriosa ha servido de pedestal á todos los más grandes actores que ha tenido España. Y en aquel teatro, María Tubau, separándose del repertorio de Mario, ha ido poco á poco adquiriendo un repertorio propio y exclusivo, dando participación señalada al teatro extranjero moderno.

Con este motivo ha podido demostrar la flexibilidad de su talento cómico, que con suma facilidad interpreta hoy la *Villana de Vallecas* de Tirso, y mañana la Cipriana del *Divorçons*. Y al par que comprende los tipos exóticos de los teatros de Dumas y Sardou, resucita los personajes de Bretón y de Ramón de la Cruz, y dice como nadie los discreteos del teatro antiguo. Y en interpretar lo que ve y oye, es decir, lo que puede estudiar del natural, nadie le lleva ventaja, siendo buen ejemplo de ella la chula del sainete de Ricardo de la Vega y la criolla de García Gutiérrez.

Cuando debe representar un tipo descocado y desen-

vuelto, de los que tanto abundan en el teatro francés, sin falsear el personaje sabe revestirlo de una delicadeza tal, que á nadie alarma. En una palabra, les hace perder el movimiento acancanado. Sucede lo que con aquella *apsada* de la India, á quien sirvieron una copita de ajeno, y que con sólo aplicar los labios á la copa transformó su amargor en dulzura de ambrosía.

Esta es, descrita en pocos rasgos, María Tubau, que ¡ojalá viva muchos años para encanto de la raza española!

F. R.



BESOS PECAMINOSOS

—¿Tomas, Ifigenia, á mal que te bese?

—Ten más seso: antes de la boda, el beso es un pecado mortal. De mis mejillas las rosas ajara su llama impura... ¡Lo ha dicho el cura!

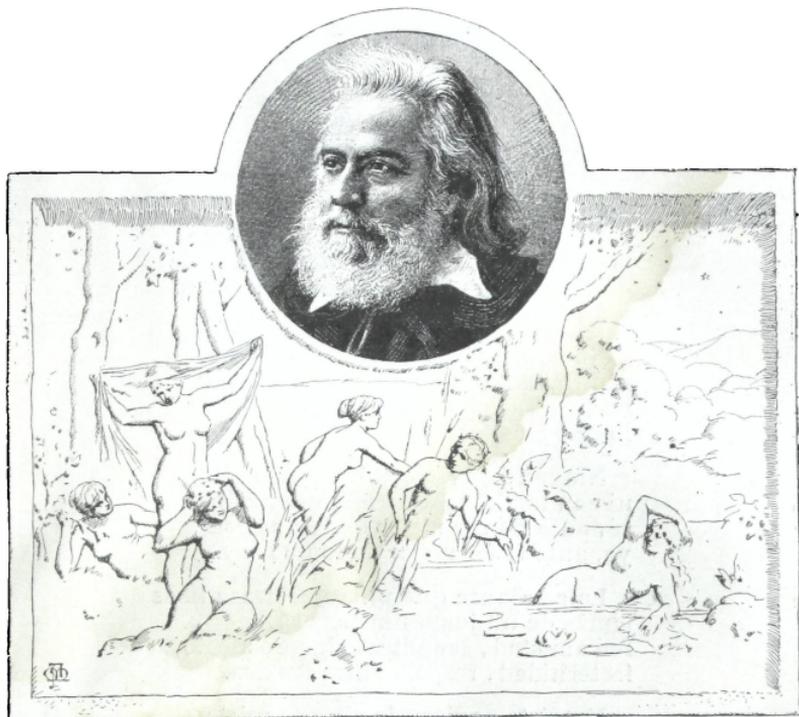
—Y el cura ¿qué sabe, dí, de estas cosas?

—Pues es pecado... ¡y mortal!

—¿Y si tu madre, Ifigenia, me da su venia?

—¿Su *renia*? será pecado *renial*.

CASIMIRO PRIETO.



BAJO RELIEVE

Se están bañando, entrada ya la noche
 esplendorosa y cálida, en el golfo
 que dulce arrulla á la sin par Corinto.
 Parecen hijas de la luna envueltas
 en cendales de luz. La linfa clara
 de placer se estremece acariciando
 en su seno azulino aquellos cuerpos
 de limpia perfección. Las actitudes
 de las esbeltas vírgenes desnudas
 son armoniosas como un himno... ¡Urania!... ¹
 Del sereno cristal el dios acaso
 furtivo entre los juncos las atisba,
 codicioso de amarlas. ¡Divo Scopas!
 ¡Oh Phydias! á inspiraros venid luego
 en la contemplación arrobadora
 de formas que en el mármol se eternicen.
 Yo aspirando á gozar celeste dicha,
 á una de esas doncellas de ojos garzos
 y cabellera rubia, ante las aras
 llevaré de Hymeneo al alba pura;
 y si me son los númenes propicios,
 hijos tendré cual Endymión hermosos,
 dignos del triunfo en la brillante Olimpia.

Buenos Aires, 1889.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

¹ «Venus Urania, llamada también Venus celestial, nombre dado por los griegos y los romanos, ora al cielo tomado como diosa, ora á una Venus superior é ideal, que no puede inspirar deseos materiales.»—*Bouillet*.

A MATILDE

Hace tiempo, Matilde, que nos une
la más sincera y plácida amistad,
donde ocasión tuvimos de estudiarnos
y á la vez comprendernos cada cual.

¡No nos guió jamás cálculo alguno,
ni interés, ni malicia, ni inquietud;
yo ante tus ojos era lo que era
lo que eras fuiste ante los míos tú.

Ninguno de los dos ha pretendido,
ni con laudable ó pérfida intención,
tú, ante mí ser mejor de lo que eres,
yo, ante tí ser mejor de lo que soy.

La confianza que unía nuestras almas
jamás de un justo límite pasó,
fué amistad, sencillez, sincero afecto,
fraternidad, respeto entre los dos.

Me diste novias, de ellas te reíste,
yo te dí novios, de ellos me reí;
pero en tu risa ví asomar la noche,
y en la mía la aurora ví surgir.

Se altera de repente la alegría,
de tu amistad se agita el lago azul;
yo río alegre, eternamente río,
triste, muy triste te sonríes tú.

Y una noche ¿recuerdas? Tú al piano
arrancabas gemidos de dolor,
y yo sentía entre las notas trémulas
murmullos de esperanza y de pasión.

Tú elevaste los ojos hacia el cielo,
yo, hasta tí los míos elevé,
y sentí de tu seno deslizarse
un papel que en la alfombra fué á caer.

¡Y lo leí! «¡Cuando se ríe, siento
algo que aquí en mi seno también hay:
sollozos de ángel, músicas de niños,
y las sonoras risas del hogar!»

En un coro de alegres carcajadas
trocóse el himno que cantabas tú;
y de entonces sentí melancolía,
dulce tristeza, plácida inquietud.

Y te alzaste ante mí risueña y pura,
esplendorosa, alegre, sin igual,
mientras yo triste, pálido y enfermo,
sin hallar más placer que tu amistad.

Y una tarde ¿recuerdas? Al naranjo
subí para arrojarte el azahar
que recogías tú, graciosa, abriendo
y extendiendo tu blanco delantal.

Tú elevaste los ojos hacia arriba,
entreabriendo tus labios de *carmín*;
desbordóse hacia atrás tu *cabellera*,
yo los gajos con fuerza sacudí.

Cayeron sobre tí los azahares,
entre tus labios uno se posó,
bordaron muchos tus cabellos de oro
sobre tu seno ví temblando dos.

Mas ¡cómo resistir sobre tu seno
dos argentadas flores de azahar
sin que al suelo cayeran, ya marchitas
por el fuego y la llama del volcán!

Al recogerlas, sobre tu alba mano
cayó un papel que arrebataste tú;
tiñéronse de sangre tus mejillas
y le leíste al fin con inquietud.

«El suave ritmo que la curva línea
de tu inocente seno hace ondular,
tiene algo de esa música celeste
que causa en mi alma inexplicable afán.

»Siento el eco de risas infantiles
y de tus labios creo ver surgir
inefables sonrisas de angelitos
que acrecientan mi dulce frenesí.»

Y desde entonces, tristes, pensativos,
viendo alzarse la espléndida visión
de una casita que un sauzal rodea
y presta aromas un naranjo en flor;

por la maldita suerte separados,
con la esperanza del supremo bien,
vamos los dos, unidos por el alma,
soñando con la risa de un bebé.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos-Aires, Junio de 1889.



EL FAUNO

Á CARLOS GUIDO Y SPANO

Entre la sombra del follaje hundido,
esconde el viejo Fauno su figura,
y acecha, cauteloso, en la espesura,
la blanca ninfa que su pecho ha herido.

Brillan sus ojos lúbricos... El nido
le habla de amor, el viento le murmura
cálidas frases, y en la selva oscura,
¡amor! repite el pájaro escondido.

Flotar dejando sus cabellos de oro,
ligeras, ondulantes, vaporosas,
cruzan las Ninfas en alegre coro;

el Fauno elige de las más hermosas,
y huye á ocultar su espléndido tesoro,
del bosque en las penumbras misteriosas...

Buenos Aires, 1889.

LEOPOLDO DÍAZ.

HUALLPA INCA

6

EL EMPERADOR ANDALUZ

(1665)



o sólo en Münster y en otras ciudades de Alemania hubo profetas falsos y embaucadores ladinos en los siglos pasados. En América los hubo también, y fueron teatro de sus embustes la sultana del Rimac y la togada Chuquisaca, los valles poéticos de Tucumán y las ásperas serranías de Catamarca.

A mediados del siglo xvii, apareció en las calles y en las plazas de Lima un hombre singular de una labia asombrosa y abundantísima, que con sus arengas y narraciones traía revuelta á toda la ciudad. Contaba maravillas de lo que había visto en las tierras altas del Perú y en las fragosidades de las comarcas chilenas.

Dábase á aquel extraordinario personaje el nombre de Pedro Bohorques, aunque las malas lenguas de las beatas viejas de Lima, decían que no era Bohorques, sino Clavijo y muy Clavijo, y que por tal lo tenían en Potosí, donde el pájaro era más que conocido por astrólogo, metamorfoseador, adivino, y rufián también, entre la crema social potosina de aquellos tiempos. Pero en Lima, el aparecido se hacía llamar Bohorques y por Bohorques lo tenían todos los que en él creían; y como desde el Virrey abajo no había uno solo que dudara de la veracidad de sus hallazgos y aventuras, por Bohorques tomaba todo el mundo á aquel especie de Cagliostro que tanto ruido hizo en las crónicas coloniales del tiempo.

Cuando el recién llegado se paraba en la plaza Mayor de Lima, las mujeres y los hombres le rodeaban; juntábanse en torno suyo soldados y paisanos, cholos, indios y negros, europeos, criollos y mestizos, y todos, con la boca abierta, oían deslumbrados las aventuras y episodios de sus viajes,

que, aunque durasen de sol á sol, siempre eran cortos para tanto majín descompuesto con la sed de riquezas y para tanta imaginación montada hasta el quinto cielo con la idea de encontrar la piedra filosofal en las entrañas de América.

Aquel padre de los charlatanes y saltimbanquis, que tenía puntas de Cagliostro, de Mesmer y de Casanova, y que les daba diez vueltas á los tres juntos, contaba su estadía y su asilo en la ciudad de los Césares, allá en los senos más hondos de la cordillera, en una gran laguna resumida, donde vivía un gran pueblo, muy retirado del mundo, sobre un suelo aurífero, de diamantes y zafros, cuyas armas y herramientas eran todas de metales preciosos, y en cuyas moradas gigantescas, las columnas, los pisos y los techos, los estucos y las paredes, eran de oro y de plata, superando en riquezas á todos los palacios que tuvo el gran imperio de los incas en el reinado famoso de Huaina Capac.

El pueblo se electrizaba con aquellas historias; los no ordenados renunciaban á su santísima carrera, los frailes y los ordenados, no pudiendo renunciar, tiraban los hábitos, dejaban poblarse la corona y crecer la barba, y formaban especie de mesnadas entre ellos, para ir en busca de aquel famoso pueblo, más famoso que los de las Mil y una Noches. Olvidaban las beatas las novenas y las setenas y andaban embarulladas con los cuentos del andaluz. La historia, parca en sus narraciones, no dice como la crónica, que hubo hasta monjas á quienes llegaron las historias y que se mandaron mudar de sus conventos, vestidas de caballeros, con las ropas del sacristán que las prestaba gentilmente para la escapatoria. En fin, toda Lima andaba alborotada con el forastero, y las tapadas se encargaban de alborotarla más, pues se dice que Bohorques, además de embaucador de hombres, era embaucador de mujeres y tuvo muy buenas fortunas, así en las bajas como en las altas clases sociales, debido no sólo á las habilidades de su lengua, sino también á su hermosa y gentil apostura.

Llegó el nombre del recién llegado al palacio del Virrey y la Virreina lo recibió en su cámara, y los oidores de la Real Audiencia no quisieron ser menos y lo llevaron á sus casas y se entusiasmaron con él las *oidoras*; y lo buscaron los fiscales de cámara y los miembros del Tribunal

de Cuentas y los alcaldes y demás concejales. Andaba Bohorques de un lado á otro, como Niño Dios, y todos lo adulaban y todos lo festejaban, bebido, alimentado, agasajado en todas las casas, llevado á bodas y bautismos, á saraos, á toros y cañas, á cuanta fiesta se daba, en Lima por aquellos días de bendita credulidad.

Se le había desatado la lengua al andaluz diez veces más que cuando la soltaba para hablar al pueblo. Mentía y rementía por los codos, y como era el único que en aquel tiempo de la pajuela tenía fósforo en la imaginación, más feliz que Colón y que los famosos descubridores, él contaba con las enormes tragaderas del auditorio para echar cada bola como un templo con una admirable desenvoltura y zafaduría.

Cuando los cascos limeños estuvieron bien enardecidos con las patrañas de aquel mágico aventurero, comenzó éste á mostrar otro género de habilidades. Era un brujo de nota, hacía desaparecer palomas de entre las manos; tragaba fuego, se comía las agujas de las damas de cámara de la Virreina, les hacía desaparecer y reaparecer las piochas á las damas de campanillas, le sacaba al Alcalde de primer voto las onzas del chupetín y al Preboste de la Hermandad le extraía huevos de gallina de las narices y de la boca.

Hacía dormir á los maridos con tres ó cuatro puñados de aire que les tiraba á la cara, y durante el sueño del consorte se tomaba libertades que un lector del siglo XIX no necesita que le expliquen. En Lima, donde nunca ó rara vez llueve, él hacía llover; anunciaba los remesones, la llegada fija de los galeones, los hechos de armas del continente, y en fin, todo cuanto era extraordinario en aquellos días en que el teléfono y el telégrafo estaban esperando los dos siglos largos que les faltaban para nacer.

Con todas estas habilidades, aquel descubridor de ciudades de oro, las encontró en Lima sin ir más lejos; las arcas reales se derramaron en sus bolsillos y hasta las de los jesuitas, que ya empezaban á ser banqueros y especuladores de avería en el mundo, quedaron limpias para pagar los secretos de aquel prodigioso mago y magnetizador. Tenía bien llenos sus talegos y sus arcas Pedro Clavijo, y más de un balcón limeño se abría para él solo á altas horas de la noche, cuando el Gran Inquisidor, un

fraile de campanillas de la Real orden de Santiago, á quien aquel famoso don Juan le había seducido la dama, metió tal bulla y tanta protesta en los antros del Santo Oficio, que Clavijo, denunciado por hereje, fué prendido una madrugada, en el instante mismo en que bajaba de su balcón favorito, después de haber pasado una noche, digna de Romeo en los tiempos pasados y de Rolla en los contemporáneos.



Se despertó el marido á los gritos y alarmas de la ronda, y en paños menores, con un frío de todos los diablos, empuñó la llave de la puerta de la calle, que más que llave era arcabuz ó mosquete, la abrió y se encontró con los corchetes del Inquisidor Mayor que prendían á Bohorques; dió las gracias á la autoridad por la manera cómo le defendía la honra, y regresando al techo conyugal, muy satisfecho de la policía de Lima, aplicó á su consorte una recomendable azotaina y se durmió muy contento de haberse vengado de una manera tan capital.

El pregón anunciaba al día siguiente que Pedro Bohorques no era otro que Pedro Clavijo, andaluz zaparrastroso, falsificador y ratero, venido á Indias para deshonra de andaluces, y que juzgado por el Santo Oficio se le desterraba al presidio de Chile en una saetía próxima á zarpar de la rada del Callao.

En vano pidieron por él casadas y solteras, de alto y bajo cuño, beatas y reclusas; todo fué en vano: fué desairado el bello sexo de Lima; y cuando el crepúsculo caía sobre las aguas del Callao, desde lo alto de sus fuertes,

pudo verse á la saetía cubierta de velas, que aprovechando las brisas panamaenses, salía viento en popa, llevando á su bordo aquel Lovelace y hechicero que llenó con sus hazañas y aventuras el salón limeño de siglo xvii.

Poco tiempo después, en los ópimos valles del Tucumán, los arrieros que venían de Salta y Jujui, llegaban contando



que habían visto entre los árboles del camino ó sobre los altos picos de las sierras, una figura majestuosa, que por la noche atravesaba como una sombra llevando en la cabeza un capullo de luz blanquecino. Decían los arrieros que cuando aparecía la fantasma, las mulas temblaban y luego tomaban la carrera, desbarrancándose muchas de ellas en la fuga. Venían las mismas especies de Catamarca, y más graves aún, porque allí decíase que la fantasma había visi-

tado los campamentos de los indios calchaquíes pacificados desde el gobierno de don Felipe de Albornoz, y que se había presentado una noche en sus aduare, había tocado la roca con una vara, haciendo brotar de ella un chorro de agua roja, que los indios habían bebido cayendo en una especie de encantamiento. Contábase, además, que embriagados los indígenas con aquella agua maravillosa, se habían congregado alrededor del aparecido, y que les había contado las hazañas de sus antepasados; cómo el Inca Pacha-



cutec había adivinado y predicho el movimiento del sol y de los planetas; cómo Huaina Capac, había atravesado desde el Cuzco hasta Tucumán, montañas, ríos y raudales con trescientos mil guerreros, y como los españoles habían derrumbado, ensangrentado y robado todo el maravilloso imperio de sus mayores.

Gran susto se pegaron con la noticia las autoridades de Tucumán, y las devotas y los frailes no cabían en sus camisas, cuando supieron que el fantasma no era otro que

Huallpa Inca, descendiente en línea recta de Manco Capac y de Mama Oello, á quien los calchaqueís, ya en armas, obedecían ciegamente formando huestes guerreras y amenazando de nuevo las ciudades cristianas.

El susto fué grande, cuando una noche borrascosa aparecieron en las vecindades del pueblo los fogosos calchaqueís, y los escuchas vinieron contando que allí estaba Huallpa con diez mil guerreros, ceñida la frente del *llautu*, cubierto por una cota deslumbrante de pechos de colibríes y lleno de collares de perlas y piedras preciosas.

Temblaban los soldados y creían en ánimas, y el Gobernador á la sazón del Tucumán, don Alonso Mercado y Villa-corta, anduvo más que corto para tomar las de Villadiego y tratar con paños calientes á aquel aparecido, que en son de guerra le venía á molestar en sus dominios. Pidió el Gobernador una entrevista al Inca, y éste se la otorgó en su campo, donde después de muchas arengas y aparatos, quedó convencido el español de la necesidad de tratar con aquel monarca que le aseguraba la paz de los indios, mediante ciertas contribuciones personales.

Entretanto, llegaba á Lima la nueva de la aparición; y de la quebrada de Humahuaca, y de Oruro y de Potosí, iba el chisme de que el aparecido era ni más ni menos que Clavijo. Juraban los del presidio de Chile, que Clavijo había muerto y que estaba enterrado, y que el que de allí se había fugado, era un Bohorques, que tanto les había rogado y adulado que le dieron libertades que se tomó más de las necesarias.

—¡Vaya un alcornoque ese guardián de presidio! exclamó el Inquisidor, cuando supo la candorosa respuesta del de Chile.

Y en el acto salió un propio para el gobernador Mercado, que á paso de mula y por medio de chasquis pedestres llegó á Tucumán en treinta días, con orden de batir al Inca y de tomarlo vivo ó muerto.

Hizo de tripas corazón Mercado contra el miedo de los aparecidos; convocó á la gente de guerra, y con treinta arcabuceros y ciento ochenta espadas con sus correspondientes adargas y rodelas, y un pedrero, salió de Tucumán para Salta, no sin poner en juego antes las artes de la diplomacia para ganarse al falso Inca, que comprendió las tretas del Gobernador y se puso en retirada para las gua-

ridas de los calchaquíes y humahuacos en Salta. Hasta allí le siguió el Gobernador y allí los arcabuceros y la gente de arma blanca dió á Su Majestad el Inca Pedro Clavijo tan recia batida, que dos meses después el aparecido estaba bien seguro en el lomo de una mula, acompañado de un oidor de Chuquisaca, viaje de Lima.

Alborotóse el cotarro de las mujeres; la Virreina metió su influencia y la metieron las *oidoras*, las *fiscalas* y las *licenciadas* de alto coturno, y se perdonó la vida de tan famoso y adulado personaje, hasta que un nuevo levantamiento de los *calchaquíes* en que él tenía tanta parte como el Santo Padre, lo echó, quieras ó no quieras, al patíbulo de la Plaza Mayor, donde unos dicen que murió á garrote y otros despedazado por cuatro potros, que todo es lo mismo para entregar el rosquete al diablo.

Lloraron las matronas y damiselas limeñas la muerte de Pedro Clavijo, y las leyendas indígenas referían, hasta ahora un siglo, que en las minas de Catamarca y en los bosques de Tucumán, solía aparecerse el Inca Huallpa, contando su regreso de la ciudad de los Césares y sus buenas fortunas en la sultana del Rimac.

LUCIO V. LÓPEZ.



LA COPA ETERNA

De las penas de muerte que ejecuta
nuestro destino impío,
en Sócrates se llama la *cicuta*;
en Cristo *hiel*, y en cuanto vive *hastío*.



LAS MUSAS

Vivaz, armoniosa,
 risueña y sonrosada,
 el trágico coturno
 crujiéndole en las plantas,
 volcado el traje en opulentos pliegues,
 la Musa excelsa de los griegos pasa.

Morena, y tan hebrea
 la carne como el alma,
 musa de los cantares,
 noctívaga inflamada,
 la dulce Sulamita, olor de rosas
 por los viñedos de Engadí derrama.

Batiendo entre las nieblas
 del Rhin la veste blanca,
 tendidas al castillo
 las silenciosas alas,
 descende, envuelta en claridad de luna,
 la pensativa Inspiración germánica.

Cruzando aquí llanuras,
 trepando allá montañas,
 joven, hermosa, llena
 de ensueños y esperanzas:
 —«¡Al ideal, nos grita, á las alturas!»
 la adolescente Musa americana.

RAFAEL OBLIGADO.



PROMESA CUMPLIDA

Á MI HIJA SARAH EN LA NOCHE DE SU BODA

(EN SU ÁLBUM)

«—Ruego que no se rompa el sello que
reserva estas hojas.» Sarah.

Al pensil hermoso donde está su nido
dos tórtolas llegan... con dulce gemido
que es himno á la vez,
su fronda sacude gentil naranjero
y de blancas flores tapiza el sendero
que huellan sus pies.

Brilló Héspero entonces, más vivo en el cielo. .
nubes de azahares formaron un velo...
la orquesta calló;
y cual si la hiriese del misterio el ala,
á poco, en silencio, la espléndida sala
desierta quedó...

Ya todos se fueron... y también aquella
que era *en mi horizonte* la polar estrella,
ángel de mi hogar,
maga encantadora, forma peregrina,

corazón amante, bondad que domina
sólo con mirar!

Cubrían la alfombra, del baile despojos...
llanto indefinible cayó de mis ojos...

El *álbum* tomé...

Y el sello y la banda — con nerviosa mano,—
que en tres hojas puso como íntimo arcano,
mi Sarah, rasgué.

¿Dolor ó alegría?... No sé, ni podría
en aquel momento decirte, hija mía,
lo que yo sentí.

Oír parecióme tu voz dulce y grata
que me repetía: *¿Cuándo pone, tatu,*
sus versos aquí?

¿Mis versos?... Pedazos del alma, destello
de lo más sentido, más fúlgido y bello
de mi inspiración,
velado en torrentes de luz y armonía,
quisiera en tu *álbum* poner, vida mía,
y en tu corazón!

En páginas albas, el sello era emblema
de la que aguardaba, sublime diadema,
tu sien virginal;
con ella ahora entras en el prometido
edén, cuyas puertas sólo abre el ungido
amante nupcial!

¡Que tu unión bendiga quien todo lo puede!
¡que adversa ó propicia, tu existencia rueda
pura y siempre en flor!
Brinda al tierno esposo, y él te dé colmada,
siempre embriagadora, la copa encantada
del sincero amor!

Cual raudal fecundo, de esperanzas lleno,
los vástagos sean que brote tu seno,
como él, como tú;
y nazcan en lecho de lauros y rosas,
los hijos, valientes; las hijas, hermosas;
todos con virtud.

Si tú eres la estrofa mejor de mis cantos,
como dijo un bardo famoso entre tantos
que te dan loor;
¡musa inspiradora, realiza en la tierra
el mejor poema que la vida encierra,
que es el del amor!

Y cuando abandones las nativas playas,

sol esplendoroso, doquiera que vayas
 revela, ideal,
 el tipo acabado de gracia y belleza
 que imprime á sus hijas la genial grandeza
 del pueblo oriental.

¡Salud, oh gran pueblo!... Salud, nobles almas,
 que habéis arrojado mirtos, lirios, palmas
 á mi serafín!
 ¡Que en vos, vuestros hijos y en cuantos os amen,
 con pródiga mano los cielos derramen
 ventura sin fin!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

Montevideo, Mayo 26 de 1889.

RETRATO Y CONSULTA

Es un diablo, lector, esta María,
 de quien pretendo haceros el retrato;
 su ex novio, cuando lo era, me decía:
 — ¡Yo la dejo ó la mato!...

Es un pillo, incapaz de corregirse,
 que llama con los locos de sus ojos,
 y se hace enamorar, para morirse
 de risa, á sus antojos.

Más traviesa que un niño de cinco años
 es su pálida cara, siempre en juegos;
 se goza en ver brotar los desengaños,
 y en rechazar los ruegos.

Y tiene en las mejillas dos pocitos,
 que gritan, yo les oigo: ¡vengan besos!...
 Los labios quieren irse á sus niditos,
 á cometer excesos...

¡Qué mujer!... ¡Qué mujer tan exquisita!...
 Tiene un cuerpo de forma irreprochable,
 aunque es gruesa, es derecha y es bajita
 la perversa adorable.

Son sus dientes, lector, de esa blancura
 de la carne del coco americano,
 símil que, si no mío, es por ventura,
 novedoso y galano.

Su voz... pues yo su voz no la he escuchado;
 su pie... su pie lo he visto, es delicioso;
 y su mano... su mano no he estrechado,
 y la amo, y soy celoso.

No es amor de estos tiempos el que tengo;
 pero diga el lector, por mi retrato,
 — al juicio del lector siempre me atengo —
 ¡si la dejo ó la mato!...

JUAN CANCIO.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Francisco Tamagno

FRANCISCO TAMAGNO

Como los tenores Frascini, Negrini, Gayarre, Roppa, Masini y otros que han alcanzado gran celebridad, Tamagno es de modesta cuna.

Nació en el año de 1850, en el arrabal de Turín llamado *la Aurora*, de humildísimos padres, que tenían puesto un pequeño comercio.

Estudiada la música en las clases del Liceo de aquella ciudad, hizo en público sus primeras armas el año 1873, figurando modestamente entre las filas del cuerpo de coros del Teatro Real y estrenándose, luego, cantando la reducida parte de *Nearco* en el *Poliuto*, en cuya ópera debía alcanzar, andando el tiempo, tan ruidosas ovaciones. Desempeñaba, pues, en el citado teatro las dobles funciones de corista y de *comprimario* y todo esto por la modestísima paga de 290 liras, y aún así, durante toda la temporada de carnaval-cuaresma.

Han asegurado algunos biógrafos que antes de entrar en el cuerpo de coros había sido mozo de fonda ó café. Sea como quiera, la diferencia de honorarios de entonces á hoy ha puesto, realmente, á prueba el destino reservado á cada hombre.

Con el joven tenor en ciernes cantaban durante aquella temporada, en el citado Teatro Real de Turín, la *prima donna* Bianchi Montaldo y Monzini.

Es preciso fijarse en esta circunstancia, que ciertamente no hemos recordado en vano, porque honra á Tamagno, puesto que al lado de artistas de la talla de aquellos logró hacerse aplaudir en la parte de *Nearco*. Sin embargo, sus estudios eran, á decir verdad, bastante incompletos, y por consejo de algunos amigos se dedicó seriamente al especial del arte del canto, primeramente con el profesor Tassó y luego con la afamada maestra Candiani, aplaudida ex cantante.

Su primera exhibición artística data de la temporada en que cantó en el teatro Victor Manuel de su ciudad natal: la ópera elegida para su estreno fué *Guarany*, pero su estilo

y condiciones vocales no alcanzaron á despertar la atención del público como la despertó, poco más tarde, en el teatro Bellini de Palermo, en donde, realmente, empezó á pronunciarse su nombre como artista que prometía, y fué solicitado por varias empresas, tanto nacionales como extranjeras.

Cantó en Barcelona en distintas ocasiones en el Gran Teatro del Liceo, y puede asegurarse que en Barcelona recibió su bautismo artístico, pues la ciudad condal fué el origen positivo de su brillantísima carrera.

Debemos hacer mención aquí de una circunstancia referente á una de las cláusulas de su contrato en el referido teatro Bellini de Palermo, según la cual, si el novel tenor no era aplaudido tres veces en cada representación, se tendría por nulo y sin valor el contrato firmado con el aditamento de una cláusula tan ridícula. Tamagno la aceptó, considerándose seguro y dueño de todas sus facultades. Así se explica que desde la primera representación del *Ballo in maschera*, que fué la ópera elegida para tal experiencia, levantó tanto entusiasmo que logró tranquilizar á la atribulada empresa.

Ya desde aquel punto y hora las empresas parece que le habían otorgado carta blanca, y tanto fué así, que las contrataciones, á cual mejores, se sucedían conforme crecían el favor y el crédito alcanzados ante el público.

Del Bellini de Palermo pasó á la Fenice de Venecia para cantar *Guarany* y *Poliuto*, y después á España, América é Inglaterra. De vuelta del extranjero cargado de dinero, se arregló con la empresa de la Scala de Milán, en donde por tres veces se presentó en las óperas *Africana*, *María Tudor*, *Don Carlos*, *Re di Lahore* y otras.

Tentado por las proposiciones que de nuevo recibió de América, hizo un viaje de dos años á aquellas regiones. Regresó á Milán y luego volvió á salir contratado por el empresario Ferrari para realizar su brillante campaña artística de Buenos Aires, en donde se halla de nuevo en el momento en que trazamos estos apuntes.

En el intermedio estrenó en Milán la última obra del insigne maestro Verdi, el *Otello*, alcanzando un triunfo de aquellos que forman época en la historia de los artistas.

Para un artista excepcional como es Tamagno, es superfluo un artículo biográfico. El llamado *rey de los tenores*

ha hecho resonar su potente *voz de oro* en las escenas de Europa y América, y en todas partes ha despertado la admiración de la muchedumbre. No hay alabanza que no se le haya prodigado ni honor que no se le haya concedido.

La voz de Tamagno es de tal manera potente y vibrante cuando produce las notas agudas de su hermoso registro vocal, que domina una masa coral de 150 voces robustas y una orquesta de 120 profesores en los momentos en que la sonoridad alcanza su maximum de potencia.

Y esta voz colosal explica los inmensos éxitos alcanzados por Tamagno en la ejecución de los variados tipos de su repertorio, aumentado actualmente con la creación de la parte que le cabe en el *Otello* de Verdi y en el *Asrael* de Franchetti.

F. PEDRELL.

AMOR Y CELOS

La amaba y le dió su vida,
su corazón altanero,
su negro potro ligero
y su libertad querida.

Mujer al fin, porque venza
su capricho á sus recelos,
ella, riendo de sus celos
á otro gaucho dió una trenza...

Por la inmensa herida abierta
sangre del alma brotó:
ciego, el cuchillo sacó
¡y á sus pies tendiÓla muerta!

Con orgullo soberano:
— ¡Así se venga un celoso!—
rugió, y se volvió al dichoso,
el arma pronta en la mano.

Luego, en su prenda ¡tan bella!
clavó la triste mirada,
y hundiÓse el arma acerada,
¡aún tinta en la sangre de ella!

SEGUNDO I. VILLAFañE.

UNA VISITA



—¿La señora de Avendaño
está en casa?

—Sí, señor;
pero se encuentra en el baño.

—Pues anuncia... ¡á un nadador!

 LAS TRES ALMAS

Al alcázar de soles revestido
llamó el alma del triste pecador,
y las puertas le abrió compadecido
el ángel del amor.

A su-vez hasta el pórtico esplendente
la del justo, alma pura, también fué,
y las puertas abrióle reverente
el ángel de la fe.

Al templo donde alcanzan nueva vida
las almas que el dolor purificó,
llamó temblosa el alma del suicida
y nadie respondió.

SIMÓN CALCAÑO.

AL FIRMAMENTO

¡Salve, superna bóveda azulada,
donde el Arcángel del misterio habita,
en cuya inmensidad que me anonada,
de soles tachonada,
la gloria miro de mi Dios escrita!

¡Salve, palio triunfal, gasa extendida
en el confin del cristalino espacio;
corona de la tierra, bendecida
alfombra enriquecida
del esplendente y celestial palacio!

¿Quién al mirarte en su ardimiento osado
no ha querido volar hasta tu seno?
¿qué pecho al contemplarte no te ha amado,
ya al verte en luz bañado,
ya de mil nubes caprichosas lleno?

Y en la serena noche, ¿quién no ansía
tus luceros besar desparramados,
que fingen á la loca fantasía
los ojos de María
en tu diáfano azul multiplicados?

¿Quién no admira los vívidos colores
que en la muerte del sol y el nacimiento
reflejan tus espejos brilladores?
¿quién no ama los fulgores
del carro de tu luna soñoliento?

¿Quién no se encanta al ver en tus regiones
la augusta majestad de los planetas
que bordan de la noche los crespones?
¿y á quién pavor no impones
con la siniestra luz de tus cometas?

Obra gigante de mi Dios, te adoro;
yo me prosterno ante tu azul sereno,
ya te ilumine el sol con hebras de oro,
ya breme en tí, sonoro,
tras breve rayo prolongado trueno.

Ya en nubes de purísimos vapores
envuelvas tus tesoros inmortales,
ya el Ángel de la luz y los colores,
esparciendo fulgores,
tienda el iris franjado en tus cristales.

Siempre grande y sublime y portentoso
te contempla extasiada el alma mía,
al ver que nunca tu dosel pomposo
mortal pisó orgulloso,
tu brillo así manchando en su osadía.

¡Ah! yo te creo la eternal barrera
que por velar su espléndida morada
alzó el Dios que mi espíritu venera
diciendo al hombre:—«Impera
bajo esa tienda de zafir colgada.

» Te hago del mundo dueño soberano,
mares y montes cruzarás contento,
aunque te sean misterioso arcano;
mas nunca con tu mano
los globos tocarás del firmamento.»

Así le dijo y se cumplió. Pasaron
generaciones mil, y en su carrera
sólo tus ricas galas contemplaron;
que vanamente osaron
rasgar el éter y escalar la esfera.

Si no, la gran Babel hé allí atrevida
en su demencia amenazar tu velo,
y luego, como el águila, rendida,
caer al fin vencida
y avergonzada de su torpe anhelo.

Nadie tu faz tocó, ni en su locura
triste, irrisoria y mísera, ha podido
el menguado mortal medir la altura
que hay de la tierra oscura
á tu lumbroso pabellón tendido.

Y el sabio que levanta sus miradas
al través de su vidrio en tí leyendo,
¿en qué invierte sus ímprobos veladas
á tí tan consagradas?
Sólo el cálculo al cálculo añadiendo.

Que juzgándose dueño de un tesoro
de ciencia, ni comprende la fugada
rápida exhalación, lágrima de oro,
chispa de luz, meteoro
que rueda por la atmósfera azulada.

¡Oh! cada chispa en tu extensión prendida
es un misterio para el ser que piensa
y te contempla en su ilusión querida;
mas ¿durará la vida
para admirar tu majestad inmensa?

¿Siempre habrá rayos que tu velo doren?
 ¿siempre luceros bordarán tu asiento?
 ¿nubes de tintes mil que te coloren
 y raudas se evaporen
 siempre tendrás, remoto firmamento?

No: cuando la trompeta pavorosa
 el fin anuncie á cuanto el orbe encierra,
 tú has de quedar, pero con faz luctuosa,
 como la inmensa losa
 que las cenizas cubra de la tierra.

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ.

Caracas.

UNA SANTA

SONETO

¡Miradla! ¡es ella! en su cupé tendida
 su vanidad ostenta y su hermosura;
 mueve los labios... ¿rezará?— murmura,
 ó se mofa del bien; esa es su vida.

Siempre halagada, aunque jamás querida,
 ni el duelo siente, ni el placer apura,
 que hasta vergüenza tuvo la natura
 de hacerla madre en hora apeteuida.

Pasa por santa: los que ven sus ojos,
 donde asoma el fulgor de la inocencia,
 los juzgan tristes al mirarlos rojos;

Embustero antifaz de una conciencia
 en que vierten la hiel de sus enojos
 el orgullo, la envidia y la impotencia.

MANUEL DEL PALACIO.

EPIGRAMA

—¿Qué mal aqueja á mi esposa?
 dijo al médico, Simón.
 —Tiene el estómago sucio.
 —¿Nada más? ¿y qué le doy?
 —Para eso son excelentes
 las pastillas...
 —¿De jabón?

EL VERANEO



—¿Conque dices, Eleuterio,
que es tan sano este lugar?
—¡Mucho! para inaugurar
el moderno cementerio,
viendo el alcalde, mohino,
que aquí nadie se moría,
determinó el otro día
hacer matar á un vecino.

EL AMOR

Del universal dualismo
es Amor cifra y emblema;
pues el amor, en sí mismo,
es el supremo egoísmo
en la abnegación suprema.

NUMA POMPILO LLONA.

ESPERANDO AL NOVIO



AS ocho!... ¿oyes, mamá? ¡han dado las ocho!

— ¡Qué inquietud de muchacha!

— ¡Es que ha estallado en mí una sublevación de nervios!

— Pues hay que sofocar ese movimiento... subversivo.

— ¡Las ocho y Pepito no parece! ¡pues qué! ¿ya no consulta para acudir á mis citas el cronómetro del amor? cualquiera diría que usa reloj... de marido, que anda siempre atrásado. ¡Pero esto no quedará así! es necesario que hoy mismo pidas explicaciones á ese... *caballero*. De lo contrario, obligaré á papá á que se bata con él... ¿Dónde está papá?

— En la azotea.

— ¿En la azotea con este huracán?

— En la azotea, con huracán y todo.

— ¿Y qué hace allí?

— Experimentos científicos. Ya sabes que tiene ambición de gloria y que quiere legar su nombre á la posteridad. Al principio se preocupó de la navegación aérea, pero viendo el desgraciado éxito de sus ensayos, ha limitado á más baja esfera sus aspiraciones, aunque sin abandonar su idea de ilustrar el nombre que lleva con un descubrimiento que le haga famoso. Cree que por ahora la dirección de los globos es una utopia y consagra su talento á la solución de otro problema de indiscutible utilidad en días de huracán deshecho, en que todo vuela y en que es imposible transitar por las calles.

— Pero en resumidas cuentas, ¿qué busca?

— La dirección de los paraguas.

— Papá está loco.

—¡No dirán lo mismo los transeuntes... de la posteridad!

—Mejor sería que papá pidiese explicaciones á Pepito.

—Los sabios como él no se preocupan de estas fruslerías.

—¿Fruslerías llamas á mis amores? ¿no se casó contigo papá?

—Sí, se casó conmigo, efectivamente; pero entonces todavía no era sabio... ó al menos lo ignoraba, pues no lo supo hasta que se lo dijo un periódico: la sabiduría es célibe; la tontería es la única que frecuenta el templo de Himeneo.

—Mamá, parece imposible que digas estas cosas.

—Hablo por boca de ganso; es decir, por boca de tu padre.

—¿De manera que si Pepito cometiese la traición aleve, la negra infamia de venir... á las ocho y cuarto, quedaría impune y sin castigo? ¡mamá, tú no me quieres!

—¡Pero, hija! ¿quién ha pensado en ofenderte?

—¡Pepito! Cuando no está aquí, prueba que no me ama.

—O que se lo ha llevado el huracán... ¡es tan ligero ese chico! ¡ahí tienes! ¡si se hubiese descubierto la dirección de los paraguas!...

—¡Ay, de mí! ¡cuán desdichada es mi suerte!

—¡Pues no llora la muy tonta! ¡cálmate, mujer!

—¡Imposible! mi alma se deshace en lágrimas y mis ojos se anegan en esa inundación del sentimiento que acabará por ahogarme! Porque es indudable que Pepito ama á otra; de lo contrario, ¿cómo se explicaría esa tardanza sin precedente en los fastos, ya infaustos, de nuestra pasión? Pero yo me vengaré de ese monstruo y seré... del primero que me quiera; á Dios gracias, mis ex novios no han abandonado aún el culto de mi hermosura. Como tenga Pepito el descaro de presentarse ante mis ojos, le pondré de patitas en la calle.

—Vamos, hija, no digas desatinos; por ese camino no llegarás nunca á la vicaría: hay que subir la agria cuesta que te separa de ella con la cruz de la resignación en el alma, y una vez en la cumbre... una vez en la cumbre tiempo te queda para clavar en esa cruz á tu marido. ¡Ay, hija mía! en los tiempos que corremos los novios vuelan

muy alto y no hay perdigonada de suspiros y miradas que les hiera y derribe á nuestras plantas; es necesario recurrir al lazo del engaño para atraerles: nada de invectivas en los labios, nada de relámpagos de ira en los ojos. Sea tu corazón blanda cera á sus caprichos y no dura roca en el mar de su vida porque temerá estrellarse en ella en cuanto sople viento de tempestad. ¿Que comete algún pecadillo venial? haz la vista gorda. ¿Que falta algún día sin motivo justificado á la visita oficial? no le pidas explicaciones de ningún género y ponle buena cara: la docilidad es lo que más enamora á los hombres en la mujer y lo que conviene es que formen de nuestro carácter una idea que les haga mirar sin espanto el matrimonio y crean candorosamente que han puesto su cariño en corazones de paloma. No enseñes á tu novio los grilletes antes de entrar en la cárcel, y no agites en las manos las cadenas que han de sujetarle á tu albedrío: sean tus amores y tus sonrisas las flores que oculten esos hierros, cuya vista acobarda al más valiente y apasionado: que vea en tus ojos resplandores de sol, no reflejos de acero, pues la mirada de una novia debe brillar como la luz de los cielos, no como espada desnuda... Créeme, hija mía, á los hombres no hay que enseñarles los dientes antes de tiempo, sino cuando no tienen escapatoria.

—Y después, ¿quién le domestica?

—Una vez en tu poder, harás de él lo que quieras en el yunque del amor y bajo el martillo de tu voluntad, pero eso sí, ¡en caliente! porque si dejas que se entibie su entusiasmo, machacarás en hierro frío. En los primeros tiempos del matrimonio es cuando toda mujer puede *forjarse* un marido á medida de su gusto.

—No obstante, ¿y si más tarde se rebela contra mi autoridad de esposa?

—Declaras su corazón en estado de sitio y no resistirá á un asedio... por hambre. Desengáñate, cuando un hombre tropieza con un carácter firme y decidido, no tiene más remedio que capitular y rendirse á discreción. Primero, rienda suelta para que trote á su antojo por los campos de su capricho, pero después se refrena poco á poco su marcha y se le conduce adonde una quiere, aunque relinche de furor al sentir la espuela de nuestra voluntad.

—¿Y si se desboca?

— ¡Deja que se desboque! ya verás como se cansa y vuelve mustio y dócil á tu lado. Lo que conviene es no asustarle ahora con exigencias intempestivas, ni tratarle como se trata... á un marido. ¡Ay, hija mía! tú no sabes lo que me costó á mí pescar uno; años y años me pasé echando el anzuelo, hasta que se lo tragó el atún de tu padre. ¡Y eso que veinte años atrás no estaban los tales peces tan *escamados* como ahora!

— ¡Bah! ¿crees que es tan difícil pescar marido?

— ¡No lo sabes bien, hija mía! Por eso me estremece la idea de que Pepito rompa las redes de la seducción donde le tienes preso, porque si se escabulle... ¿cuándo caerá otro?

— Con todo, yo creo que papá debe pedir una explicación á mi novio.

— Ya sabes que no hay que contar con tu padre para nada, hasta que no pase el huracán.

— ¡Pues me gusta la calma!

— Los sabios son así: cuando creen estar á punto de resolver un problema científico, por nada de este mundo abandonan sus experimentos ó sus cálculos, aunque el cielo se desplome sobre sus cabezas ó aunque el suelo se hunda bajo sus plantas. Cuando el cura, al pie del altar, preguntó á tu padre si me quería por esposa, ¿sabes qué contestó? *jeureka!* y soltando mi mano, salió corriendo de la iglesia en medio de la estupefacción general; todos creían que se había vuelto loco. Recuerdo que mi pobre madre se arrojó en mis brazos llorando á gritos y diciendo:—¿Quién será esa *Eureka?*— ¡Alguna perdida! observó mi padre, retorciéndose el bigote con furor y paseando en torno suyo una mirada imponente.—Es necesario aclarar ahora mismo este misterio, agregó la primera, dirigiéndose á su esposo; anda en busca de ese infame, y si le encuentras con la *otra*... no desmientas la altivez de tu raza: ya sabes que descienes de los Doce Pares de Francia. Mi padre, que ardía en deseos vivísimos de vengar la afrenta recibida, se fué en derechura á casa de su presunto yerno, al cual pidió explicaciones sobre la escandalosa escena ocurrida...

— Y papá, ¿qué contestó?

— Que acababa de resolver el problema de la navegación aérea y que estaba decidido á no volver á la iglesia sino en globo. Desgraciadamente fallaron sus cálculos, como de

costumbre, y sospechando mis padres que si yo tenía que ir por los aires á casarme, corria gravísimo riesgo de quedarme soltera toda la vida, le obligaron con buenas razones á cumplir su palabra.— Si no podemos ir todavía en globo á la iglesia, decía mi pobre madre con mucha sensatez, ¿qué importa? iremos en carruaje: afortunadamente, hace ya mucho tiempo que se ha descubierto la dirección... de los coches.

—¿Oyes?... ¡llaman!

—Será Pepito.

—¡El es!... únicamente él llama de este modo... ¡Infame! no sé si podré contenerme.

—¡No hagas disparates, mujer!

—¡Quién sabe de dónde viene!

—Lo que importa es saber adónde va, y creo que se dirige á la vicaría.

—¿Y he de ahogar en el corazón la ira que pugna por saltar en rayos á los ojos y en apóstrofes á los labios?

—Esas escenas, hija mía, se dejan para más tarde: si el novio sabe lo que espera al marido... lo más probable es que el marido no venga.

CASIMIRO PRIETO.



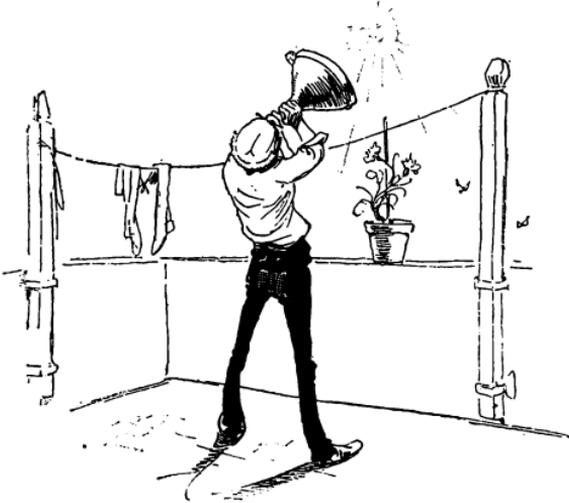
❧ 174

EPIGRAMA

—¿Conque es tan desaplicada
tu discípula, Ventura?
pues su novio me asegura
que está muy adelantada.

EN BUSCA DEL SOL

VIAJE EXTRAORDINARIO, POR APELES MESTRES



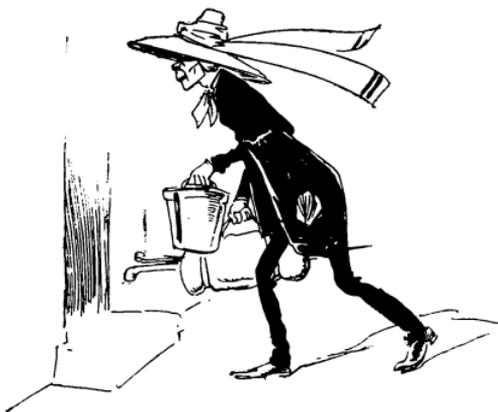
A vuelta de tenaces y prolongadas observaciones y merced á los más perfeccionados instrumentos, el Doctor Olécranon ha descubierto que el sol es...



Ni más ni menos que una inconmensurable onza de oro purísimo. ¡Qué filón para el mortal que lograre apoderarse de ella!



¿Y por qué no había de ser él, el Doctor Olécranou?... La *onza* sale de allí; allí tiene, pues, su gazapera.



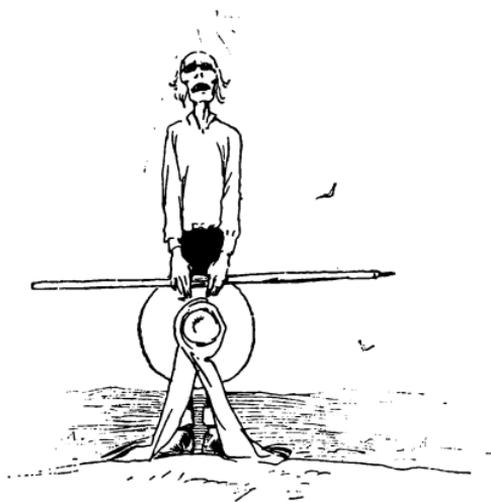
Y hacia *allí* se dirige el sabio Doctor apercebido para el más prodigioso y fructífero de los viajes.



Llegado á un extenso valle, el Doctor Olécranon descansa y observa con satisfacción que realmente el sol se levanta de la montaña de enfrente.



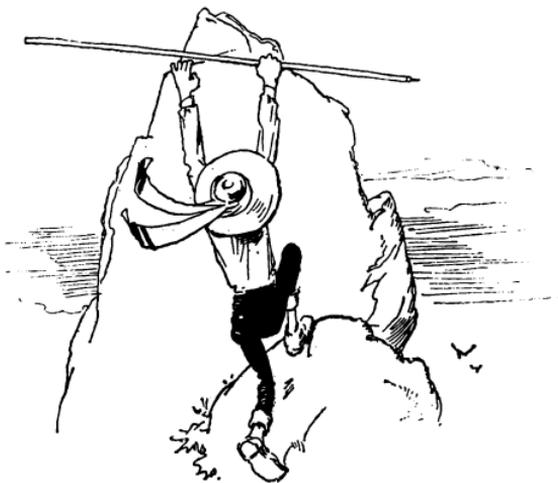
Y con ánimo esforzado trepa por la bendita montaña.



Pero al llegar á la cumbre se convence de que el sol sale de *más allá*.



Y con ánimo no menos esforzado desciende por la ladera opuesta.



Y traspasa otro valle y escala otra cumbre.



Y una y otra vez se convence de que el sol sale de *más allá*.



Y abandona por fin el más alto de los picos convencidísimo de que el sol tiene su escondrijo en el mar.



Detiéndose en la playa, echa sus cálculos y toma una barca por su cuenta.



Y empieza á bogar en dirección á una isla de la cual sale el sol. ¡Vaya si sale! no le queda de ello ninguna duda.



¡Nuevo desencanto! En la isla no hay rastro de onza de oro.



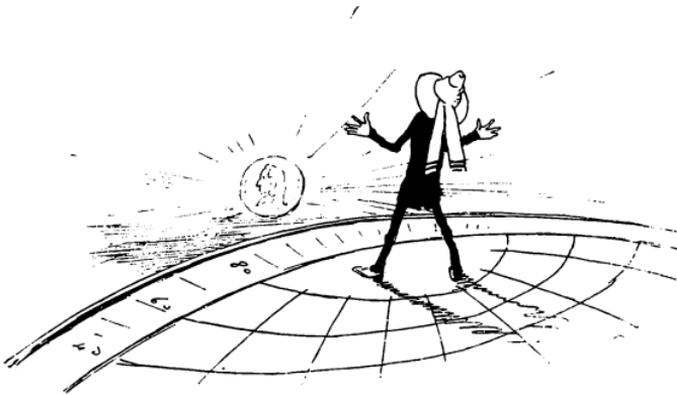
Nueva peregrinación á un islote que ha divisado en lontananza. ¡Pero el sol sale de *más allá!* ¡Siempre *más allá!*



Y de isla en isla y de mar en mar penetra en las regiones boreales, de donde no puede salir sino con la *suya*, es decir, con la *onza*.



Pero ¿qué es esto? Entre él y el sol va interponiéndose siempre un témpano tras otro témpano.—¿*Más allá* todavía? ¡No importa!



Y andando, andando, encontré con estupefacción al extremo del mapamundi.



Ergo: el sol sale de *más allá* todavía. Ergo: la bola terrestre es una *bola*... ¿Qué es, pues, lo que hay *más allá* del planisferio?



Y tanto se asomó que dió con su cuerpo abajo... no del mapamundi, como él creía, sino de lo alto de su casa, por donde andaba viajando el Doctor Olécranon completamente derretidos los sesos.

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



Alfonso Daudet

EMINENTE NOVELISTA FRANCÉS

ALFONSO DAUDET ¹

En la moderna escuela literaria, en esa escuela que, según uno de sus jefes, «consiste en la doble operación de sentir lo que se ve y decir lo que se ha sentido, animándolo todo con la vida particular de un temperamento,» nadie más elevado que Daudet, el inspirado autor de *Fromont joven* y el *Nabab*. Ninguna personalidad artística más definida que la suya. Tal como se presenta en su primera novela se mantiene en la última, trazando esos cuadros exuberantes de luz y colorido en que está concentrada toda la vida de París, vista y sentida con todo el fuego de un corazón meridional. Ninguna tampoco más simpática. El que lee sus novelas le ama, se funde en uno con el autor—cuya presencia adivina en el fondo de cada cuadro, detrás de cada personaje,—y llora ante un episodio triste ó se regocija ante un detalle alegre, persuadido de que allí, cerca de él, el autor llora también ó también se regocija.

¡Bello espectáculo la vida del famoso novelista! Como si la fortuna le hubiera agraciado con todos sus dones, sigue desde un principio el camino que se trazó, sin tropezar con obstáculos insuperables que ni un momento le desvíen de él. No hay en su vida contrariedades, ni disgustos, ni derrotas que hagan vacilar, siquiera sea por instantes, la fe de su corazón; no hay tampoco necesidades que le obliguen á abandonar desesperado el campo de batalla para luego volver á él. Sus pequeños artículos, sus cuentos, eran leídos con placer é hicieron conocido su nombre en el periodismo; después, cuando quiso ensanchar la esfera en que se movía, cuando publicó su primera novela *Fromont joven* y *Risler mayor*, el aplauso fué unánime, y la misma Academia le dió un premio, no pudiendo recelar lo que se escondía debajo de aquel drama interesante con tanta sencillez desarrollado. Treinta años tenía apenas cuando podía escribir al lado de su apellido esa palabra que tanto apre-

¹ Creemos que nuestros lectores verán con gusto la reproducción del notable estudio biográfico dedicado al ilustre novelista francés, que formando prólogo á la traducción española de una de sus obras más celebradas escribió el conocido literato don Eugenio de Olavarría y Huarte.

cian los franceses: *decoré*. Luego, llegó para él esa hora en que el hombre tiene necesidad de crearse una familia, se casó, y la fortuna, que tanto le ha favorecido, no quiso abandonarle en este trance supremo, y le dió una mujer inteligente y de talento, que ama á su marido y le comprende hasta el punto de haber sido su colaboradora en algún libro. La confianza que tiene Daudet en el talento de su esposa es conocida de todos, desde que el autor escribió sus *Reyes en el destierro*. El exceso de trabajo había agotado las fuerzas del escritor; la sangre hervía en su pecho, subía en oleadas y amenazaba ahogarle; pero él seguía trabajando dominado por la fiebre de las ideas, convulso, palpitante, acabando una cuartilla para empezar otra sin darse un punto de reposo. Llegó un momento en que los ojos se cerraron, los sentidos dejaron de funcionar y el cuerpo rodó por el suelo: entonces, en aquel supremo instante en que podía sentir cerca de su rostro el hálito helado de la muerte y antes de desvanecerse por completo, tal vez para no despertar jamás, Daudet reunió todas las fuerzas que le abandonaban ya, para decir á su mujer:—*Acaba mi libro*.—Más tarde, contando él mismo este episodio, ha dicho:—Le hubiera acabado admirablemente. Mi mujer conoce el arte tanto como yo.

La vida de los grandes escritores no puede ser nunca asunto indiferente para aquellos que les admiran: muchas veces se encuentra en ella la clave de sus obras, la razón de su modo de ser y de su modo de pensar. Tratándose de Daudet, el dato es tanto más interesante, cuanto que quizá pueda explicarnos la extraña contradicción que se nota en sus obras.

Daudet es naturalista en toda la extensión de la palabra; naturalista por convicción, que sólo trata de hechos reales en sus novelas; que no presenta más personajes que aquellos con quien se ha codeado en el mundo, y que han vivido en la realidad mucho antes de vivir en la ficción. Zola, juzgando á Daudet, le cree desprovisto de toda fantasía, le juzga incapaz de imaginar una acción más ó menos inverosímil desarrollándose entre seres que nunca hayan existido. Lleva al libro las personas que le rodean, los hechos de que fué testigo en algún tiempo: al pie de todas las figuras que se mueven en el *Nabab*, la perspicacia parisién puso nombres conocidos, y lo mismo sucede con los *Reyes en el*

destierro y *Numa Roumestan*; hablando de *Jack*, dice él mismo en el *Prefacio* que ha puesto á la última edición: "Es un libro cruel, un libro amargo, un libro lúgubre, sí; pero ¿qué es, al lado de la *existencia verdadera* que acabo de contar?" Todos los sucesos de ese drama íntimo que publicó con el título de *La Evangelista*, le fueron narrados por la madre de la inocente joven víctima del fanatismo religioso. Y, sin embargo, á pesar de esta tendencia á no trabajar sino sobre *documentos humanos*, las obras de Daudet no pueden ser admitidas por la escuela naturalista sin ciertas salvedades y reservas, porque no son francamente naturalistas. En todas ellas hay algo convencional, algo falso, algo de que, es verdad, puede prescindirse en la lectura sin que la acción principal se resienta de la supresión, pero que altera la virtud del procedimiento y forma como una disidencia tanto más terrible, cuanto que la nueva escuela nace ahora, y en la lucha que sostiene debía presentar á todos sus partidarios unidos en un mismo pensamiento y en una misma aspiración, y teniendo todos iguales opiniones sobre aquellos puntos que son fundamentales de su doctrina literaria. Zola lo reconoce así cuando dice: "En la gran lucha de la escuela naturalista con el público, es una fortuna que la novela francesa cuente con un seductor tan grande como el autor de *Fromont joven* y *Risler mayor*, que va delante, sonriendo, encargado de conmovier los corazones y abrir la puerta á los novelistas más rudos que le siguen. Acostumbra al público al análisis exacto, á la pintura del mundo moderno, á las audacias del estilo. Al acogerle los burgueses, no sospechan que han dejado entrar en su hogar al enemigo, al naturalismo; porque cuando M. Alfonso Daudet haya pasado, los otros pasarán."

Pues bien; quizá la vida del autor da la clave de esta contradicción, así debe llamarse, que se advierte en sus obras. De un lado está la convicción, presentando la naturaleza tal como es, sin desfigurarla, "sin teñirla de color de rosa," para que parezca bella; de otro el temperamento, la inclinación invencible, reservándose un pequeño rincón del vasto lienzo para hermosearle con los sueños de una fantasía risueña. Figuraos un mar tumultuoso en que riñen los elementos, en que hay seres que mueren y maldicen y blasfeman, en que se representan cien y cien trágicas

escenas que amedrentan el corazón, y todo esto ocupando el vasto escenario; y aquí, en primer término, para que se vea bien, á un lado, un paisaje de primavera lleno de calma y de dulzura, un mar tranquilo reflejando un cielo sin nubes, el sol radiante alumbrando con sus rayos de oro la felicidad de unos cuantos personajes, y tendréis la copia exacta de una novela de Daudet. Sus obras todas son noches oscuras en que, sin embargo, nunca falta un rayo de luz; desiertos inacabables, que encierran siempre un oasis. Y si en la noche, si en el desierto están sus mejores figuras, en la luz, en el oasis, tenéis las más delicadas. Aquéllas son más humanas; éstas son más atractivas. Y por muy naturalista que seáis, nunca borraríais una siquiera de estas últimas, porque guardan el secreto de vuestras más puras emociones; porque habéis llorado con Desideria Delobelle, habéis reído con Alina Joyeuse, habéis saludado con respeto á la pobre reina de Iliria arrodillada junto á la cuna de su hijo. Y esto puede consistir en que Daudet, que no ha sufrido, que no tiene amarguras que recordar, admite que en el mundo hay maldad, porque la ve; pero no quiere negar que hay también algo bueno, seres felices, porque él es uno de ellos. Por eso sus cuadros no están exclusivamente dedicados á la pintura de lo malo.

Explicada ó no, esta contradicción forma el carácter distintivo de Daudet; marca su verdadera significación en el naturalismo; le da fisonomía propia, aquí donde tan fácil es caer en la imitación y dejarse llevar al extravío. Zola ha hecho en dos líneas el retrato literario del autor de *Sapho*. «La naturaleza, benévola, dice, le ha puesto en ese punto imperceptible en que acaba la poesía y empieza la realidad. A un mismo tiempo aporta el documento exacto y añade á él una nota personal.» Trata lo malo, lo feo, porque no rehuye nada; pero sabe detenerse á tiempo para no verse obligado á profundizar y sacar á la luz algo más feo, algo más malo todavía. Si encuentra en su camino un estanque de agua corrompida, marca su situación y lo describe, pero no se complace en revolver las turbias aguas para aspirar todas sus emanaciones. Sus personajes hablan el lenguaje que se usa en el mundo, pero no emplean esas palabras de mal sonido que Zola oye y anota en su libro de memorias. Daudet las oye también, pero prescinde del detalle innecesario y la palabra fea no aparece.

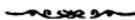
Y no es que él no tenga energía suficiente para dar relieve á los hechos y personajes que describe; nada de eso. La Sidonia del *Fromont joven* es el tipo de adúltera más acabado que puede presentar la literatura moderna; nada más banal que el duque de Mora del *Nabab*; nada más sencillamente ridículo que el d'Argenton de *Jack*; nada tampoco más sombrío que la Mme. d'Autheman, la fanática sectaria de *La Evangelista*. En la paleta de Daudet se encuentran todos los colores, desde el más risueño al más oscuro, pero emplea unos y otros á la vez, sin hacer exclusivo gasto de uno de ellos. El naturalismo, volviendo por los fueros de la verdad, desconocida por las exageraciones románticas, pone á discusión el hombre tal como es, con sus nervios y sus músculos, con sus vicios y sus virtudes, con sus defectos y sus cualidades; estudia el medio en que se mueve para deducir de aquí la influencia que sobre él ejerce este medio, y no cargarle en cuenta culpas que no sean suyas; pero en la disección detenida que se hace del organismo humano, un detalle escapa al escalpelo, y ese detalle es algo que no puede acusarlo la observación, porque no está en los nervios ni en los músculos. Por eso en las novelas naturalistas en que todo es fatal, en que todo está previsto de antemano, el público indiferente echa de menos una cosa: precisamente el lado bonito de las novelas de Daudet; el vaso de agua que, calmando su sed en los momentos más penosos, le da fuerzas y aliento para proseguir la jornada; un pequeño rincón del mundo en que el hombre no se siente inclinado forzosamente al mal, en que los seres humanos pueden ser buenos y felices; cifra simbólica de una aspiración al bien que existe en todas las almas.

De aquí que, examinado en conjunto, el mundo de Daudet parezca más verdadero que el de Zola, y en general, el del naturalismo. Quizá sea menos científico, pero de seguro es más posible. La familia Joyeuse, la familia Delobelle, la familia de los Loric-Dufresne, consideradas cada una en la novela de que forman parte, pueden ser un defecto, una contradicción; reunidas todas ellas dan á la acción en que figuran un sello de verdad indiscutible, porque sin ellas la pintura de la humanidad no sería completa. Alguien ha dicho, hablando de *Pot-Bouille*, que la casa de Mr. Duveyrier es un lupanar, un hospital y un

presidio suelto; si Daudet hubiera tratado ese asunto, la casa famosa sería una casa habitada por gente de todas condiciones, porque habría puesto en ella personajes que no fueran locos, enfermos ni malvados. Y el mundo es eso precisamente: seres que necesitan un médico y seres que piden una cadena; seres á quien hay que llevar á un manicomio, y seres que merecen subir al cielo vestidos y calzados, tal cual los sorprenda la hora de su muerte.

Precisamente las cualidades de la novela de Daudet son las que, forzosamente, ha de reunir toda la que aspire á conquistar al público. Tiene del naturalismo lo que quedará de esta evolución literaria: el procedimiento, la manera de ver las cosas y sentir las, para luego decir lo que ha sentido, animándolo todo con la vida particular de su temperamento; tiene, de las leyes fundamentales de todo género literario, el secreto de conmover é interesar. Pero si sigue al naturalismo en sus aciertos, se aleja de él en sus errores. El ideal del naturalismo es la falta de acción, y él desarrolla siempre una acción, aunque poco complicada; el naturalismo proscribía el interés, él lo excita; para el naturalismo los detalles lo son todo; para Daudet los detalles no son más que los detalles; les concede más importancia de la que ayer se les concedía, pero no toda la que le otorgan Zola y los Goncourt. Nada puede asegurarse tratándose de géneros literarios en que entran una porción de elementos á cual más complejos y menos propios á sujetarse á reglas fijas; pero cuando el calor de la lucha haya pasado, cuando las exigencias disminuyan y la exageración no entre para nada en el mérito ó demérito de una obra, es muy posible que la novela que quede victoriosa del combate hoy emprendido se parezca más á la novela de Daudet que á la de Zola. La personalidad del autor de *Pot-Bouille* será siempre más grandé que la del autor del *Fromont joven*; pero la obra de éste será más duradera que la de aquél, no porque sea mejor, sino porque es más humana.

.....
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.



EMBRIAGUEZ AMOROSA



—¿Conque aún sigues con Esther?
 —Ya sé que no es una santa;
 pero, chico, ¿qué he de hacer
 si me embriaga esa mujer?
 —Pues, hombre, ;no tomes tanta!

EPIGRAMA

El arrojo y la osadía
 ponderando de un torero,
 su mujer me dijo un día
 con entusiasmo sincero:
 —Su intrepidez se comprende
 y se explica su valor;
 ¡como que Paco desciende
 del mismo *Cid Capeador!*

NUESTROS COLABORADORES



D. Numa Pompilio Llona

EMINENTE POETA ECUATORIANO

LOS CABALLEROS DEL APOCALIPSIS

(Cuadro de Mr. Cluysenaar)

Á DON JOSÉ MARÍA SAMPER

Ciegos huyen en rápida carrera;
y, de terror en hondo paroxismo,
en confuso escuadrón y espesa hilera,
derechos corren al profundo abismo:

Por largas horas, en combate crudo,
á invencible falange resistieron;
mas, arrojando al fin lanza y escudo,
la rauda grupa del corcel volvieron:

Pálidos, polvorosos, jadéantes,
tendidos con espanto en los arzones,
cual lívidos fantasmas anhelantes
aguijan sin descanso sus bridones;

Toscos soldados, fieros capitanes,
revueltos huyen como indócil horda,
y de sus voladores alazanes
el sonante tropel la tierra asorda;

Por la llanura y la infecunda arena,
por fragosas pendientes y peñascos,
cual sordo trueno á la distancia suena
el rudo golpe de los férreos cascos;

El horizonte y soledad agreste
devora ardiente su mirada ansiosa,
y cerca ya la vencedora hueste
les parece sentir, que les acosa;

Y sentir les parece ya el ruido
del contrario bridón que les alcanza,
y en su espalda su ardiente resoplido,
y entre sus carnes la punzante lanza!...

Por entre el polvo, á la menguante lumbre,
la expresión de los hórridos afanes
se ve de la apiñada muchedumbre,
y sus desesperados ademanes!

El uno, allá en el fondo, al firmamento
dirige inenarrable una mirada,
y alza en su mano trémula, sangriento,
el trozo inútil de su rota espada!

Crujiendo el otro de furor los dientes,
de su fuga en los ímpetus veloces
ambos brazos abiertos é impotentes
al cielo eleva, con airadas voces!

Y ayes, imprecaciones y gemidos
por el rigor lanzando de los Hados,
todos por fuerza incógnita impelidos,
todos en confusión atropellados,

¡Allá van! cual ondeante se arrebatada
furibunda corriente estruendorosa,
y, cual rauda viviente catarata
van á hundirse en la sima pavorosa!

¡Horror! ¡horror!!... de todos el primero,
cuando aun el brío del corcel irrita,
desde el borde del gran despeñadero
ya al abismo sin fin se precipita;

Quiere el bruto cejar; mas, acosado
por el recio talón ó aguda espuela
ciego ya de dolor, desatentado,
sobre el vacío despeñado vuela;

En lo alto, las pupilas dilatadas,
de hórrido espanto las narices hincha,
y convulso, y las crines erizadas,
con alarido fúnebre relincha...

Y el jinete el escuálido semblante
entre sus brazos con horror oculta,
y, de angustia infinita palpitante,
en el profundo abismo se sepulta!... —

¡Pintor sombrío! en la visión siniestra
que en el lienzo fijó tu osada mano,
la fantasía sin cesar me muestra
la triste imagen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota
todo el vigor de sus robustos años;
mas cede al fin ante la hueste ignota
de Dolores y adustos Desengaños;

Y, estremecido de su gran miseria,
el ser,—sobreponiéndose al espanto
del bruto vil de la soez materia
y á su propio terror y su quebranto,—

Por el furor injusto ó la venganza
acosado, sin tregua, de la Suerte,—
dando un adiós eterno á la esperanza...
se arroja en el abismo de la muerte!

NUMA POMPILIO LLONA.

SOL Y ALAMBRES



PRISA, aprisa, Apolo, fustiga esos caballos!—¡Diantre contigo!—Mira que se nos va el tiempo sin sentir, y no quiero que se diga nunca que el Sol es un faltón y un informalote. Pues, señor, no me llega el disco al cuerpo; tengo más miedo que si me fuera á sobrevenir algún eclipse... Esa Luna, mi mujer, es muy capaz, en sus celos, de entrar en Acuario, como lo anuncia en el almanaque, la víspera de San Isidro.—¡Y yo que he prometido al Santo asistir á la romería, y dorarle el horizonte y darle un limpión al cielo para que esté muy azul!—Es preciso tomar á mi mujer la delantera, porque sino voy á hacer un pan como unas hostias. ¿De dónde sacará mi costilla que yo ando enamorado de la Tierra? ¡Que la alumbre! ¡Pues claro, como que si no, lo pasaría á oscuras! No sé yo que sea infidelidad el cumplir uno con su deber.—Cierto que me gusta la Tierra, y que me entusiasma la orgía de tonos que ofrece desde aquí arriba, con sus ríos de cristal, sus vegas de esmeralda, sus frondas de oro oscuro, sus flores de colorines, sus bosques verdes y sus montañas azules; pero es una admiración de artista la que le profeso... En la Tierra hay vida y alegría y eso no lo ve mi mujer, que es una romántica trasnochada, muy metida en que sólo ha de brillar por la noche, porque se le antoja más poético. ¡Cosas de mujeres!...

—¡Atiza!... ¡Vaya una parada en firme!... ¡No sé cómo no hemos volcado!... ¡Eh, Apolo!... ¿Qué es eso? ¿Sabes que te portas casi peor que tu chico Faetón?... ¿Qué ha sucedido?...

—Que se me ha asombrado la cuádriga...

—Pero, por vida de Proserpina, ¿qué es ello, mal simón?

—Asómese usía, y lo verá...

— ¡Calle... pues si estamos ya en Madrid, y en la Puerta de mi nombre!

— Sí que estamos; pero no podemos pasar con la carroza. ¿Cómo vamos á atravesar esa red de alambres que cruza la Puerta de usía de banda á banda?... ¿Para qué habrán puesto eso?

— ¡Qué sé yo!... ¡Mal eclipse me oculte, si entiendo qué significan tales hilos!... Esto debe ser obra de la Luna, de mi mujer, para detenerme.

— Mire usía, toque ese alambre... ¡Quieto, caballo!...



Está humedo, y la humedad es amarga, como de lágrimas...

— Tienes razón, voto á Jove... Por este hilo que me roza la cara, se siente como la caricia de un aura suave; cualquiera creería que es algún suspiro que va de viaje...

— ¡Es particular!

— No, pues á mí nadie me viene con roncas, y en mis propiedades nadie manda... ¡Eh, alambres! ¿Qué hacéis ahí quitándole vista al cielo?... ¿No tenéis lengua?... Pues ya veréis... Apolo... ¡tráete un rayo de los de cánicula, del baúl... ¡Voy á fundir á esta gentuza!... Yo tendré las riendas mientras...

—¡Piedad, señor, no nos queme su excelencia las entrañas!... Hablaremos, aunque nos está prohibido.

—¡Hola, hola!... Ya me lo sabía yo; con el Sol no se juega. ¿Qué hacéis por los tejados?

—Transmitir palabras, señor; comunicar á la gente para que se hable desde lejos...

—¡Mal bólido!... ¡Vaya una invención; el demonio son los hombres!... ¿De modo que yo puedo hablar desde aquí con Neptuno, el del Salón del Prado?

—Exacto...

—¿Y qué transmitís?

—Oiga, señor:—“Federico mío; te llamo con pretexto de hablar con tu hermana. Esta noche vamos á la Comedia; no faltes y llévame carta. Te idolatro...” ¡Soy el alambre de las ilusiones!...

—Muy bonito. ¿Y tú?

—“Hoy estoy viuda. Pepe ha partido de caza al soto de Robledo. Somos libres. Esta noche te espero...” Por mí corre el ácido carbónico del hogar, señor...

—¡Qué poca vergüenza! ¡Lástima de rayazo!...

—“Por fin es mi boda por la mañana. Soy muy feliz. No faltes, porque sin mi mejor amiga, sería mi dicha incompleta...” ¡Soy el alambre más rico de la Puerta del Sol. En mí vibra la felicidad y llevo en mi seno la esperanza... ¡Paso al idilio!

—Pase usted y que sea enhorabuena.—¡Vaya unos humos!

—“Dispensa que te saque de la cama, chico; para eso eres mi médico y mi amigo. Mi mujer me amenaza con el cuarto capullo. El matrimonio es bueno, pero... no te cases. ¡Vén pronto, que la cosa apura...” ¡El hilo de la prosa!...

—Já, já, já... ¡qué chusco es todo esto, Apolo!...—Hombrere, yo no creí que en esta Tierra tan hermosa andaban las cosas tan revueltas. Las ilusiones se cruzan con los desengaños; lo pequeño se atraviesa con lo grande; por el alambre de arriba va la realidad, y por el de abajo la poesía. ¡Qué jaleo!—Arrea, arrea, Apolo.—Vámonos un poco más allá... Ahí parece que se pegan los hilos... ¡Eh!—¿Por qué andáis á la greña?...

—Porque todos quieren ser los primeros, y sólo yo merezco la primacía. Yo soy el alambre más español y

comunico á una dama la colocación de un recomendado...
¡Yo anuncio el triunfo de Friné!...

—Alambre, váyase usted á paseo y no sea indiscreto.

—¡Soy el hilo del gran mundo! Oiga su excelencia. «¿Ha llegado de París el *milord* que me has prometido? Mándale á la pobre de mi madre mil reales que la hacen falta. Adiós, marquesito mío.»

—A los pies de usted, señora Venus... ¡Vaya usted con Jove, alambre celestino.

—Yo soy el hilo del sarcasmo. «Lo siento; comprendo



la situación de usted, cesante, con familia, y su esposa enferma; pero no puedo darle el dinero que me pide.»

—¡Habrá tenido que comprar otro coche á Citerea!

—«Tampoco puedo hoy pagarle la cuenta. Con las cuarenta horas, la rifa y la junta del Asilo no he tenido tiempo de revisar la factura.»

—«Que sea enhorabuena por el ascenso.» ¡Yo transmito la felicidad!

—«Mi mujer acaba de morir, querido tío. Véngase en seguida.» Yo llevo la desdicha.

—No quiero oír más, Apolo; se me está revolviendo la bilis. Vaya una ensalada de contrastes; vaya una mescolanza de miserias y noblezas, de cinismos é hipocresías, de venturas y penas.

Oye, Apolo, sigue con el carro á Poniente, y no te olvides de decirle á Eolo, en cuanto llegues á la sierra de Guadarrama, que suelte á su hijo mayor el viento Norte, para que no me deje un celaje en el horizonte hasta que pase el día de San Isidro. Yo me voy á patita hacia la torre frontera á la calle Mayor, donde van á parar todos estos hilos. Hasta luego...

Servidor de ustedes... ¡Sí, señor!... Deseo que me pongan en comunicación con la ermita de San Isidro del Campo. ¡Ya me sospechaba yo que andaba en el ajo la electricidad!... Arriba tenemos mucho fluido de ese... Yo mismo poseo una rentita regular... ¡Muchas gracias!...

Soy el Sol, señor Santo. Acabo de llegar á la Tierra, y aun cuando la Luna se anuncia en Acuario, duerma usía tranquilo. Aquí estoy yo, y no me marchó hasta que pase la fiesta... hasta que pase la fiesta—¿oye usía bien?—Le respondo que el día de su celebración lo será de calma y sereno... estoy dispuesto á sorberme cuantas nubes se me quieran subir á los rayos.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Madrid.



Á MYRIAM

Que jamás el olvido y los dolores
llenen tu corazón de su veneno,
ni el áspid de la duda entre tu seno
marchite nunca las lozanas flores.

Que del rencor los lívidos fulgores
jamás empañen tu mirar sereno;
que el infortunio y el escarnio ajeno
aliviados se sientan cuando llores.

Levanta al pecador en su caída,
conduce al débil por tu propia senda,
haz el fecundo bien, la injuria olvida;

Arranca del error la oscura venda
y esparce claridades en la vida
como el hada gentil de la leyenda!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1889.

EL NUMISMÁTICO Y EL BOHEMIO



—¿Conque es de Carlos tercero este duro?

—¡A no dudar!

Utrumque unum: ejemplar que abunda poco, Severo. Se lo compré sin reparos á un actor, lleno de apuros. ¡Como es tan raro!...

—Los duros han sido siempre muy raros.



EPIGRAMA

Envié una *Historia Moderna* á cierto encuadernador, y tal dura su labor que amenaza ser eterna. Con conducta tan ambigua, si vuelvo la *Historia* á ver, cuando llegue á mi poder me va á resultar *Antigua*.

PRIMAVERAL

Á ALFREDO IRARRÁZABAL Z.



ES de rosas. Van mis rimas
 en ronda á la vasta selva,
 á recoger miel y aromas
 en las flores entreabiertas.
 Amada, vén. El gran bosque
 es nuestro templo: allí ondea
 y flota un santo perfume
 de amor. El pájaro vuela
 de un árbol á otro y saluda
 la frente rosada y bella
 como á un alba; y las encinas
 robustas, altas, soberbias,
 cuando tú pasas agitan

sus hojas verdes y trémulas,
 y enarcan sus ramas como
 para que pase una reina.
 ¡Oh amada mía! Es el dulce
 tiempo de la primavera.

Mira en tus ojos, los míos;
 da al viento la cabellera,
 y que bañe el sol ese oro
 de luz salvaje y espléndida.
 Dame, que aprieten mis manos
 las tuyas de rosa y seda,
 y ríe, y muestren tus labios
 su púrpura húmeda y fresca.
 Yo voy á decirte rimas,
 tú vas á escuchar risueña;
 si acaso algún ruiseñor
 viniese á pararse cerca,
 y á contar alguna historia
 de ninfas, rosas ó estrellas,
 tú no oirás notas ni trinos,
 sino, enamorada y regia,
 escucharás mis canciones
 fija en mis labios que tiemblan:
 ¡Oh amada mía! Es el dulce
 tiempo de la primavera.

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna,
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.
Rien al son de la espuma,
hienden la linfa serena ;
entre polvo cristalino
esponjan sus cabelleras,
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega
que en glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las florestas.
Amada, pondré en mis rimas
la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua ;
y te diré esa palabra
empapada en miel hiblea...
¡Oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

Van en sus grupos vibrantes
revolando las abejas
como un áureo torbellino
que la blanca luz alegre ;
y sobre el agua sonora
pasan radiantes, ligeras,
con sus alas cristalinas
las irisadas libélulas.
Oye, canta la cigarra
porque ama al sol, que en la selva
su polvo de oro tamiza
entre las hojas espesas.
Su aliento nos da en un soplo
fecundo la madre tierra,
con el alma de los cálices
y el aroma de las hierbas.

¿Ves aquel nido? Hay un ave.
Son dos: el macho y la hembra.
Ella tiene el buche blanco,
él tiene las plumas negras.
En la garganta el gorjeo,
las alas blandas y trémulas.
¡Y los picos que se chocan
como labios que se besan!
El nido es cántico. ¡El ave
incuba el trino, oh poetas!
de la lira universal
el ave pulsa una cuerda.
¡Bendito el calor sagrado
que hizo reventar las yemas

¡oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera!...

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cincelada en alabastro,
de vino de Naxos llena:
y una hermosa copa de oro,
la base henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio á los poetas.
En la ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta,
con su desnudez divina
y en su actitud cinagética.
Y en la copa luminosa
está Venus Citerea
tendida cerca de Adonis,
que sus caricias desdeña.
No quiero el vino de Naxos
ni ánfora de ansas bellas,
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber el amor
sólo en tu boca bermeja,
¡oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

RUBEN DARIO.

Santiago de Chile.



DEBILIDADES HUMANAS

Pongámosle á debilidad por hombre y al cincuenta por ciento añadámosle á razón de diez debilidades por barba. En seguida agreguemos que cada mujer es una debilidad de los pies á la cabeza, que por algo se le califica de sexo débil, y tendremos, en suma, que el mundo es una gran debilidad de su autor.

¿Y la variedad y extravagancia de las debilidades humanas?

Conozco un hombre bueno, sano, justo y honesto, por lo menos en la apariencia, aun cuando de esta última no respondo.

Ese hombre, *tranquilo en paz vivía sin saber lo que era* la Bolsa. Un día le encalabrina un corredor de esos que para sus clientes hacen lo que Cristo en las bodas de Canaán, del agua clara rico vino tinto, y vende tres casitas techo de azotea, con maderas duras, en sitio céntrico con tranvía á la puerta; vende también á vil precio las máquinas de hacer barquillos y helados ambulantes y se presenta en la Bolsa dispuesto á operar y ser operado.

Al tercer día se encontró como el pez en el agua en aquel mundo bursátil tan lleno de terremotos, de inundaciones y de cataclismos económicos.

Era cosa de alquilar balcones para oírle hablar de títulos, cotizaciones, alzas, bajas, pases y agios.

—Compre, amigo, compre acciones del «Banco de la Paciencia.» Yo le *garanto* que se levanta usted cien mil *nacionales*, me dice con aire convencido.

—¿De dónde los voy á levantar? ¿Del suelo?

—Haga lo que le digo: mire—á esto baja la voz, me agarra de la solapa, me mete la nariz en la oreja y zamarréandome de lo lindo, me dice con voz sofocada, entre candelentes resoplidos,—mire, de muy buena fuente, sé yo, solamente yo, que esos títulos se van á las nubes. Siga mi consejo, compre cien mil, á fin de mes, á cualquier precio y se hace usted una fortuna volando.

—¡Ay, amiguito! le digo conteniendo sus ímpetus; para volar se necesita ser pájaro.

—Usted no me cree y le va á pesar. Yo he dado orden

á mi corredor (las dos palabras *mi corredor* las pronuncia ahuecando la voz) de que me compre cuatrocientas mil, mitad para el sábado y el resto para el 31. Es indudable; usted comprende que yo no soy ningún nene que me chupo el dedo: cuando yo hago esa operación estaré bien informado. Esta vez me redondeo. No siempre ha de ser perder, usted comprende...

—Entonces, ¿usted perdió antes?

—Pero es claro, amigo. Uno no nace enseñado: siempre el aprendizaje cuesta; pero yo puedo asegurarle que ahora me río de todos esos que se las echan de vivos y de bolsistas. ¡*Trompetas*, mi amigo, *trompetas*! En cuanto cierre esa operación me voy á Europa á dar un paseíto. Quiero ver París, gozar de aquellos furiosos cancanes de *Mara-ville* (el pobre diablo llamaba así á *Mabille*). Vaya viendo si tiene algún encargo que hacerme para su tierra.

—Hombre, sí: le daré una carta para el Papamoscas de Burgos.

—¡Las dos! exclama, sacando el reloj de níquel; perdone, amigo, pero voy á la segunda rueda.

Y sale el bueno del barquillero bolsista corriendo como potrillo, atropellando á todo el mundo para llegar á tiempo de dar una vuelta á la *segunda rueda* del molino de su estulticia.

¿Y qué creen ustedes que sucedió?

Pues muy sencillo: las acciones del Banco de la Paciencia en vez de irse á las nubes se fueron á los aljibes y se dieron un baño; es decir, que se convirtieron en papeles mojados. El corredor denunció á su comitente, que sólo pudo pagar, de lo que debía por diferencias, un modesto tres por ciento, si bien es verdad que de lo recibido por las tres casitas y las heladeras no le quedó ni un mísero centavo. ¡Sólo el recuerdo!

Pues todavía este hombre, debilidad y media, me hablaba del asunto cuatro días después del *maremoto* bursátil en estos términos:

—¡Qué quiere, mi amigo! así son las cosas. Yo adiviné el derrumbe de esos títulos, porque usted comprende que yo conozco la Bolsa como mis dedos. Le dije á mi corredor (todavía le llamaba suyo), ¡venta! ¡venta! pero no me oyó con la gritería de la rueda y cuando quise recordar ya me había clavado.

—Usted me avisará, le dije con toda seriedad, cuando quiera que le escriba la carta aquella...

—¿Cuál? el bolsista me miró con interés. ¿Carta de crédito?

—No, la carta para el Papamoscas.

—¡Ah! El año que viene. Me he de levantar muy pronto.

—Sí, sí: al que madruga Dios le ayuda.

La debilidad le sirve de consuelo.

ENRIQUE ORTEGA.

Junio, 1888.

CAÍN

SONETO

Lívido el rostro, inquieta la mirada,
entre el miedo y la cólera luchando,
quedóse el fratricida, contemplando
la víctima á sus plantas inmolada.

Tendió al cielo después la diestra armada,
y en un grito su angustia condensando,
acercándose á Abel, besó temblando
la tierra por su crimen profanada.

Sobre el valle cayó la noche oscura,
y oyendo al eco repetir el grito
que infamia y pena y destrucción augura,

dijo Caín con risa de precito:
—Si comienza ultrajando la natura,
¿dónde tendrá su límite el delito?

MANUEL DEL PALACIO.

EPIGRAMA

—¿Conque Andrés ¡qué atrocidad!
se pegó un tiro?

—Es verdad;
¡consecuencias del amor!

—Pero, ¿ha muerto?

—No, señor;
se suicidó la mitad.

UN CHASCO



— Al cuarto de mi mujer
 asciende ya por la escala...
 — Pues voy á enviarle una bala.
 — ¡No tires! ¿qué vas á hacer?
 — ¡Matar al ladrón!

— Prefiero
 divertirme con su fiasco;
 ;no va á llevarse mal chasco
 al ver que allí no hay dinero!

EPIGRAMA

Dije ayer á Juan Morales:
 — ¿Conque esa es tu cara esposa?
 y me contestó en voz baja:
 — ¡Hombre, no! la *cara* es otra.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Emma Nevada

EMMA NEVADA

Emma Nevada, el *ruiñeñor de California*, como la llaman sus admiradores, nació en Elpha (California, Estados Unidos), y es hija del doctor Vixom, de Nueva York.

La vez primera que se exhibió en un concierto público, en Virginia, sólo tenía tres años. De pie sobre una mesa, en medio de un estrado decorado con el pabellón norteamericano, la precoz artista cantó una linda balada popular con afinación, gracia y estilo tan sorprendente, que, según la frase de un periódico neoyorkino «hizo furor»; y como entonces era costumbre en los Estados Unidos arrojar monedas á los artistas en señal de aplauso y satisfacción, en pocos momentos la cantante en miniatura tenía una mano llena de *dollars*, tan llena que, viéndose en grandes apuros para recogerlos todos, tuvo la ocurrencia de quitarse con la otra uno de sus diminutos zapatitos, el cual llenaba gravemente de monedas. Tal fué el primer éxito de Emma Nevada.

Sin más dilación, observadas sus felices disposiciones para el cultivo del arte, ingresó en el colegio Hills, de Nueva York, y de allí salió para Europa á proseguir sus estudios musicales; mas el doctor Ebele, que había aceptado gustoso la misión de acompañarla á Berlín con algunas de sus amigas, ávidas de iniciarse en el estudio del arte, falleció en la travesía, y las animosas jóvenes encontráronse abandonadas al desembarcar en Hamburgo.

Acordóse una de ellas que tenía cartas de recomendación para el célebre doctor Erlich, de Berlín, y partieron todas hacia la capital de Prusia. Pocos días más tarde, el celebrado y muy conocido crítico musical Erlich, impresionado por las extraordinarias facultades de Emma Nevada, envióla á Viena con recomendación entusiasta para la señora Marchessi, la cual, retirada ya de la carrera de la escena, dirigía en aquella capital una acreditada escuela de canto, de la que han salido excelentes artistas que hoy ganan brillantes lauros en los primeros teatros líricos de Europa.

Nuestra biografiada, á los dos años de estudio bajo la dirección de la señora Marchessi, obtuvo una escritura para *debutar* en el teatro de la Opera italiana, de Berlín; pero

víctima de grave dolencia, contraída por exceso de trabajo, marchó á Italia, obedeciendo á prescripción facultiva, para restablecer su salud. Conoció en Milán al famoso empresario coronel Mapleson, entonces director del *Her Majesty Theatre*, de Londres, que reclutaba artistas para sus campañas de ópera, y escrituró á la joven Nevada, y la presentó al público londonense desde el principio de la temporada.

Más tarde se presentó en la Scala de Milán, donde interpretó veinte noches la parte de *Amina* en la *Sonámbula*, una de sus óperas favoritas, y la reina Margarita de Saboya, que asistió á la representación, volvió á oirla otras dos noches en la misma ópera, favor que no había otorgado, según se dijo entonces, á ninguna cantante por celebrada que fuese. Luego pasó al teatro de la Ópera Cómica de París, donde cantó *Mignon* por espacio de tres meses, y la *Perla del Brasil*, ópera que el director del infortunado coliseo, Carvalho, hizo repetir expresamente para la joven *diva*, quien obtuvo en ella una serie de nuevos y entusiasmados triunfos. Marchó después á Inglaterra, y cantó en el gran festival de Norwich, en el teatro Coven-Garden, alternando en las representaciones con Adelina Patti, y en los salones de Malbroug-House, residencia de los príncipes de Gales. Poco después, aceptando brillantísimas proposiciones de un empresario norteamericano, regresó á los Estados Unidos, su patria, y dió setenta y tres conciertos y representaciones en larga y productiva *tournée* por las principales poblaciones de la América del Norte.

Ultimamente ha cantado en el teatro de San Carlos, de Lisboa; en el *New Majesty-Theatre*, de Londres, y en la Scala de Milán, donde fué escriturada por la empresa del teatro Real de Madrid, en cuya escena, lo mismo que en la del Teatro Principal de Barcelona, donde cantó después, ha sido objeto de entusiastas y clamorosos aplausos.

Todos los aficionados al divino arte, que han tenido la fortuna de oirla, han hecho unánimes esta afirmación: Emma Nevada, por sus condiciones y extraordinarias aptitudes, está llamada á ser la digna sucesora de la Patti y la Nilson: para ello cuenta con notables facultades vocales, con un ardor artístico de primer orden y con el conocimiento del estilo que requiere la escuela del *bel canto* para distinguirse de las que no han tenido la suerte de nacer predeterminadas para la gloria.—F. PEDRELL.

LAS MUJERES DEL ARTE ¹

EVA

(MILTON)

.....Las flores su corola
desplegando, lanzaron su perfume
á la primera brisa; los capullos
se irguieron en su cáliz; de las aves
resonó el primer trino; en los inmensos
espacios, en los montes, en las selvas,
en los ríos, el mar y las llanuras
se elevó cadenciosa la armonía
universal. El cántico sublime
del Empíreo se oyó sobre las nubes:
la tierra bañó el sol en polvo de oro.
Y nació la mujer.

Su nivea frente
circundaba el cabello desprendido
como cascadas de oro por su espalda.
La luz, al reflejarse en su albo seno,
quebrábase en mil tonos de blancura
sobre las suaves curvas de su tronco
que besaba al pasar; en su mirada
el universo entero sonreía:
vagaba en su redor el grato aroma
de la pureza y el candor. ¿Quién pudo
soñar algo más bello, más sublime
que la mujer primera?...

Como el fuego
abrasador surgió del hondo cráter,
como el rayo del cielo, como el ronco
trueno que sobre el mar se extiende y rueda
toma del fuego celestial su origen,
de ella el dolor surgió, terrible, impío,
tan sólo porque es noble y purifica.

FRINÉ

(PRAXITELES)

Falta allí el corazón, la mirada,
el cerebro, los nervios, la idea,
y parece, no obstante, que el mármol
mira, siente, estremécese y piensa.

El cincel prodigioso, el secreto

¹ De un libro en preparación.

encontró de dar vida á la piedra,
y el latido en el pecho se escucha
y la sangre circula en las venas.

—
¿Para quién, sin embargo, un enigma
puede ser esta mágica empresa?
El amor con el arte de acuerdo
puede hacer inmortal la materia.

SAFO

Diana, tras lenta marcha, su diadema
hunde en el ancho mar; amante y sola,
Safo lanza al espacio, apasionado
canto sublime.

—«Pálida cual la cera, por mis venas
corre fuego sutil; el sudor frío
báñame temblorosa, espesa nube
vela mis ojos.

—
»Venus eterna de dorado carro,
hija de Jove que volaste al éter,
¡Vén á escanciar en copas de rubíes
néctar de amores!»

—
Safo enmudece; el genio de la noche
aduermela por fin; la frente inclina;
el aura, entre sus labios, silenciosa
fíngela un beso.

CLEOPATRA

(CORNEILLE)

Ya la hermosa y altiva soberana
volar siente la muerte por su frente;
si hoy lloran las esclavas solamente,
Egipto entero llorará mañana.

No en el carro del César la liviana
turba verá á la reina prepotente;
si vencer pudo Octavio fieramente,
no fué de su arrogancia sobrehumana.

Arden los humeantes pebeteros,
el áspid su ponzoña vierte impura,
y el rostro en el tapiz las siervas gimen.

La reina oye sus ayes lastimeros
y la certera muerte se asegura
de la mujer que es grande hasta en el crimen.

ANTONIO ZOZAYA.

EN TRANVÍA



— Si de ser, como presumo,
caballero, usted se ufana,
preguntar debió á esta anciana
si la molestaba el humo.
— ¿Y tú, por qué, deslenguado,
no tuviste esa atención?
— Yo no tengo obligación,
porque estoy mal educado.

EPIGRAMA

Desde ayer es mi vecino
un pariente de Calino;
anoche le visité
y ahumando un vidrio le hallé,
sin comprender su destino.
— Si es mi visita importuna...
dije al entrar. — ¡No á fe mía!
— ¿De veras? — Sin duda alguna;
á observar me disponía...
— ¿El qué? — ¡Un eclipse de luna!



LA MITAD DE LA JUSTICIA



SEÑORAS y señores:—añadió el orador, saludando á la concurrencia, que había aplaudido la primera parte de su discurso.—Veo que estáis conformes con mi sistema penal, para que haya justicia y equidad en el castigo. Pero, ¿puede ser justa una sociedad si sólo ejerce la dura función de castigar, y no suaviza y completa la acción pública con premios y recompensas á las buenas acciones? ¿Qué justicia es esa, que encarcela, aherroja y da garrote al delincuente, y no protege al benemérito? ¿Cómo se ha escrito un Código penal y no existe otro código recompensal?

¡Ah, señores! La idea de la justicia eterna abraza los dos extremos. De ella hemos tomado el limbo, que es la prevención; el purgatorio, que es la cárcel, y el presidio, que es el infierno. Como veis, nos hemos olvidado de la

gloria. La justicia humana sólo ha tomado la parte del demonio. No debe representarse en los grabados con la espada y la balanza; hay que quitarla el peso y dejarla el espadón; ó, mejor dicho, sustituir la espada con dos cuernos.

—Si me dejan cesante, me decía un antiguo magistrado, peor para el gobierno; peor para todos. En mi larga carrera sólo he aprendido á ahorcar. ¡Ay de los que caigan!

El funcionario público sólo conocía el arte de hacer daño. ¿Por qué no han de practicar esos personajes el arte de



hacer bien? La idea de la justicia sólo llega á nosotros acompañada de bastones con borlas, fajines, birretes, sables, tricornos, revólveres y varas de alguacil. ¡Qué indumentaria tan desagradable! Yo propongo alegrar sus atributos con faldas de raso, copas de champaña, coronas de laurel, joyas, pinturas y dorados uniformes. No creáis, sin embargo, que trato de sustituir la severa toga del magistrado por sobrefaldas de color de salmón bordadas de oro, como la que luce Sara Bernhardt en *La dama de las camelias*. No y mil veces no: conserven su tradicional funda de seda aquellos próceres, cúbranse con el birrete de borla que parece el estuche de las leyes. No trato de alterar la forma arqueológica de aquella personificación de la justicia, ni

descomponer la clásica caída de los pliegues de su toga. Escuchen y distingan: formulen y sentencien. ¡Felices ellos, á quienes la ley y la costumbre, previsoras, les dieron hechos de antemano la fórmula para discurrir, las penas que aplicar, y hasta el lenguaje en que han de encajonar sus pensamientos, que viene á ser la toga de su estilo!

Señoras y señores: Perdonadme esta digresión y permitid que exponga cómo debe el Estado ejecutar el acto inverso



al único que hoy ejerce; es decir, cómo ha de premiar á aquellos que lo merezcan.

Pues escribiendo el Código y estableciendo con su escala gradual los premios de las grandes acciones y los méritos: nombrando tribunales que hagan felices á los buenos: instituyendo una policía de chicas guapas que prendan á los sospechosos de bondad, y de buenos mozos que arresten á las hembras. Unos ú otras serán conducidos á la prevención en un landó, y la prevención será una fonda: si hay motivo para elevar á prisión aquel arresto, serán conducidos á un palacio y mantenidos como príncipes, mientras la causa se

tramita. De allí saldrán para su casa ó desterrados á baños, Exposiciones y viajes de recreo, ó condenados á presidio.

¡Oh! ¡El presidio! ¿Sabéis en qué consistirá el presidio de los ciudadanos beneméritos? Una vida de lujo y abundancia, coche propio pagado por el país, mesa espléndida, abono en el Real, todos los caprichos realizados con un simple deseo, respeto público, música cuando el oído la reclame, y un séquito de alabarderos públicos que le aplaudan y celebren todo lo que diga. Quiero, señores, que las buenas acciones den derecho á la prosperidad, al respeto, á



los placeres, á todo lo que sólo se suele conseguir en este mundo haciendo picardías.

Hay un triste funcionario, el verdugo, encargado de aplicar la última pena, la pena irreparable. Pido otro funcionario que sea su antítesis, un hombre ó una mujer, según los sexos, dedicado á hacer la ventura perpetua del sentenciado al último placer, á la felicidad irreparable. Este ángel de la guarda velará su sueño haciéndole cosquillas en los labios para que sueñe cosas gratas. Se sonreirá cuando despierte; adivinará sus caprichos para que se ejecuten al instante; le adulará y le hará dichoso, infundiéndole por el hipnotismo ideas agradables. El sentenciado tendrá cuenta abierta en todas las tesorerías para que gaste lo que quiera. Y así como en Oriente tienen los sultanes y bajáes un esclavo con

un abanico que ahuyenta los insectos, tendrá el venturoso ciudadano una guardia que expulse y haga huir á toda persona molesta y fastidiosa.

Señoras y señores:

Hay en el mundo media justicia nada más, y pido que se establezca la otra media. Hoy nadie tiene seguridad de no ser arrestado, enviado á presidio ó de no morir en el patíbulo; pero todos tenemos la certidumbre de que por grande que sea nuestra abnegación y filantropía, la contemplarán



con indiferencia los encargados de la administración de justicia. Diréis que hay una cruz llamada de Beneficencia para premiar ciertas acciones. Yo me quedé sin ropa por salvar á una familia y me dieron esa cruz. Como veis, por mi traje, no tengo sitio en él donde colgarla.

¡Ah! Si existiera el presidio que propongo, haría heroicidades para entrar en ese establecimiento, optando por el sistema celular, para aislarme de los hombres. La felicidad suprema es tener un cuartito cómodo y elegante, y no saber quién manda, ni quién se muere, ni lo que se habla y se escribe, ni oír ruidos humanos, y dejar volar la imaginación con sus alas infatigables y ligeras...

Soy un filántropo ignorado porque no he presentado á la nación el recibo de mis méritos; estoy solo entre vosotros; mi mujer se escapó, dejándome su retrato y entregando el original á mi pasante. Si hubiera justicia no estaría solo: la sociedad me hubiera resarcido enviándome un coro de odaliscas que danzasen en torno mío, como hacen en el tercer acto de *Roberto*. Estaría condenado á cadena perpetua de mujeres... A la justicia humana le sucede lo que á mí: le falta su mitad.

Y el discurso terminó aquí, interrumpido por un correazo sonoro que recibió el orador en las espaldas.

Era que le llamaba al orden el loquero.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

Madrid.



EPIGRAMA

—¿Se ha enojado tu mujer?
 —Hombre, sí, quiere ir á baños,
 y me opuse y me arañó
 y hubo en la mesa un escándalo.
 ¡Lo de siempre! mas no temas:
 son tormentos de verano.

Á BORDO

Á LA ILUSTRE ESCRITORA

Sra. D.^a Juana Manuela Gorriti



ERMOSA majestad de la serena
noche estrellada; plácida armonía
del infinito cielo, que resuena
dentro del alma mía;
augusta soledad; bóveda llena
de misteriosos signos, explicadme
vuestros secretos que á entender no llego
y de la vida universal habladme
con esas letras de perenne fuego;
mientras tranquilo por el mar á solas
rompiendo va las olas
el rápido bajel en que navego.

Regiones siempre bellas
del azul insondable, yo he subido
constantemente á ellas
cuando en ansias sublimes encendido
mi espíritu ha sentido
la innegable atracción de las estrellas.
Mas nunca como ahora
he visto tan hermoso,
tan puro el firmamento.
Pasó la media noche y es la hora
tranquila del reposo.
Nuestra nave con rauda movimiento,
como un negro fantasma, se desliza
entre espuma de nítida blancura,
levantada al surcar esa llanura
que el viento apenas riza.
Arriba, la dorada muchedumbre
de estrellas y luceros tachonando
la cóncava techumbre;
abajo, el mar profundo
con misteriosas voces resonando;
en torno, ese otro mundo
de lo desconocido ó de la nada,
y en todas partes sin cesar vagando
entre abismos sin fondo la mirada;
mientras calmado llena
el vago viento la región serena

de ese espacio sin nubes,
gimiendo triste y amorosamente,
como notas lanzadas por querubes
que invisibles poblarán el ambiente.

Todo convida á meditar, ¡oh! calma
solemne de la gran naturaleza,
que á despertar empieza
la admiración y el vértigo en mi alma.

Extático contemplo
ese del Creador único templo
digno de su grandeza.

Fijo la vista absorto en la belleza
de las constelaciones
que en sus tronos sentadas resplandecen ;
en los mundos sin término, girando
en torno de otros soles, y prestando
vida, calor á mil generaciones
de seres ignorados, que aparecen
en giro perdurable, pasan, huyen
y al caos del no ser se precipitan,
como éstas que en la tierra, batallando
eternamente, habitan.

Ante la creación sublime y bella
¡cuán pequeñas é inútiles parecen
las férvidas pasiones
que á la soberbia humanidad agitan!

¡y cuán pequeña es ella
si este, su globo mismo,
su alcázar, su magnífico palacio,
es un grano de arena en el abismo,
un punto luminoso en el espacio!

Y si un punto de luz lanzado al viento
es la tierra bogando en el vacío,
como va por la mar el macilento
fañal de mi navío,

¿qué seré yo, Dios mío,
perdido en el confuso movimiento
de esa infinita pequeñez que asombra?
De un gusano de luz la débil sombra,
menos quizás; y aunque la mente vuelva
de mi ser á la esencia pensativa,

seré la sensitiva
olvidada en la selva
de un país ignorado por pequeño.
Eso es tal vez el hombre, que se nombra
de lo creado soberano dueño,
de Dios imagen y perfecta hechura :

sombra que pasa y dura
¡ay! lo que dura un sueño.

Pobre infusorio cuya mente hiere
el reflejo fugaz de algo divino
y con orgullo adivinarlo quiere;
y piensa, y lucha y muere

ignorando al morir para qué vino;
 sin conocer la suerte que le quepa
 al abatir ó al remontar el vuelo;
 sin saber los misterios de ese cielo
 y sin que al cielo importe que los sepa.

Mas si lucha y medita,
 ¿nunca tendrá satisfacción colmada
 la noble aspiración en que se agita?
 ¿volverá con sus dudas á la nada?

¿Inútilmente anega
 su alma en el infinito? ¿inútilmente,
 en holocausto de su fe bendita,
 sabio ó legislador la vida entrega?
 ¿Y es inútil también esa fe ciega?
 ¿Y es su sola mansión eternamente
 este pequeño globo en que navega?

Navega como ahora
 por el mar vago yo: va recordando,
 entre dos diferentes hemisferios,
 envuelto por la noche, engendradora
 de dudas, de misterios,
 los seres que dejara sollozando
 en lejana ribera,
 y esos otros que espera
 abrazar en llegando.

Pero al fin llegará: vendrá la aurora,
 disipará la niebla
 que de su mente el porvenir esconde
 y en alas de su espíritu volando
 irá... ¡quién sabe dónde!

Ante la fuerza oculta que el gobierno
 rige del universo incontrastable,
 nada es ínfimo, y vil, y deleznable,
 porque todo es eterno,
 todo inconmensurable.

Y hay acaso en la gota desprendida
 de rocío en mi frente
 centro de lucha y vida
 tan hondo é insondable
 como ese mar rugiente.

El tiempo, la distancia, la medida,
 lo grande, lo pequeño, vagos nombres
 inútiles del cielo en la presencia
 que no sabe el idioma de los hombres.

Hasta allí, sólo alcanza,
 no el vuelo de la ciencia,
 sino la poesía ó la esperanza.

Hermosa poesía,
 dulce esperanza mía,
 no son para vosotras las pasiones
 de la humana existencia
 sombras de sueño vano;
 mis propias sensaciones,

el entusiasmo febril en que me agito,
 no son de vil gusano:
 porque en la vida universal palpito,
 porque enciende mi alma el soberano
 de Dios divino aliento,
 y porque dentro de mi cráneo siento
 también el infinito
 insondable y audaz del pensamiento.

Y si no paso yo, no habrán pasado
 por la tierra un momento y eclipsado
 para siempre su brillo, esos hermosos
 astros del sentimiento ó de la idea,
 hombres de genio alado,
 ni el rayo que en sus mentes centellea
 de la tumba en el fondo se ha apagado.

Tal vez ahora nos miran
 desde uno de esos centros de la altura
 y como aquí suspiran
 por otra patria superior más pura.

Tal vez todos los seres que he perdido,
 desde uno de esos mundos donde viven
 me recuerdan llorando,
 y exclaman: — ¡allí está! — cuando aperciben,
 con cariñoso anhelo,
 esta tierra brillando
 en el azul oscuro de su cielo.

Madre que el alma adora,
 ¿en cuál vives ahora?
 Sombra, sombra adorada ardentemente,
 manda sobre mi frente
 la santa bendición de tu cariño,
 después de haber orado
 tan fervorosamente
 como rezar solí cuando era niño.
 No hay oración tan llena de belleza
 como elevar al Creador la mente
 delante de la gran naturaleza.

Y si tú has alcanzado
 en alas de otro culto ese sereno
 cielo de mí ignorado,
 ahora sabrás que todo culto es bueno
 si eleva á Dios el corazón honrado.

Mas cese ya mi pobre poesía,
 que en vano, en vano matizar querría
 con las chispas de oro y de topacio
 que vienen hacia mí de las estrellas.

Se ilumina el espacio,
 desaparecen ellas
 triste, lánguidamente,
 mientras allá por el lejano oriente,
 siempre risueña y siempre brilladora,
 en explosión de luz surge la aurora.



Dr. D. Juan Carlos Blanco

DISTINGUIDO JURISCONSULTO Y ORADOR URUGUAYO

DR. D. JUAN CARLOS BLANCO

Es una de las figuras más simpáticas de su generación, no sólo por su talento, sino también por las prendas de carácter que le adornan.

Desde muy joven ocupó envidiables puestos públicos en su país, donde es querido por todas las personas de valer y respetado hasta por sus mismos adversarios políticos.

Como abogado es una reputación, y si se le considera como orador, en nada desmerece su talla. Posee el arte del bien decir, matizado con los tonos poderosos de la elocuencia.

En público ó en privado, en una fiesta literaria ó en la conversación familiar, halaga siempre por la hermosura de la frase, las apropiadas inflexiones de voz y su delicada corrección de maneras.

Es un verdadero artista de la palabra, que sabe hacerse escuchar con placer por los cultivadores del idioma y por todos aquellos que valoran la belleza, en cualesquiera de sus múltiples manifestaciones.

Alejado de la vida pública durante algún tiempo, fué llamado al gobierno últimamente, formando parte del ministerio conciliador que precedió á la administración del general Tajés.

R. S.

FRAGMENTO DE UN DISCURSO

POR EL DOCTOR

JUAN CARLOS BLANCO

No es el orador un sumo sacerdote, como lo es el poeta.

La inspiración no baja para él silenciosa, en alas de las musas, sino que se produce con los estremecimientos de su cuerpo agitado por el hierro del adversario, con los gritos de las multitudes heridas y al hervor de las pasiones que estallan.

El ritmo es de todos los tiempos, como la naturaleza, donde tiene su modelo; mientras que la palabra, signo social, signo humano, es de la situación, del momento, de aquel que la profiere y de aquellos que la escuchan. De tal relación misteriosa, surge en un instante imprevisto.

Por esto el orador, si trae su pensamiento, sus fines y sus propósitos, no trae nunca su elocuencia, que sólo aparece y la posee cuando la fiebre del combate oprime sus sienes.

Es la elocuencia la diosa de las batallas por la justicia, por la libertad y por la honra, que viene á infundir su aliento á los más esforzados, en la hora suprema de la derrota ó la victoria, y que se aleja después para no ser profanada en académicas lides, ni en mercenarias contiendas de menguadas ambiciones.

En esas lides, el arte puede intervenir para acicalar el concepto y redondear la frase que corre con sin igual tersura y sin igual monotonía también; pero la diosa esquiva sus dones, reservados á los escogidos en el palenque de las grandes causas.

Y si no, señores, mirad, acompañadme un instante en mis recuerdos.

Julio Favre es un académico, un retórico en sus discursos universitarios y en sus defensas forenses.

Sólo aparece el orador en la Cámara francesa, sólo aparece allí para unir su apóstrofe contra el cesarismo, al apóstrofe lanzado desde la roca de Jersey.

¿Lo veis, señores?

Al poeta, á Víctor Hugo, le ha bastado contemplar el Océano desde apartado retiro, bajo lóbrego cielo y sin más testigo que lo infinito; le ha bastado *mirar al abismo*, como él diría, para elevar su acento arriba del de Juvenal, mientras que el orador ha necesitado una asamblea agitada por encontradas pasiones, dolores cercanos que repercuten y se comprimen en los bancos, que estallan en las galerías; ha necesitado la lucha, el desprecio, la amenaza de los asalariados del poder, el golpe del hombre contra el hombre, para que la palabra llegue á la alta resonancia y caiga formidable con la execración del despotismo y los fulgores de la libertad sobre el pálido sibarita del Eliseo!

Cuando el imperio se derrumbó, la elocuencia huyó para siempre de los labios de Julio Favre. Quedó únicamente el retórico.

Dejemos, sin embargo, los grandes escenarios y torneos los ojos á los de esta región de América, que si tiene poetas cuyo nombre se extiende más allá del continente, tiene también oradores y estadistas que abarcan los más vastos horizontes en la esfera de los conocimientos humanos.

El doctor Avellaneda, para citar uno de los más ilustres, tiene en la oratoria académica algo de la poesía de Guido Spano, el poeta de la forma escultural.

Cincela prolijamente la estatua, pero la deja insensible, muerta: no hay en su rostro la luz del pensamiento, ni en sus miembros la vida que palpita y se difunde. Así se nos muestra en certámenes, conferencias y juegos florales.

Dicción esmerada, artística, pulida al rayo de la luna, dulce y tranquila, tranquila como la corriente de un lago que retrata en sus cristales el verjel de la ribera, pero sin una convulsión en el fondo que produzca el desborde y la onda impetuosa, arrebatadora de la melancólica escena.

En el certamen, en la academia es el retórico, impregnado de Virgilio y sus anacreónticas el que nos habla. Para encontrar al orador es necesario buscarlo en otra parte.

Allí donde con voz varonil y alta entonación dice al Senado de su patria que decrete la federalización de Buenos Aires y que Buenos Aires sea la capital de la nación, fundada por los héroes de la Reconquista y Ayacucho; allí donde ante innumerable concurso, abre á todos los que habitan tierra argentina el parque «3 de Febrero,» bajo cuyas acacias, dice, se reposarán las generaciones venideras de las fatigas del día, bendiciendo la obra de sus mayores.»

¿Lo veis también, señores?

Nuestro retórico de la cercana orilla sólo ha podido alcanzar la nota del orador, cuando el acontecimiento lo transfiguraba, cuando la expectativa de un pueblo estaba pendiente de sus labios.

La historia ya lo ha dicho á propósito de Vergniaud: era un ser vulgar al pie de la tribuna, en la tribuna era el genio de la elocuencia.

Vergniaud necesitaba la tribuna, aunque era aquella que asombraba al siglo XVIII. ¡Juzgad cuánto no será su poder!

Ahoga, sin duda, bajo su peso á los débiles, pero los fuertes encuentran allí su inspiración, encuentran en ella el

pedestal de su gloria y la más alta resonancia para las aspiraciones sociales que condensan en una voz y en una individualidad.

En las asambleas, la palabra incolora no se escucha, pero en los certámenes, si tiene entrada esa dicción de la hora crepuscular, falta en cambio las más de las veces, aun para aquellos que saben remontarse á la elocuencia, la musa inspiradora de la tribuna política.

Es que, elemento de acción la oratoria, necesita la acción misma para desplegarse, el incidente imprevisto para obligar á la forma inmediata, repentina, improvisada, que el pensamiento se niega á producir en esas plácidas fiestas de la inteligencia, donde si sobra la admiración y el regocijo, falta el calor y el arrebató de las controversias, que afectan la hora presente de las sociedades, trabajadas, no por dolores estéticos, sino por sufrimientos reales y anhelosas de bienes más altos que los alcanzados en torneos literarios.



Á ELLA

VESTIDA DE UN TRAJE DE GALA, NEGRO Y ROJO

Si ya el pecho, en rendido vasallaje,
sufre la ley de su pasión tirana,
¿para qué tu belleza soberana
resistir de ese espléndido ropaje?

Entre las negras mallas del encaje
luce la estofa sérica de grana,
fulgente cual la luz de la mañana
ó del rojo crepúsculo el celaje;

y, más resplandeciente, tu hermosura
contempla el alma absorta, estremecida,
por entre oscuros y encendidos velos,

cual del Edén soñado la ventura,
al través de las sombras de la vida,
en el fondo purpúreo de los cielos!

NUMA P. LLONA.

Guayaquil.



DESPUÉS DEL VALS

Á MI EXCELENTE AMIGO, EL ELEGANTE POETA Y ESCRITOR URUGUAYO

DON RICARDO SÁNCHEZ

- Mujer, suelta el antifaz
y deja que al fin te vea.
— ¡Eso nunca! soy muy fea.
— ¿Por qué pecas de falaz?
— Tras de ilusión engañosa
te lanzas con torpe anhelo.
— Con esos ojos de cielo
por fuerza has de ser hermosa.
— Mi boca es grande... ¿y quién sueña
en amorosos laureles?
— Boca que huele á claveles
de fijo ha de ser pequeña.
¿Por qué la infieres agravios,

si la adivino y me encanta ?
cuando hay nieve en la garganta
hay corales en los labios.

— De mi piel la nívea albura
ficción es sólo, ¡inocente!

— ¿Te pintas? ¡precisamente
soy loco por la *pintura!*

— ¿Mis dientes vistes, quizás?

— ¿Acaso son grandes? — Sí.

— ¡Mejor que mejor! así
no me los *enseñarás.*

— Tengo mal genio... — Recelo

que también eso es mentira :
para el enojo y la ira
no te dió esa voz el cielo.

— Soy calva... — No es de gran monta.

-- ¿Ni eso de tu amor me salva?

— ¡Y aun me alegro! si eres *calva,*
no tendrás *pelo de tonta.*

— No bien mi faz contempló,
todo hombre de mí se aleja...

— ¿Acaso porque eres... vieja?

— ¿Vieja dices? ¡eso no!!!

CASIMIRO PRIETO.



EL ANCLA DE BRILLANTES

(MARINA Á PLUMA)



RAN las joyas de aquella dama española un verdadero portento.

Los mejores artifices de Viena y de Madrid habían apurado el arte de imitar, con piedras preciosas, el color de las flores, vencidas en reñida lucha de reflejos por rosas compuestas de rubíes y extravagantes gardenias, cuyas hojas estaban tejidas de brillantes.

Las flores de la primavera, ante aquel ejército de joyas, marchitábanse de envidia; ¿quién, entre ellas, osaría competir con las otras

flores de cristales preciosos, de pétalos transparentes y de cálices que no esparcían aromas en los aires sino un deslumbrador centelleo? De los jardines de Aranjuez habían llegado al palacio ramilletes como castillos almenados, tras de cuyo verde parapeto defendíanse con bravura lirios y jazmines, enhiestos sobre un muro de porcelana de Sevres; pero más abajo de los jarrones, que la hueste primaveral había tomado al asalto, apiñábanse entre hojas de perlas con nervios de oro las flores enemigas, las flores de la luz, cuyas armas no eran la fragancia de los verjeles, sino un continuo fulgurar de rayos rojos, violados, verdosos, amarillos, que, chocando entre sí al caer sobre las rosas, producían á modo de una niebla de tintas vagas y cambiantes como la luz del iris.

Ante aquel bombardeo, las flores sitiadas rindiéronse al fin en sus *bouquets*, y las joyas hubieron de contemplar, con su frialdad de piedras, cómo más de una rosa desfallecía moribunda sobre el blanco encaje de filigrana que, al rodear por fuera el ramo, no impidió pasaran entre sus

calados aquellas saetas luminosas de una potencia ofensiva irresistible.

Ya celebrada la victoria sobre las flores, estalló una revolución en el joyero. ¡Una revolución, y en los salones de palacio!

Afortunadamente era de noche. Sobre un campo de raso, muy desigual por estar como bullonado y ostentar sendos botones de seda, que estorbaban la circulación, celebróse el primer *meeting*. Rojos de pura rabia los rubíes, habían puesto verdes de cólera á las esmeraldas: unas y otros se disputaban el triunfo encarnizadamente, y los diamantes fueron desmontados de sus áureas cabalgaduras. Armado el somatén, en un momento saltaron de sus huecos topacios y amatistas; en aquella turba, de todos los colores políticos, cada joya se atribuía la victoria y proclamábase reina, predicando teorías boulangéristas de dictadura y de revisión, que los diamantes de la corona no sabían si aplaudir ó silbar descompasadamente...

Los brazaletes tomaron el pulso á la cuestión; los broches preciosos fueron atando cabos, y de un abanico, lleno de incrustaciones, salieron al fin palabras tan aéreas y sutiles que dejaron pasmado al concurso.

— Brillantes señoras é ilustrados señores, exclamó entreabriendo apenas su varillaje de marfil y lanzando una onda de aire, tenue como un suspiro: están ustedes muy acalorados y urge pensar estas cosas con la frescura propia de mi paisaje de Watteau. ¿Quieren ustedes elegir reina de la fiesta? ¿Quieren ustedes celebrar Juegos Florales? Pues hable cierta corona condal que acaba de regresar de Levante y díganos en lemosín su pensamiento.

— ¡Que hable! ¡que hable! exclamaron á voz en cuello las gargantillas esmaltadas de perlas.

Pero la corona condal, haciendo un guiño á otras diademas, dijo, hablando en plata, que el silencio es oro; no eran propias aquellas oratorias de su elevado rango, y todas las joyas quedáronse como atónitas con la boca del estuche abierta...

¿Qué partido tomar? Perdida la esperanza de un arreglo pacífico, las joyas, antes de entregarse á civil combate, fuéronse á ver si había esperanza en el áncora que las simbolizaba.

Emprendieron, pues, en procesión la caminata por unos

senderos de piel de Rusia y llegaron al monasterio de *pelouche*, donde moraba el ancla de oro y brillantes que, con un grupo de rosarios, de cruces, de santos solitarios y medallones místicos había permanecido silenciosa entre el bullicio del pronunciamiento.

En aquella comunidad de ideas fervorosas y sublimes las joyas llevaban una existencia monacal; apenas competían sus destellos en vanidosa lucha de matices, y pasábanse la vida las perlas de los rosarios recordando modestamente Ave Marías, y los brillantes escribiendo con rayos fosforescentes el nombre de aquel su comprador, que había muerto, y cuyas fechas de felicidad cuidara de anotar en las cifras del precioso archivo.

Por eso al llegar allí, al contemplar aquel silencio de paz, las turbas detuviéronse asombradas de su profanación, y asomaron lágrimas de luz á las más duras piedras; las iras, los furores de un momento antes habíanse calmado en el sacro retiro, y el ancla de salvación hizo brillar entonces sus haces de resplandor celeste, como exordio á la plática que aguardaban las joyas pecadoras... Alzóse, pues, solemnemente el ancla; hízose corro en su derredor; arrellanáronse las lindas devotas en sus cojines de brocado, y comenzó el sermón de esta beatífica manera:

—¡Hermanas mías en marzo!... (Toses, suspiritos, gimo-teos y lo que se dirá).

—¡Diáfanas hermanas mías! ¿Por qué tan presto habéis perdido la quietud y el sosiego de vuestra condición? ¿Por qué habéis dado al traste con la inocencia de aquellos días de niñez y de escaparate, días felices en que la sola mirada de una compradora convertía en luces de tentación nuestro sonrojo? ¡Qué abismo entre el colegio de la joyería y el torbellino de pasiones que hoy os deslumbran, que hoy llegan á ofuscar vuestra claridad de pensamiento!

Yo veo en vuestras facetas el brillo del orgullo, que os hace subir á las empingorotadas coronas; la coquetería, que os coloca de centinelas en los pendientes de mujer; el afán de curiosearlo todo, de vestir á la moda, de realzar los bordados más artísticos, de ceñir los brazos y lucir en la garganta de la que amorosamente os alberga y se ilumina con vuestra radiante belleza. Y así ¡oh pecado! llegáis á creeros soberanas vosotras, las perlas, nacidas en el fango de los mares y apenas educadas por Ansorena; y así vos—

otros, los linajudos diamantes, venís á contrataros por precios fabulosos, como los tenores del Real, olvidando que sois nacidos del polvo de la tierra y polvo os volveréis, *et in pulverem reverteris*. ¿Qué digo polvo? Condenados estáis, por vuestra dureza, al carbón eterno, y la muerte os convertirá en carbono, negro como hollín de chimenea. ¡Moriréis de una manera trágica, de una manera química! (Sensación. Los diamantes protestan y amenazan con el filo de sus aristas. Una voz: ¿Y los diamantes americanos? Risas y rumores).

¡Ah, señoras! Si persistís en vuestra actitud, siento decíroslo: no conocéis á vuestra dueña. A ella se debe nuestro mejor brillo, como al pecho del valiente el de la cruz ganada en la batalla; de ella es la luz que en nosotras se quiebra, de ella el divino encanto que hace posarse en nosotras todas las miradas.

Y si esto olvidáis, si os creéis reinas absolutas del color; si juzgáis propios los homenajes á aquella que os embellece al ceñirse con deslumbradora pedrería, recordad el fin de otras joyas, vendidas por Isabel de Castilla, que al desprenderse de ellas retuvo en su frente los resplandores de todas, pues mientras las joyas se oscurecían, ella iba iluminándose con rayos de gloria, de ese albor que en las virtudes tiene su sol oculto, su calor y su brillo. (Aplausos).

¿Lo recordáis? Pues lo que aquella dama hizo puede repetirse. (Gran sensación). Y digo repetirse porque, señoras mías, ¿qué importa que no nos vendan, si al cabo no nos compran, si hoy la caridad hace al joyero una terrible competencia? (Varias voces: ¡Es verdad, es verdad!) Ya lo sabéis, compañeras, estamos en baja ante la limosna; para nosotras no hay proteccionismo; la piedad luce ahora más que los brillantes, y ha sonado la hora terrible de que vayamos á morir en el ara del templo, y el oro, que había de reclutar nuevos diamantes, se limite á enjugar esas lágrimas, que son joyas de la desdicha, que son las perlas de la gratitud. (Aplausos y lloros inconsolables en todos los bancos).

Cesen, pues, vuestros rencores; abandonad el mundo con sus pompas de similor y elevad vuestros reflejos al cielo, donde brilla otra constelación de piedras preciosas... Pensad en mi historia melancólica, pensad en aquellos días en

que yo fui símbolo de dicha para la flor gentil que me prefería entre vosotras... ¡ Ah ! (Pausa).

Yo recuerdo épocas en que la brisa del Cantábrico vino á adularme, muerta de envidia por ver cómo adornaba el cuello de un ángel; yo recuerdo el contacto de la mano de una niña que en mí tuvo su adorno favorito, porque yo era su esperanza y una esperanza de oro, de luz de aurora... Yo, el ancla de brillantes, había fondeado en un pecho juvenil, así como las anclas de hierro se hunden en la arena; yo era la joya del amor en aquellas tardes de verano en que oí tantas veces el chasquido intermitente de los remos, la calma del mar que sonríe, la alegre carcajada de dos enamorados que navegaban, como una pareja de gaviotas, ya lejos de la costa, ya perdidos en lo inmenso...

Cuando la dicha iba á esparcirse en aquellas deleitosas travesías, yo sentía siempre la mano trémula que me anclaba en el lecho de encajes, cerca de un cuello rosado y blanquísimo, y después, á la vuelta, era depositada en mi estuche, que tenía ese olor á marisco, ese aroma sin rosas que tan delicioso es aspirar allá, en la playa... Y todas las tardes, al despedirse, decíame la voz conocida: " ¡ Hasta mañana ! "

Hasta mañana... Hubo una mañana en que llegaron á mí escondrijo rumores tan raros... Primero un silencio prolongado; después ayes que estremecían, gritos de dolor, sollozos mal reprimidos; más tarde una como salmodia funeral, tan grave, tan pausada que parecía no acabar nunca; luego tañido de campanas, que, al doblar, semejaban lamentos humanos, y al fin silencio otra vez, pero un silencio terrible, sólo interrumpido por tristísima canturía y por el silencio de cierta locomotora que iba á llevarse el cuerpo muerto de aquel que tanto me había agasajado en su vida...

Desde entonces, ¡ adiós luz, adiós espejismo, adiós la esperanza por mí vanamente prometida ! He vuelto alguna vez, en el estío, á un nido de encajes negros, cerca de un cuello de mujer; otra vez he sentido el hálito marino, el deslizarse de la canoa por una llanura de cristal; pero en torno mío había una calma tan nueva, una mudez tan extraña, que aquellas navegaciones me han dado miedo.

Y si yo os dijera lo que entonces me cuenta la mano, temblorosa más que nunca, al sujetarme; si lo que yo escuchó, en el palpitar de aquel seno, pudiera decirse con

palabras, ¡yo os aseguro que no habría ancla en el fondo de los mares que se envaneciera de haber ahondado tanto en la profundidad de la desdicha!

Por eso yo, el ancla de brillantes, sigo brindando esperanzas á la par que en mí piensa y sufre; y por eso, cuando al caer de la tarde oigo el morir de las olas y el nacer de los recuerdos, yo digo á mi enlutada dueña, mientras acaricia un niño entre sus brazos:—¿Lo ves? No te engañaba. ¡Esa es la esperanza que yo, el ancla de brillantes, te había prometido!

F. GARCÍA DÍAZ.

San Sebastián y Junio de 1888.



COPLAS

Como el almendro florido
has de ser con los rigores,
si un rudo golpe recibes
suelta una lluvia de flores.

Tus ojos son un delito
negro como las tinieblas,
y tienes para ocultarlo
bosque de pestañas negras.

SALVADOR RUEDA.

EN LA DROGUERÍA



— ¡Despácheme, por favor!
tengo prisa y me consumo
de impaciencia.

— ¿Qué hay, Leonor?

— Deme una onza de negro humo.

— ¿Es para tu tocador?

EXPIACIÓN

¡Cómo debes odiarme!... ¡He despojado
de blancas rosas, tu hermosura ufana,
manché tu pura juventud lozana
y te hundi en las tinieblas del pecado!

Ante mis ojos se erguirá el pasado
cual pavorosa maldición lejana,
y tu recuerdo arrastraré mañana:
¿su grillete no arrastra el condenado?...

Perdóname con Dios... Mucho he sufrido,
mucho he llorado, por mi mala estrella!

Soy el errante náufrago perdido,
que en alta noche y en peñón desierto,—
de las tormentas por el rayo herido,—
lo devoran los buitres cuando ha muerto!...

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1889.

AUTOBIOGRAFÍA

De la guerra por azar
y de mi estirpe el segundo
en Lérida vine al mundo
sin poderlo remediar;
pues de la humana batalla
á conocer la extensión
arrojando el biberón
hubiera dicho: — ¡Otro talla!

En Nochebuena nací,
y entre placeres y penas
cincuenta y seis noches buenas
han corrido para mí.

Por adularme quizás
alguien con sobra de celo
dice que tuve buen pelo...
yo ni aún sé si tuve más.

Latín en Soria cursé,
letras en Valladolid,
y en la Coruña y Madrid
algo que luego olvidé;
hasta que el tiempo pasado
en Granada la sin par,
aprendí á sentir y amar...
estudios que no he dejado.

Mi vocación de poeta
es tan antigua que infiero
solté mi verso primero
al tomar la primer teta.

Y á esa gracia ó ese don
debo, sin duda ninguna,
ya que no gloria y fortuna
honores y estimación.

Por sobra de candidez
ó falta de picardía
tras de mí la policía
anduvo más de una vez;
pero puedo con testigos
probar, como hombre leal,
que bien devolví por mal
á todos mis enemigos.

Alegre y derrochador,
pensando muy poco en mí,
al que me pidió le dí,
mereciera ó no el favor;
sufriendo angustia horrorosa
cuando en varias ocasiones

sólo pude dar razones
por no tener otra cosa.

Ya al fin de mi vida inquieta,
guardar no importa el secreto,
aspiro á ser buen sujeto
antes que á ser buen poeta ;
y si mañana cual hoy
conocerme alguno quiere,
de mi vida no se entere,
mis obras dirán quién soy.

Con estas debilidades,
suponiendo que lo sean,
cuatro pelos que blanquean,
reuma en las extremidades,
apetito regular,
color sano, ojos azules,
envidia á cuantos gandules
comen bien sin trabajar.

Carácter dulce y sencillo,
aversión hacia lo ruín,
algo dentro del magín,
poco dentro del bolsillo ;
una prebenda en Estado
que iguala el debe al haber,
dos hijos, una mujer,
y un uniforme bordado,
me ofrezco á ustedes sin tasa
franco, servicial y activo,
por la tarde en el Archivo,
por la mañana en mi casa,
donde me pueden mandar,
y adonde suelen venir,
los hambrientos á pedir,
los cuitados á llorar,
los amigos á reir,
los artistas á gozar,
á no dejarme vivir
el que algo espera lograr,
y el que me debe á decir
que desista de cobrar.

Pues al infortunio abiertas,
cerradas á la ambición,
y raras veces desiertas,
mi casa tiene dos puertas,
ninguna mi corazón!

MANUEL DEL PALACIO.





D. Isaac Peral

DISTINGUIDO OFICIAL DE LA MARINA ESPAÑOLA É INVENTOR DEL BUQUE
SUBMARINO DE SU NOMBRE

DON ISAAC PERAL

Hace cosa de cinco años el nombre con que encabezamos estos renglones era conocido tan sólo entre el personal del distinguido cuerpo de la Armada; y añadiremos que conocido muy ventajosamente, porque don Isaac Peral y Caballero desempeñaba ya con gran lucimiento una cátedra en la escuela de Ampliación de la Armada española, y por su aplicación, su inteligencia, sus vastos conocimientos, no menos que por su amabilidad, su entusiasmo y su modestia, habíase captado las simpatías de sus subordinados, sus jefes y sus compañeros. Sabían algunos de éstos que Peral consagrábase con porfía extraordinaria al estudio, que perseguía la realización de arduos problemas relacionados con las ciencias físico-matemáticas, que seguía con afán el movimiento científico europeo; pero la índole de los problemas cuya resolución había cometido, el género de trabajo que se impusiera, los elevados y patrióticos propósitos del modesto teniente de marina, eran desconocidos de la mayoría de sus compañeros y colegas. Sólo á raíz de los acontecimientos originados por el conflicto de las Carolinas, túvose en el Cuerpo conocimiento de ellos, aunque muy confuso, y sólo hasta mediados de 1887 no adquirió el público noticia de que en el arsenal de la Carraca comenzaba la construcción de un submarino proyectado por el señor Peral.

Esta noticia excitó desde el primer momento la curiosidad, porque la resolución del problema de la navegación submarina como la de la navegación aérea, importantísima por muchos conceptos, ha sido objeto de formales tentativas desde fines del siglo xvi y no falta quien le asigne las remotas fechas del reinado de Alejandro Magno. Desde que el holandés Drebbel realizó en 1620 el proyecto ideado por Bourne medio siglo antes, la historia registra en 1774 el invento de Day, en 1776 el de Bushnell y en 1797 el de Fulton, y asimismo consigna que en pleno siglo xvii los PP. Fournier y Mersenne expusieron ya con toda claridad la teoría de la navegación submarina. A los citados inventores siguieron en el siglo presente, el francés Coëssin

en 1809; los ingleses Johnson en 1823 y Shuldham en 1824; el ruso Baüer en 1855, el español Monturiol en 1859 y 1862; el francés Villeroi en 1862, Alstilt en 1863, el francés Bourgois en 1863, el americano Winam en 1864, un mecánico sueco en 1865, el americano Villeroy poco tiempo después, Halstead en 1872, Hobland en 1877, Garret en 1878, Goubet en 1885, Nordenfeldt en 1886, Waddington en 1888, y Campbell, Zedé y otro inventor francés en 1888. Como se ve la serie no es corta, y con orgullo tenemos en ella el nombre de un español, de un catalán, el insigne y desgraciado autor del *Ictineo* don Narciso Monturiol. Pero como en la resolución del problema planteado por los más de estos inventores, no entró hasta hace pocos años el poderoso auxiliar de la electricidad, nos concretaremos á decir que los tipos modernos más importantes del buque submarino se hallan representados actualmente por el *Nordenfeldt*, el *Goubet*, el *Waddington* y el *Gymnote*, este último recientemente ensayado y sometido aún á experimentos en la vecina república. Este tipo, ideado por los oficiales de la marina francesa señores Romazzotti y Zedé, se ha construído, como el *Peral*, por cuenta del Estado, y tiene la forma de un huso alargado, una sola hélice y cuatro timones. El gobierno francés ha guardado el secreto acerca de sus detalles de construcción, pero decidido á llevar á término la obra de los autores, después de haber hecho ensayos de ella no del todo satisfactorios, ha resuelto construir un segundo *Gymnote*, en el que se han corregido ciertos defectos, y proceder á ensayos nuevos. Y esto indica, no ya la grave importancia que el asunto entraña, sino la paciencia y las reservas que exigen experimentos de esta índole. Nosotros, que tenemos gran fe en el invento de nuestro ilustre compatriota, no hemos dudado ni desfallecido un punto con respecto á su resolución definitiva; porque el buen sentido nos indica que á la magnitud del proyecto corresponde una labor ímproba, incesante, un trabajo de tanteo que forzosamente ha de producir modificaciones en ciertos detalles y como es consiguiente empleo de tiempo no escaso. Lo que en Francia ocurre con el *Gymnote* puede servir de ejemplo; ¿qué extraño que se inviertan en pruebas algunos meses, cuando la idea á que debe su origen el invento representa años de profundísimos cálculos?

Pero, ya es hora de consagrar algunos párrafos á Peral

y á su invento. Poco se sabe de éste, y por lo mismo es imposible hacer una descripción detallada del submarino. Los datos que pertenecen al dominio público son que mide 21 metros de eslora, y 2'74 de manga y puntal, que su desplazamiento es á flote de 79 toneladas y sumergido de 87; que anda en la superficie 11 millas por hora y dentro del agua 10; que se mueve por medio de la electricidad depositada en 600 acumuladores y que con esta fuerza puede recorrer 355 millas, navegando en la superficie, y 326 sumergido. El barco tiene la forma de cigarro, está dotado de dos hélices y tubo lanza-torpedo, y su entrada aparece en la parte de popa y en la torre central. Lleva ocho toneladas de agua como lastre.

Tres problemas esenciales ha tenido que resolver Peral para llevar á vías de realización su notable invento, y son: los relativos á la horizontalidad, la seguridad y la visibilidad del buque. Peral ha resuelto el primero por medio de un *aparato de profundidades*, que automáticamente, obedeciendo á la manecilla de un cuadro semejante á la muestra de un reloj, conduce el barco á la profundidad deseada y le hace ascender y descender sin avanzar. Este mismo aparato se utiliza para conservar la horizontalidad cuando una ola haga perderla. Para el problema de la visibilidad el inventor ha ideado unos *reflectores eléctricos*, de grandísima potencia, pues iluminan hasta 150 metros de distancia; con ellos, si las aguas son claras, la visión será perfecta; mas si por acaso éstas se enturbian, un *anteojo marino*, que asomará por la superficie de la nave, conducirá las imágenes al fondo y permitirá á los tripulantes ver á una distancia de cuatro millas cuadradas. Por el aire que va comprimido en una cámara y por una *bomba* inventada asimismo por Peral, se renovará la atmósfera, se purificará y enriquecerá de oxígeno. Las brújulas hasta hoy conocidas, y que sumergidas no indican datos exactos, han sido sustituidas por una *brújula* probada también y que determina con suma exactitud el rumbo. Puede colegirse por esta serie de inventos los estudios, las dificultades, los desvelos de Peral. Para que los 600 acumuladores que lleva el submarino no perdiesen la electricidad, ha construído un acumulador más perfeccionado; para poder lanzar el torpedo, ha sabido hallar dos portas automáticas que no dejan paso al agua; á cada dificultad ha opuesto un inven-

to, á cada obstáculo un prodigio de inteligencia y de estudio. En suma; diremos que han sido *siete* estos inventos, y que aun cuando Peral no resolviera en definitiva el trascendentalísimo problema de la navegación submarina, no se perderían aquéllos para la ciencia. El barco resulta una magnífica arma de combate, pues puede acercarse impunemente al más poderoso acorazado, embestirle, dispararle la destructora máquina, y asistir desde sitio seguro á los efectos del desastre; un admirable auxiliar científico mediante el cual podrá arrancarse su secreto al fondo de los mares y poner en evidencia sus ocultas maravillas: una especie de cigarro de acero que ha de llevar al abismo con la luz resplandeciente de sus focos eléctricos, la vida y la muerte que encierra entre sus metálicas paredes.

Digamos ahora algo acerca de su autor y acerca del proceso de este invento.

Don Isaac Peral y Caballero nació en la ciudad de Cartagena el 1.º de Junio de 1851, ingresó en la Armada en 1866 y ascendió á teniente de navío, empleo que disfruta hoy, en 16 de Julio de 1880. En 1882 fué nombrado profesor de física de la Academia de estudios de ampliación de la Marina y en 1884 concibió el proyecto de su buque submarino, proyecto á cuya realización consagróse con verdadero empeño. Practicados por él los cálculos y estudios necesarios para la resolución de los múltiples problemas que entrañaba la empresa, Peral dió por resuelta la cuestión; mas temeroso de arrostrar las contrariedades que se ofrecían para realizarla, guardó durante un año la más absoluta reserva. Empero, las circunstancias le impulsaron, á mediados del año 1885, á vencer sus naturales temores y reservas. Ocurrió el conflicto de las Carolinas, y don Isaac Peral dió cuenta de su proyecto en carta reservada al ministro de Marina señor Pezuela, quien le llamó telegráficamente á Madrid para que desarrollase sus teorías ante una junta técnica nombrada al efecto. Y allí fué Peral, y ante dicha junta expuso lleno de convicción y de entusiasmo sus teorías, siendo resultado del examen un informe altamente favorable, pero en el que se exigía al inventor que hiciera prácticamente los ensayos de la clase de motor que había de llevar el barco y de la parte relativa á la respiración. No podían ser más halagüenos para nuestro oficial tales precedentes; mas por desgracia la falta de recursos

del Ministerio motivó que en estas experiencias se perdiera un año, terminado el cual, y verificadas ellas con éxito completo, el inventor presentó los planos definitivos de un tipo de torpedero submarino, acompañándolos de una Memoria que contenía todos los cálculos relativos al proyecto y un plan completo de defensa de la costa española por medio de esta clase de buques. Informóse también favorablemente este proyecto, exigióse al inventor que antes de construir el barco se experimentase también otro de sus aparatos, ingenioso y sencillísimo y con el que se consideraba resuelto el trascendental problema de la navegación submarina á grandes distancias y su aplicación á la guerra, y por fin, el 23 de Octubre de 1887, comenzaron en el arsenal de la Carraca los trabajos para la construcción del buque, trabajos que terminaron en Septiembre de 1888, en cuyo mes y año fué botado al agua el torpedero. Las experiencias oficiales se efectuaron en Enero de 1889, y de su resultado poco podríamos decir, recientes como son las noticias que de ellas dió la prensa. En lo relativo á la velocidad el buque respondió á las esperanzas de su inventor; empero, echáronse de ver defectos á los que se atiende actualmente y acerca de cuya resolución no abriga duda el señor Peral. La expectación en que hoy se encuentran no sólo los españoles, sino los hombres científicos de todos los países, y las noticias que acerca de los trabajos hechos en el extranjero se tienen, dan á este problema una importancia innegable; pero los despachos últimamente recibidos permiten creer que las pruebas definitivas no se harán esperar.

Baste lo dicho para comprender y apreciar los títulos de gratitud y gloria que el señor Peral se ha conquistado; títulos á los que deben unirse los del patriotismo, porque público es y notorio que Nordenfeldt le ofreció cuantiosa suma á cambio de su secreto. Peral, que para llevar á cabo su invento luchó con la escasez de los créditos concedidos, 40,000 duros ¹, rechazó la oferta, decidido á realizar su obra *con España y para España*.

Don Isaac Peral es un joven de treinta y ocho años,

¹ Hace pocos meses un insigne patriota español residente en la América del Sud, el señor Casado del Alisal, ha regalado al inventor la importante suma de 20,000 libras esterlinas, para que pueda realizar con entera libertad la empresa acometida.

de regular estatura, delgado, nervioso, moreno, de frente espaciosa y ojos penetrantes. Desde mozo, ha dicho quien le trató, la precocidad reveló su porvenir. Su reserva, su ensimismamiento, su facilidad para aprender y su tenacidad en estudiar le valieron en la Academia el glorioso sobrenombre de *profundo Isaac*. El entusiasmo que revela por su invento se traduce perfectamente en las siguientes frases que á raíz de las últimas experiencias pronunció:— *Si consigo resolver el problema de la navegación submarina me importa poco morir al día siguiente de haberlo descubierto.* ¡Hermosas frases que sintetizan perfectamente el carácter, las vocaciones y los sentimientos del ilustre marino español!

FRANCISCO BARADO.

Barcelona y Junio de 1889.



EN LA CENA DE LA DUQUESA ***

La luz esparce sus rayos de oro;
rico damasco cubre la mesa,
y el Rhin y el Málaga bullen hirvientes
en azuladas copas bohemias.

Blancos jazmines llenan los búcaros;
geranio y nardo los festonean,
y las figuras de los tapices
presiden mudas tu alegre cena.

Las mandarinas se envuelven púdicas
en sus cendales de blanca seda;
vense los dátiles en caja de ámbar;
brillan los plátanos y las cerezas,
y los manjares llevan perfumes
de clavellinas y violetas.

Los áureos frascos llenos de Chipre,
los dulces vinos dignos de Grecia,
la miel ardiente de árabe suelo,
los platos de oro dignos de César,
los cien fruteros de ópalo y plata
donde se apiña la roja fresa,
nunca tuvieron competidores
como lo eran con tu presencia,
tu blanco busto, lleno de rosas,
tu cuello hermoso, lleno de perlas,
y los brillantes que, entre las plumas,
sacaban chispas de tu cabeza!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.



MAL DE AMORES

—Hace dos meses, doctor,
que me siento muy enfermo:
no cómo, casi no duermo
y voy de mal en peor.

—Pues en mí confianza ten,
que el miedo es siempre fatal;
á ver el pulso...

—¿Qué tal?

— Lo que es el pulso, anda bien.
¿Has sentido algún dolor?...

—Físico, ninguno hasta ahora,
pero há tiempo me devora
no sé qué fuego interior,
y á hallar, por mi mal, no acierto
de mi dolencia la causa...

(El doctor, tras breve pausa):

— Por los síntomas que advierto,
la enfermedad es moral
y tu malestar se explica;
¿amas á alguien?

—A una chica
de belleza angelical:

Y á fe que bien puede ser
la causa, ella, que buscamos...
¡si desde que nos amamos

que estoy, doctor, sin comer!

— ¡Lo sospeché!... mal de amores.

— Me hallo débil y me siento
á veces calenturiento...

— Desecha vanos temores,
y si tu sangre se inflama
acuéstate, y ten paciencia,
pues mucho más que la ciencia,
ha de curarte la cama.

CASIMIRO PRIETO.

EN ARAS DEL RIDÍCULO

Así fueron sacrificados los novios de dos lindas niñas, hijas de don Pedro Arciniega, hacendado de Ate, valle cercano á Lima.

Fué el caso que las chicas se antojaron de dar un paseo á caballo, escoltadas por ellos, en los jardines de Surco, lindo pueblecito cercado de huertos, sobre el camino de Chorrillos.

Requerida la respectiva licencia, negóse á darla el señor Arciniega, alegando inconveniencia.

Pero las picaruelas, amparadas por la condescendiente madre, pasáronse de esta formalidad; y abrochadas en elegantes amazonas de cachemira azul, chapeos del mismo color sobre los negros rizos, cabalgando en briosos caballos, emprendieron, muy contentas, la romántica campavía.

Justamente enojado por esta desobediencia, don Pedro resolvió darles á ellas y á ellos una buena lección.

Fuese con gran diligencia á su chacra del valle de Ate; descolgó media docena de rifles que tenía para defensa del fundo; armó con ellos á otros tantos de sus peones, y cubiertos los rostros bajo pañuelos negros, montaron á caballo y se dirigieron á Surco.

No de allí á mucho don Pedro descubrió á las enamoradas parejas. Picó espuela, y alcanzándolos entre las tapias de un alfar, ahuecando la voz, dióles un tremendo:

—¡Alto ahí!

—¡Dios mío! ¡ladrones! exclamaron las niñas, yertas de espanto ante aquella banda de enmascarados.

—¡Por Dios, Carlos, no haga usted resistencia!

—¡Alberto! ¡en nombre de nuestro amor, no exponga usted su vida, que es la mía!

Pero los mancebos no necesitaban de esas recomendaciones, y pálidos y trémulos aguardaron.

—¡A ver! ¡Esos mocitos, pie á tierra!...

Ambos se apearon.

—¿De qué nacionalidad son estos zanguangos?

A pesar de su miedo, los jóvenes se mordieron el labio de rabia á más no poder.

—Ecuatorianos, respondieron.

—¡Ecuatorianos! ¿Si serán estos villanos los asesinos de Garcia Moreno?

—¡No, señor! ¡No! gritaron las niñas abogando por sus futuros.

—¡No! ¡y dejaron á ese monstruo apoderarse de su patria, y beber la sangre de sus hermanos! ¡Al suelo, infames! ¡al suelo, y boca abajo!

Ellos obedecieron.

—Vosotros, ordenó, apoderaos de sus caballos, que yo me encargo de las ninfas.

—¡Piedad, por Dios! ¡piedad para nosotras, señor! clamaron las jóvenes llorando de terror.

—No teman las rapazuelas, dijo el bandido, aunque bien merecían un desaguisado por la bobería de confiar la custodia de sus bultos á ese par de *maricas*.

Y volviéndose á los amedrentados novios, que estornudaban con las narices en el polvo:

—Si osáis moveros antes de media hora, les dijo, ahí dejo un centinela que os levantará la tapa de los sesos.

Y cargó con las niñas y los caballos de sus acompañantes.

Cuando hubo pasado un tiempo, que para ellos fué una eternidad, los asendereados pretendientes, levantándose, empolvados y maltrechos, se encaminaron á la estación del Barranco.

Pero cuál no fué su sorpresa al encontrar allí sus caballos y saber que don Pedro Arciniega, su futuro suegro, los había dejado con encargo de entregárselos á ellos.

Todo lo comprendieron entonces, y avergonzados no osaron presentarse en casa de sus novias.

Pero cuando el corazón habló más alto que la mortificada vanidad y los llevó á solicitar el verlas, recibieron un portazo.

JUANA MANUELA GORRITI.

Buenos Aires, 1889.

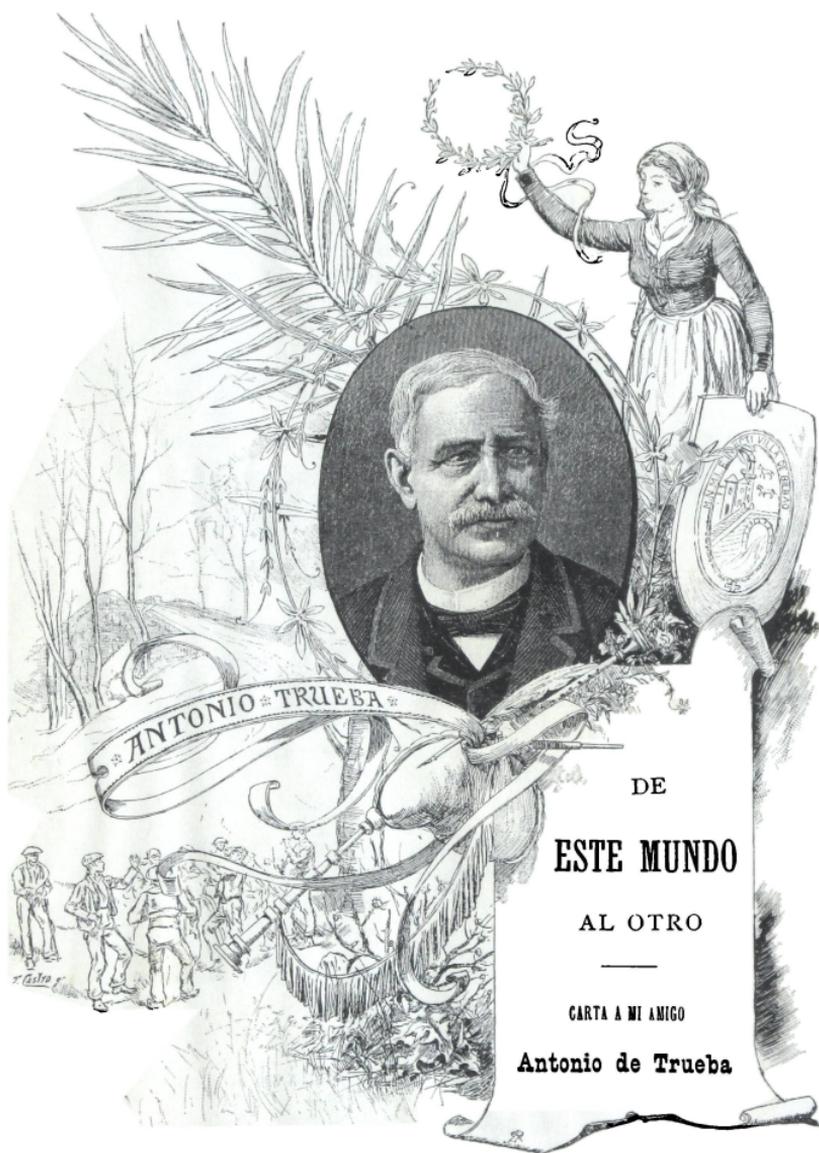
EPIGRAMA

Dije ayer á Juan Morales:

—¿Conque esa es tu cara esposa?

y me contestó en voz baja:

—¡Hombre, no! la *cara* es otra.



ANTONIO *TRUEBA*

DE
ESTE MUNDO
AL OTRO
—
CARTA A MI AMIGO
Antonio de Trueba

Querido Antonio: te fuiste
del mundo, huyendo quizás
del lodo que salpicaba
el manto de la moral;
y te llevaste tu lira,
que daba encanto al hogar,
dejando sin tus *Cantares*
huérfana á la sociedad.
Vuelve; la razón te llama
para hacer frente al audaz
desenfreno de la pluma;
vuelve al mundo para dar
con tus *Cuentos* delicados
al alma consuelo y paz;
vén á repetir al pueblo
este precioso cantar:
«Una heredad en un bosque,
y una casa en la heredad,
en la casa pan y amor...
¡Jesús! ¡qué felicidad!»
¿Por qué la voz enmudece
del que así sabe cantar?
Al candor y las virtudes,
que orgullo á los pueblos dan,
los amenaza de muerte
la propaganda fatal
del *naturalismo* crudo;
vén, Antonio, á pelear,
que hacen falta campeones
que defiendan la moral;
y si Dios no me concede
que aquí te vuelva á abrazar
con los apretados lazos
de nuestra buena amistad,
mándame al menos tu lira
y alientos para cantar,
ahogando la voz del vicio
que, á impulsos de la maldad,
arranca sus vestiduras
á la púdica vestal
para exhibirla en los libros,
manchando la honestidad;
y si arrecia lá batalla
y nos quieren arrollar,
manda tu acerada pluma
para imponer *la verdad*,
salvando la fe cristiana,
la virtud y la moral.

TEODORO GUERRERO.

Madrid, Junio de 1889.

CAMBIO DE PROFESIÓN



☞

- ¿Conque has abandonado el periodismo?
 —Sí, chico; ahora me dedico al comercio.
 —¿Al comercio de qué?
 —De muebles.
 —¿Y has vendido ya muchos?
 —Por ahora llevo vendidos todos los míos. ...

LA PENSIONISTA

(TRADUCCIÓN LIBRE)

Su *pensión*, con gran audacia
 pide y suelta la sin hueso;
 ¡que viva la democracia!
 no tiene la hembra más *gracia*
 que la que le dió el Congreso.

Lima.

ACISCLO VILLARÁN.

LOS VERSOS DE CABO ROTO

(HISTORIA TRÁGICA DE UN POETA)

Quando (y ya hace fecha) éramos, en el colegio, estudiantes de literatura castellana, cascabeleábanos no poco la estructura de esta y otras espinelas, que se encuentran en el *Quijote* del gran Cervantes:

Advierte que es desati-,
siendo de vidrio el teja-,
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-.

Deja que el hombre de jui-,
en las obras que compo-,
se vaya con pies de plo-;
que el que saca á luz pape-
para entretener donce-
escribe á tontas y á lo-.

En ese siglo, en que los poetas derrochaban ingenio, escribiendo acrósticos, abusando de las paranomasias é inventando combinaciones rítmicas, más ó menos estrafalarias, cupo á Cervantes poner á la moda los versos llamados de cabo roto, y de los que la décima que acabamos de copiar es una muestra.

Pero no fué el príncipe de los ingenios españoles, como generalmente se cree, el primero en escribir espinelas de esa especie. Fué á fines de 1603 cuando apareció en Madrid el *Ingenioso hidalgo*, y ya á principios del mismo año habían profusamente circulado, en Sevilla, coplas de cabo roto.

El creador de ese género singular de metrificación truhanesca, fué un poeta calavera, que tuvo trágico fin.

Hé aquí su historia:

Vivía en Sevilla, en los comienzos del siglo xvii, un mozo inquieto y de lucido ingenio, llamado Alonso Alvarez de Soria, hijo de un jurado del mismo nombre. Burlón y maleante, gustábase el trato de la gente perdida, y había contraído el hábito de mofarse de todos. Para extremar sus burlas y darlas mayor escozor, inventó

una jamás oída manera de versos, los de cabo roto, hecha observación de que los bravucones y ternejales de Triana solían comerse las últimas sílabas de un período, para hacer más huecas é importantes sus fanfarronerías.

En 1603, y en una décima de cabo roto, la primera que se escribió en castellano, ridiculizó Alonso Alvarez el haber sometido Lope de Vega su libro *El Peregrino* á la censura del poeta Arguijo, buscando mentidos elogios, antes que advertencia y enseñanza.

Como á 25 de Septiembre de 1604 hubiesen disparado un pistoletazo á don Rodrigo Calderón que, juntamente con don Pedro Franqueza y don Alonso Ramírez del Prado, hacía tráfico infame de los destinos públicos, y Prado y Franqueza fuesen reducidos á prisión, conservándose don Rodrigo en la plenitud de su valimiento con el monarca, Alvarez no se pudo contener, y le envió al poderoso ministro una décima de cabo roto, aconsejándole pusiese su barba en remojo y se dispusiera para un trágico fin. ¡Qué ajeno estaba el aconsejante de que él precedería á don Rodrigo en muerte ignominiosa!

Andaba por Sevilla un pobre ó bellaco, pidiendo limosna para San Zoilo, abogado de los riñones. Habíanle puesto los muchachos un feo nombre ó apodo: llamábanle el Tío C... alzones. El pobrete se enfurecía, y los chicos le tiraban pelotas de lodo y aun peladillas de san Pedro. Algún vecino de buena alma, á fin de aplacarlo, le daba unos maravedises de limosna, y entonces el pedigüeño colocaba en el suelo la imagen del santo, bailaba alrededor de ella, y decía:—Yo me llamo Juan Ajenjos, natural de Córdoba, y no soy el Tío C... alzones que decís.

Pues Alonso Alvarez tuvo la fatal ocurrencia de poner ese propio mal nombre, nada menos que al asistente de Sevilla don Bernardino de Avellaneda, señor de Castrillo. Cunde entre el vulgo, llega á oídos del asistente, y jura su señoría que el malandrín poeta le ha de pagar caro la injuria. Promuévele un altercado en la calle; ordena á los alguaciles que lo lleven á la cárcel por desacato á la autoridad; pone el amenazado pies en polvorosa; le sacan de Santa Ana, donde había tomado iglesia, enciérranle en un calabozo, y tras darle el asistente tres horas para encomendarse á Dios, le cuelga, sin más proceso, de la horca. Justicia expeditiva.

En vano fué que, en la capilla, escribiese Alvarez el bellísimo y cristiano romance que así termina:

Muera el cuerpo que pecó,
pues bien la pena merece,
y vaya el alma inmortal
á vivir eternamente.

En vano todos los poetas sevillanos se arremolinaron pidiendo gracia para su camarada, llevando la voz el noble y famosísimo dramático don Juan de la Cueva, quien presentó al asistente, por vía de memorial, este soneto, menos bueno que bien intencionado:

No des al fêbeo Alvarez la muerte,
¡oh gran don Bernardino! Así te veas
conseguir todo aquello que deseas,
en aumento y mejora de tu suerte.

El cruel odio en piedad convierte,
que en usar de él tu calidad afeas;
cierra el oído, ciérralo, no creas
al vano adulador que te divierte.

De ese que tienes preso el dios Apolo
es el juez, no es sufragáneo tuyo;
ponlo en su libertad, dalo á su foro.

Ve que de hacerlo así, de polo á polo
irá tu insigne nombre, y en el suyo
Hispalis te pondrá una estatua de oro.

El orgulloso resentimiento, la vanidad herida son implacables. El asistente se mantuvo inflexible, y el poeta Alvarez pereció en público y afrentoso cadalso.

En cuanto á los versos de cabo roto, de que él fué el inventor, á pesar del empeño de Cervantes por popularizarlos, puede decirse que no han hecho ni harán fortuna. Nacieron con desgracia.

RICARDO PALMA.

Lima, 6 de Mayo de 1889.

EPIGRAMA

Doña Carmencita Hurtado
anteayer ha fallecido
y al saberlo su marido
ayer, ha resucitado.

ALBERTO LLANAS.

NUESTROS COLABORADORES



D. Ricardo Sánchez

DISTINGUIDO POETA Y ESCRITOR URUGUAYO

BOCETO Á CAPRICHO



EL otro lado del Plata
león que se retuerce preso,
cuando desata sus furias
el indomable Pampero,
barriendo los cortinajes
que velan el ancho cielo,
y dando más luz al astro
viajero del firmamento...
En la heroica Buenos Aires,
hija feliz del progreso,
á la que siempre yo miro
con los ojos del recuerdo,

y le guardo aquí en el alma
las ternuras del deseo,
tengo una amiga sublime,
una amiga, que yo quiero
como á la patria, el proscrito,
á la virtud, el que es bueno,
al hogar, el hijo amante,
y á la libertad, el reo!

No la conozco siquiera,
pero la finge mi afecto
ideal, como los querubos,
bella, como el patrio cielo
en una tarde serena
que es de las almas recreo,
tarde que anima y halaga
y en que todo es más poético.
Despiden fulgor de luna
sus rasgados ojos negros,
como la inocencia, tímidos,
como la esperanza, bellos.
En su límpida sonrisa
hay colores y hay reflejos
de la aurora de la vida
de otro mundo más risueño.
Y en su voz, divina escala
de suavísimos arpegios,
hay la música sublime
del arpa del sentimiento!

Habla siempre con el alma,
y en sus cartas, que conservo

como el avaro, el tesoro,
 como el poeta, sus versos,
 hay ternura delicada,
 notas del amor supremo,
 inmateriales perfumes
 del jardín de los recuerdos,
 y los halagos sin arte
 de un cariño verdadero.
 Es alondra, cuando arrulla
 y es águila, cuando el vuelo
 tiende á la región celeste
 donde mora el sentimiento.
 Es modesta cual violeta,
 de su hogar es ángel bueno,
 y el corazón generoso
 que alienta dentro del pecho,
 para amar no tiene límites
 como no los tiene el cielo!...

RICARDO SÁNCHEZ.

Montevideo.



EL CERDO

FÁBULA

No hay chico que no le embrome,
 ni grande que lo tolere;
 yo no sé si se le quiere
 pero sé que se le come.

Suele en el fango vivir,
 y allí le van á buscar,
 más que por verlo engordar
 por ayudarle á morir.

Le llaman puerco y marrano
 y aquel que más le moteja
 no perdona ni una oreja
 cuando le viene á la mano.

Por lo cual llego á creer,
 y acaso estoy en lo cierto,
 que sólo después de muerto
 se le llega á comprender.

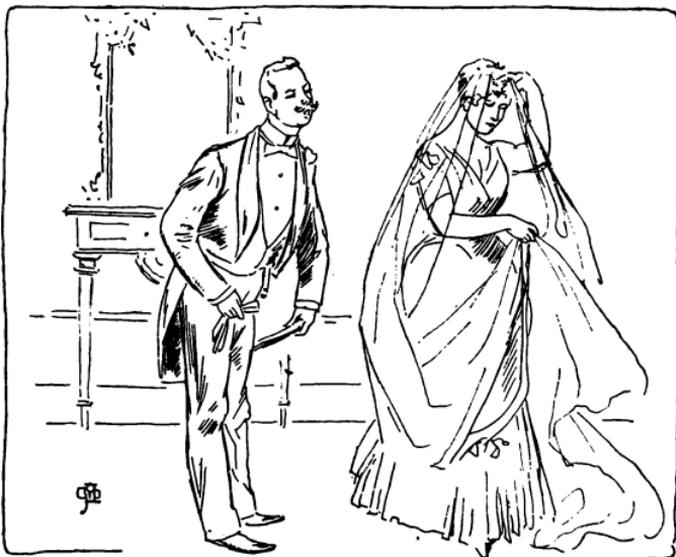
—
 Cultivando su afición
 á mascullar pergaminos
 viven sabios en montón
 que imitan á los cochinos...
 y algunas veces lo son!

MANUEL DEL PALACIO.

GEDEÓN Y FAMILIA



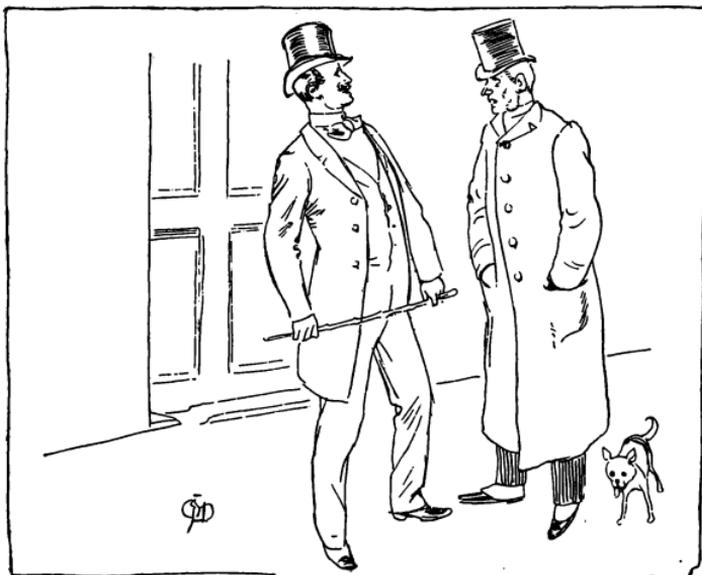
GEDEÓN PREPARÁNDOSE PARA SU BODA.—¿Los quiere usted un poco más cortos?
—¡Hombre, no! los quisiera un poco más largos...



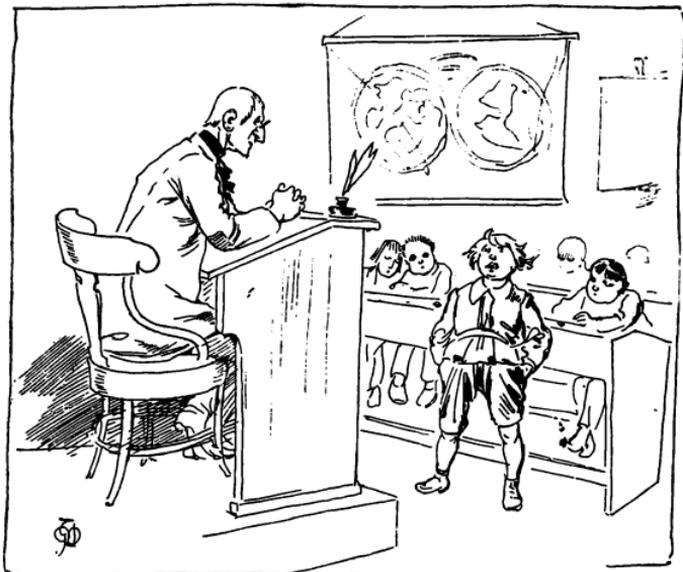
LA LUNA DE MIEL DE GEDEÓN.—¿Conque decididamente no quieres abandonar
la ciudad, pichona?
—Decididamente, amigo mío.
—¡Corriente! entonces me iré yo solo al campo, á pasar la luna de miel.



LA SEÑORA DE GEDEÓN. — ¡Es usted aficionada á la etnología, señora?
 — ¡Muchísimo, caballero! pero no tengo apetito... ¡muchas gracias!



GEDEÓN, NOBLE. — ¿Ya no saluda usted á los amigos, Gedeón?
 — ¡Gedeón! ¡Gedeón á secas! (Esa condenada plebe no distingue de clases ni de jerarquías). ¿No sabe usted que mi familia acaba de ingresar en la más alta nobleza?
 — ¡Hombre!
 — Lo he sabido hace un momento; me dicen que mi mujer ha dado á luz un *infante*.



EL PRIMOGÉNITO DE GEDEÓN.—A ver, pequeño Gedeón, ¿cuál es el animal que te viste y te calza?
—¡Mi padre!



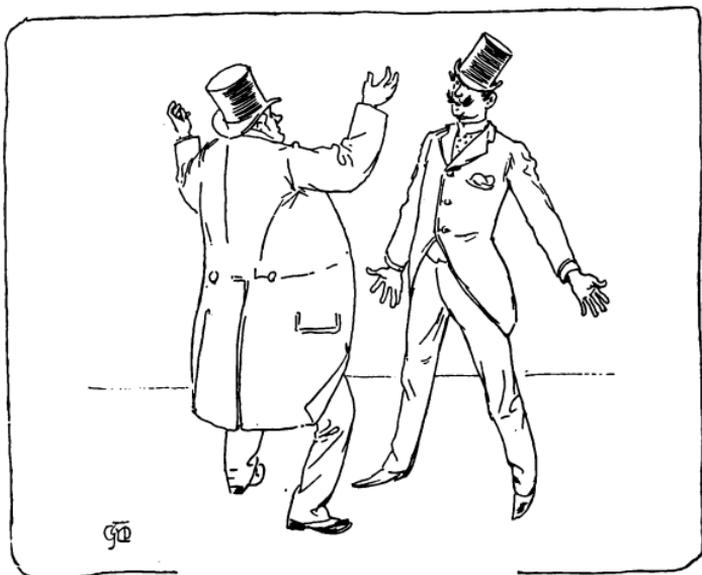
LAS LECTURAS INSTRUCTIVAS DE GEDEÓN.—¿Oyes, Gedeón, lo que dice este libro? que en el Polo hay días que tienen una duración de seis meses.
—Pues siento que no hayamos nacido en el Polo, mujer.
—¿Por qué?
—Porque no tendríamos más que dos meses... ¡Todavía estaríamos mamando!



LAS HIJAS DE GEDEÓN.—¿Conque dices, mujer, que ese *mister* que nos sigue es un par de Inglaterra? Apuesto á que está perdidamente enamorado de nuestras hijas. Pues ¡qué diablo! si le gustan, que se case con las dos.

—¿Con las dos?

—¡Con las dos, mujer! Siendo *un Par*, ¿no le hemos de dar más que una?



GEDEÓN Y SU TÍO.—¡Gedeón!!! ¿eres tú? ¡cómo! ¿no te has muerto?

—¿Quién? ¿yo? ¡en mi vida!

—Pues, sobrino de mi alma, me lo habían asegurado... ¿Conque no es verdad?

—¡Le digo á usted que no, querido tío! Si fuese cierto, ¿se lo había de negar á usted?

EL PRIMER DESENGAÑO



I

os frescos pámpanos frondosos y las hojas, de un verde oscuro, de las enredaderas, salpicadas de campanillas azules, blancas y violáceas, se abrazaban apretadamente á la escueta armadura de hierro, que dibujaba, con matemática exactitud, el contorno de una galería embovedada alrededor del jardín. En una tarde del hermoso Mayo, como esta de que vamos á hablar, era una delicia estar allí. Veíanse, como estrellitas azules, oscilando temblorosas por entre los resquicios de transparente esmeralda del follaje, y era que el cielo no podía traslucirse de otro modo, en aquel sitio, al cobijarse bajo la fresca bóveda de la frondosa enramada.

Las industriosas abejitas lucían sus dorados anillos con una indiferencia que hacía el elogio de su natural elegancia, volando de acá para allá, sin miedo á tratados de comercio ni á carabineros de aduanas, en busca de la primera materia de fabricación de la miel; los jilgueros practicaban el más inocente y deleitoso de los sistemas parlamentarios, sin reglamentos ni campanillas, ocultos en las copas de los árboles y charlando más que vecinas curiosas en casa de corredor; ensayaban originales y no previstas melodías los ruiñeños; andaban murmurando, Dios sabe de quién, los arroyuelos, en cuyos cristales se miraban las rosas y las amapolas con una vanidad sin ejemplo; el vientecillo no dejaba en paz á las flores, rizaba los verdes tallos de las espigas, jugueteaba con las hojas de los lirios, revoloteaba en las ramas de los árboles, columpiaba los pámpanos del emparrado, sacudía las corolas de las campanillas azules, trenzaba los cristales de las aguas, pulverizaba los finísi-

mos hilos de agua de los surtidores de las fuentes y hacía bailar á las silvestres margaritas, discurriendo traviesamente de aquí para allá por aquel hermoso recinto, sin tino y sin sosiego, de suerte que el vaivén de las azucenas se confundía con el vuelo caprichoso de las blancas mariposas.

¡Figúrense ustedes qué picardías haría el vientecillo calavera al tropezar, bajo la bóveda de enredaderas y pámpanos, con la interesante figura de doña Elisa de Moralejo! ¡No es para contado! Tenia atrevimientos tan reprensibles como los de dejar al descubierto los lindos piecitos



de la joven, primorosamente encerrados en unas chinelas no tan discretas como primorosas, puesto que permitían que se viera el ceniciento color de las medias de raso. Osaba rectificar el exquisito perfil de aquel hermoso cuerpo, ceñido por una bata de color níveo salpicado de lazos rojos. El muy irreverente posaba sus dedos invisibles sobre la tersa frente de Elisa y trazaba, con audacia increíble, caprichosas curvas con los preciosos rizos de aquel cabello negro y suave como *la seda*; y hasta se permitía la licencia de mover las pestañas de aquellos párpados de rosa nacarada, ni más ni menos que si fueran cuerdas microscópicas de un arpa liliputiense. Y la llevaba á los oídos todos los cantos, ruidos y rumores del jardín, y hasta se atrevía á besar aquellos labios rojos semejantes á un clavel cuajado de rocío...

En tanto que Elisa soñaba despierta, víctima de una

pesadilla, dejando vagar su espíritu por el espacio inmenso de los sueños juveniles...

II

¿Quién era Elisa? Una joven, niña aún por el candor inocente y sencillo de sus pensamientos. Educada en las prácticas devotas de un colegio que dirigían unas Hermanas de la Caridad, sus goces de aquel tiempo estaban contenidos en las ceremonias religiosas. No llegó hasta apurar la copa de los arrobamientos místicos; pero sin emular á Santa Teresa, no se quedó tampoco rezagada en el camino ideal de los entusiasmos celestiales. Las voces del órgano, graves y solemnes; las nubes del incienso, que se perdían en la alta cúpula, dejando ver las luces de los cirios y las velas como estrellas de fulgor moribundo, veladas por los blancos cendales nocturnos de un cielo primaveral; el centelleo irisado de los cristales de las arañas; el rumor pausado de los rezos; el reflejo deslumbrador de la custodia, que brillaba en lo alto del ara como un sol de fuego entre constelaciones de diamantes; todas estas hermosas exterioridades del culto, unidas á ciertos pensamientos del Evangelio que enamoraban su alma delicada, vaso de ternura y templo delicioso de aspiraciones dignas de un artista, habían recreado y afligranado, por decirlo así, su virgen espíritu.

De aquella mansión acababa de salir, dispuesta su alma á las difíciles prácticas de una ejemplar humildad, sin haber conocido, hasta el único día de su historia de que aquí tratamos, otra cosa del mundo que su exterioridad, ni haber tenido más trato que el de sus pasajeras amistades de colegio y las relaciones de las personas conocidas de su familia.

III

Por causas de conveniencia *positiva*, cuya mención aquí no hace al caso, estaba Elisa destinada á ser la esposa de su primo Trifón García y Moralejo, hijo único de uno de los más opulentos cosecheros de aceitunas que conocieron olivares andaluces. Ella había consentido, ante las razones de mercantil utilidad que para el caso le explicó su padre, en contraer este vínculo, no sólo porque su corazón estaba entonces como un encerado en el que no se había escrito el

nombre de ningún pretendiente, sino porque Elisa era incapaz de oponerse á la voluntad del autor de sus días. Ya he dicho que la humildad era el rasgo característico de su alma. Habría muerto, ahogada por el dolor, sin murmurar una queja, antes de permitirse ni aun las más comprensibles y justificadas rebeldías.

No conocía á su primo, ignoraba cuáles fuesen sus condiciones, sabía únicamente que era honrado, y que á su padre le parecía el mejor y el más digno de compartir su suerte. Estaba decidida á aceptarle por eso, no pudiendo yo decir á mis benévolos lectores cuáles fueran, además de las dichas, las razones que tuviera para proceder así, y atreviéndome á asegurar que, caso de haber otras, Elisa misma las ignoraba. Su inexperiencia acaso, acaso la falta de pasiones en su alma, explicarían esto, que por suceder con más frecuencia de lo que suele imaginarse, origina no pocas desdichas en la familia, y no pocos dramas ignorados del mundo.

IV

Si en aquella alma candorosa arraigaba algún día una ilusión, una pasión cualquiera, y tomaba cuerpo y crecía... Elisa hubiera muerto lentamente, devorada por una nostalgia infinita, sin murmurar de nadie, sin proferir la más débil queja. Y su padre no habría sentido remordimiento alguno, y la ciencia hubiera escudriñado en vano la causa ocasional de aquella muerte.

Ello fué—reanudando el hilo de esta verídica historia— que aquella tarde Elisa soñaba despierta. El penetrante olor de tanto aroma, lo apacible del ambiente, la calma y el encanto de aquel lugar, el violento curso de la sangre juvenil que toma como nuevos y más vigorosos ardores de la primavera, el muelle sosiego de su reposo tranquilo, velaron á medias el límpido cristal de sus ojos, y sumieron su espíritu en ese dulce lánguido sopor en que parecen confundirse, en la excitada fantasía, las imágenes de la vida real con los ensueños que engendra la imaginación en las reconditeces del alma.

Pensando en su boda, inquiriendo con temeraria inquietud los misterios de lo porvenir, por causa voluntaria ó por razón á su voluntad ajena, ello es que pensó que se acercaba á hablarla, con timidez encantadora, un joven muy

simpático, muy distinguido, muy discreto, algo turbado por su presencia y que difícilmente podía resistir el influjo de las miradas suyas. ¡Ignorante y todo, como ella era, no desconocía el efecto de la luz de sus ojos!

Pero ¿aquel joven en que pensaba y á quien creía ver Elisa era su primo? Ella creía que sí. Como en tales estados de ánimo, de pensar á ver con los ojos de la imaginación, no hay más que un paso, Elisa le veía. Le veía con el color y el relieve que en la naturaleza tienen todas las



cosas, allá en esa cámara oscura de la fantasía en que reproducimos tantas veces, y por modo tan distinto, los objetos.

Le veía, sí; tenía barba negra y lustrosa; ojos negros, muy grandes y no menos expresivos; aunque de cobarde mirar cuando la miraba á ella. Su frente pensadora inspiraba respeto; su continente y donaire eran graciosos. La franqueza, el valor y la honradez estaban retratados en aquel semblante lleno de signos apasionados y vehementes.

Lo que Elisa no podía tolerar ¡eso no! era que al poco tiempo de presentarse ante ella, trocándose bruscamente en audacia la timidez, se permitiera su primo ciertas familiaridades, disculpables acaso por el desbordamiento del cariño, pero ciertamente irrespetuosas.

¿Quién le autorizaba á él para estrechar de aquel modo su mano?

Y no fué lo peor esto: lo peor fué que, cuando menos lo

pensaba, su primo se acercó á ella, y sin más ni más... la besó.

Al suceder esto, Elisa no pudo reprimir un grito inexplicable, digno de su pudor, que llamaba á voces á todas las garantías de su recato.

¿Qué fué ello? Una pesadilla, juntamente con el ligero roce en sus mejillas de las tenues alas de una mariposa, ó de la hoja de una flor desprendida por el viento de su corola, y por el viento llevada al rostro lindo y fresco de la hermosa juvenil doncella.

Eso acaso no lo sabía Elisa, cuando, irguiéndose de su mecedora, con los ojos medrosos y el altivo continente de una Lucrecia, gritó:

— ¡Padre! ¡Padre!

V

— ¡No te asustes, hija mía! exclamó éste. Somos nosotros. El señor es tu primo, el joven Trifón, de quien hemos hablado tantas veces.

— ¡Tu servidor! contestó el aludido.

— ¡Gracias! respondió Elisa, un tanto avergonzada, reparando á la vez en el grosero aspecto, en los modales bruscos y en el vulgar continente de su prometido.

¡Ah! ¡No, y mil veces no! Aquel no era el hombre con que acababa de soñar.

JOSÉ MIRALLES Y GONZÁLEZ.





RÉGIMEN

Abstinere debet æger.

Un gran hijo de Esculapio,
gordo y de faz rubicunda,
decía con voz profunda
al infeliz don Serapio:

— Está usted como un alambre;
á consecuencia de excesos
es que le duelen los huesos
y se repite el calambre.

No importa, la enfermedad
llevaremos con paciencia,
que al fin triunfará la ciencia
del cruel morbo y de la edad.

Lo que aquí la escuela indica
es un régimen estricto;
oiga, pues, mi veredicto,
y fe en Dios y en la botica.

Mucha dieta y se irá á viejo;
respecto al vino, *nequaquam*:
aqua fontis, semper aquam,
que dijo el doctor Canejo.

Si las piernas le flaquean,
lo indicado es, ejercicio;
andar siempre, ese es su oficio;
de no hacerlo, tambalean.

Duerma poco, que el dormir
da pesantez á la linfa;
una vieja, no una ninfa,
le ha de cuidar y vestir.

De no adoptar este sesgo
se expondrá á un desequilibrio,
y aunque en ello no hay ludibrio
conviene evitar el riesgo.

No se lave usted la cara,
y si se altera el sistema,
aplíquese un buen enema
con un trístel de una vara.

Huya del fuego en invierno,
ni pruebe el hielo en verano;
siempre un purgante á la mano,
y raspaduras de cuerno.

En lecturas no se enfrasque;
dé tormento á su apetito;
no fume, fuera un delito;
si le pica, no se rasque.

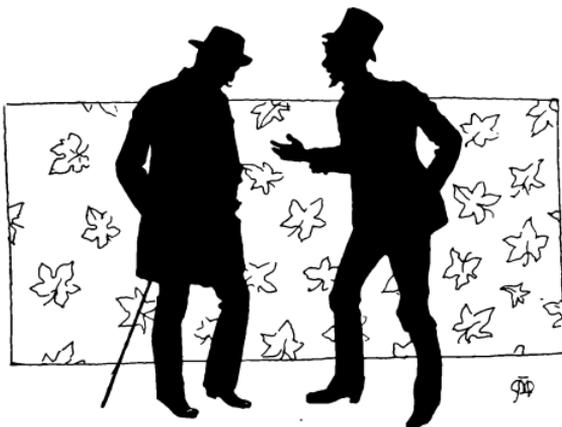
Marcharán muy bien las cosas
observándose á sí mismo;
si hay artritis, sinapismo;
y si podagra, ventosas.

La mujer, fruta vedada;
ni mirarla si es posible.
— ¡Pero, doctor, es horrible!...
¿Y en cuanto á alimentos? — ¡Nada!

Por lo demás, aunque dure
la curación, no le importe:
puesta ya la proa al norte,
si se agrava, no se apure.—

Don Serapio con pavura,
cual un náufrago en el ponto,
deseando morirse pronto,
resolvió ponerse en cura.

SUPERSTICIÓN



—¿Conque erais trece en la mesa?
 —¡Trece, número fatal,
 de cuyo influjo, Pascual,
 me reía y aún me pesa!
 —¿Tanto evitarle interesa?
 —¡Necio es quien de ello dudó!
 —¿Pues qué diablos sucedió
 bajo su influjo harto extraño?
 ¿murió alguno al año?
 —¡Al año
 estaba casado yo!

CASIMIRO PRIETO.

LA ELOCUCENCIA

Entre escuchar los versos del poeta;
 entre mirar al lienzo transportada
 por el pintor, la imagen adorada
 que arrebató el pincel á la paleta;

Entre sentir la inspiración secreta
 que deja al mármol el cincel grabada,
 y percibir la nota delicada
 que á ley divina el músico sujeta,

Avara el alma de mayor tesoro,
 de la elocuencia en el raudal sonoro
 yo prefiero bañar mi fantasía;

pues á medida que el progreso labra,
 es del arte compendio, la palabra,
 trova, pincel, buril y melodía.

NUESTROS COLABORADORES



Sra. D.^a Glorinda Matto de Turner

DISTINGUIDA ESCRITORA PERUANA

MALCCOY

LEYENDA INDIA

AL DOCTOR DON LEONARDO VILLAR

I



¡ Bien es cierto que el cautiverio ha hecho degenerar la raza indígena, dejando caer denso velo sobre sus facultades intelectuales, que al presente parecen adormidas en la atonía; no menos verdad es la de que en sus épocas primaverales, los indios dejan correr un tanto aquel funesto velo, y como quien vuelve á la alborada de la vida, se entregan á las fiestas tradicionales de sus mayores.

Una de esas es el *malccoy*. Traduciendo libremente al castellano esta palabra, diríamos: la juventud con sus umbrales encantados de amor y de ensueños; la primera ilusión del niño trocado en hombre; la primera sonrisa intencionada, después del reír de la felicidad, que no deja cuenta clara para quien se reconcentre en su examen psicológico.

¡ *Malccoy!* Infinitas veces hemos asistido á esas fiestas campesinas, compartiendo la sencilla alegría de nuestros compatriotas, sentadas sobre el surco abierto por el arado en tierra húmeda, apagando la sed, en igual vasija de barro legendario, con la chicha de maíz y cebada elaborada por la feliz madre del *malcco*, allá en esas poéticas praderas del Cuzco; así se llamen Calca, Urubamba ó Tinta. Los nombres de aquellos indios casi los podríamos apuntar, tan frescos viven en la mente. Pero, entre ellos descuellan los de una pareja, que aún vive resignada y feliz tras la cima de los Andes, allá muy al otro lado de las saladas aguas del mar. Su historia no es un secreto, y á narrarla voy, ofreciéndola como el fruto de mis observaciones.

II

Conviene saber lo que es un *malcco*, para la ordenada narración de esta leyenda.

Todos los jóvenes varones que frisan ya con los diez y seis años, están obligados á correr la carrera del *malcco* (pichón).

Los padres se afanan y los hijos llevan la mente abstraída desde uno ó dos meses antes con la idea de la carrera.

Generalmente se elige la época del *sembrio* ó de la cosecha para hacer la carrera, al finalizar las labores consiguientes.

Se reúnen todos los mocetoncitos de un *aillo*, entrados en la edad, y el más caracterizado de los indios, que ya está por lo regular jubilado de cargos, elige los dos que han de ser el *malcco* y correr la carrera: el que la gana, ha de casarse aquel año.

Figúrese el lector los aprietos de los mancebos que ya tienen el corazón en el cuerpo de alguna *ñusta*.

Su felicidad queda á merced de la pujanza de sus pies y pulmones.

III

Pedro y Pituca, nacidos en chozas vecinas, desde los tres años al cuidado de las manadas de ovejas, habían crecido compartiendo el pobre fiambre de mote frío y chuño cocido al vapor, corriendo campos iguales y contándose cuentos al borde de las zanjas festoneadas de *matteccillos* y de grama. Allí, en esos bordes, aprendieron tanto los tejidos de sus hondas como el hilado de los vellones que caían en el tiempo de la trasquila.

Ya no eran niños.

Pituca, aunque la menor, entró la primera en la edad de las efervescencias del alma que suspira por otra alma. Sus negros ojos adquirieron mayor brillo y sus pupilas respiraban fuego.

Pedro, tal vez más tranquilo, comenzó á ver que sólo al lado de Pituca se sentía bien, y los días de *faena*, en que tenía que suplir á su padre é iba al pueblo, taciturno y

caviloso, suspiraba por la choza, por la manada y por la zanja.

— ¡Pituca! se decía, al tomar la ración de coca ofrecida por su cacique, en cuyos campos labraba, sin otra recompensa. ¡Pituca! al mirar las *llicllas* coloradas y de *puitos* verdes tramados con vicuña que lucía la esposa del alcalde ó del regidor de su *aillo*.

Un día, sentando á Pituca sobre sus rodillas,

— *Hurpillay*, le dijo; mi padre, mi hermano mayor, el compadre Huancachoque, todos tienen su mujercita. ¿Quieres tú ser mi palomita compañera? Yo correré el malcco este año, ¡ay! lo correré por tí, y, si tengo tu palabra, no habrá venado que me dispute la carrera.

— Córrela, Pedrucha, contestó Pituca; porque yo seré buena mujercita para tí, pues, dormida, sueño contigo; tu nombre soplan á mi oído los *machulas* de otra vida, y, despierta, cuando te ausentas, me duele el corazón.

— Escupe al suelo, respondióla Pedro abrazándola; y aquel compromiso quedó sellado así.

IV

Los maizales verde esmeralda se tornaron amarillos como el oro.

El balido de las ovejas y el bufar de los bueyes, los nidos de palomitas cenizas multiplicados en las ramas de los algarrobos, las retamas y manzanos anuncian en aquellos campos que ha llegado la estación del otoño; los tendales se preparan para la cosecha, el agricultor suspira con inquietud codiciosa y las indiecitas casaderas comienzan á componer las cantatas del *yaravy* con el cual han de celebrar el *malcco*.

Es el día de la faena.

Los mayordomos, cabalgados en lomillos puestos sobre los lomos de vetusto *repasiri mayordomil*, que de éstos hay dos ó tres en las fincas, recorren al galope las cabañas. Suena la bocina del indio *segunda* y pronto los prados se cubren de indios que llevan la segadera y la *coyunta* con asa de hierro lustroso.

Son los alegres afanes de la cosecha.

Terminado el recojo de las mieses, viene luego el *malcco*.

V

Aquella vez eran las planicies de *Atunccolla*, en la finca de mi padre, las que servían de teatro á las poéticas fiestas de esos buenos indios.

Comenzaron á llegar las indias acompañadas de sus hijas.

En el solar de la izquierda, llamado *Tinaco*, se reunieron los varones para la designación de los malccos.

La voz unánime señaló á Pedro y á Sebastián. Este último era un indiecito de carrillos de terebinto, trenza de azabache y mirada de cernícalo. En la comarca no le designaban con otro nombre que con el de *Chapacucha*, y tenía como tres cosechas de más sobre la edad de Pedro.

Chapacucha llevaba el alma enferma; su dolor casi podía distinguirse al través de la indiferencia con la cual se adelantó de la fila cuando escuchó su nombre.

Toda la alegre comitiva se fué derecho al campo de *Attunccolla*.

Al salir se cruzó, entre Pedro y Sebastián, este breve diálogo:

Sebastián.—¿Tienes tu novia aquí?

Pedro.—Presente y muy hermosa. ¿La tuya?

Sebastián.—Duerme en el seno de *Allpamama*. Murió la pobre de pena cuando me llevaron en la leva para servir de redoblante en el batallón 6.º de línea, dispersado en las alturas de Quilinquilin.

En aquel momento llegaron al lugar donde aguardaban las mujeres. La mirada de su madre produjo ligera reacción en el semblante de Chapacucha, y con rapidez prodigiosa quedaron, él y su contendor, adornados con la *lliclla* colorada, terciada como banda, un birrete de lana de colores y ojotas con tientos corredizos. Se midió la distancia, la señal de la bocina sonó y los dos mancebos se lanzaron al aire como gamos perseguidos por tirano cazador.

VI

Pituca tenía el corazón en los ojos.

Llevaba pendiente del brazo una guirnalda de claveles rojos y hiedra morada, como las llevaban casi todas las mujeres para coronar al ganancioso.

Veinte pasos más y Pedro traspasó el lindero.

La victoria quedó por él. Chapacucha, con calmosa indiferencia, fué el primero que abrazó á su vencedor, diciéndole al oído:

—Tuya es, pero, ¡me duele por mi madre!

La algazara no tuvo límites; coronas, flores y abrazos fueron para Pedrucha, á quien preocupaba un solo pensamiento. Pituca tardaba en abrazarle, porque es usanza aguardar que lo hagan los mayores. Por fin, adelantóse hermosa y risueña con la felicidad del alma, y antes que coronase las sienas de Pedrucha, vió caer á sus pies todas las flores con que aquél estaba adornado, señalándola ante la asamblea y diciendo en voz alta:

—Esta es la virgen que he ganado.

Los indios tienen el corazón lleno de ternura y de generosidad y sus goces se confunden íntimamente. Chapacucha y su madre olvidaron que formaban número en la contienda, y sólo pensaron en cumplimentar á la dichosa pareja, por cuya felicidad fueron todos los *yaravies* cantados en el *malccooy*.

VII

Tres meses después, tuvimos muy cordial, el gusto de servir de madrina de las bodas de Pituca y Pedro, en cuya celebración epitalámica podríamos escribir: Amor.

. GLORINDA MATTO DE TURNER.

Lima.

COPLAS

Rayito fuera de luna
para entrar por tu ventana,
subir después por tu lecho
y platearte la cara.

En el altar de tu reja
digo una misa de amor,
tú eres la virgen divina
y el sacerdote soy yo.

SALVADOR RUEDA.



EL SERENO

— ¡El hombre es un vil gusano!
decía con voz de trueno
don Tirso Cruz, á un sereno
que estaba linterna en mano.
— ¿Y yo también?

— ¡Pues es llano!

Bajó el sereno el testuz
y agregó don Tirso Cruz:
— Tú también, por tu hado impío...
sólo que tú, amigo mío,
eres *gusano de luz*.

CASIMIRO PRIETO.

LA OLA

SONETO

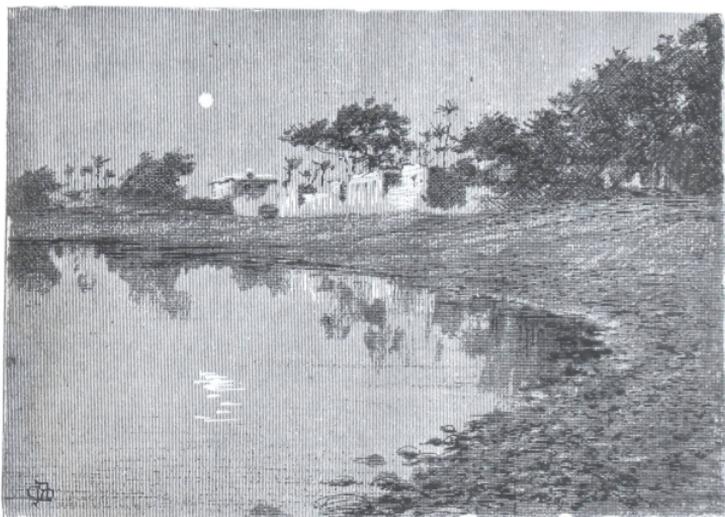
¡Qué altiva cruza la movible anchura
del indómito mar! ¡Con loco anhelo
pretende acaso levantarse al cielo
la que á un soplo debió fuerza y bravura!

Ornada de satánica hermosura
rueda en lo inmenso con feroz desvelo,
y al empujarla en poderoso vuelo
azota el huracán su masa impura...

Copia del hombre: espejo pavoroso
de su loca ambición, rápida crece
gimiendo en el abismo tenebroso,

hasta que en breve á su furor se ofrece
de leve arena un dique misterioso
donde en espuma vil se desvanece!

SALVADOR LÓPEZ GUIJARRO.



AL TRAVÉS DEL VELO

Á MIS AMIGOS MARÍA FERNÁNDEZ CUTIELLOS Y FLORENCIO VILLAR

EN SUS BODAS

I

Flota el velo nupcial. ¡Bella existencia
 la que el alma columbra
 al través de su blanca transparencia!...
 La vida no es la vida: es un paisaje
 al que, amorosa, con su disco alumbra
 la luna, al despuntar tras el follaje.

II

Aquí, la tierra virgen nunca hollada;
 la tierra en que, indeciso,
 se posa el pie; la senda deseada,
 que, sin tropiezo y por la recta vía,
 conduce al venturoso paraíso
 do sonó el primer beso el primer día.

III

Los árboles, mecidos suavemente,
 murmuran, cuchichean,

de arrullos pueblan el sereno ambiente;
y en el seno amoroso de los nidos,
soñando con los cielos, aletean
las parejas de pájaros dormidos.

IV

Abre el lirio su estuche perfumado,
como la mariposa
que, fatigada asiéntase en el prado;
y, cual bella cabeza enamorada
de un bien perdido, inclínase la rosa,
lánguida, soñadora, abandonada.

V

Arriba, un cielo azul, — inmensa esfera
do la celeste llama
de innumerables astros reverbera;
do, radiante de púdica hermosura,
Venus, la estrella del amor, derrama
más viva claridad, lumbre más pura.

VI

Es la noche de bodas... ¡Cuánto anhelo
toca, al pasar, la frente,
como el ala de un pájaro del cielo!
¡Cuánta imagen de dicha sin ocaso!
¡cuánta flor sin espinas, dulcemente
esparce el mundo de la novia al paso!

VII

Tras el velo nupcial, la vida al punto
se trueca en un poema
de gran ternura y de sencillo asunto:
dos corazones, de pasión henchidos,
que el mismo fuego devorante quema
y déjales en uno convertidos.

VIII

¡Oh! siempre vaporoso en vuestro cielo
de estrellas salpicado,
flote radiante de la novia el velo,
y, al través de su blanca transparencia,
más feliz, más tranquilo, más rosado,
extienda su paisaje la existencia!

ENRIQUE E. RIVAROLA.

UN COMENSAL ILUSTRADO



—¿Sabe usted, doctor, en dónde se pescan los cangrejos?
 —¿No son colorados?... Pues entonces los pescarán en el mar Rojo.

EL CHIMBORAZO

Hoy ví al gigante sin brumosos velos,
 que, cual radiosa cúpula de lumbre,
 alzaba en lontananza hasta los cielos
 su prodigiosa y argentada cumbre.

Tras el confín de la selvosa playa,
 y por encima de azulados montes,
 le miré, como inmóvil atalaya,
 dominando los vastos horizontes...

Y hallé en su excelsa cúspide el emblema
 ¡oh esposa eternamente presentida!
 de mi pasión, cuya altitud suprema
 surge en los horizontes de mi vida!...

Guayaquil.

NUMA P. LLONA.

DONCELLAS... DE LABOR



AS señoras mayores y menores sufren en este momento histórico la más terrible de las plagas: las doncellas... de labor. Egipto se quejó de vicio de las suyas (de las plagas, no de las doncellas), pues ninguna tan terrible como la que, andando los tiempos, debía engendrar la civilización en honesto connubio con el progreso. Pasaron aquellos tiempos ¡ay! en que los domésticos se perpe-

tuaban en las casas y la servidumbre se transmitía de padres á hijos hasta la cuarta ó quinta generación inclusive: hoy no hay sirvienta que eche raíces en ninguna parte, por más que algunas, atrevidas, *echen flores...* al señorito.

El descontento sube por grados y es ya casi capitán general: el asunto de todas las conversaciones mujeriles es invariablemente el pésimo servicio que prestan hoy las doncellas, retóricamente hablando, que se consagran á la tarea de barrer la casa, sacudir el polvo de los muebles y freirnos la sangre. A juzgar por los humos que gastan, parecen princesas venidas á menos; majestades caídas cuyas manos blancas, acostumbradas á sostener el cetro de la elegancia y de la fortuna, no pueden con el peso de la escoba, que es para esas infelices ¡ay! la palma del martirio.

La que no tiene un defecto... es porque tiene dos ó más. Y entre éstos no es el más flojo la hermosura. Una sirvienta bonita es un peligro para las casas donde hay hombres: es la tentación hecha carne sonrosada; el germen de muchas discordias civiles; el origen de no pocos pellizcos aplicados con ensañamiento y alevosía por la esposa; la causa criminal de violentas cuestiones domésticas y de catilinarias ilustradas con arañazos á manera de rojos arabescos: al final de esas escenas tragi-cómico-familiares, hay marido cuya cara parece una portada al cromó.

La doncella más ó menos... íntegra, siendo hermosa, encuentra siempre un defensor más ó menos desinteresado en el señorito, que perdona sus torpezas con una amable sonrisa, sonrisa que es la firma de la carta blanca de la benevolencia que le da para todo. Y es que los hombres no sirven para jueces de una mujer guapa: la hermosura es siempre para ellos una circunstancia atenuante: hay *delitos* que sólo puede juzgarlos con entera independencia é imparcialidad un tribunal compuesto de señoras: de lo contrario, la vindicta privada corre grave riesgo de no verse satisfecha nunca. ¿Qué juez doméstico ó marido domesticado sentencia á sangre fría á una doncella, siquiera sea de labor, á quien defienden con toda la grandilocuencia de sus miradas, dos ojos que relampaguean como el cielo en las noches de verano? ¡El hombre no sirve para eso! Y de ahí nacen esos altercados que alteran la paz del hogar, entre la esposa que acusa al marido de falta de energía, y el marido que se bate en retirada, ante el juego certero y mortífero del enemigo.

La hermosura es la peor carta de recomendación para las mujeres, tratándose... de mujeres, y mucho más si se trata de doncellas... de labor. Si el marido posee una bellísima alma de cántaro, incapaz de abrigar otra pasión que la legalizada en papel sellado por el escribano y legitimada por el cura y el sacristán, no faltan primos en cualquier grado... del crimen, ó amigos de la casa, ó de la cosa, que se encargan de trastornar los sesos á la pobre chica, cuya inocencia hinca, á veces, sus menudos dientes de conejo en la manzana de la perdición, causa del pecado original... de Adán y Eva, del que tantas versiones se han hecho después, más ó menos correctamente, á todos los idiomas.

La bonita tiene, además, pretensiones exageradísimas y una larga parentela compuesta exclusivamente de primos, capaz de arredrar al corazón más liberal de la tierra. Pero en cambio no exige salir á paseo más que los días de fiesta y los que no lo son; la más modesta pide crecida soldada; verdad es que alguna se contenta con un soldado. La vanidad, ese ángel malo de la mujer, se ha apoderado también en estos tiempos de creciente progreso de las doncellas... de labor, y á juzgar por la indumentaria moderna, ya no hay Pirineos para las clases sociales: el lujo y la elegancia

son comunes á todas; las telas brillantes y preciosas han invadido en oleadas coronadas de blanca espuma de encaje lo mismo el dorado retrete de la dama linajuda que el humilde zaquizamí de la entonada sirvienta.

Semejantes aficiones cuestan caras, pues suelen pagarse con monedas de dolor... ¡cuántas inocentes se van á pique en ese mar lleno de sirtes y escollos llamado lujo! ¡cuán pocas se salvan en la providencial tabla del matrimonio! Desde que soplan tales vientos, ¡cuánto naufragio! las desoladas playas del mar del lujo están cubiertas de cadáveres de honras...

La presencia de una sirvienta de buenas carnes y cara de cielo no conviene por muchísimos motivos á la paz del hogar: la bonita quiere vivir entre flores y arrullos, y el día que la regañan, tiende sus invisibles alas de paloma y huye del palomar, ¡quién sabe si dejando algunas sospechas en el corazón de la señora y algunas plumas en el pico y en las garras del gavián consorte! Si comete alguna falta y se exalta la bilis de la dueña de casa, difícilmente encuentra ésta justicia en el tribunal doméstico, pues ya hemos dicho que no hay marido joven, erigido en juez de tales causas, que ose pronunciar el fallo merecido: donde quiera que haya una Friné, habrá magistrados de manga ancha. La bonita suele ser vanidosa y amiga de diversiones y descuida de una manera lamentable los quehaceres de la casa; los hombres se le acercan con miradas de adulación en los ojos y madrigales en los labios y tanta poesía forna para ella un contraste demasiado rudo con el lenguaje insoportable de la señora, que se empeña en recordarle sus deberes y obligaciones, en prosa. De ahí que las doncellas bonitas duren tan poco en las casas.

Las feas, con ser feas, no son mejores, sino peores, pues sobre no tener ninguna gracia, cometen los mismos delitos caseros, delitos que condena severamente el código del hogar, pero cuyas penas no se aplican, por lo general, sino en casos extremos, pues siempre se va de mal en peor. No se contentan con ganar poco, pero en cambio se cansan pronto del trabajo. Inútil es que al entrar en una casa la señora mayor les lea la ordenanza militar con todo el imponente aparato que reclama el asunto: á los cinco minutos ya se han olvidado de todo y no acatan más ley que la ley de su capricho.

Si la señora sale á paseo y encarga á la doncella del cuidado de los chicos, al volver de paseo la señora se encuentra con un espectáculo no anunciado en los carteles de su previsión: uno de los chicos echando sangre por las narices; otro anegado en un mar de hojas impresas arrancadas de los libros de papá, y otro subido á la baranda del balcón, en actitud de arrojar sobre el primer transeunte conducido allí por la fatalidad. ¿Y la doncella? la doncella se encuentra, mientras tanto, muy tranquila y descuidada en la cocina, hablando mal de la señora con la respetable Maritornes, que sin dejar de entregarse á sus funciones culinarias, hace, á su vez, picadillo de la reputación de aquélla, que sirve más tarde á las vecinas en el siempre sabroso plato de la murmuración.

Exigir lealtad á esa falanje doméstica y obligarla á que cumpla con sus deberes, es soñar en imposibles; el enemigo malo se ha arrancado los cuernos, ha arrollado cuidadosamente el rabo, se ha afeitado el rostro, se ha puesto hábitos de mujer y se ha dedicado al servicio doméstico. No hay señora que no opine que las sirvientas son el mismísimo demonio: las hay, muy bonitas, que todavía conservan en los ojos el fuego del infierno...

En el gremio son raras también las que no sisen, por más que la dueña de casa les ajuste cuentas con exactitud matemática y no omita ni la millonésima parte de un centavo, exactitud verdaderamente asombrosa, si se tiene presente que las mujeres, por regla general, recurren para sus cálculos á la aritmética de los dedos.

Las doncellas... de labor forman un numeroso gremio que hay que respetar como entidad social; más aún, no faltan algunas que conservan religiosamente las honrosas tradiciones de la clase; pero hay que convenir en que el género se está echando á perder de una manera lastimosa, y que las señoras tienen muchísima razón al poner el grito en el cielo, pues la vida doméstica, más que vida, es una batalla constante, una batalla rudísima, cesando sólo la lucha cuando, por necesidad imperiosa, tienen los beligerantes que recogerse en la negra tienda de campaña de la noche para entregarse al descanso reparador y cuando no queda ya fuego ni en el vivac de la cocina.

Los defectos que afean al género doméstico son innumerables, pues apenas hemos apuntado algunos en este ligero

esbozo de las doncellas... de labor, doncellas bajo cuyo poder gemimos y suspiramos todos, con una irrisoria caña, á guisa de cetro, en las manos, y con nuestra autoridad, hecha un trapo, á manera de púrpura, en las espaldas...

¡Ah! ¡si al menos, como Pilatos, se lavaran las manos!

CASIMIRO PRIETO.



EL COHETE

Lanzóse audaz á la extensión sombría;
y era al hendir el céfiro sonante,
un surtidor de fuego palpitante
que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz como la luz del día
resplandeció en los cielos fulgurante,
cuando la luna en el azul radiante
como rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz cual raudó meteoro,
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro;
y tronando potente, se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

SALVADOR RUEDA.

EL CAMALOTE

Hay en los ríos americanos
que al sud descienden del ecuador,
un camalote, que mis paisanos
le llaman *hojas de corazón*.

En cierto arroyo manso y profundo,
nace, en un día primaveral,
y, ya crecido, se arroja al mundo
de las corrientes del Paraná.

Mueven sus hojas auras amigas;
á toda vela marcha feliz;
y en él descansan de sus fatigas
las mil abejas del camuati.

Verde y pomposo, va sin descanso
arrebatado por el raudal;
ó, prisionero de algún remanso,
gira irradiando felicidad.

Hasta que un día de acerbo duelo,
hierven las aguas, se nubla el sol,
estalla el trueno, y el alto cielo
despide el rayo deslumbrador.

Las ondas se alzan; en sus furores,
se despedazan en el juncal;
y en fácil vuelo, los rayadores
sesgando cortan el huracán.

¿Creeréis que entonces muere ó desmaya
el camalote de corazón?
Pues bien, sabedlo: corre á la playa,
y allí se arraiga y alza su flor.

Sin las tormentas, la hierba iría
entre caricias al vasto mar...
Será un misterio, pero hay un día
en que nos salva la tempestad.

RAFAEL OBLIGADO



D. Cesferino Valencia

APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO ESPAÑOL

NIEVES ¹

NIEVES.

.
 Cuando elegante y airosa
 me presento en mi platea
 y de aquella reunión,
 cuya brillantez encanta,
 un murmullo se levanta
 de envidia y admiración,
 y robo en aquel instante
 solamente con mi vista
 el interés al artista
 y la mirada al amante,
 siento un oculto placer
 que me enloquece y embriaga
 viendo al mundo cómo paga
 el tributo á mi poder.
 Señora me considero
 de sus vidas y albedríos,
 todos son vasallos míos
 y no sé lo que prefiero,
 al contemplar tantos seres
 fijos en mí, no te asombres,
 si deslumbrar á los hombres
 ó humillar á las mujeres.

CEFERINO PALENCIA.

AL VERLA PASAR

¿Qué serafín es ese, que há un instante
 me irradió el paraíso en su mirada?
 ¿que una celeste vida aún reflejada
 tiene en su rafaélico semblante?...

De sus ojos al rayo rutilante,
 en piélago de amor mi alma engolfada
 la senda halló de su inmortal morada,
 cual con la *Cruz Austral* el navegante.

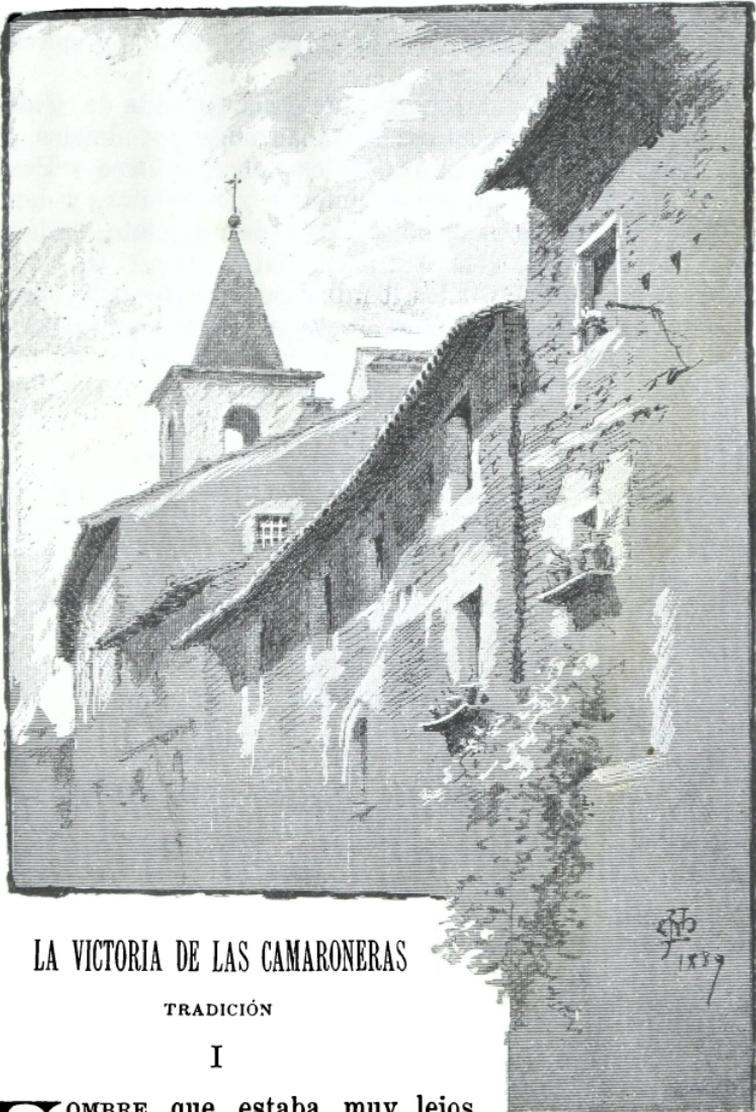
¡Pasó, la faz hacia el Empíreo vuelta,
 la cabellera de azabache suelta,
 y suelta al éter la ondulante falda...

Y llevaba, al pasar, resplandeciente
 la luz de las auroras en su frente;
 la sombra de las noches en su espalda!

Guayaquil.

NUMA P. LLONA.

¹ Fragmento de una comedia inédita.



LA VICTORIA DE LAS CAMARONERAS

TRADICIÓN

I

HOMBRE que estaba muy lejos de tener los tres defectos del cuerno: duro, vacío y torcido, y que, por el contrario, tenía sus tres virtudes: firme, limpio y agudo, era del todo al todo, allá por los tiempos del excelentísimo é ilustrísimo don Diego Ladrón de Guevara, obispo de Quito, virrey y gobernador del Perú, el señor don Gaspar Melchor

de Carbajal y Quintanilla, procurador general de los naturales de estos reinos y alguacil mayor de rastros y mercados de la ciudad de los Reyes.

Habitaba el tal unos cuartuchos en la baranda de *Mundo, Demonio y Carne*, que así llamaban nuestros abuelos á la que forma el ángulo de las calles del Arzobispo y Pescadería. Rodeado de procesos, infolios y papelotes, y dando, de rato en rato, un sorbo á la jicara de chocolate, hallábase en su escribanía, cierta mañana del año de 1710, cuando se armó un belén de todos los diablos bajo sus balcones. El procurador, alzándose las gafas sobre la frente, empezó por asomar la nariz, receloso de que lloviesen pelotas de arcabuz; mas, convencido de que todo no pasaba de bullanga populachera, cobró ánimo, levantó la celosía ó rejilla, y sacando medio cuerpo fuera del antepecho, gritó:

— ¡Ea! ¡Ea! que la ciudad no es aldea; y cada renacuajo aténgase á su cuajo; que el mercado no ha de ser como costal de carbonero, sucio por fuera, sucio por dentro. Yo os digo, muchachas, lo que dijo el asno á las coles, *pax vobis*.

Y don Gaspar Melchor, que era otro Sancho Panza, en la condición refranesca, y que no hablaba de corrido sino hilvanando refranejos, interrumpió su discurso porque, en ese instante, el rebullicio calentaba, y tanto que un camotillo, disparado con pretensiones de pedrada, vino á dar á su merced en plena calva.

— ¡Jesucristazo! exclamó nuestro hombre tocándose el chichón y recogiendo del suelo el proyectil. ¡Para mi santiguada, que si es de los de á cinco en libra me desequilibra! Bueno está el chiquitín para el puchero, que lo que no ha costado, bien llegado. Vamos á meter paz, como es de mi obligación, antes que me digan: Lucas, ¿por qué no encucas? que todo no ha de ser cama de novios, blanda y sin hoyos, ni cepo, condedura y cebada para la mula. Con razón dicen que cada mosca tiene su sombra, y que, aquí como en Huacho, todo borracho es macho.

Y tras calarse el chambergo, tomar la capa y coger la alguacilesca vara, bajó á escape la escalera, canturreando estos dos refranes:

Hijo, no comas lamprea
que tiene la boca fea.
¡Ay! madre, casar, casar,
que el zarapico me quiere picar.

II

No recuerdo en cuál de mis tradiciones he apuntado que, hasta después de *entrada la patria*, era la plaza Mayor el sitio donde se hacía el mercado; y tanto que hasta el rastro, camal ó matadero se hallaba situado á las inmediaciones, en terreno sobre cuya propiedad andan hoy niños zangolotinos en litigio con el Cabildo.

Así el virrey conde de Castellar como sus sucesores, duque de la Palata, conde de la Monclova y marqués de



Castel-dos-Rius, designaron para el gremio de camaroneros y pescadores de bagrés el espacio, en la calle que aún se conoce por la de la Pescadería, desde la reja de la Cárcel de corte (hoy Intendencia) hasta la puerta de Palacio, que dista sesenta varas de aquélla. Las indias, mujeres de los camaroneros, eran las encargadas de vender el artículo; pero de pronto las expendedoras de pescado, no obstante tener sitio señalado en la acera fronteriza al de las camaroneras, empezaron á invadir el terreno de éstas, surgiendo de aquí frecuentes peloterías, y teniendo siempre que acudir gente de justicia para que el olivo de la paz diese fruto de aceitunas. Ambos bandos gastaban luego en

papel sellado, con gran provecho de tinterillos y escribanos; y los virreyes, como hemos dicho, terminaban por decretar en favor de las camaroneras. Las provisiones que comprueban esta afirmación mía se encuentran en uno de los tomos de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Aquella mañana las camaroneras se habían congregado en la esquina del Arzobispo, acaudilladas por Veremunda, la más guapa mulatilla de Lima, según decir de los condesitos y currutacos de la época.

Era Veremunda una mozueta de veinte años bien llevados, color de sal y pimienta, que no siempre ha de ser de azúcar y canela, ojos negros como el abismo y grandes como desventura de poeta romántico, de esos ojos que parecen frailes que predicán muchas cosas malas y pocas buenas, boca entre turrón almendrado y confitado de cerezas, tabla de pecho toda esperanza, como en vísperas de boda, pie de relicario, pantorrillas de catedral y un hoyito en la barba tan mono que, si fuera pilita, más de cuatro tomaran agua bendita. Al andar, unas veces titubeábanla las caderas, como entre merced y señoría; y otras, se balanceaba como barco con juanetes y escandalosa, en mar de leva. Vestía faldellín listado de angaripola de Holanda, medias color de carne de doncella, zapaticos negros con lentejuela de plata, y camisolín de hilo flamenco con randas de la costa abajo, dejando adivinar por entre el descote un par de prominencias de caramelo coralino.

Veremunda era la florista más favorecida entre las que sentaban sus reales en la vecindad del Sagrario, lugar bautizado con el nombre de *Cabo de Hornos*, porque todo galán que por ahí se arriesgaba á pasar, á buen librar salía con un cuarto de onza menos en el bolsillo, gastado en un ramo de flores y un *pucherito* de mistura. Fuese por simpatías de vecindad, ó porque las camaroneras se habían propiciado su apoyo, con regalo de los mejores bagres y más suculentos camarones, lo cierto es que Veremunda era tenida y acatada por capitana del gremio. Es fama que el serrote don Gaspar Melchor de Carbajal y Quintanilla se hacía flecos por los encantos de la misturera, y andaba tras ella como mastín piltrafero.

III

El señor alguacil mayor, metiéndose en un grupo de pescaderas, las arengó de esta manera:

— ¡Arrebuja! ¡arrebuja! que aquí está quien desburbuja. Calma, muchachas, que la lima lima á la lima, y la pera no espera, mas la manzana espera. No os parezcáis á los perros de Zurita, que eran pocos y mal avenidos; y lo peor de todo pleito es que de uno nacen ciento; y el que levanta la liebre siempre es para que otro medre. Quita tú allá, pájaro granero, que no entrarás en mi trigoero.

Y blandiendo la vara dirigiase á algunas de las revoltosas.

— Cállate tú, ovejita de Dios, antes que el diablo me despavile, y en la cárcel te trasquile. Silencio tú, gran zamarro, que al buen callar llaman Sancho; y al bueno, bueno, Sancho Martínez. Déjame pasar, arrapiezo, y no me vengas con tilín-tilín, como el asno de san Antolín, que cada día era más ruín.

Y penetrando en medio de las arremolinadas camaroneras, se expresó así:

— ¡Cuerpo! ¡cuerpo! que Dios dará paño. Déjense de daca el gallo, toma el gallo; porque se quedarán con las plumas en la mano, y todo será como el desquite de Perencejo, que perdió un ducado y ganó un conejo; ó resultar con el ajuar de la ventera, tres estacas y una estera. Hijas, el que pleitea no logra canas ni quijadas sanas. Más apaga buena palabra que caldera de agua, y á las querellas hay que decirles: marmolejo, aquí te hallé y aquí te dejo. A la mar, á la mar, chirlos-mirlos á buscar; que pato, ganso y ansarón, tres cosas suenan y una son. No hay para qué tentarle el pulso al gato ni meterse en cosas de justicia, que ella es como mi compadre el del molejón, que á quien quiere amuela y á quien quiere non. Quieta tú, Manonga Pérez, que te pareces á Daroca la loca, grande cerco y villa poca, ó al zonzo Tinoco, mucha fachada y seso poco.

Y aproximándose á Veremunda la dijo, muy á la oreja:

— Dios te salve, vida y dulzura, que tuyo soy con todas mis coyunturas.

— Bueno, bueno, bueno, contestó la rapaza; mas guarde

Dios mi burra de tu centeno, que aquí y en la Magdalena, hijito, el que no trae no cena.

—¿No tiene toca y pide arqueta, la dargadandeta? Anda, conciencia de Puerto-alegre, que vendes gato por liebre.

Y la *china*, que no era de las que se muerden la lengua, sino muy criolla y decidora, repuso poniéndose las manos en la cintura como asas de jarra filipina:

—¿Cómo te va, Mendo? Ni llorando ni riendo. Rebuzno de asno sin pelo, no llega al cielo, y sin pedernal y estrego, ni salta chispa ni brota fuego.

—Con la que lo dices, lo atices, grandísima arrastrada, que ya dirá la gata al unto, te barrunté y te barrunto.

Y el alguacil mayor se alejó, murmurando:

—Coces de yegua, amor para el rocín. ¡Santa Librada! ¿Si será la salida como la entrada?

Paréceme que los refranes de don Melchor Gaspar tenían para la chusma más elocuencia que todos los discursos y catilinarias de Demóstenes y Cicerón; porque se apaciguaron los ánimos, cesaron las hostilidades, y hubo formal armisticio entre camaroneras y pescaderas.

IV

¿Cómo se las compuso el procurador general de los naturales para que los decretos de cuatro virreyes dejasen de ser, como hasta entonces, letra muerta? No sabré decirlo. Lo que sé es que, á la vista tengo la siguiente provisión:

«Mando á vos, don Dionisio López de Prado, teniente de la compañía de á caballo de mi guardia, sostengáis á las indias camaroneras en la posesión del sitio que va desde la puerta del real palacio que cae á la calle de la Pescadería hasta la reja de la Cárcel de corte; y que las demás indias, negras y mulatas, no las inquieten ni perturben; y que en ningún tiempo se sienten ni pongan canasto en dicho sitio; y que guardéis y cumpláis esta provisión, castigando con severidad á los que la contravinieren.—Fecha en los Reyes, á los 2 días del mes de Marzo de 1711 años.—*Diego*, obispo de Quito.—Por mandato de su excelencia, *Manuel Francisco de Paredes.*»

El teniente don Dionisio López de Prado empezó por meter en la cárcel un par de hembras leguleyas, que preten-

dieron afirmar la bandera de rebelión con tres silogismos y cuatro autoridades; y realizado este acto de energía administrativa, no hubo ya quien osase levantar moño contra las camaroneras.

Añade la tradición (que á las veces miente más que poliquero de portal) que Veremunda, para celebrar el triunfo de sus protegidas, dió un *cachazpari*, como dice el nuevo diccionario de la lengua, en Amancaes, con mucho de arpa, cajón y guitarra.

Estopeño ó cañameño, cual me lo dieron lo vendo. Dicen, (yo no lo digo, que no soy mala lengua para desprestigiar á nadie, y menos á la autoridad), que el procurador Carbajal y Quintanilla, dejando en casa y bajo siete llaves la gravedad, echó una cana al aire, y tomando por pareja á la florista, bailó una sajuriana ó moza-mala de esas en que hay cintureo de culebra cascabelillo.

Y con esto, lectores míos, y como para pan y cebolleta no es menester trompeta, paz y paciencia y muerte con penitencia.

RICARDO PALMA

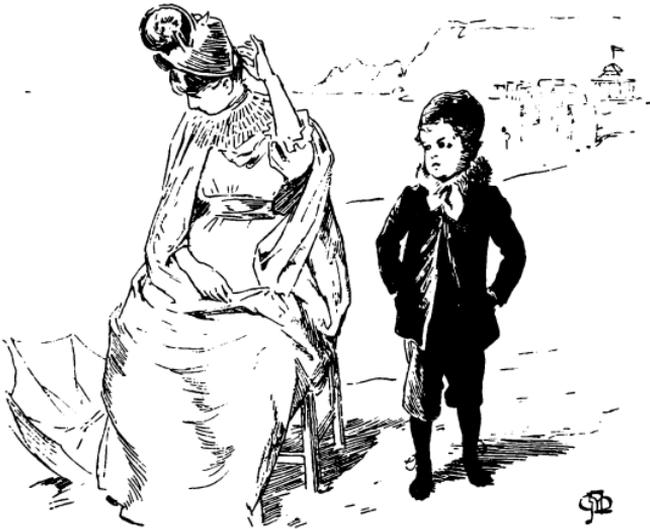
Lima



Si aspiras á ser dichoso,
practica estos dos principios:
olvidate del recuerdo,
y acuérdate del olvido.

E. DEL PALACIO.

LOS NIÑOS TERRIBLES



—¿Te molesta el peinado?

—Sí, Luisito.

—Pues haz como mamita.

—¿Y qué hace su mamá, caballerito?

—Cuando le duele el pelo, se lo quita.

MADRIGALES

Me ha dicho esta flor pura,
que da á las flores del Edén agravios,
que su mayor ventura
es morir abrasada por tus labios.

Pero ¿por qué me quejo?
¿Por qué de otras al ver la gentileza,
suspiro, callo y con rubor me alejo?
¿No me llama él hermosa?
¿No dice que aventaja mi belleza
á la de fresca y encendida rosa?...
¡Bah! no debo hacer caso del espejo.

JOSÉ MARÍA ESTEVAN.



EL PRIMER TOQUE...

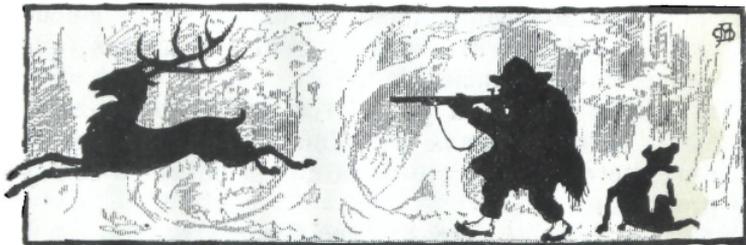
Á MI RESPETABLE Y ESTIMADO AMIGO DON JUAN DURÁN Y CUERBO

Pasó un día por mi lado,
y al ver su rostro agraciado
y su talle voluptuoso,
lancéme tras de ella ansioso
y en extremo enamorado.

La infiel el paso apretó,
 yo, obstinado, la seguí,
 y aunque en su afán no cejó,
 cuanto más *huyó de mí*
 más ligera *me alcanzó*.
 Caí rendido á sus pies,
 la pinté mi loco afán,
 me escuchó con interés
 y dos minutos después
 era la chica un volcán.
 ¡Qué arrebatos de locura!
 ¡cuánto amor! ¡cuánta ternura!
 tal pasión por mí sentía
 que á todo trance quería
 que fuese á buscar al cura.
 —¡Calma, por Dios! aún no es hora,
 la decía yo; ten juicio.
 —Para un corazón que adora,
 contestaba la traidora,
 esperar es un suplicio.
 —Apenas nos conocemos...
 —¿Y qué importa? nos casamos
 y Dios querrá que acertemos.
 —Con esperar, ¿qué perdemos?
 —Con esperar, ¿qué ganamos?
 Tus ideas no me placen.
 —Tampoco me satisfacen
 las tuyas, por caprichosas.
 Hay que pensarlo...
 — Estas cosas
 si se piensan... no se hacen.
 ¿Mi faz no te cautivó?
 —Desde el punto que la ví,
 su hermosura me cegó.
 —¿No me quieres?
 —¡Eso sí!
 —¿O es que mientes?
 —¡Eso no!
 —Pues tu calma no me explico,
 siendo tu amor verdadero,
 y ya me enfado y me pico;
 ¿acaso no eres soltero?
 —¡Quién lo duda! ¡desde chico!
 Mas aunque por tí me abraso
 y me encanta tu sonrisa,
 de sopetón... ¡no me caso!
 —¡Es que tú andas paso á paso
 y yo llevo mucha prisa!
 Tras de tanto suspirar,
 ¿quieres que mi afán sofoque,
 hoy que tocan á casar?
 —Pues bien puedes esperar...
 ¡si no es más que *el primer toque!*

Como por mí deliraba,
según su labio juraba,
accedió, puesta en un potro...
¡y mientras yo lo pensaba,
la infiel se casó con otro!
Y es que, ávida de alcanzar
ventura tan singular,
la que en tales ansias arde,
cuando tocan á casar
siempre cree llegar tarde.

CASIMIRO PRIETO.



CUENTO

Un ciervo saltó al camino
yendo de caza don Lino,
médico de Peñafiel,
erróle, y fuera de tino
sacó furioso un papel.

Desdeñando la escopeta
una bola bien repleta
con el papel fabricó;
era su última receta,
tiróla al ciervo, y cayó!

MANUEL DEL PALACIO.

MORIR ES DORMIR

DOLORA

Una niña decía:
—Madre, ¿qué es una muerta?
—¡Una muerta! la madre respondía:
es la que duerme y que jamás despierta.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL LITERATO FALSIFICADO

Estamos en una época de regeneración social.

Merced á los adelantos de las ciencias y de las artes, cualquier hijo de vecino se levanta un día de buen humor, y se dice: «quiero ser esto, ó lo otro, ó lo de más allá,» y, no hay que darle vueltas, logra por fin todo lo que quiere.

Sólo así puede comprenderse que exista en el mundo tal colección de talentos artificiales y genios averiados, que se creen dueños de la humanidad.

Segunda edición de la pedantesca raza anatematizada por Moratín, pulula hoy una variedad de aquélla, nuevecita, flamante, verdadero aborto de la última mitad de este siglo del progreso.

Su nombre es: *el literato falsificado*.

Sírvanos, como muestra de la clase, cualquiera de sus miembros.

Don Epifaneo fué en sus buenos tiempos escribiente de un literato, y ganaba un modesto sueldo poniendo en limpio y con letra muy clarita (que era lo único bueno que don Epifaneo tenía) las cuartillas que su principal mandaba á la imprenta.

Sea que lo bueno se pega con el roce diario, sea que nuestro buen hombre se cansara de copiar lo que otro escribía, el caso es que concibió la idea de dejar de ser escribiente para convertirse en escritor.

En dos meses y pico devoró una biblioteca, aunque sin digerir una página; y para tener siempre la ciencia, el arte, la literatura, la historia, etc., al alcance de su mano, don Epifaneo gastó parte de sus pequeños ahorros en un Larousse, obra obligada de todo sabio y necesaria á muchos que no lo son, pero que pretenden pasar plaza de tales, y merced á la cual, cuando su uso estaba menos generalizado que hoy, lograron más de cuatro crearse una reputación de hombres de talento.

Don Epifaneo con su Larousse y la constante lectura, llegó á saber que América fué descubierta por Colón, que el descubrimiento del vapor es posterior al de los cigarros

de la paja, que Adám fué el primer hombre que durmió la siesta, y que San Pedro fué el santo de menos pelo de los contemporáneos de Poncio Pilato.

Averiguó también, por el mismo sistema, que el aire no ha sido nunca cuerpo sólido, que los mamíferos han habitado en todo tiempo la *costra terrestre* y los peces el *líquido elemento*; que los hombres se acostaban á oscuras cuando aún no se había descubierto el alumbrado artificial, y finalmente, que la especie humana ha nacido siempre lo mismo que hoy, sin diferencia notable. De paso aprendió un par de docenas de frases técnicas, como *paleográfico*, *fono-gráfico*, *frenológico*, *tetradinamia*, *entimema* y *epikerema*, etc., etc., cuya significación ignoraba, y que revueltas con algunas voces latinas, tomadas al azar, repartía viniera ó no á cuento.

Finalmente un día, después de haber repasado *in mentibus* (uno de los latinajos favoritos de don Epifaneo) todos sus vastos conocimientos, examinándose con toda la prolijidad é *imparcialidad* de que era susceptible, y convencido hasta más no poder de que *sabía mucho* é ignoraba no poco, se decidió á ser el asombro de sus conciudadanos, no dudando de que éstos le venerarían como á una gloria nacional, y de que su nombre figuraría, al nivel, por lo menos de los de Cervantes, Shakespeare, Hugo, Molière, etc.

Su primer hijo intelectual se presentó bajo la forma de un poema épico en mil setecientos siete cantos, titulado: *La edad de oro*, en el que haciendo alarde de conocimientos mitológicos, históricos y geográficos, colocó el jardín de las Hespérides entre el estrecho de Behring y el golfo de Omán, desarrollando en él la acción de su poema.

Veíase allí al rubicundo Apolo persiguiendo obstinadamente á Juana de Arco, que se defendía del concupiscente dios, halagando su glotonería con unos cuantos *ticholos* frescos; á Melpómene sacando vasos de agua de la fuente Castalia para refrescar las fauces del Pegaso; á Terpsícore del brazo de Motezuma, extasiada en la contemplación de un plantel de alcahuciles; á Talía cazando mariposas, y á Minerva ensayando el himno de Garibaldi en un Stradivarius.

El poema sale á luz, y aunque sólo cuatro amigos del autor lo leen por haber recibido un ejemplar gratis, dur-

miendo el resto de la edición en los empolvados estantes de las librerías, don Epifaneo no se desanima, recuerda que la historia de las letras está llena de casos análogos; que los mejores poetas de todas las épocas han muerto de una indigestión de hambre, y sigue impertérrito por la senda que se ha trazado.

Un editor de la talla intelectual de don Epifaneo, patrocina la nueva producción de éste, una novela terrorífica del género naturalista, titulada: *La venganza de una momia ó los amores de un cadáver*, la cual es comprada por todos los vendedores de los mercados y algunos ambulantes.

En vista del asombroso éxito de esta primera novela, y siempre bajo la protección del mismo editor, da vida á una segunda de un realismo crudo, que pone los pelos de punta, titulada: *Los amores de treinta y tres vestales; memorias de un romano del bajo imperio*.

Ya no son sólo los *puesteros* los que compran esta obra; su sabor picante, reactivo necesario para el estragado estómago de cierta parte del público, hace que se agoten las tres primeras ediciones, y el nombre de don Epifaneo es citado como el mejor entre los mejores, y él, entusiasmado, animado por unos y por otros, escribe novelas sin cuento, dramas, artículos, poesías... ¡la mar! y siempre de la misma escuela, con títulos provocativos, y el público continúa disputándose aquellos volúmenes, que piden á gritos un cura, un barbero y un ama, para hacer con ellos un auto de fe como el que Cervantes describe en *Don Quijote*.

La Nueva Nuna.—Hombres y mujeres ó el pecado original.—El puñal y el veneno, ó castigo de las diez adúlteras.—Los misterios de la nada.—Tres años en el vacío.—El manuscrito de un verdugo, etc., etc.

Y don Epifaneo se enriquece con estos disparates, siendo ésta una de las muchas diferencias que existen entre el literato auténtico y el falsificado; pues así como el primero no llega nunca á ver reunidos en su bolsillo diez pesos (salvo ligeras excepciones), el segundo, creado por la estupidéz y basado en ella, es por ella enriquecido.

Hay muchos así en el mundo ¿no es cierto?

ADOLFO POLERÓ ESCAMILLA.



EL FANTASMA

Á MI BUEN AMIGO RICARDO SÁNCHEZ

En un ángulo oscuro de mi alcoba,
á mi vista un fantasma se presenta
con los ojos sin luz, cuando la noche
el tardo curso de sus horas cuenta.

Le veo en la penumbra vagamente
á veces sollozar; otras, me muestra,
movida por la risa, aquella boca
siempre animada de una horrible mueca.

Cierro los ojos con horror... en vano,
que hasta en las horas del placer me asedia;
y entre la luz del esplendente día
siento sin verle su fatal presencia.

Se goza en molestarme, en perseguirme,
hasta mi mesa de trabajo llega,
y en tanto que revuelvo mis papeles,
con mirada implacable me contempla.

—«¿De qué te sirve trabajar? me dice:
¡á qué esa estéril, improba tarea!
¡Ni un eco dejarás tras de tus pasos,
ni una fecunda ó levantada idea!

» Sofoca ya la aspiración sublime
que hacia las cumbres del ideal te lleva;
que en vano vas siguiendo la soñada
serena luz de la belleza eterna!

» ¡Antes que tú se extinguirá tu obra;
la oscuridad, tu amiga y compañera,
dejará en tu sepulcro su corona
de olvido, de dolores y tinieblas! »

¡Oh! ¡te conozco, desaliento triste,
negro fantasma que jamás me dejas,
sombra de mis pasadas decepciones,
de mis luchas estériles, sin tregua!

¡Oh! ¡te conozco; tu caricia fría
llevo en el alma para siempre impresa;
todo me deja, me abandona á veces,
tú, solamente, inconmovible quedas!

Buenos Aires, Abril 1890.

S. I. VILLAFANE.

NUBES Y ESPUMAS



L cielo tiene nubes,
espumas tiene el mar,
y á veces sopla el mismo
airado vendaval
en las regiones altas,
que del agua en el haz.
Pero ¡capricho extraño!
¡Contraste singular!
Mientras arriba limpia
la esfera de cristal,
abajo encrespa el turbio
oleaje más y más.

Así humanas pasiones
soplando por igual,
ya del cielo despejan
la azul inmensidad,
ya de la vida agitan
el piélago tenaz
con olas espumantes
que no cesan jamás.

¿Es acaso que forja
el ronco vendaval
con jirones de nubes
las espumas del mar?

JOSÉ ECHEGARAY.



D. Juan Valera

ILUSTRE LITERATO ESPAÑOL

EL ALMA AMERICANA ¹

COLOQUIO ENTRE UN PADRE Y UN HIJO ARGENTINOS

—Padre mío, me has hablado de mi Bandera con una unción que me llega al alma y me estremece, inspirándome amores, sentimientos y anhelos que antes no sentía é ignoraba. Tu palabra redentora ha caído en mi espíritu como luz y como fuego; me siento iluminado, enardecido. Ahora comprendo bien todo lo que el maestro nos quiere decir cuando nos habla con entusiasmo y con frecuencia del verbo creador; sí, la palabra fecunda, vivifica y puebla el caos; sí, con su magia divina, el alma, antes entenebrada y yerta, se empapa en luz y florece. Háblame, pues, háblame siempre, padre mío; mi alma aletea, quiere volar. Tu palabra, como el verbo, es hija del amor, y el amor levanta hasta los Lázaros y purifica hasta las Magdalenas.

—Hijo mío: también mi alma se desentumece ante la explosión de tu entusiasmo infantil que reaviva en ella una fe decadente. No te extrañe este desmayo, ni enfríe tu ardor santo: son los eclipses intermitentes en que nos lanzan las contrariedades y la materialidad de la vida. Pero, como en lo físico las nieblas que interceptan la luz del sol son pasajeras, en lo moral también las sombras que nos oscurecen el horizonte duran poco. Como tú piensas, con juvenil, pero acertado candor, la palabra creadora, hija de la meditación, nos levanta con su brillo sobre los limbos de la vida y nos inicia en cielos superiores.—A estos cielos quiero yo conducirte, para que el recuerdo de haber morado en ellos te sirva de norte salvador, cuando los embates de las contrariedades humanas te arrojen fuera de su rumbo con sus olas furiosas.—Mi palabra ha despertado tu espíritu, porque es mi alma que se adelanta hacia la tuya que viene hacia mí.

La palabra es el lazo que une los espíritus, que los ata y los anuda en unidad consustancial. Sin la palabra las almas no se pueden conocer, no se pueden relacionar. Las

¹ De un libro inédito.

palabras son las mensajeras de nuestras almas, son nuestras almas mismas que vuelan y se transmiten como soplos en metempsícosis permanente. Por la palabra se miden las almas, porque es su reflejo, su sustancia. Cuando la palabra desfallece, el alma está moribunda; cuando la palabra irradia, el alma brilla vivaz. La palabra crea las cosas humanas como el verbo creó los mundos y los soles. Haces bien, hijo mío, en amar la palabra: por ella sólo vivirás, por ella sólo imperarás.—Que sea siempre ella tu vehículo alado, y el medio, superior á la electricidad, superior al magnetismo, para espaciar tu alma y enlazar las almas á la tuya en fraternal amor.

—Padre mío: quiero que me reveles todo cuanto no conozco y ansío conocer. Anhele saberlo todo, sentirlo todo, para después osarlo todo. Oigo en mi interior una voz que me llama; siento un empuje que me impulsa y paréceme que mi ser, actividad en esencia, sólo puede alentar en la acción como su atmósfera respirable y vital. El silencio, la inacción, la inercia me espantan como la boca de un abismo; me entristecen como entristece la nada, y creo descender yerto al no ser, estrechado por los helados brazos de la muerte. La creación me atrae, sus rumores suenan en mis oídos como celeste armonía; sus esplendores me embelesan, sus misterios me fascinan y me abraso en el deseo de levantar los velos de la magia que me encanta.

—Hijo mío: esa savia bullente es el hervor de tu alma americana. Tú perteneces á una raza nueva, porque las razas se renuevan por las transformaciones y las modificaciones de las cruas y de los hábitos seculares. Tú llevas sobre tu frente el esplendor de todos los siglos; envuelven tu cabeza como una aureola celeste las glorias de las edades pasadas y abren tu camino en sendas de luz, las penas, las luchas, los dolores y los trabajos titánicos de toda la humanidad que fué. Tu pasado es profundo, tu porvenir es insondable; álzate con la grandeza de tus orígenes y la sublimidad de tus destinos. Bebe la luz en la historia de los siglos pasados, pide inspiración á los cielos, á las montañas, á los valles de tu madre América y lánzate audaz en la ruta no trillada del futuro, para dejar marcada é indeleble la huella de tu paso en los tiempos que no se borran.

—Padre mío; sí, tú interpretas mis más vagos y con-

fusos anhelos; tú reproduces mis íntimas emociones; tú abrillantas mis ideales y visiones y das forma y colores á las intuiciones doradas de mi alma soñadora. Yo también, padre mío, me siento arrastrado como en vértigo á ese más allá que tú me apuntas con profético acento. Cuando la luna pálida platea nuestro cielo azul purísimo, experimento, al contemplarlo, como devaneos ó deliquios que me sumergen en éxtasis arrobante, y mi fantasía, arrebatada, inspirada por no sé qué numen misterioso, me lleva en sus alas doradas á mundos ideales de panoramas mil y de mirajes sin término. Entonces mis ideas, mis pensamientos, germinan en mi mente como soles deslumbrantes que deshacen las nieblas que me cercan y tornan diáfanos y transparentes como el cristal los arcanos y secretos de la creación y de la vida; entonces mis sentimientos hinchán dulcemente mi corazón y siento una paz divina y místicas dulzuras; entonces mi flaca voluntad humana se yergue viril é inflexible como la fatalidad y el destino, y los mares me parecen lagos para atravesarlos y los Andes colinas para trasmontarlos; entonces, fortalecida, enaltecida y casi divinizada el alma mía por tantos alientos de lo alto, vuela á postrarse sobre las gradas del esplendente trono del Eterno, y desde esa altura de luz y santidad, la vida, padre mío, me parece una armonía, y el mundo la gloria de Dios. Como si el porvenir se abriese á mis sentidos, como si mi pensamiento atravesase las edades y evocase leyendas aún dormidas en las entrañas del tiempo, embargan mi imaginación adolescente los cuadros sonrientes de palpitante vida que pasan en tropel rielando su brillantina luz; y la existencia me parece una epopeya, y tiéndolo todo en la excelsitud que este mágico iris presta á mi fantasía, me parece todo, en mi divino encantamiento, heroico, grandioso, sublime.—Pero después de este inefable arrobamiento, cuando las gasas diáfanas que me envolvían como mantos de luz y me llevaban veloz por los espacios sin término, como llevan las brisas los suspiros de amor y los perfumes de las flores, se disipan y toco el frío de la realidad que me hiela y la ruda costra de la materia que me eriza; cuando á estas diorámicas visiones de mi mente se suceden cuadros de recargadas sombras; cuando mis ojos de carne y mortales apenas alcanzan en su impotencia á recoger las imágenes cercanas; cuando me siento aprisio-

nado por la torpeza de todos mis sentidos que me embotan y me limitan; cuando los males de la vida humana que recobro me punzan como espinas y los gemidos del infortunio ajeno apenan mi alma, ¡ay! padre mío, siento tristeza por la vida y tiemblo al perder en la vigilia mundana las ilusiones encantadas que me levantaban hasta Dios, y lloro esos dulces delirios, esas hechiceras quimeras que se desvanecen al sol de la tierra y palidecen y se secan como palidecen y se secan las flores en la crudeza invernal; entonces, padre mío, ya no amo la vida que no es amor, que no es luz, que no es libertad, y me parece que hay más paz en el silencio y más dulzura y más verdad en la muerte.

—Hijo mío; ni te engaña tu fantasía, ni te miente tu corazón. Esos cuadros que ella borda con colores y brillo de púrpura y de nácar, esos puros y divinos amores que él ansía, esa audacia de tu voluntad infantil que quiere ejercitarse en lo titánico, esas tus explosiones de entusiasmo y de febril deseo, esas tus ardientes y santas aspiraciones al futuro, son los reflejos vívidos del áureo porvenir de América que lanzan tu alma á su encuentro. Tú no deliras, hijo mío, tú no sueñas; mantente siempre en esas alturas majestuosas como el profeta en las regiones venerandas del Jordán y serás el Bautista de la celeste aparición de América.

La América, hijo mío, tiene su historia que crear, tiene su herencia que legar, tiene su deuda que pagar, tiene su porvenir que llenar. Cada región, cada continente, ha dejado su surco dorado en la prosecución del fin humano, y á la América le cumple realizar la última evolución de la humanidad en los tiempos. Cada pueblo ha vencido una dificultad, ha hecho una jornada, ha realizado una etapa, y al pueblo americano levantado sobre estas fuerzas, sobre estas magnas labores, le corresponde la tarea en los siglos de unirlo todo en síntesis, ampliando y engrandeciendo la civilización que ha heredado. La India, la Judea, el Egipto, la Grecia, Roma y la Europa moderna son los peldaños de la escala que la América tiene que ascender, aquella escala mística que el patriarca dormido en el desierto veía en sus ensueños proféticos. La marcha humana es ascensional, va siempre tras lo mejor, apurando y consumiendo ideales.

La América es sin disputa la incubación de los siglos; la humanidad la llevaba palpitante en la gestación de sus

entrañas; el poeta con acento de vate cantó su presentida y anhelada aparición, cuando dijo:—“...Vendrán otros siglos con sus tardíos años; y el Océano desatará los secretos con que oculta sus misterios.—Una tierra inmensa aparecerá á nuestros ojos: Tifeo nos mostrará nuevos mundos; y Thulé no será el último de los continentes habitados.”

América ha aparecido al llamamiento amante de la humanidad, no para extender el suelo del Viejo Mundo que aún no ha agotado, no para aumentar sus riquezas que aún no ha consumido, sino para vigorizar el pensamiento, para entonar la voluntad y levantar el alma á nuevos cielos. De la América saldrá la humanidad, renovada, depurada, enaltecida. La estatura humana se elevará cien codos sobre su actual medida, el pensamiento brillará con fulgor desconocido, el sentimiento se derramará como raudal sonoro y la voluntad se erguirá con divino vigor.

La libertad, nuevo numen de las edades futuras, romperá las ataduras que detienen la expansión humana como bandeletas de la muerte, y el hombre, Prometeo engrandecido, bajará los cielos á la tierra ó alzará la tierra hasta los cielos. Póstrate, hijo mío, póstrate de rodillas ante el esplendor radioso de este sol que despunta; déjate llevar en alas de las esperanzas mesiánicas de América, entrega tu alma ingenua al destino del futuro, y tendrás, como los escogidos, la visión anticipada del reino de Dios sobre la tierra, glorioso, brillante. Oirás las armonías de liras divinas, más dulces que la música de las esferas; sentirás fruiciones inefables de una bienaventuranza celeste, nunca sentida en la tierra; leerás las páginas de la creación como las páginas de un libro; verás el alma de las cosas, la esencia de los seres, los arquetipos de la vida con luces superiores á la luz reunida de todos los soles del cosmos. La vida, hijo mío, regulada por la justicia, encaminada al bien y abriantada por el bello ideal, será un compás, un ritmo, un acorde en el eterno concierto de todo lo creado y el hombre marchará con la majestad de un Dios, radiante su frente y fulgurante su mirada.

—Padre mío, vamos, vamos, sí, padre mío, hacia esos altos destinos. ¿Por qué no convertir en realidades palpables las visiones ideales de nuestra mente? ¿Acaso Dios habrá dado tantos esplendores á nuestras almas, para que las enloquezcan como deslumbramientos de engañosa falsía?...

—Hijo mío, no; no dudes jamás de la veracidad divina. Todos los amores que Dios da á tu sensibilidad, todas las visiones que da á tu mente, todas las voliciones que da á tu voluntad son impulsos que imprime á tu alma, para empujarla en la senda de su misión y de su destino.

—Padre mío: ¿y qué necesito yo, qué debo hacer yo para escalar altura tanta? Esta misión de la América y del americano es escabrosa, espinosa y aterradora como la gloria. Ante nuestra pequeñez é impotencia, parece audacia y soberbia osadía, ambición tan gigantesca. La figura sombría del Luzbel del Paraíso Perdido viene á mis recuerdos y creo que hay algo de satánico fulgor en estas aspiraciones atrevidas del alma del ser humano, barro que la muerte convierte en un puñado de polvo.

—Hijo mío, no hay altivez, sino humildad en cumplir el deber, en escuchar la voz de Dios y obedecer su mandato. Tú eres pequeño como la bellota, pero con el tiempo y el trabajo crecerás tan alto como crece la encina con el agua y el sol. Sigue las inclinaciones, los instintos de tu ser, que son los impulsos que ha impreso á la arcilla humana el que la animó con su sopro. Estudia, observa, medita, escucha las voces de la naturaleza que tiene un lenguaje claro para el que la consulta con amor, y recoge en tu conciencia las inspiraciones de Dios.

FEDERICO TOBAL.

Buenos Aires, Junio de 1889.

EN EL FORO ROMANO

¡Os contemplo asombrado,
arcos deshechos, ruinas del pasado!
En los varios fragmentos
de estos despedazados monumentos
¡cuánta luz! ¡cuánta gloria!
cada trozo es guardián de una memoria.

Se lee la historia humana
en estas piedras. La ciudad romana
fundó aquí sus altares,
y nacieron los dioses tutelares
de Roma y su fortuna.
¡Y aquí tuvo el derecho sacra cuna!

GUILLERMO MATTA.

AMOR DE COQUETA



—¿Cómo has podido, incauto, enamorarte de mujer que en fingir tiene tal arte?

—¡Pues la amo!

—¿Y ella á tí?

—¡Por vida mía!

no lo sé; sólo puedo asegurarte que hace cinco minutos me quería!



EPIGRAMA

—¡Cómo creció, Nicolasa, tu hijo! ¡vaya un tagarote! pronto le saldrá bigote...

—¡Si ya se lo deja!

—¿En casa?

MONIGOTES AUTOMÁTICOS

ROMANCE

Amigo, eres muy pesado,
 no se te puede aguantar.
 «Escribe versos, Vicente,
 me dices con terquedad;
 mi libro te los reclama;
 conque venga original.»
 Esto un día y otro día...
 ¡ten, por Dios, más caridad,
 y advierte, Prieto querido,
 que no puedo escribir más!
 A las Musas festejé
 en mi juvenil edad;
 por aquel mi atrevimiento
 me vienen á castigar
 y hoy la inspiración me niegan,
 que en vano en mí buscarás.
 Yo quisiera complacerte,
 póngome á escribir, mas ¡ay!
 comprendo, querido amigo,
 quo es nula *mi voluntad*
 sin el soplo poderoso
 de un espíritu auxiliar.

Debes estar convencido,
 cual todo el mundo lo está,
 de que las criaturas somos
 maniquis y nada más,
fantoques, que transitamos
 por la senda mundanal
 á merced de los espíritus
 que impugnándonos están.
 Unas veces nos levantan
 hasta la sublimidad
 y otras, amigo querido,
 bien lo puedes observar,
 nos arrastran por el lodo...
 ¡paciencia y conformidad!

Esto tiene sus ventajas,
 negármelo no podrás;
 el saber que de sus actos
 no tiene cuentas que dar
 ningún asesino aleve,
 monstruo de perversidad,
 porque sólo los espíritus
 lo han impulsado hacia el mal.
 El hombre inconscientemente

comete una atrocidad,
 y así como no debemos
 confundir al criminal,
 tampoco es justo que al sabio
 le queramos coronar.
 Las producciones de Homero
 son el fruto nada más
 de una pura fantochada
 de remota antigüedad.
 Copérnico y Galileo,
 fueron ¡voto á san Pascual!
 peleles, que los movía
 invisible potestad.
 Colón con sus carabelas
 descubriendo *el más allá*;
 Monturiol con sus afanes
 y con sus triunfos Peral,
 monigotes automáticos
 han sido, son y serán.
 Porque ya es sabido, amigo,
 que la pobre humanidad,
 en este valle de lágrimas
 por do transitando va,
 no tiene libre albedrío
 ni fuerza de voluntad.

VICENTE R. JORDÁN.

La Plata, 1889.

ESTAMBRES Y PISTILOS

Bajo el velo del agua transparente
 impregnada de rayos luminosos,
 estambres y pistilos pudorosos
 se citan, para amarse, en el ambiente.

Atravesando el líquido luciente
 asómanse los tallos amorosos,
 y á los himnos del viento rumorosos
 los desposa la luz resplandeciente.

A la vez en las frondas escondidos,
 ¡cuántas dulces escenas misteriosas
 entre los bosques formarán los nidos!

El lento desplegarse de las rosas,
 el crujir de los granos, los latidos...
 ¡oh concierto invisible de las cosas!

SALVADOR RUEDA.

1889.

EL DIA DE DIFUNTOS



NTE el impenetrable misterio de la muerte, el pensador medita, y después de devanarse los sesos largo rato en las devanaderas de la filosofía, acaba por encogerse de hombros, como diciendo: lo que sea sonará. Para llegar á tal resultado, no vale ciertamente la pena de preocuparse de cosas tan desagradables, ni de emplear el capital del tiempo en empresas tan poco lucrativas. Por eso los hombres, generalmente, apartan el pensamiento con horror y espanto de ese arcano inescrutable y procuran divertirse en grande durante su estancia en este valle de lágrimas é *ingleses*, acordándose todo lo menos posible de los que nos han tomado la delantera en el camino real de la existencia, en nuestro viaje á lo desconocido.

La idea de la muerte goza de muy pocas simpatías, aun entre los que arrastran la vida como pesada cadena, excepción hecha de los locos ó desesperados, para quienes levantarse la tapa de los sesos es asunto baladí: los demás nos dejamos llevar del furor dominante hoy día y que caracteriza la época que atravesamos á toda máquina en el tren de la civilización; nos referimos á la manía de las colecciones: todos queremos coleccionar años, y familia conocemos que resulta ya arcaica.

Afortunadamente, media ya larguísimo trecho, cronológica é históricamente hablando, desde los tiempos de la antigua Roma, en que el hastío y el tedio habían arrastrado á las gentes al culto de la muerte, bien supremo, según Lucano, que debiera otorgarse sólo á los hombres virtuosos; y el mayor bien de la vida, según Plinio, el cual quema todo el incienso de su entusiasmo en aras de esa sombría divinidad, sin animarse á sacrificarle, empero, su existencia, lo que viene á probar que el capitán Araña, aun antes de nacer, tenía ya imitadores en la Roma pagana.

Hoy nadie se muere á gusto: el que cierra los ojos, lo hace contra su voluntad y obligado por las circunstancias, y á veces por los médicos, que son, en ocasiones, otras circunstancias agravantes; la raza de los estoicos se ha agotado. Y no solamente no nos hace maldita gracia la muerte, sino que á muertos y á idos, no hay parientes ni amigos, según reza el refrán.

El recuerdo de los muertos recibe culto fervoroso en el alma de los padres, hijos, hermanos, y de tal ó cual viuda consecuente ó ex marido fiel; los demás profesan la religión de la indiferencia; los parientes suelen llevar luto ocho días solamente: luto oficial.

Sin duda por el qué dirán, la sociedad consagra un día á la memoria de los muertos, día en que afluye numerosa á



los cementerios y los invade como crujiente ola coronada de negra espuma de encajes y blondas; la vanidad no retrocede ni ante la pálida imagen de la muerte y pasea sus galas y su pompa por esas silenciosas calles de sepulcros, más ó menos suntuosos, donde reposan los que fueron, los que nos precedieron en la penosa jornada de la vida; y no es difícil escuchar el zumbido de los epigramas con que la impiedad asaeta á vivos y muertos, allí donde sólo debieran verse lágrimas en los ojos, allí donde sólo debieran brotar de los labios aladas oraciones...

Para algunos, y sobre todo para algunas, la visita á los muertos es un espectáculo, y un espectáculo de gala: el brillo de las piedras preciosas se confunde en un solo rayo de luz con el brillo de las sonrisas que chispean en no pocos labios de grana, y no hay filósofo, más ó menos auténtico, que no se forme una menguada idea de los sen-

timientos de piedad de que alardean muchos contemporáneos.

Hay también quien da vivas señales de dolor intenso, y en su interior se encuentra sin novedad.

—¿Viene usted á visitar la tumba de Eloisa? le pregunta un pariente lejano, tan lejano... que se pierde de vista, tocándole discretamente en un hombro.

—¡Ah! ¿es usted? exclama el otro, conmovido; dispense usted, no había reparado... ¡pobre Eloisa! ¡ayer hizo un año! créame usted, ¡estoy inconsolable *todavía!*

—Hay que acatar los fallos del destino y resignarse.

—¡Ay de mí!



—No le queda á usted más remedio.

—¡Infeliz Eloisa!

—¿Era muy buena, verdad?

—¡Mucho! Jamás hubo rencillas ni cuestiones entre nosotros... ¡si no parecíamos casados!

—Cuando supe su muerte por los periódicos, lo sentí infinito.

—Pero no fué usted á verme.

—Es que estaba con tercianas.

—Dispense usted.

—¡Ah, querido amigo! ha perdido usted una alhaja.

—¡No me lo diga usted! ¡no revuelva el puñal del recuerdo en la enconada herida de mi amor! ¡todavía mana lágrimas!... ¿quiere usted una pastilla de menta?

—Gracias... ¡Bonita corona! supongo que la destina usted á la tumba de Eloisa...

—¡Para quién ha de ser, sino para ella!

—Ha tenido usted muy buen gusto.

—Yo no, sino mi mujer.

—¿Su mujer?

—¡Cómo! ¿no sabe usted que me he vuelto á casar?

Delante de otra tumba permanece con la frente inclinada sobre el agitado pecho, como blanco lirio tronchado por el vendaval, una hermosísima enlutada de formas esculturales. Parece la estatua del dolor... con traje á la moderna.

Cerca de ella se ve una señora de más edad, en cuyos ojos y en cuyos gestos se nota marcada expresión de impaciencia.

—Vamos, hija, dice de pronto; deja descansar en paz á tu marido... el pobre lo merece; su existencia fué una continua batalla y se portó como un héroe... hagámosle esta justicia póstuma... ¡él solo contra numerosos enemigos más ó menos domésticos! un certero disgusto le dió en mitad del corazón y quedó en el sitio... ¡pobre mártir! porque fué un mártir anónimo, por más que tuviese su geniecillo y sus cosas; no hay como morirse para que se reconozcan los altos méritos de los que cruzaron la senda de la vida en medio de la indiferencia de sus contemporáneos, como avanza el intrépido explorador del Polo por entre moles de hielo. Al menos tu marido habrá ido en tren *express* á la gloria, sin necesidad de detenerse una temporada en el purgatorio, estación intermedia muy frecuentada por los que salen de este mundo con la alforja de la conciencia repleta de pecadillos veniales... ¡bastante purgó el pobre la falta de haberse casado contigo!

—¡Pero, mamá! no interrumpas mis rezos, exclama la joven, lanzando á la autora de sus días una mirada en la que centellea el enojo.

—¡Tus rezos! refunfuña la mamá. ¡Bah! tu marido no necesita de más rezos; de nuestra casa salió para la gloria.

—¡Es que no puedo olvidarle! su sombra me persigue tenaz á todas partes...

—¡Déjate de sombras chinescas!

—¡Tú no sabes cuánto sufro!

—Entre un cuerpo que arde en llamas de amor y una pálida sombra, no hay idilio que tenga sentido común; hoy se quiere á la moderna y el romanticismo es ya una anti-gualla: la vida es fuego y luz y las sombras huyen de la luz como impalpables fantasmas; además, ya sabes que esa sombra hace... sombra.

—Nadie tiene celos de un muerto.

—Pero para el amor no sirve lo impalpable.

—Te advierto que la gente nos mira.

—Vámonos á casa... son las seis y ya sabes que tenemos que comer temprano.

—No hables de estas cosas en el campo santo, mamá.



—¡Qué pesadez de mujer! ya rezarás por la noche... cuando regreses del baile de las de Orgaz.

Bien dice el refrán que al que se muere... lo entierran y bien hacen los muertos en cortar toda correspondencia con los vivos, pagándoles así con iguales monedas de olvido. Para algunos, la visita anual á los cementerios es una distracción, como, verbigracia, echar pan á los patos ó pegar á la señora. Hay sepulcros monumentales en los que la vanidad humana amontona todas las suntuosidades del arte, y, sin embargo, ¡quién sabe si la modesta cruz del recuerdo señala en el corazón de ciertas gentes el sitio que ocupó la persona objeto de tanto aparato!

El día de difuntos es un día verdaderamente cruel, uu día de amargura para los que van al cementerio impulsados

por el deseo de honrar la memoria de los que cayeron á su lado en la reñida batalla de la vida; pero una vez cumplido tan piadoso deber, surge del fondo de su alma, aclarando todas sus sombras, una visión celeste, un ángel de luz... ¡el ángel del consuelo!

CASIMIRO PRIETO.



EL BAUTISMO DE LAS PERLAS

En la irisada cámara luciente
de la concha del mar, perla dormida
en su lecho fantástico mecida
vive bajo del agua transparente.

Las ascuas de coral, gruta esplendente
dan á la blanca perla adormecida,
y la de seres pléyade bruñida
cruza en nave de escamas la corriente.

Bajo el velo del agua que se riza,
abre la concha el seno que blanquea
y la mágica perla se matiza.

Hiende entonces la luna la marea;
en su propio sagrario la bautiza,
y el camarín de nácares platea.



LAS
METAMORFOSIS INFERNALES *

FRAGMENTO DEL CANTO XXV DEL «INFIERNO», DE LA DIVINA COMEDIA DEL DANTE

Si eres, lector, de comprensión tardía
para creerme, no es extraña cosa,
pues yo lo he visto, y dudo todavía.

Los contemplaba con mirada ansiosa,
cuando una sierpe, con seis pies, se lanza
sobre el uno, y lo enrosca presurosa.

Las dos patas del medio hundió en la panza,
con las de arriba ciñe brazo y brazo,
y con las uñas hasta el rostro alcanza.

Las patas bajas, con cerrado lazo
toman los muslos, y la cola erguida
entre ambos mete y roza el espinazo.

* Traducción inédita.

Jamás la hiedra á un árbol adherida
se asió á su tronco, cual quedó la fiera
con los miembros del hombre confundida

al revolverlos cual caliente cera ;
que uno y ninguno en forma y colorido
era uno y otro de lo que antes fuera ;

así el papiro al fuego escalecido,
se retuerce tomando color bruna
que no es negro ni blanco, como ha sido.

Los otros dos, miraban con pavora,
y:—« ¡Cuál cambias, Añel! »— ambos gritaban,—
» ¡Ya los dos son de idéntica natura! »

Una sola cabeza ambos formaban ;
en un solo semblante se fundían,
bien que rasgos perdidos aún mostraban.

Dos de los cuatro brazos se veían ;
espalda, vientre, piernas y cabeza
un conjunto no visto parecían.

Aquel conjunto á transformarse empieza :
imagen de ambos y de dos el parto
que á lento paso se arrastraba aviesa.

Como suele veloz algún lagarto
cruzar la senda de otra mata en busca,
por el ardor canicular coarto,

así, cual grano de pimienta fusca,
lívida sierpecilla se desprende,
y el vientre de los otros dos rebusca.

A uno su dardo viperino hiende
por do se toma la primer comida ;
salta ligera, y á sus pies se extiende.

La sombra, con la vista amortecida,
de pie la mira, y sin cesar bosteza
como de sueño ó fiebre consumida.

Sierpe y sombra se miran con crudeza :
una por boca, y otra por la llaga,
humo despiden, como nube espesa.

Calle Lucano, que al cantar propaga
los cambios de Sabelio y de Nasidio,
que otro cambio los suyos deja en zaga.

No hable de Cadmo ni Aretusa Ovidio,

que si al uno en serpiente y otra en fuente
su musa convirtió, no se lo envidio;

pues jamás dos naturas frente á frente
trasmutaron su esencia con su forma,
ni en materia, de modo tan repente.

Hombre y bestia se adhiere y se conforma:
se bifurca en la cola la serpiente
y el cuerpo del herido se deforma.

Ambas piernas se adhieren fuertemente,
y cierran de tal modo la juntura,
que ni señales de la unión presente.

La cola, al bifurcarse, la figura
toma del pie, con su pellejo flaco,
y la una piel se ablanda y la otra es dura.

Ví los brazos hundirse en el sobaco,
y á la vez, de la sierpe ví extenderse
de uno y otro costado el pie retaco.

Los pies traseros como cuerda tuerce,
y dividiendo el miembro que se cela,
en dos patas rampantes lo retuerce.

Mientras el humo á uno y otro vela,
al hombre la serpiente da su escama,
y se cubre del pelo que repela.

El uno sobre el otro se encarama;
el hombre cae, y con mirada impía
cada cual un hocico se amalgama.

El erguido hacia arriba contraía
el hocico, y la carne rebosante
en orejas y cara convertía;

con la materia que quedó sobrante
una nariz sobre la faz se planta,
y sus labios engruesan lo restante.

Su hocico el abatido solevanta,
y las orejas salen de su testa,
como sus cuernos caracol levanta.

La lengua, que antes era unida y presta,
se parte en dos, y la otra dividida
se reune y el humo contrarresta.

El alma, así en culebra convertida,
se escapa por el valle y va silbando;

el de pie le despide su escupida,

le da la espalda, y dice al otro hablando:
—«Quiero que como yo camine Boso,
y vaya por los suelos arrastrando.»

BARTOLOMÉ MITRE.



ROSA Y LAUREL

(IMITACIÓN DEL ITALIANO)

ROSA

Perenne es tu verdura,
¡y un día apenas mi belleza dura!

LAUREL

¿Mas qué pierdo ó qué gano
con la pompa inmortal de árbol lozano?

ROSA

Corona inmortal eres
de poetas y de heroes, ¿qué más quieres?

LAUREL

¡Hallar, como la rosa,
en seno de mujer, tumba amorosa!

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile.



Dr. D. Francisco Moreno

DISTINGUIDO NATURALISTA Y DIRECTOR DEL MUSEO DE LA PLATA

FIFINA

RECUERDOS DE UNA ARGENTINA



IMPOSIBLE es no amar la bella y entusiasta América, cuando se adora el progreso, la santa independencia, las glorias del trabajo y los mágicos dones de la libertad. América es uno de los países que más amo, después de España. Yo adoro sus frondosos bosques, sus imponentes cascadas, su deslumbrante sol, sus poéticas noches, su sorprendente vegetación, sus bulliciosas ciudades, sus indolentes danzas, su melancólica música, sus inspirados poetas y sus hermosísimas mujeres, aunque nunca he visitado aquellos remotos climas, sacados del olvido por Colón, el gran visionario de los mares, y alumbrados por la antorcha de la sublime diosa de la libertad, que constituye el noble ideal de las sociedades modernas, entusiastas y fervientes adoradoras del progreso, de la ilustración y del porvenir.

Yo adoro con delirio aquellos países; porque me enseñó á amarles una hermosísima mujer nacida en aquella ardiente tierra, enamorada del sol, cuando con fe, con amor, con entusiasmo, llamaba á las puertas de la juventud; en la hermosa edad en que adormecen nuestra mente mil dulces sueños de color de rosa, en que el corazón es altamente bueno, porque ama todo; en que uno es creyente, porque es entusiasta; en que uno es poeta, porque acaricia la purísima imagen de un ideal.

Hace ya de ello quince años, que en el modo de ser de las sociedades modernas representan un siglo. Era la época de los baños de mar, y con mi familia nos habíamos trasladado á las deliciosas playas de Vilafortuny, sombreadas por un poético y frondoso bosque, señoreado por un antiguo castillo feudal con sus vetustas torres, artesonados salones, góticas ojivas y devotísima capilla, que abre sus puertas á

los fieles todos los domingos por la mañana, reuniendo bajo sus naves á los payeses de la comarca y á los sencillos pescadores de aquellas risueñas playas del Mediterráneo, de aquel mar siempre azul, siempre bello y transparente, como si fuera el grandioso espejo en que se miran la laboriosa Cataluña, la árabe Valencia y la incomparable Andalucía, tierra predilecta del amor.

¡Ay! ¡en aquel castillejo, convertido en manso, en aquel poético bosque y en aquellas apacibles playas se deslizaron algunos de los días más felices de mi existencia! Una tarde, al declinar el sol, estaba tendido en el bosque leyendo una novela de Alfonso de Lamartine. No recuerdo á punto fijo si era la *Graciella* ó *Rafael*. De pronto oí ruido en la maleza, levanté los ojos y ví ante mí una mujer.

Era una niña, una hermosísima criatura, alta, esbelta y elegante.

Un sombrero de paja de Italia con una guirnalda de flores cubría su cabeza, y un traje blanco alfombrado de diminutas rosas cubría su persona. Cerré el libro, y sin apartar los ojos de aquel pálido y hermosísimo rostro me incorporé.

—Prosiga usted su lectura, articuló la aparición; siento haberle molestado.

Murmuré un cumplido y me levanté precipitadamente.

¿Quién era aquella niña? ¿de dónde había salido? ¿adónde vivía? ¿qué buscaba en aquel sitio?

La señorita añadió:

—Me he enredado en este bosque y no encuentro la salida; ya que somos vecinos, pues desde esta mañana vivo con mi papá en el castillejo que usted habita, le suplico que se sirva acompañarme.

Esas frases fueron dichas de un modo tan dulce, tan bello, tan armonioso, que á pesar del tiempo que ha transcurrido, aún resuenan como una dulce música lejana en mis oídos y en mi corazón.

Con la más amante solicitud, con el libro debajo el brazo y admirándola como una artista á las divinas Madonas de Rafael, la acompañé al castillo, en el cual le aguardaba con impaciencia su cariñoso y respetable padre.

De aquel encuentro nació nuestra amistad. Desde aquella tarde no me separé nunca de su lado; éramos dos amigos, dos hermanos, dos almas extremadamente puras que sonreíamos en presencia de los hombres, de las olas y de Dios.

Aquella divina criatura, pues bien merece este nombre, contaba veinte años, y yo diez y seis. Ella era ya la crisálida convertida en mariposa. Yo aún era un niño. Fifina, que este era su nombre, era blanca y extremadamente pálida, sus ojos negros, lánguidos y soñadores encerraban todo el fuego del sol del mediodía de las Antillas y del trópico; sus cabellos eran negros, finísimos y lustrosos; su cintura se sombreaba como un lirio de Oriente; su conversación era cariñosa, pintoresca y expresiva, y su elegancia, sin afectación, propia y natural, hubiérala envidiado la más aristocrática parisién.

Era una hermosa transición entre la americana y la andaluza; Dios le había concedido la lánguida belleza de la primera y todas las gracias de la segunda. Era el prototipo de la argentina, todo belleza, ternura, elegancia y expresión.

Fifina en medio de esas excursiones, de esos juegos de niño, de esas horas de plácida confianza, con aquel mimo, con aquella gracia, con aquel encanto que le eran proverbiales, me describía su adorada América, bailaba sus danzas, cantaba sus trovas, recitaba las poesías de sor Juana de la Cruz y del malogrado Plácido, me describía las pampas, sus viajes por los caudalosos ríos, el panorama de sus cascadas, los trajes de los indios, las alegres horas pasadas en *jamaicas* y *colederas*, sus siestas en la hamaca, las fiestas de los negros, los bosques de palmeras, de aromáticas guayabas y de pomposas seibas con los cantos de la calandria y del pintado colibrí; cuanto bello, poético y original encerraba su patria, exaltando mi imaginación, hablando á mi fantasía y creyéndome transportado á aquellos apartados climas, que amaba sin conocerles, por la mágica palabra de Fifina, y por ser al mismo tiempo la patria de aquella niña que tan bien hablaba á mi fantasía como á mi corazón.

Mas ¡ay! cuando llegó el equinoccio, cuando las golondrinas regresaron al Africa, la encantadora argentina se trasladó de nuevo con su padre á la corte, para dirigirse desde allí á Cádiz, y de Cádiz á su país, y yo dí la vuelta con mi familia á mi ciudad natal. ¡Oh! ¡qué vacío tan grande, tan inmenso sentí en mi corazón! ¡qué tristes me parecieron aquellos bosques, aquellas playas y aquellas huertas! Todos los sitios me hablaban de ella; pero ella había desaparecido. Entonces hubiera querido tender las alas como las gaviotas

y trasladarme á América; admirar la tierra en donde rodó su cuna, aquellas playas y aquellos montes, y aquellas ciudades que me describió con toda la mágica poesía de su palabra, que no volveré á oír jamás.

¡Ay! han transcurrido quince años, y durante este largo período nada he vuelto á saber de mi encantadora compañera, de aquella juguetona niña que desplegó, con su dulcísimo acento, ante mis ojos un mundo desconocido, un paraíso al otro lado de los mares y que debe ser el nido de sus amores y el altar de sus afectos.

Por eso, hoy que la amistad de un inspirado paisano que pulsa la lira del poeta en la floreciente República Argentina, me depara la alta honra de colaborar en su renombrado ALMANAQUE, consagro ese humilde recuerdo á una bella hija de aquel hermoso país, probándole que ni el tiempo, ni la distancia, ni las luchas, ni los dolores han borrado de mi alma el poético recuerdo de su lánguida y vaporosa imagen, y que al hablar de América, de su cielo, de su sol, de sus flores, de sus pájaros, y de sus cantos, lo hago con el más ferviente entusiasmo, pues ellos traen á mi memoria la luz, la hermosura, el perfume, las galas y el amante acento de una apartada mujer.

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

LA MÚSICA ESPAÑOLA

A D. MANUEL REINA

Es el rumor que de canciones moras
 el aire en ondas perfumadas lleva,
 el triste suspirar de las guitarras,
 los cantares que animan las verbenas,
 las amorosas frases que se cruzan
 á través de los hierros de las rejas,
 el himno nacional de la victoria,
 el brillante esplendor de las banderas,
 el chasquido de cañas y de vasos,
 el aroma de nardos y de fresas,
 el eco de andaluza serenata,
 el altar con claveles y azucenas,
 los versos de Zorrilla, y el crujido
 de gasas, blondas, céfiros y sedas
 que la gracia española luce ufana
 al marchar á los toros en calesa.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

UN CONSEJO SALUDABLE



— ¡Se va á caer el señor!
 — ¡Mi marido!... ¡por Dios, Bruno!
 — Cuando sólo se tiene uno
 hay que cuidarle mejor.

CANTARES

Mi nombre escribí en la arena
 y luego en tu corazon;
 en la arena aún está escrito;
 en tu pecho, se borró.

Tus ojos, traidores, brillan
 entre bosque de pestañas...
 ¡qué mucho que un día, incauto,
 cayese en tal emboscada!

En el campo, hermosa niña,
 ¿qué pasó aquella mañana,
 que al verte las amapolas
 se ponen tan coloradas?

CASIMIRO PRIETO.



ELEGÍA

ANTE LA TUMBA DE UN AMIGO

Le conocí ya tarde
 cuando la muerte, fúnebre viajera
 que acecha en el camino de la vida,
 le esperaba cobarde
 para herirle á traición en su carrera!
 Fué triste para todos su partida,
 triste como un dolor sin lenitivo,
 y su recuerdo, espiritual fragancia
 de flor abierta allá, en la azul distancia.
 hoy como ayer, eternamente vivo,
 llega á mí, gemebundo,
 y me habla del ser bueno
 caído en el combate de este mundo
 sin que su frente salpicara el cieno!

Apóstol generoso de una idea
 murió en la santa lid, como el soldado
 que sucumbe abnegado
 al pie de su bandera en la pelea.
 Y no bajó á la tumba

envuelto en la mortaja del olvido...
 ¡Dejó un nombre de todos bendecido
 y afecciones que el tiempo no derrumba!...

—
 Mirad y sed testigos...

Hoy sus buenos amigos
 llevando todos en el alma luto,
 llegan hasta el paraje hospitalario
 donde vela, hace mucho, sus despojos
 el árbol de las tumbas solitario,
 y allí deponen póstumo tributo
 con el llanto en los ojos!...

—
 ¡Flores sobre un sepulcro!... Primavera
 emblema de lo joven y lo tierno,
 adornando solícita, sincera,
 con sus mejores galas al invierno!

¡Ah!... Muy pronto esas flores
 abiertas al bautismo del rocío,
 barridas por el viento del estío
 contando irán su historia de dolores.
 ¡Remedo triste de la vida humana
 que el astro azul de la ilusión colora,
 dándole maravillas en su aurora,
 y muerte al fin de su primer mañana!...
 Pero no todo, en la existencia muere.
 Hasta el jardín inmaterial del alma
 no llegarán, para turbar su calma
 el viento que derrumba, el sol que hiere!...
 Al rocío de lágrimas amantes
 nace en ella una flor bien primorosa,
 fragante entre las flores más fragantes,
 la siempreviva del recuerdo hermosa.
 ¡Reliquia fiel, depósito querido
 en célico santuario,
 que impide el que fallezca solitario
 un nombre en el sepulcro del olvido!...

RICARDO SÁNCHEZ.

—
 EPIGRAMA

—
 Al hablar de las maldades
 de Andrés, bígamo villano,
 hubo quien le llamó *Jano*,
 por sus *dos caras... mitades*.

CONSEJA

POR APELES MESTRES



Cargado de laureles, pero sin un maravedí en la bolsa, regresaba á su hogar un soldado.



Al pasar junto á una charca encontró una rana presa en unas redes, la cual le suplicó con tan persuasivas palabras que la devolviera la libertad, que el pobre muchacho no supo negarse á ello.



Agradecida la rana quiso recompensar tan noble acción cual se merecía.



—Toma esta enea, le dijo al soldado, monta en ella y fiel á tus mandatos te conducirá adonde mejor te plazca.



Y ofreciéndosele su más atenta y segura servidora zambullóse en la charca.



—¡ Al palacio del rey! dijo el soldado.
Y sentóse sobre la obediente enea que lo llevó por los aires con la velocidad del rayo...



hasta introducirle en la mismísima sala del tesoro, en la que se hallaba á la sazón el avariento rey pasando revista á sus talegas salpicadas de sangre y empapadas de lágrimas.



Y diciendo:— Con permiso de Vuestra Alteza—y asiendo del montón un par de talegas muy repletas...



volvió á montar el viajero en su infatigable cabalgadura.



Pero habiéndose agarrado á él el soberano y pudiendo apreciar todo el valor de tan singular corcel...



dijo para sus adentros:—No me corresponde menor parte á mí que a un miserable vasallo.—Y partió con su puñal la enea.



Pero ó fuera que el talismán dejara de ser tal en sus manos, ó fuera que la mitad que le tocó al rey no poseyera virtud alguna, es lo cierto que el codicioso monarca fué á dar en un profundo abismo.

MADRE É HIJA

Á MARIANO MAYO

—¿Te llamas la Argentina?—La Argentina.
 —¿Cuál es el nombre de tu madre?—¡Gloria!...
 —¿Tu raza fué?... —Mi raza fué divina.
 —¿Quién te lo reveló?—La Musa Historia.

—¿Fué tu raza muy noble?—Usa corona
 de reyes: un castillo con almenas.

—¿Y era buena tu madre?—Sí: lo abona
 el que todas las madres son muy buenas...

—¿De mí qué piensas?—Que esa faz altiva,
 ese noble ademán, esa apostura
 no admiten del amor la negativa.

—¿Me quieres, pues?—Te quiero con locura.

Mas ¿quién eres, Señora, que en mi pecho
 formas para el amor caliente nido?

¿Quién eres, oh Señora, tú que has hecho
 que se despierte el corazón dormido?...

—Yo... yo fuí Reina del inmenso mundo,
 potente soberana por doquiera,
 y el fulgurante sol, siempre errabundo
 ha alumbrado perenne mi bandera.

Yo soy aquella que á la Europa toda
 dictó su voluntad, marcó su sino.

Yo soy... la madre de la raza goda
 que sujetó la rueda del destino.

Yo soy aquella que ensanchó del mundo
 el límite rüin, con noble alarde.

¡Yo soy la madre que en mi amor confundo
 á Cervantes, á Lope y á Velarde!

Yo soy aquella que venció del hado
 con firmeza y valor la ruda saña.
 Soy la mujer sublime, que ha marcado
 derroteros al mundo. ¡Soy España!

—Mil y mil veces escuché tu nombre;
 también brilla en mi frente tu aureola;
 y aunque soy la Argentina, no te asombre:
 tú eres España, y yo... soy española.

¡Española! En mis venas, como fuego,
 corre esa sangre del valor emblema.

¡Española! Cual tú no me doblego,
 ¿quién, teniendo tu sangre, habrá que tema?

—Una hija tuve yo, que de mi lado
quiso apartarse. Ya tu edad tendría.
¡Hoy estará tan bella! La he soñado
soberana del orbe... ¡Es hija mía!

—Se separó ¿por qué?—Ya lo he sabido.
—Por Dios, sólo, á una madre se abandona.
—Lo hizo así.—¿Fué por Dios?—Siempre lo ha sido
la noble Libertad, y eso la abona!

—A esa historia parécese mi historia.
Amo á mi madre y tuve que dejarla.
Quien á su madre deja por la Gloria
si más la aflige, es para más honrarla!...

—¿Lo hiciste?—El año diez.—¿Cuando afanosa
busqué la libertad, tú la buscabas?
¿Cuando, muriendo, triste y dolorosa,
la hallé, Argentina, tú también la hallabas?...

Mi hija predilecta, en aquel año
logró, también, su libertad querida.
—Si no temiera un nuevo desengaño,
prometiera á tu amor tu hija perdida.

—Reclinada en las márgenes de un río,
sobre el césped menudo de la orilla
la que nació de aqueste seno mío,
como una diosa resplandece y brilla.

—Junto á un río de plata, murmurante,
también habito yo. Mi reino llega
desde la Pampa inmensa hasta el Atlante,
desde el Andes al mar, que ruge ó ruega.

En la espesura de los bosques míos
todo es hermoso, pájaros y flores;
cual bruñido cristal lucen mis ríos;
mi cielo es fuente perennal de amores.

—La hija mía que adoro y es ingrata,
supo vencer á usurpador artero.
—¡Junto á la margen del tranquilo Plata,
vencido mordió el polvo el extranjero!

—¡Oh! ¡Conozco tu orgullo! ¡Estrecho lazo
á las dos unirá desde este día!
¡Tu madre soy! ¡Abraza cual te abrazo,
hija del alma!—¡Amada madre mía!

Y la matrona y la gentil doncella,
en mutuo y dulce amor el alma fija,
santas las dos, las dos á cual más bella,
preséntanse ante el mundo MADRE É HIJA.

ROBERTO J. PAYRÓ.

NUESTROS COLABORADORES



Dr. D. Lucas Tharragaray

DISTINGUIDO MÉDICO Y LITERATO ARGENTINO

¡LOCO!...

AL POETA LEOPOLDO DÍAZ

Vosotros le habéis conocido. Era reconcentrado y huraño, y su rostro pálido y enjuto se había marchitado por el insomnio y el tedio.

Tenía una gran fuerza de pensamiento que inutilizó en sus quimeras y que bien encaminada le habría salvado del olvido.

Era, á no dudarlo, una personalidad incompleta; había en su cerebro grandes vacíos y algunas de sus facultades tan esplendorosas, y con impulsos tan originales y propios que hacían pensar en un ser de estirpe distinta á la nuestra.

No era posible estar á su lado sin sentirse enfermo del mismo mal, porque la melancolía se irradiaba de todo él.

Semejantes temperamentos intelectuales dan una mano al genio y la otra á la locura; se destacan en un fondo lleno de penumbras que dificultan el diseño. La ciencia actual ha creado un término acomodaticio para incluirlos en su nomenclatura, y á toda vida que se sale de la esfera común, y se emancipa de la vulgaridad la rotula con el mote de *neurosis*.

Jamás nos atrevimos á descender al fondo de su carácter para conocer su textura íntima, pero tenemos la convicción de que en otra edad y en otro medio hubiera acometido la realización de una gran obra.

Su existencia fué ignorada, y hoy, que corren tantos comentarios malévolos para explicar la causa de su suicidio, reproducimos algunos párrafos de la última carta que de él recibimos, pocos días antes de su muerte.

Dicen así:

«Querido amigo:

.

»A no dudar, la vida es una pesada carga. Los espíritus más ricamente dotados han sentido su peso abrumador y

han desfallecido. El descontento es la enfermedad de las grandes almas. La satisfacción y la alegría son el patrimonio de la canalla y de la pobreza de pensamiento.

»Aquellos que han nacido con alas comprenderán con facilidad este lenguaje, indescifrable para esos entes tan soberbios como dignos de desprecio, que no tienen ni los arranques instintivos que nos hacen rebelar intelectualmente contra la fatal monotonía de las leyes físicas. Naturalezas displicentes que no han acariciado siquiera el placer íntimo de la protesta secreta y de la resistencia, y que en pos de sus impulsos comen, duermen, ven día á día salir y ponerse el sol; los mismos efectos ante un número inalterable de causas, sin imaginar algo más allá para sus deseos.

»De ellos es el mundo, porque carecen de ese sexto sentido que espolea la imaginación hasta los horizontes invisibles del ideal.

»La ingente altura intelectual mata la tranquilidad; ella abandona al hombre de genio para acompañar al patán. El que asciende á las cumbres de las montañas observa sus cimas pedregosas y estériles. Cuando el espíritu se eleva como ellas, pierde también los tintes risueños.

»Lo confieso en alta voz: esa es la causa del desasosiego que aqueja mi ánimo y el resorte que me mueve á la desesperación.

»La pereza somnolienta que embota mis facultades y mis fuerzas es de tiempo en tiempo interrumpida por estallidos extraños de actividades sin objeto, de instintos sin órganos sobre que ejercitarse, de ideas fuera de lógica y de esperanzas á las cuales apenas llega la concepción por lo irrealizables.

»Con esos impulsos de una inteligencia sin disciplina, me lanzo furioso entre mis afanes para buscar una solución á los tormentos y un equilibrio á la vida. Los sentimientos, fuera de quicio, me agitan hasta lanzarme en la exaltación del delirio.

»Todos mis actos se resienten de la falta de límites; jamás he podido trazarme una regla de conducta, ni abrir un derrotero á mi destino. Llevo delante de mis ojos una verdadera nebulosa moral que no me permite dar cuenta perfecta de lo que percibo. El plan no puede entrar para nada en mis proyectos, porque carezco de memoria y

voluntad para verificar lo que me propongo hacer, y sólo la tengo para lo que debí ejecutar. Por esta extraña perversión intelectual es que prolongo y dilato el pasado sobre el presente y el porvenir.

»Tengo la seguridad de que esa falta absoluta de la noción de tiempo y la confusión lamentable de lo ideal y lo real, de lo que veo dentro y fuera de mí, es la causa de mis desvaríos.

»Por otra parte, exteriorizo y doy forma tangible á los mil sueños y vaguedades que aletean en mi espíritu y que pasan y me llaman.

»Soy un iluso, lo declaro. He construído el molde antes de fundir el metal con que había de ser llenado. Necesito, pues, forzar la realidad para que se adapte al modelo.

»Mal es este que cuenta ya muchas víctimas. El camino de la desesperación y del suicidio está poblado de estos desheredados de sentido, que avanzan con los brazos extendidos en persecución de un fantasma. ¡Miserables que no saben desprenderse de la infancia intelectual, y que, hombres, sobreviven á sus esperanzas, y como los aldeanos de la leyenda bretona, buscan aquí y allá lo que existe sólo en sus imaginaciones enfermas!

»Bien comprenderéis que conozco mis defectos y trato de ponerles una valla, pero estoy tan pobremente dotado de carácter, que soy juguete de mis propias ilusiones.

»¿Qué queréis? Lo peor de todo es que el afán de encontrar lo que ansío me conduce siempre á los extremos en todas las cosas; subo y bajo en esa espiral hasta quedar postrado por la saciedad y el cansancio.

»Apuro de tal manera la copa del placer, que no la arrojo hasta sentir en mis labios el amargor de las heces. No me conducen á estos excesos brutales ni la bajeza ni la crápula, tú bien conoces la elevación de mi alma, sino el deseo de encontrar en ellos las promesas que la imaginación me ha comunicado en sus sueños.

»Busco, pues, y no encuentro. Cuando la fiebre se apodera de mí, vago sin rumbos esperando que el azar me ofrezca un estímulo contra el estupor. Entonces desearía hacerme invisible para escapar á los saludos impertinentes de los amigos, á sus palabras melosas, á sus manifestaciones hipócritas. Los desprecio por su falsedad y cobardía. No poseen esa fortaleza de verdad para desdeñarme y

odiarme, como yo los desdengo y les odio. Pequeños de corazón y de inteligencia, véome precisado á retirarme de su lado para sacudir la enervación de las ideas vulgares. Intelectualmente somos antípodas; estamos colocados en los extremos del diámetro de la tierra. En verdad que debiera conformarme con las apariencias, sin llevar más lejos el análisis para huir de la decepción, y por ejemplo, contemplar y admirar á las mujeres, sin pensar si son falsos sus rubores, recibir sus caricias sin desconfiar del sentimiento que las engendra, y aplaudir las grandes acciones sin tratar de ver el propósito.

»Desengañado por lo que creo entrever de mentira en cada virtud y en cada palabra, caigo á mi vez con las alas rotas para abrir á mi existencia contemplativa, un paréntesis, donde pueda encerrar todos mis vicios y mis vergüenzas. Producido este naufragio, no encuentro nada digno que me ofrezca salvación.

»Rehujo la lucha porque me repugna; carezco de ese encono y de esa ambición que hace á la generalidad arrebatar á otro lo que considera como indispensable para sus necesidades ó sus placeres.

»Por de pronto admitirás conmigo que carece de objeto mi existencia, é ignoro la ocupación que pueda dar á la fuerza que poseo, y que si no encuentra salida, concluirá por estallar.

»Cuando me estudio, me siento una verdadera monstruosidad moral que no puede subsistir por falta de medio y ambiente á propósito. Soy una aberración y debo terminar por otra aberración.

»Y esto es tan cierto, que mi criterio es bien original, y aún no he encontrado un hombre que aprecie las cosas como yo.

»Si hubiese nacido en otros tiempos y otras edades, hubiera encontrado un objetivo al cual encaminarme. Te declaro, amigo mío, que dueño del poder en los imperios antiguos, hubiera sido un tirano inimitable, y quizás legado á la humanidad el recuerdo de orgías fastuosas que sirvieran de clave á nuevos placeres.

»¿Te burlas? Pues, créeme. Los goces actuales tan precarios de emociones violentas los encuentro, se hacen tan ocultos, con tal monotonía y afeminamiento, que no merecen ocupar una existencia viril, y sólo los hallo dignos de

eunucos ó esclavos. La saciedad y el hastío que tengo por ellos, aun antes de haberlos experimentado, me hunden día á día en la desesperación, en donde no encuentro más salida que el suicidio ó la locura. ¡Oh! ¡si fuera loco! ¡Qué suprema, qué inmensa felicidad! ¡Desear y obtener todas las cosas imaginables, no conocer un límite á la extravagancia, al placer, al mando, á la crueldad! ¡Caer en la manía de las grandezas, sentirse Dios, gobernar los mundos, dar dirección á las esferas y apagar y pulverizar soles á voluntad! ¡Ser rey, ser príncipe, sin leyes que lo domeñen, sin opinión que lo critique! Soñar en amores correspondidos y vehementes; evocar las bellezas históricas, hacerlas vivir un día la vida del delirio, seducirlas, poseerlas y olvidarlas!...

»En los manicomios está la verdadera felicidad, porque cuando se apaga la razón sé bien que empieza á fulgurar la dicha.

»Cuando más embrionario es el pensamiento mejor se siente el bienestar; para que resalte el colorido en el cuadro es necesario ponerle un fondo oscuro.

»Como tú comprenderás, no hay ninguna diferencia, subjetivamente considerado, en ser príncipe cuerdo ó en ser príncipe loco, desde el momento que existe la conciencia de tal estado, y el criterio delirante se apoya en todos los puntos de relación para hacer posible el engaño.

»¡Sí! deseo ser loco y lo conseguiré, mal que pese á mi razón.

»Tengo para ello también otro motivo. En el desequilibrio completo de facultades puede también alborear el genio. Los espíritus uniformes y perfectamente nivelados nada grande han producido. Quizás entre los escombros de la inteligencia encuentre alguna idea que me lleve á la inmortalidad.

»Es imprescindible que la montaña se desmorone para que enseñe las vetas de oro que guarda en su seno...—
Eduardo.»

LUCAS AYARRAGARAY.



..

Para su amor alcanzar
cuanto soy yo dado hubiera...
Hoy, Dios mío, ¡qué no hiciera
para poderla olvidar!

J. V. A.

LA SEÑORA Y LA DONCELLA



—La dicha, Inés, de que hoy gozo
no hay mujer que, sin rebozo,
no me envidie...

— ¡Bueno fuera!
el señor es tan buen mozo...
¡y abraza de una manera!

 LECCIÓN EJEMPLAR

La Francia enseña al mundo, con página que aterra,
lo que le cuesta á un pueblo de un hombre la ambición:
anárquicas violencias, abominable guerra,
la patria mutilada, triunfante la invasión!
En Chislehurt en tanto, el déspota cobarde
conspira con el crimen y empuja á la traición;
y mientras París lucha y mientras París arde,
hórrido espectro surge, y pasa Napoleón!



AMOROSA

Si de tu alma voluble á los bordes
temblando me asomo,
un abismo mis ojos contemplan
muy hondo, muy hondo,
abismo en que duermen,
bajo un musgo de pálidas rosas,
fatídicas sierpes.

Si me miran sin ver tus pupilas
tan negras, tan negras
como el ala del ángel que guarda
de Niobe la tienda,
me dice su ceño
que es el ángel que reina en tu alma
más negro, más negro.

Mas si amantes me besan tus labios
tan rojos, tan rojos
como flor de granado entreabierta
del céfiro al soplo,
olvido, mi vida,
suspirante y esclavo y rendido
tus viles perfidias.

Y no bajes airada la frente
tan blancas, tan blancas
como lirio de venas azules
cubierto de escarcha,
que yo, dulce dueño,
á pesar de mis dudas, aspiro
la vida en tus besos!...

CARLOS ROXLO.

Montevideo.

LA MAÑANA

Disípanse las sombras lentamente,
que arroja de su cima el alto monte,
y á los fulgores pálidos de oriente
se ensancha, luminoso, el horizonte.

Allá en el fondo de la selva umbría
el astro rey asoma majestuoso,
coronando de luz y de alegría
la fuente clara, el nido bullicioso.

En el monte, en el bosque, en la pradera,
todo adquiere color, todo fulgura;

el labriego, cantando, se va á la era,
feliz y alegre en su existencia oscura.

La brisa matinal columpia apenas
ramas y nidos, y á la luz del día
brilla fugaz, en rosas y azucenas,
del rocío la hermosa pedrería.

La tierra ostenta su verdor y encanto,
de la noche rasgado el negro velo,
y del ave canora el dulce canto
como un himno de amor se eleva al cielo.

Rumorosas, entre una y otra orilla,
ruedan del río las serenas ondas,
en tanto que el insecto alado brilla
cual chispa de oro entre las verdes frondas.

La mañana es de Dios la grata fiesta;
de Dios, á quien no adora el hombre impío,
mientras alzan al cielo su protesta
la flor, la selva, el pájaro y el río.

MANUEL D. NOYA.

Buenos Aires, Julio de 1889.



CREPÚSCULOS

A J. J. GARCÍA VELLOSO

Como la onda en el lóbrego océano,
me agito sin cesar en mi impotencia,
pues quiero conocer de la existencia
las fijas leyes y el profundo arcano.

A mi fe moribunda acudo en vano,
en vano apelo al libro de la ciencia:
mudos se hallan los dos, y mi conciencia
se pierde en medio del problema humano.

La fe es un sol que se hunde en occidente,
la ciencia, un rayo pálido que envía
vacilante alborada desde oriente.

Ninguna satisface al alma mía,
y espero en el crepúsculo, impaciente,
la eterna noche ó el eterno día.

DOMINGO D. MARTINTO.

ENTRE MARIDO Y MUJER



—Sin ver que es ya monumental tu aspecto,
¿retratarte pretendes?

—En efecto;
¿sabes de algún pintor de nombradía?
—¡Lo que debes buscar, por vida mía,
no es, Matilde, *pintor*, sino *arquitecto*!

EL LICENCIADO

(TRADUCCIÓN LIBRE)

Sin que le dé ni le quite,
la traducción van á ver:
Licenciado, viene á ser
un hombre á quien se permite
que se quede sin comer.

Lima,

ACISCLO VILLARÁN.

NUESTROS COLABORADORES

**Dr. D. Miguel Cané**

REPUTADO LITERATO ARGENTINO Y DISTINGUIDO DIPLOMÁTICO

(Copia de un retrato hecho al lápiz por el señor Eduardo J. Schiaffino)

JORGE TRAVEL

I

Los que sabéis inglés ¿queréis curiosear un poco?

Tomad el *Times* y fijaos al principio de la segunda columna de la primera página.

Allí encontraréis los avisos más extravagantes y las más fecundas inspiraciones para dar alas á la imaginación.

Leed éste: «A. M. Vén: todo se olvida y el perdón es más grande que el rencor. En donde estés, acuérdate de los tiempos en que eras querido y sabías amar; si eres desgraciado, vén, todo se olvida—L. H. Casita blanca.»

Aquí hay otro: «La nieve cae, y desciendo aislado la pendiente de la vida; entreveo el sueño eterno. Hijo, hijo, ¿dónde estás? Bajo solo á la tumba. Richard, Richard, no dejes al pobre viejo morir solo y miserable. J. B. 15 de Julio, 43.»

Asistís de lejos al desarrollo de tremendos dramas del corazón, veis vacíos inmensos en almas condenadas al martirio de la vida y empapándose el pensamiento en las propias desventuras, el cuadro toma en la imaginación las proporciones de un dolor titánico.

Siempre en Inglaterra había leído con cierta curiosidad los avisos á que me refiero, sobre todo en mis días de melancolía. Entonces hubiera querido unir mi alma al alma de los que sufrían, unir mi dolor al dolor ajeno y aspirar con ellos á la esperanza.

II

Haría unos seis meses que había abandonado Inglaterra y me encontraba en Edimburgo, la poética capital de Escocia y una de las más bellas ciudades del mundo, por su situación.

No iba á Escocia á buscar las maravillas de la industria moderna; Londres, Liverpool y Manchester me habían cansado, con sus máquinas, sus algodones, sus fábricas y sus mil géneros de manufacturas. No; lo que buscaba era

el complemento de mi viaje á Italia; quería conocer el poético pasado de las razas del Norte, como me había empapado en las gloriosas tradiciones de las razas meridionales.

Werther, en uno de sus momentos más escépticos, decía que Ossian había reemplazado á Homero en su alma.

Yo buscaba á Ossian en las cumbres de los Highlands en reemplazo de Virgilio, cuya poesía aún vive y palpita en las encantadas grutas de Nápoles y en los maravillosos paisajes de Sorrento y la Merghellina.

A Virgilio le falta algo de la virilidad antigua; sus héroes son sabios, sus sabios son héroes.

Ossian es el hijo del trueno y sus héroes alimentan nobles pasiones, magníficas en su prodigiosa intensidad.

El poeta de Augusto canta en arpa de oro á la sombra de laureles y acompañado por las suaves brisas que vienen impregnándose de perfumes en los naranjos y jazmines de las villas romanas.

Ossian pulsa su lira de bronce entre los combates y el rugido del viento, azotando los seculares pinos enclavados en la montaña.

Eneas divide su vida en engañar á una mujer y oprimir un escapulario contra su corazón, en medio de contritas oraciones.

Fingal vive como un héroe, y cuando cae, blanca ya la noble cabellera por la nieve de los años, cae como un titán, entre el fragor de las armas y de los cantos de victoria, embriagado aún por el inspirado acento de sus bardos que cantan sus hazañas.

Virgilio escribía en dorada alcoba sobre el terso papiro.

Ossian cantaba en medio de las selvas, uniendo su voz al himno de la Naturaleza.

III

Noche á noche iba á visitar en Edimburgo las ruinas del Palacio Real.

¡Oh! no tienen la indescriptible y grandiosa magnificencia del Coliseo, como los pueblos de la vieja Caledonia no tienen la gigantesca historia de los romanos.

Pero hay allí una suave y misteriosa poesía, que viene del pasado, trayendo el nombre de una mujer y el vivo reflejo de su vida, llena de belleza, luz, amores y martirios.

Dos nombres pueblan la Escocia moderna, los dos se ligan en la imaginación por el vínculo divino de la poesía: María Stuard, Walter Scott.

Todo lo demás, héroes, poetas, oradores, políticos y estadistas son raquíuticos satélites que giran alrededor de los luminosos astros en la órbita de la mediocridad.

María llena los corazones y Walter la imaginación.

Cuando los jóvenes escoceses, á la caída de la tarde, se reclinan en la montaña donde han nacido, fijando la mirada en el mar inmenso que se extiende ante sus ojos, ese mar de Irlanda tantas veces surcado por las victoriosas naves de Fingal, una dulce melancolía se apodera de su alma y sueñan con la gloria del pasado. Esa dulce criatura, esa María Stuard, tan amada, es el ídolo de sus sueños y en el movimiento febril de su mano, que se estremece sobre la *claymore*, se adivina cierta envidia secreta por la muerte del noble Mortimer.

Walter Scott habla al espíritu; Ivanhoe, Robin Hood, Quentin, Amy Robsart, Rebecca y las mil figuras de su inmenso cuadro, aún viven en Escocia y aún agitan las imaginaciones sobrecitadas, en medio de las noches tempestuosas.

Yo también me dejaba llevar por el vago fantaseo, y durante las noches de luna entreveía en el confuso torbellino que cruzaba mi imaginación, figuras llenas de luz, que me recordaban los seres queridos, tan lejos entonces de mí.

No hay nada como la soledad y el silencio en medio de las ruinas, para dar la calma á los espíritus conturbados. El que viaja, como todo el que busca los placeres de la vida, encuentra dolores infinitos en cambio de efímeros goces. Las horas de tristeza, lejos de la patria y del hogar, son un preludio de las penas eternas. Sin un amigo, sin un corazón que os ame, os veis solos ante la Naturaleza, eternamente silenciosa, y ante Dios, eternamente oculto é impasible, reinando en las regiones desiertas, más allá de los límites de la creación.

Es triste el placer de la melancolía; jamás en ese estado del espíritu se presentan risueñas imágenes que alegren el alma; vienen siempre los recuerdos dolorosos, las amarguras pasadas á confundirse con los tristes presentimientos.

¡Y hay cierta delicia en ese sufrimiento delicado!

Musset cuenta que ese desventurado á quien ha llamado

el *Hijo del Siglo*, llevaba el retrato de la mujer querida sobre su pecho, en un marco rodeado de aceradas puntas y en el dolor físico de la herida encontraba infinito placer.

Es que en ese momento íntimo, el alma reconcentra en sí misma sus fuerzas, como el mártir que llama á sí toda la energía del espíritu para ir á morir tranquilo y sereno.

IV

Una noche tuve un encuentro curioso al entrar en las ruinas de la capilla.

Un hombre estaba sentado, de espaldas á la luna y mirando de frente las rotas columnas y los chapiteles destruidos del antiguo templo.

Era la primera vez que encontraba un compañero en mis largas noches de velada, y esta circunstancia ejerció cierta influencia rara en mi espíritu; presentía que aquel hombre lo ligaba conmigo algún vínculo en la vida; que nuestra reunión allí era providencial; esas mil ideas extravagantes, en fin, que nacen de un espíritu agitado.

Al acercarme, noté que el individuo tenía una cartera de dibujo en sus rodillas y se ocupaba en trazar la vista de la capilla, sirviéndose de la blanca luz de la luna, que iluminaba la escena *á giorno*.

Su fisonomía era atrayente y hermosa; grandes ojos, rostro ovalado, boca gruesa y graciosa y cierto tinte de indescriptible mansedumbre esparcido en toda su cara.

No había notado mi llegada; hacía cinco minutos que lo contemplaba silencioso, sin que hubiera cambiado de posición.

Le veía trazar un golpe de lápiz, levantar la cabeza, inclinarla con el gracioso ademán del artista que quiere contemplar un detalle, hacer un gesto de aprobación y luego volver á su trabajo, que parecía absorberlo en un éxtasis de placer.

Sentía vehementes deseos de hablar á aquel hombre; pero me parecía un crimen interrumpir su dulce tarea.

Por fin me decidí, y con la estúpida banalidad común á la gran parte de los hombres que quieren emprender una conversación difícil, le pregunté:

—Si no interrumpo á usted, ¿podré saber qué es lo que está dibujando?

El hombre dejó caer el lápiz que empleara en ese momento en sombrear un zócalo, levantó la cabeza con una expresión de profundo disgusto, fijó en mí sus grandes y mansos ojos y dijo con dulce voz y templado acento:

—Bueno: me iré.

Y lanzó un suspiro, empezando á recoger sus útiles con admirable sangre fría.

—¡No, caballero, no, por Dios! Nunca me perdonaría mi imprudencia. Si ama usted la soledad, estoy pronto á retirarme, y puedo garantir á usted no haber tenido la más leve intención de molestarle.

—No se agite usted, señor; esto es muy sencillo. Desde que yo dibujo de noche, debe ser prohibido en Edimburgo dibujar á esta hora, luego tengo que irme: es natural.

—Primeramente, señor, siendo extranjero como soy, ignoro si hay alguna disposición prohibitiva respecto á dibujar ó trabajar de noche, y en segundo lugar, yo no encuentro ningún género de naturalidad en que usted se vaya ahora mismo.

El nocturno dibujante me miró con cierta expresión original; había en ella algo de la compasión que experimenta el hombre que habla á otro de cosas que no comprende.

Luego sonrió dulcemente, y dijo:

—¿Conoce usted la leyenda del Judío Errante?

—Sí, señor.

—¿Cree usted en ella?

—No.

—Pues... míreme usted y crea.

En efecto, creí; pero lo que creí fué que me las había con un loco ó por lo menos con un monomaniaco.

Empecé á arrepentirme de haber hablado á aquel hombre; siempre la locura es un espectáculo triste y sombrío; la criatura que ha perdido la razón es como el astro cuya luz se ha extinguido; gira en el espacio envuelto en las tinieblas.

El hombre me miraba; prosiguió:

—Loco, ¿no es verdad? no, señor. ¿Usted es extranjero?

—Americano... del Sud.

—Perdón si pregunto: ¿ha estado usted en Londres?

—Quince días.

El hombre respiró libremente; se levantó; vino á mí, y tendiéndome la mano, me dijo:

—Soy un hombre honrado; me llamo Jorge Travel¹ y mi nombre es una predestinación. Estoy solo en Edimburgo, donde me llamo Maximiliano Price. Contaré á usted mi vida, sencilla, pero curiosa, si quiere usted ser mi amigo.

Una mala idea cruzó por mi espíritu: ¿tendría delante de mí un aventurero vulgar, de esos que tantas veces había encontrado en Viena, París, Roma ó Nápoles?

Talleyrand decía que era necesario desconfiar de las primeras impresiones, porque eran las mejores; yo desconfié de la mía porque era baja y mala.

Miré aquella frente ancha y abierta, aquella franca mirada, y siguiendo un impulso irresistible de mi alma, tendí á mi vez la mano.

Éramos amigos.

V

Fácil me fué al día siguiente cambiar de hotel, yendo á vivir en el que se había alojado Jorge, algo más modesto que el mío.

Por espacio de cinco días recorrimos juntos la ciudad y sus alrededores, estudiando las ruinas, buscando el pensamiento del pasado al través de los monumentos históricos y haciendo vida de artistas y poetas.

Jorge era un carácter angelical y una inteligencia clara y serena. A mis arranques, oponía sus reflexiones; á mis reflexiones, oponía su fe.

Habíamos ido á comer una tarde á una pequeña aldea, que da sobre el mar, que si mal no recuerdo se llama White Cottage, célebre por las encantadoras perspectivas que ofrece á la vista.

Comimos alegremente hablando de viajes y artes y discutiendo sobre dos escuelas de pintura: la Flamenca y la Italiana. Naturalmente, yo sostenía la última y hacía lo posible por desacreditar la inspiración de esos honrados holandeses, buenos bebedores de cerveza, excelentes padres de familia, sabios ciudadanos, pero poco iluminados por el fuego divino, á pesar de Rubens, Teniers, Van-Dick, Quentin Massys y muchos otros que Jorge exaltaba al rango de dioses, en su tranquilo entusiasmo.

¹ *Travel*, viaje.

Cuando discuto, me acaloro. Recuerdo que en el colegio, donde formé constantemente en las filas de Cartago, tuve una lucha á puñetazos á consecuencia de haber insultado á un romano en mi tesón de defender á Aníbal contra Scipión.

Jorge calmaba mis arrebatos con su plácida fisonomía y su palabra suave.

Natural era, pues, que gustase más de las sencillas escenas religiosas de Quentin Massys ó de Huber-Van-Dyck, que de las batallas de Salvator Rosa ó los martirios del Spagnoletto.

Las cándidas diabluras del pincel jugueteón de Gerôme Basch hacían su delicia y no comprendía que pudiera llegar más allá la malicia humana.

A Miguel Angel lo consideraba como el cobarde considera al valiente ó el valiente al cobarde: sin comprenderlo.

La ley eterna del contraste nos unía: dos espíritus semejantes se rechazan: dos opuestos se atraen; es el principio eléctrico.

Habíamos concluído de comer y ya estábamos concluyendo de discutir, á consecuencia de un arrebato mío, cuando trajeron el *Times* que acababa de llegar.

Lo recorrí, leí las noticias y telegramas, uno de las cuales se refería á mi tierra, aunque bajo el título de *Brazils*, y, según mi costumbre, busqué los anuncios caprichosos.

Estuve feliz, porque topé con uno original que luego de recorrer con la vista, leí en voz alta á Jorge.

VI

Decía así:

«J. T. en el mundo.—Pobre hijo mío, el cielo ha sonreído, vuelve ya. M. ha partido hace un mes para las Indias con H. que la ama. La infinita bondad de tu alma ha encontrado recompensa. Desde hoy la vida te sonríe. Vuelve, vuelve á abrazar á tu anciana madre. M. 3 de Mayo de 1846.»

Cuando concluí de leer, miré á Jorge; su fisonomía estaba agitada y dos gruesas lágrimas caían de sus ojos elevados al cielo, como si levantara una ardiente plegaria.

—Jorge, Jorge, ¿qué tiene usted?

—Tengo, amigo mío, que la hora de la tranquilidad ha llegado: es á mí quien llama mi santa madre.

—¿Luego este anuncio?...

—Sí, á mí se refiere. Esa fecha es la del día en que nací.

Quedé profundamente impresionado mirando á Jorge; una expresión de íntima alegría se pintaba en su rostro; era feliz.

Como yo lo mirase tenazmente, pareció comprender mi pensamiento, y me dijo:

—Esto necesita una explicación, ¿no es verdad? Creo que ha llegado el momento de narrar á usted los pocos episodios de mi vida sencilla, pero agitada. Óigame usted.

Como usted sabe, he nacido en Londres. Mi padre era un honrado y pobre comerciante, que murió dejándonos una pequeña fortuna á mi madre, mi hermano Harry y á mí. Tenía yo veinticinco años cuando murió, siendo Harry dos años menor que yo. Vivíamos felices y tranquilos, cuando un día Harry nos comunicó que se casaba. Fué un golpe para todos, que no esperábamos semejante cosa.

Yo amaba á Harry como á un hijo: mi naturaleza es esencialmente cariñosa y expansiva y uno de los más grandes placeres de mi vida es encontrar una persona más en el mundo á quien amar.

Harry era digno de ser querido: cariñoso, franco, con cierto tinte caballeresco y de una dulzura de carácter admirable. Me interesé, como era natural, en que me contara cómo se había enamorado y con quién pensaba casarse. Entonces, con ese placer con que los amantes cuentan la dulce historia de sus amores á las personas que saben las oyen con placer, me narró que en una de las más bonitas villas que rodean el Palacio de Cristal, había conocido á una bellísima criatura, á quien había tratado, visitado y pedido, sin comunicarnos nada por el placer de la sorpresa.

Para abreviar, diré á usted que Harry se casó y vino á vivir á casa con su bella esposa. Margarita era buena indudablemente; pero tenía un defecto, que en las mujeres de la época, y sobre todo en las niñas inglesas, es capital: era romántica. Habían llenado su cabeza de fantasmas é ilusiones los libros que había leído, y no podía conformarse con ser una buena esposa y mejor madre, sin que un solo sacudimiento agitase su vida celestialmente tranquila.

A los seis meses de casado, Harry tuvo un pequeño disgusto con Margaret: ésta se empeñó en que Harry la

llevara, disfrazada de hombre, á una lucha de *box* que se anunciaba en el condado de Lancáster, aunque el sitio era oculto. Harry primero la quiso disuadir suavemente, luego se burló de ella, y por último, ante su insistencia, se negó categóricamente.

Margaret cambió para él desde ese día, y no sin cierto desagrado, noté que buscaba mi compañía más á menudo que antes. Mi madre observaba y sufría en silencio.

Yo hacía todos los esfuerzos imaginables por venir á casa lo menos posible; creía comprender la venganza de Margaret, y á la vez que me indignaba, sentía un agudo dolor. Margaret era una mujer soberbia y su viciada educación intelectual le allanaba el camino de todos los caprichos y extravagancias.

Una tarde dibujaba en el jardín. Harry había ido á Richmond y mi madre estaba en su cuarto algo enferma. De pronto sentí pasos tras de mí y ví á Margaret que se adelantaba algo agitada. La saludé con una sonrisa y seguí mi trabajo.

Margaret llegó hasta mí: se apoyó con ambos brazos en el respaldo de mi silla, y abrasando mi frente con su aliento, mientras sentía su seno palpar sobre mi hombro, me dijo con dulce voz:

—¿Qué pintas, Jorge?

—Una escena pastoril.

—Sí... prosiguió con voz entrecortada, ahí hay vida, hay alma, se siente, se sufre, se ama... Jorge...

Yo me levanté haciendo un esfuerzo; los oídos me zumbaban; tenía la vista nublada y la miserable condición de nuestra raquítica envoltura luchaba con la voz soberana del espíritu.

Cuando levanté los ojos, ví á mi madre que me llamaba de una ventana. Corrí á ella y la encontré sollozando en un sofá.

—Jorge, eres bueno y me amas. Tú no quieres que yo muera desesperada, que este hogar, tan sereno antes, se convierta hoy en un infierno. Hoy mismo vas á partir, hijo mío; tu madre, en nombre de la paz de tu vida y la de mi otro hijo, te lo ruega.

No necesitaba tanto: á la mañana siguiente partí para Liverpool, donde me embarqué para Nueva York. Tenía allí un tío comerciante y resolví ir á trabajar con él.

Desde este momento, amigo mío, mi vida ha sido una contrariedad no interrumpida. Figuraos que yo, el más tranquilo de los hombres, he tenido un duelo en los Estados Unidos. Un impertinente tuvo la peregrina idea de suponer que yo pretendía enamorar á su mujer: el hecho era que más de una vez, inocentemente, había acompañado á un compañero de oficina en sus excursiones amorosas. El marido ofendido me dió un bofetón en un hotel, tuve que romperle un brazo de un tiro y salir de Nueva York naturalmente.

Me embarqué para Francia y llegué á Burdeos, sin tener una sola relación y muy escaso de fondos: me empleé en un diario satírico, político, el que fué recogido al mes, deportados sus redactores, escapando yo milagrosamente. Tuve que abandonar Francia y pasar á Venecia, donde, haciendo detestables copias, logré ganar algo para vivir. Los austríacos, que quisieron complicarme en una conspiración patriótica, me quitaron mis pobres medios de subsistencia, lanzándome á recorrer Italia, ya de pintor ambulante, ya de profesor de inglés.

Por fin, en esa necesidad fatal que hay de ver la patria, me embarqué en Génova en un buque con destino á Glasgow. Desde allí he venido á Edimburgo, donde, como usted sabe, hace pocos días me encuentro.

En todo el tiempo de mi peregrinación no he tenido una sola noticia de mi familia. Creí un deber evitar toda comunicación que pudiera hacer fracasar el resultado de mi sacrificio.

Hoy, Dios me ha sonreído y mi buena madre me llama á sí.

¡Bendito sea el nombre del Señor!

VII

Al día siguiente nos embarcamos juntos con Jorge para Londres.

Me ligaba ya con él una verdadera amistad.

Muchos años han pasado; aún hoy recuerdo con placer el plácido carácter del excelente amigo y cada carta suya es un soplo de cariño que liga nuestras almas á través del Océano.

MIGUEL CANÉ.



PINTURA DECORATIVA

CANTARES

He de hacer un campanario
y pues hoy mi amor desprecias,
en su cúspide elevada
te pondré á tí por veleta.

Del cielo, tus claros ojos
han sido la envidia siempre,
pues en él se apaga el día
y en tus ojos no anochece.

CASIMIRO PRIETO.



ESCULTURA DE ADORNO

EPIGRAMA

Encontré ayer con su esposo
 á mi amiga Salomé
 y la dije afectuoso:
 — ¡Qué poco la veo á usted!
 Era su escote atrevido
 por delante y por detrás,
 y repuso su marido:
 — ¡Aún quiere usted verla más!

LUIS LÓPEZ.



LOS GRILLOS DE ORO

Á LA EMINENTE NOVELISTA AMERICANA

SRA. D.^A JUANA MANUELA GORRITI

I

Blas su mano á Psiquis dió
 y hoy con Psiquis tanto brega,
 que el desdichado reniega
 del día que se casó.
 Psiquis peca de celosa,
 y, á su mal no viendo fin,
 pasa Blas las de Caín
 con los celos de su esposa.
 Si al balcón, indiferente,
 se asoma Blas, por azar,
 no es dueño de saludar
 á la vecina de enfrente.
 Mostrando torpe recelo,
 sus pasos Psiquis vigila,
 y en vano, al verla intranquila,
 Blas pone *el grito en el cielo*.
 ¡Claro! ¿qué ha de acontecer?
 á poner *el grito*, Blas,

en el infierno, quizás
le oyera al fin su mujer.

II

Doncella, Psiquis, y rica ;
Blas, ambicioso y soltero ;
el diablo, casamentero...
¿qué sucedió? que la chica,
sin olvidar su decoro
ni faltar á sus deberes,
al decirle Blas:—¿Me quieres?
dijo sonriendo:—¡Te adoro!
Y un martes, que en todas partes
desdichas sin cuento augura,
se casaron ante el cura,
sin pararse en si era martes.
Y cuando, con fe no escasa,
Blas ser rico imaginó,
más misero se encontró,
y vióse en su propia casa,
que en cárcel el interés
trocó, por toda conquista,
con centinelas de vista
y *grillos de oro* en los pies.

III

Blas en pedir no repara,
y en vano á Psiquis acosa,
pues de su amor tan celosa,
como de su hacienda avara,
teme Psiquis que al olvido
la dé, en el juego y la orgía,
y se quede el mejor día
sin dinero y sin marido.
Al ver que llantos y quejas
no vencen rigor tan fuerte,
Blas maldice de su suerte ;
mas continúa entre rejas,
pues si sólo al oír su ruego,
la pérfida el ceño arruga,
como intente, Blas, la fuga
es capaz... ¡de hacerle fuego!
¡Y quién á escaparse acierta,
ansiando más dulce asilo,
si hasta en su sueño intranquilo
escucha voces de *alerta!*
Vertiendo, Blas, triste lloro,
hoy ve, y lamenta su error,
que no hay, si los forja amor,
peores *grillos* que los de oro.

— ¡Por Dios, basta de torpezas!
 le dijo ayer cierto amigo;
 ¿qué eres, en suma? ¡un mendigo
 con mucha hambre de riquezas!
 ¿Quieres la felicidad?
 pues busca, por tu salud,
 más que oro en la esclavitud,
 amor en la libertad.
 — ¡La libertad! ¡ay de mí!
 Blas, gimiendo, contestó:
 ¡Bruto, un día, la salvó!
 ¡yo, por *bruto*, la perdí!

CASIMIRO PRIETO.



PARA EL HOGAR

Mira: el niño es viviente poesía.
 No hay ritmo ni armonía
 que igualen á su risa y á su acento.
 En los labios del niño
 voces de queja ó frases de cariño
 responden á un divino sentimiento.

¡Ah! ¡déjalo que esparza la dulzura
 de su risa! ¡Es tan pura
 de un alma en su principio la alegría!
 Deja á ese íntimo canto
 que suene sin palabras, himno santo
 del niño que es viviente poesía!

IDILIO Y TRAGEDIA

I



MARÍA era una bella joven hija del Cuzco.

Habitaba sola una pobre choza en la vertiente de un cerro, á cuyo pie corren las aguas del Huatanay, antes de arrojarse en el hondo cauce abierto á través de la ciudad.

Huérfana desde la edad de doce años, su infancia fué triste y solitaria, sin más sombra protectora que la de los árboles del huertecito plantado por sus padres en la contigua hondonada, y donde en una misma tumba dormían éstos el eterno sueño.

Mientras ellos vivieron, María jugaba alegre bajo aquellas frondas. Después, no jugaba ya: oraba y lloraba sobre la oculta sepultura.

Los indios, en su poética lengua, cuando veían en las laderas del cerro ó á orillas del río, pasar aquella hermosa joven de ojos y cabellos negros, siempre sola y meditabunda, llamábanla «la hija de la tristeza.»

La solitaria huérfana repartía su vida entre el cuidado del huerto, única herencia de sus padres, y el de un rebaño de corderillos *huachos*¹, á ella confiados por los vecinos ganaderos.

María amaba á estos inocentes seres, y como los pastores de los poéticos idilios, les consagraba, al par que su cariño, cuidados exquisitos.

Uno, sobre todo, era objeto de sus predilecciones.

Habíalo arrebatado recién nacido, á los dientes de la añatuya, y lo amaba con la ternura que inspira aquel á quien se ha preservado de la muerte.

Su blanco vellocino era lavado todos los días; y cuello y orejas adornados con motas de lana roja.

Así pasó María seis años de su vida.

II

Un día que la huérfana, seguida de su favorito, cogía flores en las sinuosidades de las peñas, un soldado desertor

¹ Sin madre.

que por allí pasaba, huyendo, apoderóse del corderillo y se alejó con el andar rápido del ladrón y del fugitivo.

María corrió tras él, demandando auxilio con gritos desesperados.

Mas aquellos parajes estaban desiertos y el raptor le adelantaba gran trecho en la solitaria cañada. Apenas se percibía el balar del corderillo, respondiendo á los lamentos de su dueño.

De pronto un hombre, surgiendo del fondo de un barranco, abalanzóse al fugitivo, asiólo por el cuello, y arrancándole su presa, dejólo huir y desaparecer en las revueltas de los cerros.

María, radiante de gozo, corrió desolada al encuentro de aquel protector inesperado.



Era un joven apuesto, de moreno y varonil semblante.

La huérfana, al verlo de cerca, detúvose con un movimiento de ruborosa confusión, exclamando:

— ¡El hijo del cacique!

— ¡Me conoce! dijo él, con gozosa sorpresa.

— Hace un año, replicó ella, ruborizándose aún más, en la iglesia, la noche de Navidad.

— Donde yo escuchaba, extasiado, á una divina criatura que cantaba alabanzas al Señor, con una voz dulce como el arrullo de las tórtolas que anidan en los peñascos de Urubamba. Desde entonces, la imagen de la una, y el eco de la otra, grabáronse para siempre en mi corazón.

Hablando así, Pablo, el hijo del cacique, contemplaba á la joven con expresión de apasionado amor.

María levantó hacia él su candorosa mirada.

Pablo leyó en ella, y un torrente de gozo inundó su alma.

III

Desde entonces, la vida tornóse para la huérfana un delicioso ensueño.

Sus paseos no eran ya solitarios: aguardábala el hijo del cacique á la vuelta de algún peñasco, para salir á su encuentro; y el uno al lado del otro, *mirando en sus ojos, sus ojos*, vagaban, solos, en la florida pradera, sin más compañía que su amor.

¿Solos?

¡No! porque, arrastrándose bajo los matorrales, como una fiera en acecho, pálido el semblante, airados los ojos, una mujer seguía sus pasos.

Era Fáala, hija de una tribu nómada, que perseguida por sus crímenes entre los hijos de las selvas, había venido á plantar sus toldos en el valle.

Joven y bella, Fáala llevaba en la sangre los feroces instintos de su raza, que dormitaban, latentes aún, en su seno virginal.

Un día vió á Pablo, y lo amó con la avasalladora pasión de una salvaje.

Y Pablo, en la imprevisión y ligereza de la juventud, sonrió á las miradas apasionadas de Fáala.

Pero aquellas sonrisas convirtiéronse en ceño adusto y desdeñoso, cuando el joven comprendió que el amor de Fáala era una pasión inmensa, impetuosa, que venía á interponerse, como un abismo, entre él y su amada.

Fáala no quería aceptar aquella indiferencia. El corazón de ese hombre debía ser suyo. ¿No le había sonreído? Y ¿no era esa sonrisa alentar su amor?

Esa alma ardiente no conocía el dulce lenitivo que tanto alivia las penas de amor: la resignación.

Y cuando descubrió que Pablo amaba á otra, su dolor convirtiése en rabia; y ya sólo pensó en combinaciones siniestras que la vengaran del ingrato y de aquella que le había robado su amor.

Desde entonces fué la sombra de los dos amantes.

Los seguía por todas partes, ora deslizándose entre las altas hierbas, ora oculta entre las grietas de los peñascos; llorando, maldiciendo, mesando sus cabellos, rasgándose con las uñas el pecho, y no obstante, encontrando deleite en aquel martirio.

IV

Pablo y María van á unirse en breve, para siempre.

Entretanto, ella, la que antes se dormía con el último canto de las aves, pasa ahora las noches en vela, escuchando las trovas de amor que su amante le envía en la voz de la quena; trovas cuyos ecos, aunque lejanos, hacían vibrar deliciosamente en su alma el sentimiento que antes le era desconocido.

Pero siempre, tras esos dulcísimos acentos, María oía. lejano también, un rugido de rabia, que, traído por el viento, pasaba sobre ella como una amenaza.

Y los indios de los contornos, escuchando aquel siniestro aullido, cerraban sus chozas, murmurando con espanto:

—El *Yanauturuncu* ¹.

María, como ellos aterrada, escondía bajo la almohada la pálida frente, llamando al sueño, que no llegaba sino acompañado de fatídicas visiones. Entre éstas, una, persistente, aterradora; un rostro, á la vez rabioso y desolado, que la miraba con ojos en que flameaba el odio; y se acercaba, se acercaba... iba á devorarla...

María, exhalando un grito, despertaba trémula y las sienes bañadas en frío sudor...

Pero la dorada luz de la aurora sonreía ya en el cielo; los pajarillos cantaban en la fronda del huerto, donde Pablo la aguardaba, junto al sepulcro de sus padres.

V

Llegó, por fin, el día en que los dos amantes iban á unirse para siempre.

En sus últimas horas, María, henchido el corazón de felicidad, vaga cogiendo flores en las orillas del río. Blancos lirios, rojas anémonas, arirumas color de oro y azules, agrúpanse en su mano, mezclando sus perfumes. Es el ramillete de la desposada.

La joven divisa un heliotropo que inclina sobre el agua sus moradas flores.

¹ El tigre negro.

María corre á cosecharlas, dejando sobre la arena su abultado ramillete.

En ese momento, debajo una coposa mata de salvia, como un fantasma salido del centro de la tierra, alzóse una figura siniestra.

Imposible habría sido reconocér á la bella Fáala en aquel semblante demudado por el dolor y la cólera.

Con un gesto de sangrienta amenaza desapareció, para tornar luego, agazapándose entre los matorrales, en la mano una flor de lívidos matices: la *huañuscca*, de aliento letal.

El ramillete de María estaba á su alcance. Extiende la mano, oculta entre sus balsámicos pétalos la terrible flor, y huye, murmurando con los sonidos guturales de su selvática lengua:

—No quieres ser mío; mas tampoco... ¡oh! ¡tampoco serás de ella!

Cuando María volvió á coger su ramillete, sintió en el aire, algo extraño, así como un hálito enemigo.

—Restos de mis terrores, dijo, sonriendo á las ondas de perfume emanadas de su ramillete.

VI

Dios ha bendecido, en el ara del altar, la unión de los dos amantes.

—Sed el uno del otro para siempre, les ha dicho el sacerdote del Altísimo.

En la puerta del templo hanse despedido de los suyos; y se alejan solos, y entrelazados sus brazos, cual en adelante, á través de la vida.

María ha querido pasar la primera noche de amor en la mansión de sus padres.

Alegres guirnaldas adornan el techo y las paredes de la humilde choza. En medio á la almohada conyugal, osténtase como en un trono el ramillete cogido á las orillas del río, interponiéndose y mezclándose á los besos de los amantes, embriagados con su perfume.

Pero aquella embriaguez ¿no es más bien un desvarío?

—¡Qué profundo silencio en torno nuestro, amado mío! ¡mi esposo! Estamos solos en el Universo.

—¿Solos? ¡No, mi adorada! ¿y nuestro amor?

—¡Ah! ¡sí! ¿No es verdad que es inmenso, cual no ha existido otro en la tierra?

—Amada mía, mis labios están sobre los tuyos; y sin embargo, no siento su contacto... mis brazos ciñen tu cuerpo, y no obstante, pareceme que abrazo el vacío.

—Mi espíritu y el tuyo, desprendidos de la materia, flotan unidos en un océano de doradas nubes, que nos mecen en sus ondas tibias y transparentes...

—Nada que nos recuerde la tierra...

—Nada, sino este delicioso perfume, que nos eleva, como el humo de incienso, á esas que divisamos...

—Regiones de eterna luz...

VII

Estrechado el uno al otro, y elevados al cielo sus ojos, los dos amantes quedaron inmóviles, silenciosos, sus miembros helados por la muerte.

A ese tiempo, detrás el lecho nupcial, alzóse la fatídica figura de Fáala, que sonriendo con cruel sonrisa:

—Ni mío ni tuyo, gritó, acercando los convulsos labios al oído extinto de María. Me arrebataste su amor, y lo paseabas triunfante, mientras yo, sangrado el corazón de dolor y de rabia, arrastrábame en pos de tu dicha para contemplarla y maldecirla. ¡Ah! ¡creíaste unida á él para siempre! ¡Ah! ¡ah!... el tenue viento que la noche levanta á esta hora, me bastará para apartar tus cenizas, de las tuyas, esparciéndolas en los cuatro ángulos del espacio.

Y arrebatando la lámpara, tea nupcial que alumbraba aquella escena de amor y de muerte, incendió, desde los cimientos hasta el pajizo lecho, la pobre choza, convertida luego en un montón de cenizas, que el *tenue viento de la noche* esparció en los cuatro ángulos del espacio.

JUANA MANUELA GORRITI.

Marzo de 1889.





D. Salvador Rueda

DISTINGUIDO LITERATO ESPAÑOL

LO QUE NO MUERE

Cayó en tierra la lira
 y estallaron sus cuerdas armoniosas;
 las que en el arte admira
 de Grecia y Roma nuestra ansiosa mente
 bellezas ideales,
 como granos de efímera simiente
 cayeron en desiertos arenales.
 «¡Profanación, profanación!» resuena
 por donde el alma, ansiosa de armonías,
 tiende la vista de terrores llena.
 Los antiguos altares,
 por angulosas manos sacudidos,
 desgranaron sus muros y sillares;
 y ya en vez de las arpas elocuentes
 llenas de fe de los pasados días,
 dilatando su bárbaro estampido
 en la fragua que informe se levanta,
 golpeando en el hierro enrojecido
 el tremendo martillo es el que canta.

¿Labra engendros ó dioses? ¿Quién lo sabe!
 De las tinieblas de la noche fría
 á veces sale preludiando el ave;
 pero está, ruiseñor la poésía,
 mejor que junto al yunque que ennegrece
 bebiendo luz en la región del día.

Cuando osado á la piedra arrebatada
 el heleno cincel rayos brillantes
 arrancando á lo informe la escultura,
 de sus golpes el coro acompañaba,
 como á tremenda lid himnos guerreros,
 la lira que sublime resonaba
 tocada por los Píndaros y Homeros.
 Hoy que la estatua del moderno culto
 labra el martillo sobre el yunque fuerte
 y los clásicos moldes se quebrantan,
 en el concierto que el horror entona
 ¿quién coloca á la estatua su corona?
 ¿qué Homeros y qué Píndaros la cantan?

La culta estrofa, de lo antiguo pasmo;
 la elaborada con buril de fuego;
 la que provoca el vívido entusiasmo
 y de la patria el sentimiento ciego;
 la que narra las fiestas regaladas

de los dioses helénicos vencidos,
y halaga los oídos
en las noches de Roma bulliciosa,
cuando el festín, sus risas desatadas
cantando libre y delirante coro,
brilla al estruendo de las copas de oro
bajo el techo de bóvedas doradas;
la estrofa añeja como rancio vino
de gotas por la luz hechas colores
en que Horacio divino
como en gallardo búcaro de flores
hace brillar su ingenio peregrino;
la que de Mantua gime en los verjeles
cantada por las fuentes rumorosas
y repite el pastor enamorado
que congrega el ganado
en el idilio con dosel de rosas;
la que espléndida y bella se desliza
como á los hombros túnica sujeta,
es músculo y es nervio en que analiza
el sutil microscopio del poeta.

¿Qué se han hecho los dioses de otros días,
los dioses que las selvas custodiaron
y en las fuentes alzaron
palacios de cristal y melodías?
Ya no mira Narciso su belleza
en los espejos trémulos del lago,
ni atraviesa la gran naturaleza
Diana al recorrer los horizontes
que el mar azul abraza,
despertando los ecos en los montes
con sus trompas magníficas de caza.
Ya la flauta de Pan no se estremece
al dulce soplo de la blanda siesta,
ni la ninfa del bosque se recuesta
en el lecho del agua en que se mece.
En su concha de nácar irisada,
no piensa en el amor, adormecida,
Venus como una estatua cincelada,
ni le sigue la escolta divertida
de tritones cercando á las nereidas
de la playa sin fin entre la bruma,
cuando la ondina aparta los cristales
para sacar el pecho de la espuma.
Todo lo hermoso, lo que el pecho llena
de nobles resplandores,
roto ó volcado lo contempla el alma
por espíritus torpes en su vuelo,
que ambicionan tirar, porque son bellas,
del pabellón espléndido del cielo
para arrojar al suelo las estrellas.

Pero no basta á la razón ignara
 su vil encono y superior destreza
 para los dioses derribar del ara;
 ¡les sostiene la ley de la belleza!
 No importan los discursos esplendentes
 de frase, como el número precisa;
 á compás de sus sonos elocuentes,
 muertas de risa correrán las fuentes
 y los vergeles morirán de risa.
 Escuchando las cláusulas hermosas,
 estará con el vuelo recogido
 parado el aire en las abiertas rosas;
 pero enojado del discurso vano
 reprobará los párrafos ardientes
 y apóstrofes de llamas,
 levantando silbidos estridentes
 en las hojas flotantes de las ramas.

—«¡Muere el ritmo!»—dirá la voz tronante
 del orador, mostrando su entereza;
 y el ritmo palpitante
 seguirá la canción de las canciones;
 ¡la del amor, á coro levantada
 por todos los ardientes corazones!

—«¡Muere el color!»—y desde el rosa leve
 de la flor del almendro, flor primera
 que tímida corona
 la dulce primavera,
 hasta la rosa de matiz brillante
 y oscuro terciopelo,
 la escala de las tintas y colores
 vibrará como canto sin sonidos,
 y formará explosiones ideales
 de tonos verdes, rojos y encendidos.

—«¡Muere la nota!»—en el feraz ramaje
 que rodea las cunas de los nidos
 de verde cortinaje,
 ora sonando el canto que en la siesta
 de los gárrulos pájaros se exhala,
 ora en la tarde al comenzar su fiesta
 formando el ruisenior plácida escala,
 que es dulce voz de la nocturna orquesta,
 ya imitando el canario en los hechizos
 de su reir sonoro
 rumores de granizos
 en cálices de oro;
 cuanto insecto á la luz zumba su nota
 lanzando breve y prolongado grito,
 y cuanto dice el céfiro á las flores,
 llenarán el pentágrama infinito
 de preludios, arpeggios y rumores.

¡No muere, no, la santa poésía!
 Mientras conserven lágrimas los ojos
 y el humano cerebro fantasía;
 mientras la cuna que columpia al niño
 como al nido de pájaros la rama,
 se corone de besos y cariño
 como de chispas la radiante llama;
 mientras haya unos ojos que nos miren
 con promesas de amor puras y hermosas,
 y en los blancos capullos donde giren
 las crisálidas tiemblen y suspiren
 por volverse doradas mariposas;
 mientras forjando nubes de colores
 el crepúsculo triste y angustiado
 haga entreabrir los labios al suspiro,
 y el resplandor que en los espacios arde
 dibuje entre las nieblas de la tarde
 rotondas de oro y templos de zafiro;
 mientras haya una flor que guarde el beso
 de las luces del sol, y un niño cante,
 y un ósculo nos dé madre querida,
 y haga el dolor de la existencia mofa,
 entonará, como al surgir la vida,
 el Universo su inmortal estrofa.

¡Mirad la cuesta del esfuerzo humano!
 Por las agrias veredas que conducen
 á su cima inmortal, del hondo llano,
 sobre cráneos y lúgubres escombros
 de anteriores ejércitos señales,
 buscando ansiosos las triunfantes palmas,
 con su mundo de anhelos en los hombros
 Sísifos del dolor suben las almas.

En la cima elevada, genios, reyes,
 celebrados poetas y pintores,
 sabios artistas y apiñadas greyes,
 la sien ceñida de inmortales flores,
 os guardan la victoria
 y el puesto merecido y señalado
 que alcanza el fatigado
 paso que lleva á la brillante gloria.

¡Sísifos de lo bello! nada arredra
 la fe que al triunfo aspira:
 ¡arriba con la piedra!
 ¡arriba con la lira!

SALVADOR RUEDA.



TUS OJOS

EN EL ABANICO DE LA PRECIOSA SEÑORITA

MARÍA ELISA LAVARELLO

De alguien en acecho, acaso,
 tus ojos, bella María,
 ví con temor, y no escaso.
 tras del varillaje, un día,
 de tu abanico de raso.

Y huí de tí con afán,
 cediendo á justo recelo,
 pues aunque llenos están
 de resplandores de cielo
 y de atracciones de imán;

Sé, y no te causen enfados
 los temores que en mí adviertes,
 que, hechiceros y rasgados
 y de ese modo emboscados,
 han hecho ya varias muertes. CASIMIRO PRIETO.



D. Teodoro Guerrero

DISTINGUIDO NOVELISTA CUBANO

SEMBLANZA HUMORÍSTICA

TEODORO GUERRERO

Para mí no hay escritor más galano, más castizo, más inspirado, más profundo que Teodoro Guerrero; es mi autor favorito; simpatizo tanto con él y con sus obras, que sus ideas son mías, y mía es su inspiración, y hago míos sus errores.

Para conquistar la fama, no necesitó Guerrero alquilar sus cien trompetas, ni dar continuos paseos por el vivac de la prensa que llaman la gacetilla, ni apretar la mano á los críticos, ni adular á los editores y empresarios de teatros, ni llevar sus obras de puerta en puerta para imponerlas al público que paga á dos cuartos el pliego contra la moral: absolutamente nada del sistema conocido.

Guerrero escribe en un libro de memorias que le basta para escalar el templo de la inmortalidad: un librito de papel de Alcoy para hacer cigarros, en cuyas hojas estampa sus pensamientos, que después se fuma. La escena no retumba con el estrépito de los aplausos... de *la claqué*; no compra coronas de laurel para que sus amigos se las arrojen en el teatro; no escribe alabanzas propias; no ensangrienta su pluma, empapándola en veneno para que las heridas de la crítica sean *mortales*; milita en las filas de los poetas *bonachones* que tienen la candidez de acordarse de la familia y de la moral; no se desata en improperios contra las mujeres; no adula á los grandes y detesta la política. ¿Cómo pretende hacerse célebre?...

Y sin embargo, confieso que aunque admiro á los grandes escritores de España, de Francia, de Italia y de Alemania, á todos los dejo por Guerrero: cuando escribe, me encanta; cuando habla, me deleita; cuando se mira al espejo, me miro en sus ojos. No es extraña esta especie de idolatría; conocí un hombre que todos los días, al levantarse, besaba el retrato de Byron por el efecto que le produjo su *Don Juan*.

¿Habéis leído los *Cuentos de salón*?—¡Oh! ¡Los sé de memoria! Aconsejo á todos, grandes y pequeños, que compren la colección; son libros que no deben pedirse pres-

tados, pues para aprovecharse de las buenas doctrinas que encierran, es preciso comprarlos. Para las familias, los *Cuentos de salón* son como las camisas: indispensables. Cada individuo debe tener los suyos.

Es tanta mi simpatía por Teodoro Guerrero, que el día que muera, moriré con él.

TEODORO GUERRERO.

FÉ DE ERRATAS.—Al entrar en prensa el pliego, advierto mi descuido, y me turbo. Buscaba un amigo que firmara mis alabanzas, y por distracción estampé mi nombre al pie de la semblanza. Ya no tiene remedio, porque me han sorprendido. No me queda otro recurso que poner estas líneas:—En la firma, donde dice *Teodoro Guerrero*, léase *Juan Pérez ó Manuel Gómez*.—T. G.



EL POETA Y LOS CERDOS

Á DON JOSÉ ZORRILLA

Subyugando á la musa veleidosa
con una inspiración omnipotente,
robusta, vigorosa,
más brillante que el sol, y más hermosa
que los ensueños del amor naciente,
pulsó el genio viril el arpa de oro
y la arrancó unas frases tan galanas
que forman el tesoro
más rico de las letras castellanas.

Vertió por su camino seda y raso,
montones de esmeraldas y de perlas
y lágrimas y flores... y al verterlas
pensó el poeta acaso:

—Cuando lleguen á ver mis creaciones
otras generaciones,

me darán los honores de la gloria,
y así mi nombre pasará á la historia.—

¡Buen chasco se llevó! ¡Quién sospechara
que fuera tan tremenda la injusticia!

Lo que vino detrás fué una piara
de puercos, deseosos de inmundicia,
á meter las narices asquerosas
en las piedras preciosas.

Y al mirar los brillantes esparcidos,
—Sigamos adelante (dijo un guarro
desahogando la rabia con gruñidos),
esto no vale nada. ¡Aquí no hay barro!

SINESIO DELGADO.



ANGELICA FARFALLA *

Hay un ángel en tí. Tu gentileza
 respira la inocencia virginal.
 Hay algo de divino en tu belleza,
 hay algo de la gracia angelical.

¡Qué suprema dulzura en tu sonrisa,
 y qué adorable luz en tu mirada!
 Un alma blanca y pura se divisa
 en tu casta pupila enamorada.

Tienes el nombre que sirvió de lema
 del candor de la arcilla femenina:
 el nombre augusto, de pureza emblema,
 el de la «Virgen» — la mujer divina.—

La línea de tu talle delicado
 formas de lirio imprime en tu vestido;
 confúndese tu busto inmaculado
 con su broche gentil de aroma henchido.

* *Angelica farfalla* es una expresión del Dante en la «Divina Comedia» y significa, *Mariposa angelical*.

¿Cuándo tus grandes ojos de querube
rápidos pasan por mi triste frente,
acaso leen, en su sombría nube,
lo que ella oculta, pero el alma siente?

¡Quién puede verte sin amarte luego!
¡Quién puede amarte, sin morir de amores!
¡Sin echar á tus pies ruegos de fuego,
llenos de besos, sueños y de flores!

Al leer estas estrofas, algún día,
de un corazón envuelto en su tristeza,
tal vez que ni sospeches quien te envía
este humilde tributo á tu belleza.

LEONEL DE ALENCAR.

JUANA

POEMA MICROSCÓPICO

I

Era Juana un modelo de casadas,
una de esas mujeres de alma pura,
que nacen para amar y ser amadas
y lucen la bondad con la hermosura.

Esclava de un marido calavera,
y triste y resignada con su suerte,
cruzaba, como un mártir, la carrera
que lleva á los umbrales de la muerte.

Y el mundo, que miraba su agonía
y el proceder infame del marido,
la saludaba al paso y repetía:
—Tan bárbaro opresor merece olvido.

II

Y Juana se olvidó de sus deberes
y amó, Dios sabe á quién, con alma entera,
buscando en la ilusión de los placeres
el término feliz de su carrera.

Que arrepentida ya de su heroísmo,
y escudada quizá con su belleza,
rodó por la pendiente del abismo
hasta hundir en el cieno su pureza.

Y el mundo, que miraba atentamente
á la pobre mujer envilecida,
aún se atrevió á escupir sobre su frente:
—¡Que tal merece la mujer que olvida!

J. NAVARRO REZA.



EL VELO DE LA REINA MAB

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes, lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones á los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; á otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; á otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra oro y piedras preciosas; á quienes cabelleras espesas y músculos de Goliat y mazas enormes para machacar el hierro encendido, y á quienes talones fuertes y piernas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

*
* *

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero:—

¡Y bien! ¡Héme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el plafón color de cielo. Yo quiero dar á la masa la línea y la hermosura plástica, y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos, en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semi-diós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que á tus ojos arrojan el magnífico *chitón*, mostrando la esplendidez de la forma, en sus cuerpos de



rosa y de nieve. Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para tí son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque á medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

*
* *

Y decía el otro:—Lo que es hoy romperé mis pinceles.

¿Para qué quiero el iris, y esta gran paleta del campo florido, si á la postre mi cuadro no será admitido en el Salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido á las campiñas sus colores, sus matices; he adulado á la luz como á una amada y la he abrazado como á una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar! ¡Y yo, que podría, en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí dentro!...

*
* *

Y decía el otro:—Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis escalas cromáticas. La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entretanto, no diviso sino la muchedumbre, que befa, y la celda del manicomio.

*
* *

Y el último:—Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de su luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro y el que es de hierro caudante. Yo soy el ánfora del celeste perfume; tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten á golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la

estrofa, y entonces, si veis mi alma, conoceréis á mi Musa. Amo las epopeyas, porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, porque son olorosas á verbena y á tomillo y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre...

*
* *

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros ó de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió á los cuatro hombres flacos, barbudos é impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones á los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

Valparaiso.

RUBÉN DARÍO.





CE QUE JE VEUX

(DE EMILIO ZOLA)

¿Sabéis lo que ambiciono?... En la ladera,
cuando Mayo comience á soureirnos,
una cabaña que se esté mirando
en el espejo diáfano de un río;

En el fondo y oculto por las ramas
donde llegar no pueda otro camino,
junto del que hacen las palomas blancas,
allí quisiera entretejer mi nido;

A lo lejos, tocando el horizonte,
sobre una roca gris, bajo los pinos,
escuchar las canciones que la brisa
murmure por las tardes á mi oído;

Una cadena de profundos valles
por donde crucen en revuelto giro
bajo el verde follaje, los arroyos,
siempre inquietos y siempre cristalinos;

Donde inclinen, al peso de las flores,
su plateada cabeza los olivos;
donde las vides, como amantes locas,
trepren saltando sobre agudos riscos...

¿Sabéis lo que ambiciono?... Es una senda
fresca como la cuna de los niños,
que transforme el umbral de mi cabaña
en umbral de risueño paraíso!

Una alfombra de musgo embalsamado
cubierta de alhucema y de tomillo,
bajo las ramas de un rosal silvestre
que sirva de dosel á mis dominios...

Después que así mi pueblo haya formado
lo que quiero, también, en mi retiro,
es ver flotar mis sueños de poeta
bajo la sombra del follaje umbrío! .

Mas, lo que yo ambiciono, sobre todo,
y sin lo cual de mi poder abdicó,
lo que ambiciono en mi pequeño mundo
es una reina de dorados rizos!...

Reina de amor, con el acento dulce,
pálida frente y ojos pensativos,
y cuyos pies pequeños, sobre el musgo,
ni lo marchiten, ni produzcan ruido!...

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1889.



ÍNDICE LITERARIO

Santoral..	6
El mejor almanaque, por Cátulo Mendes..	19
Celeste, poesía, por Casimiro Prieto..	25
El gran crimen, poesía, por Carlos G. Amézaga..	31
A la memoria de Gustavo A. Becquer..	32
*, rima, por Gustavo A. Becquer..	33
La burbuja, por Salvador Rueda..	34
Cantos del hogar, poesía, por Juan de Dios Peza..	39
La primera piedra, poesía, por Casimiro Prieto..	44
María Tubau, por F. R..	46
Besos pecaminosos, poesía, por Casimiro Prieto..	48
Bajo relieve, poesía, por Carlos Guido y Spano..	49
A Matilde, poesía, por Moisés Numa Castellano..	50
El Fauno, soneto, por Leopoldo Díaz..	52
Huallpa Inca ó el emperador andaluz, por Lucio V. López..	53
La copa eterna, poesía, por Ramón de Campoamor..	60
Las musas, poesía, por Rafael Obligado..	61
Promesa cumplida, poesía, por Alejandro Magariños Cervantes..	62
Retrato y consulta, poesía, por Juan Cancio..	64
Francisco Tamagno, por F. Pedrell..	66
Amor y celos, poesía, por Segundo I. Villafañe..	68
Las tres almas, poesía, por Simón Calcaño..	69
Al firmamento, poesía, por Domingo Ramón Hernández..	70
Una santa, soneto, por Manuel del Palacio..	72
El amor, poesía, por Numa Pompilio Llona..	73
Esperando al novio, por Casimiro Prieto..	74
En busca del sol, viaje extraordinario, por Apeles Mestres..	79
Alfonso Daudet, por Eugenio de Olavarría y Huarte..	90
Los caballeros del Apocalipsis, poesía, por Numa Pompilio Llona..	98
Sol y alambres, por Alfonso Pérez Nieva..	100
A Miryam, soneto, por Leopoldo Díaz..	104
Primaveral, poesía, por Rubén Darío..	106
Debilidades humanas, por Enrique Ortega..	109
Caín, soneto, por Manuel del Palacio..	111
Emma Nevada, por F. Pedrell..	114
Las mujeres del arte, poesía, por Antonio Zozaya..	116
La mitad de la justicia, por José Fernández Bremón..	119
A bordo, poesía, por Fernando López Benedito..	125
Dr. D. Juan Carlos Blanco, por R. S..	130
Fragmento de un discurso, por el doctor Juan Carlos Blanco..	130
A ella, poesía, por Numa P. Llona..	133
Después del vals, poesía, por Casimiro Prieto..	134
El ancla de brillantes, por F. García Díaz..	136
Expiación, poesía, por Leopoldo Díaz..	142
Autobiografía, poesía, por Manuel del Palacio..	143

Don Isaac Peral, por Francisco Barado.	146
En la cena de la duquesa ***, poesía, por Carlos Ossorio y Gallardo.	151
Mal de amores, poesía, por Casimiro Prieto.	152
En aras del ridículo, por Juana Manuela Gorriti.	153
De este mundo al otro, carta a mi amigo Antonio de Trueba, poesía, por Teodoro Guerrero.	155
La pensionista, poesía, por Acisclo Villarán.	157
Los versos de cabo roto, por Ricardo Palma.	158
Boceto á capricho, poesía, por Ricardo Sánchez.	162
El cerdo, poesía, por Manuel del Palacio.	163
El primer desengaño, por José Miralles y González.	168
Régimen, poesía, por ***.	174
Superstición, poesía, por Casimiro Prieto.	176
La elocuencia, soneto, por Salvador Rueda.	176
Malccoy, leyenda india, por Clorinda Matto de Turner.	178
El sereno, poesía, por Casimiro Prieto.	183
La ola, soneto, por Salvador López Guíjarro.	183
Al través del velo, poesía, por Enrique E. Rivarola.	184
El Chimborazo, poesía, por Numa P. Llona.	186
Doncellas... de labor, por Casimiro Prieto.	187
El cohete, soneto, por Salvador Rueda.	191
El camalote, poesía, por Rafael Obligado.	192
Nieves, poesía, por Ceferino Palencia.	194
Al verla pasar, poesía, por Numa P. Llona.	194
La victoria de las camaroneras, tradición, por Ricardo Palma.	195
Madrigales, por José María Estevan.	202
El primer toque..., poesía, por Casimiro Prieto.	203
Cuento, poesía, por Manuel del Palacio.	205
Morir es dormir, dolora, por Ramón de Campoamor.	205
El literato falsificado, por Adolfo Poleró Escamilla.	206
El fantasma, poesía, por S. I. Villafañe.	209
Nubes y espumas, poesía, por José Echegaray.	210
El alma americana, por Federico Tobal.	212
En el foro romano, poesía, por Guillermo Matta.	217
Monigotes automáticos, poesía, por Vicente R. Jordán.	219
Estambres y pistilos, soneto, por Salvador Rueda.	220
El día de difuntos, por Casimiro Prieto.	221
El bautismo de las perlas, poesía, por Salvador Rueda.	226
Las metamorfosis infernales, fragmento del canto xxv del <i>Inferno</i> de la Divina Comedia del Dante, por Bartolomé Mitre.	227
Rosa y laurel, poesía, por Guillermo Matta.	230
Fifina, por Francisco Gras y Elías.	232
La música española, poesía, por Carlos Ossorio y Gallardo.	235
Elegía, poesía, por Ricardo Sánchez.	237
Conseja, por Apeles Mestres.	239
Madre é hija, poesía, por Roberto J. Payró.	245
Loco!... por Lucas Ayarragaray.	248
Lección ejemplar, poesía, por Guillermo Matta.	253
Amorosa, poesía, por Carlos Roxlo.	254
La mañana, poesía, por Manuel D. Noya.	254
Crepúsculos, poesía, por Domingo D. Martinto.	255
El licenciado, poesía, por Acisclo Villarán.	256
Jorge Travel, por Miguel Carné.	258
Los grillos de oro, poesía, por Casimiro Prieto.	270
Para el hogar, poesía, por Guillermo Matta.	272
Idilio y tragedia, por Juana Manuela Gorriti.	273
Lo que no muere, poesía, por Salvador Rueda.	280
Tus ojos, poesía, por Casimiro Prieto.	284
Semblanza humorística, por Teodoro Guerrero.	286
El poeta y los cerdos, poesía, por Sinesio Delgado.	287
Angélica farfalla, poesía, por Leonel de Alencar.	288
Juana, poema microscópico, por J. Navarro Reza.	289
El velo de la reina Mab, por Rubén Darío.	290
<i>Ce que je veut</i> , poesía, por Leopoldo Díaz.	294

ÍNDICE ARTÍSTICO

RETRATOS

Cátulo Mendes, eminente escritor francés.	18
María Alvarez Tubau de Palencia, eminente actriz española.	45
Francisco Tamagno.	65
Alfonso Daudet, eminente novelista francés.	89
D. Numa Pompilio Llona, eminente poeta ecuatoriano.	97
Emma Nevada.	113
Dr. D. Juan Carlos Blanco, distinguido jurisconsulto y orador uruguayo.	129
D. Isaac Peral, distinguido oficial de la marina española é inventor del buque submarino de su nombre.	145
D. Ricardo Sánchez, distinguido poeta y escritor uruguayo.	161
Sra. D. ^a Clorinda Matto de Turner, distinguida escritora peruana.	177
D. Ceferino Palencia, aplaudido autor dramático español.	193
D. Juan Valera, ilustre literato español.	211
Dr. D. Francisco Moreno, distinguido naturalista y director del Museo de la Plata.	231
Dr. D. Lucas Ayarragaray, distinguido médico y literato argentino.	247
Dr. D. Miguel Cané, reputado literato argentino y distinguido diplomático.	257
D. Salvador Rueda, notable literato español.	279
D. Teodoro Guerrero, distinguido novelista cubano.	285

VARIEDADES

Alegoría del año 1890.	5
Una visita.	69
El veraneo.	73
Embraguez amorosa.	96
El numismático y el bohemio.	105
Un chasco.	112
En tranvía.	118
En la droguería.	142
Cambio de profesión.	157
Gedeón y familia.	164
Un comensal ilustrado.	186
Los niños terribles.	202
Amor de coqueta.	218
Un consejo saludable.	236
La señora y la doncella.	253
Entre marido y mujer.	256
Pintura decorativa.	268
Escultura de adorno.	269

SOMBRAS CHINESCAS



OBRA ORIGINAL

DE

CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

CON UN PRÓLOGO DEL EMINENTE LITERATO ARGENTINO

DON RAFAEL OBLIGADO

ILUSTRADA POR

APELES MESTRES

Esta obra, que tanto por sus condiciones literarias como por sus chispeantes ilustraciones, creemos llamará poderosamente la atención de nuestros favorecedores, se publicará á mediados de este año.

BUENOS AIRES

LIBRERÍA, PAPELERÍA Y CENTRO DE SUSCRIPCIONES

DE

EL SIGLO ILUSTRADO

DE

RAMON ESPASA Y COMPAÑIA

CERRITO, 170 Y 174 n/n

Especialidad en publicaciones de lujo y novedades literarias.

Sucursal de Ramón Espasa y Compañía en el Tandil

Notable surtido de devocionarios y estampas.—Obras de Moral, Religión, Pedagogia, Didácticas, Ilustraciones, etc.—Diplomas y libros especiales para premios.—Mapas geográficos y esferas.—Colección de sólidos para el estudio de la geometría.—Plumas, lápices, cuadernos en blanco y demás efectos para uso de las escuelas.—Surtido completo de objetos para escritorio y todo lo concerniente al ramo de librería.

FELIPE * FIORI



PINTOR

EMPRESARIO

en

Trabajos de lujo

DE OBRAS DE

PINTURA Y **D**ECORACION

— CALLE PARANÁ, N.º 118 n/nuevo —

TELÉFONO N.º 3029 BUENOS AIRES TELÉFONO N.º 3029

GRAN ESTABLECIMIENTO MÉDICO

Único en su género en Sud-América

SU DIRECTOR Y PROPIETARIO

EL

Dr. D. Camilo Clausolles

CALLE BELGRANO, NÚM. 406 Ó SEA PLAZA MONTSERRAT

Buenos Aires

Instalación hidro-termo-terápica

Baños medicinales de todo género, baños rusos, baños de sudación, baño eléctrico y los *baños turco-romanos* más cómodos, completos y grandes que existen en la capital.

Duchas frías y calientes y la instalación hidroterápica más completa que existe en esta ciudad, incluso la pileta de natación.

La casa está instalada con todo lujo y ofrece toda clase de comodidades y completo y esmerado servicio á sus clientes, pues sobre estar situada en el paraje más céntrico de la ciudad dispone de un espléndido local.

Aeroterapia y Admiatria

En este ramo se hallará en nuestro establecimiento cuanto humanamente se ha inventado hasta nuestros días para el tratamiento y curación de las varias enfermedades que necesitan el uso del aire comprimido y de los gases nitrógeno, oxígeno, ozono, sulfídrico, fluorídrico, etc., siendo dueña esta casa de la mejor y mayor cámara neumática ó de Jurdanet que existe acá.

Se curan el asma, bronquitis, laringitis crónica, sordera catarral, tisis en 1.º y 2.º grado.

Homeoterapia

SALA DE NEBULIZACIÓN HOMEOPÁTICA

Para el tratamiento de toda clase de enfermedades agudas ó crónicas.

Sistema moderno de administración de los remedios por las vías respiratorias, por el Dr. Clausolles.

Con el auxilio de máquinas de concepción moderna, se nebuliza el remedio, eleva su temperatura y se docima, haciéndolo llegar hasta las vesículas pulmonares en donde es absorbido inmediatamente, haciendo por este medio inútiles todas las precauciones acerca de las dietas.

Electroterapia

La casa posee las mejores máquinas para la aplicación de la electricidad al cuerpo del hombre y las que mejores resultados han dado hasta nuestros días.

En una palabra, el establecimiento médico de la plaza Montserrat, es el más completo que hasta nuestros días se ha instalado en parte alguna.

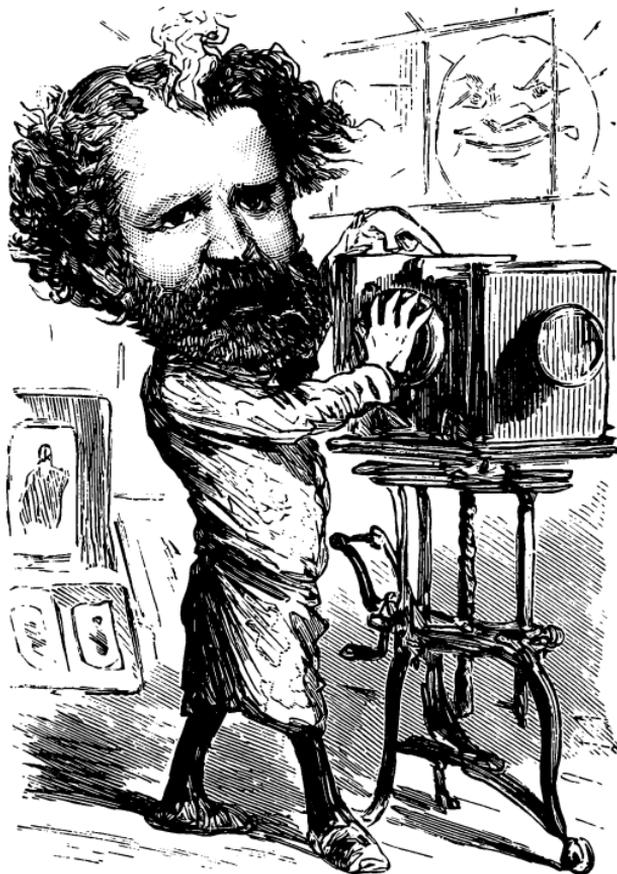
La casa cuenta con dos médicos de reconocida capacidad alópata y homeópata, y de una farmacia completa para el uso interno de la casa.

ESTUDIO FOTOGRAFICO

BAJO LA DIRECCIÓN DE

Buenos Aires

894, CALLE ESMERALDA, 894



894, CALLE ESMERALDA, 894

Buenos Aires

A. ALDANONDO

En este establecimiento se sacan retratos todos los días, aunque llueva, como si fueran tomados en día de sol.

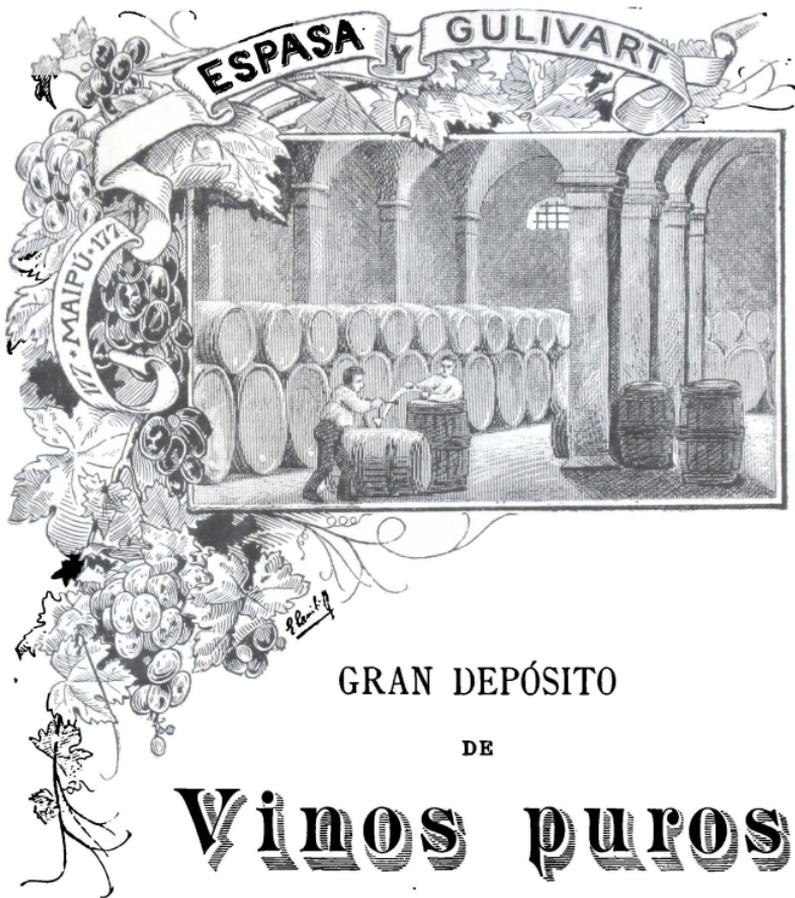
Tarjetas comunes ó abrigantadas, victoria, álbum, panale, imperiales, grupos de familia, cuadros al óleo, engrandecimientos para fotógrafos, copias de tarjetas en fotografía ó al óleo, fotografías sobre lienzo al óleo para los pintores.

La casa cuenta con grandes aparatos para estos trabajos, retratos microscópicos al lápiz, carbón, etc., etc.

También se encarga de sacar copias de tarjetas en gran tamaño en fotografía ó al óleo para la campaña ó provincias, con sólo mandar una tarjeta bajo sobre, las señas de colorido, de los ojos, pelo, barba, etc.

La misma casa se encarga de remitir los trabajos á su destino.

PRECIOS SIN COMPETENCIA



GRAN DEPÓSITO

DE

Vinos puros

DEL

PRIORATO Y ARAGÓN

Servicio esmerado de los más ricos vinos de las indicadas comarcas. — Completo surtido de vinos de mesa y especiales, lo mismo en las clases usuales que en los rancios más exquisitos de los principales cosecheros.

SE SIRVE A DOMICILIO